

MARIE LU



BATMAN

NIGHTWALKER

ANTES DE SER BATMAN ERA BRUCE



Lectulandia

CLASESALTO25NEGRITALos Nightwalkers están aterrorizando la ciudad de Gotham. CLASESALTO05Tras el sabotaje de los sistemas de seguridad en sus mansiones, las élites de la ciudad van cayendo una tras otra hasta quedar atrapadas como presas. CLASESALTO25NEGRITABruce Wayne es el siguiente en la lista. CLASESALTO05Bruce está a punto de cumplir dieciocho años y heredar la fortuna de su familia, los sectores clave de Wayne Industries y todos los aparatos tecnológicos que le apasionan. Pero cuando regresa a casa de su fiesta de cumpleaños, toma una decisión impulsiva y lo sentencian a realizar servicios comunitarios en Arkham Asylum, la infame prisión que alberga a los criminales más temidos de la ciudad. CLASESALTO10NEGRITAMadeleine CLASESALTO05Wallace es una asesina... Y la única esperanza de Bruce. La reclusa más intrigante en Arkham es Madeleine, una chica brillante vinculada a los Nightwalkers. Una chica que solo querrá hablar con Bruce. Ella es el misterio que Bruce deberá resolver, pero ¿le estará ella confiando sus secretos o solo le dará la información que necesita para poner la ciudad de Gotham a sus pies?

Marie Lu

Batman Nightwalker

DC Icons - 2

ePub r1.0

Titivillus 27.10.2019

Título original: *Batman. Nightwalker*
Marie Lu, 2018
Traducción: Carlos García Varela

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PARA DIANNE:
Bruce Wayne sería muy afortunado
de tenerte como amiga

Prólogo

La sangre bajo las uñas le molestaba.

«Malditos guantes, baratos e inútiles», pensó la chica, cabreada. Aquella noche había llegado a ponerse dos pares, pero un navajazo perdido había traspasado ambas capas y la sangre le había llegado a las manos. «Estúpida». Cualquiera otra noche se habría detenido y limpiado, lenta y minuciosamente, los restos escarlata de debajo de las uñas, una a una. Pero ahora no tenía tiempo.

«No hay tiempo, no hay tiempo».

La luz de la luna se proyectó en el suelo de la mansión, iluminando parte del cuerpo desnudo de un hombre. Comparado con los demás, este sangraba de forma extraña, pensó la chica. La sangre formaba un charco perfectamente circular, igual que el glaseado de una tarta.

Suspiró de nuevo, metió el bote de pintura roja en la mochila y recogió algunos de los trapos que había por el suelo. Junto a ella, en la pared, se veía el símbolo que acababa de dibujar a toda prisa.

Aquella noche todo había ido a destiempo, desde las complicaciones que les había dado el sistema de seguridad al entrar en la mansión de *sir* Grant hasta el asombroso hecho de que él los viese primero, en lugar de estar profundamente dormido. Estaban retrasándose. Y ella odiaba los retrasos.

Se apresuró a recoger sus herramientas y las metió en la mochila. El resplandor lunar fue iluminándole las facciones a intervalos regulares a medida que pasaba frente a la hilera de ventanas. Su madre le decía siempre que tenía rasgos de muñeca, desde que era un bebé: ojos grandes y oscuros como la pez; pestañas largas, mucho; la nariz fina, los labios de rosa y la piel de porcelana. Las cejas se alargaban, rectas y suaves, sobre su frente, dándole un aspecto permanentemente vulnerable.

Ese rasgo era lo que la definía. Nadie reparaba en lo importante hasta que era demasiado tarde. Hasta que ella se manchaba las uñas con su sangre.

Con las prisas, se le había soltado el pelo, que le caía en una cascada negra sobre los hombros. Se paró a recogerse. Sin duda habría un par de cabellos suyos por ahí, lo que dejaba a la policía una pista que seguir. Pero daba igual, si lograba escapar a tiempo. Menuda huida más torpe, tan poco propia de ella.

«Voy a matarlos», pensó amargamente. «Que me hayan dejado aquí para limpiar esto...».

Desde la oscuridad le llegó el ulular de las sirenas.

Se quedó rígida, con la cabeza vuelta en dirección al ruido, escuchando con atención. Instintivamente se llevó una mano a una de las navajas del muslo. Y se puso a correr. Las botas no hacían ruido alguno. Se movía como una sombra, solo se oía el golpeteo de la mochila contra su espalda. Mientras avanzaba, se cubrió la mitad inferior de la cara con el pañuelo negro, ocultando la nariz y la boca, y se colocó el visor sobre los ojos. A través de él, la mansión se transformó en una malla de señales térmicas y líneas verdes.

Las sirenas se acercaban a gran velocidad.

Se detuvo a tomar aliento, a la escucha. Venían de direcciones distintas. Iban a rodearla. «No hay tiempo, no hay tiempo». Se lanzó escaleras abajo, su silueta quedó oculta por entero entre las sombras; al llegar abajo giró abruptamente para dirigirse no a la puerta principal, sino al sótano. Habían reconectado el sistema de seguridad a fin de sellar desde dentro la cerradura de la puerta, pero el sótano había sido su vía de escape, con las alarmas apagadas y los seguros de las ventanas a su merced.

Al llegar al sótano, el ulular de las sirenas se volvió ensordecedor. La policía había llegado.

—Abrir ventana A —murmuró al micrófono que llevaba junto a la boca. En el otro extremo de la habitación, la ventana trucada se abrió con un chasquido suave y obediente. La policía se arremolinaría ante las puertas principal y trasera, pero jamás se les ocurriría mirar, por ahora, hacia el lateral de una casa tan enorme, no cuando ignoraban que había un ventanuco minúsculo a ras de suelo, hacia el que se precipitó.

Se coló por él y salió como una serpiente en menos de un segundo. Oyó a un agente que gritaba por un megáfono en el jardín delantero, y vio las siluetas térmicas de al menos doce guardias fuertemente armados agachados en el perímetro de la mansión, con las caras ocultas tras los cascos y los rifles de asalto apuntando a la puerta.

Se agachó en la oscuridad, se levantó las gafas de visión nocturna y se dispuso a escapar como una bala.

Un rayo de luz cegadora se abatió sobre ella.

—¡Manos arriba! —Varias voces le gritaban a la vez. Oyó los chasquidos de las armas cargadas y los furiosos ladridos de los perros policía, a duras penas sujetos por los agentes—. ¡De rodillas! ¡Ya!

La habían atrapado. Quiso maldecirlos. «No hay tiempo, no hay tiempo». Era demasiado tarde. Al menos sus compañeros ya habían huido. Durante una décima de segundo pensó en sacar los cuchillos y lanzarse contra el agente más cercano, a fin de utilizarlo como escudo.

Pero había demasiados, y la luz la había cegado de tal modo que no veía bien. No tenía tiempo de poner en práctica una jugada así sin que la policía le azuzase a los perros, y no quería que la matasen a dentelladas.

De modo que en vez de resistirse, levantó las manos.

Los agentes la tiraron violentamente al suelo; se golpeó la cara contra la hierba y la tierra. Vislumbró su reflejo en los cascos opacos de los policías y los cañones de las armas que la apuntaban directamente a la cara.

—¡Es nuestra! —gritó uno al transmisor, con la voz ronca de emoción y miedo—. ¡La hemos cogido! ¡Mantengan sus...!

«Soy vuestra», se dijo para sus adentros mientras notaba cómo le cerraban las frías esposas en torno a las muñecas. Aunque tuviera la mejilla aplastada contra el suelo, se permitió esbozar bajo el pañuelo negro una sonrisa leve y burlona.

«Soy vuestra... por ahora».

1

Si había un coche hecho a la medida de Bruce Wayne, era aquel: un Aston Martin personalizado y totalmente nuevo, sencillo, elegante, negro como el carbón, adornado con una franja metalizada y brillante que recorría el techo y el capó.

Llevó el coche al límite, complaciéndose con el rugido del motor, con la forma en que respondía al más mínimo toque, mientras se ceñía a las calles de las afueras de Gotham City hacia el crepúsculo. El vehículo era un regalo de WayneTech y estaba equipado con los avances de seguridad más punteros de la empresa: era una colaboración histórica entre el legendario fabricante de automóviles y el emporio Wayne.

Los neumáticos protestaron con un chirrido cuando Bruce tomó otra curva cerrada.

—Lo he oído —dijo Alfred Pennyworth desde la pantalla táctil del coche, fulminando a Bruce con la mirada—. Más despacio en las curvas, señor Wayne.

—Los Aston Martin no han sido diseñados para ir despacio, Alfred.

—Y tampoco para acabar hechos un amasijo de hierros.

Bruce dirigió una media sonrisa a su protector. El sol poniente centelleó en sus gafas de aviador mientras enfilaba de nuevo hacia los rascacielos de Gotham City.

—Alfred, no tienes ninguna fe en mí —se burló, sonriente—. Te recuerdo que fuiste tú quien me enseñó a conducir.

—¿Le enseñé a conducir como un loco?

—Un loco con maña —apuntó Bruce. Giró el volante con suavidad—. Además, es un regalo de Aston Martin, equipado hasta los topes con la seguridad de WayneTech. Únicamente lo conduzco para alardear de su nivel de seguridad en la gala de esta noche.

Alfred suspiró.

—Sí, ya recuerdo.

—¿Cómo voy a jactarme de verdad sin haber comprobado lo que es capaz de hacer esta maravilla?

—No es lo mismo presentar la tecnología de WayneTech en una gala que utilizarla para desafiar a la muerte —replicó Alfred más seco que nunca—. Lucius Fox le ha pedido que lleve el coche a la fiesta para que la prensa pueda hacerle una crítica favorable.

Bruce tomó de nuevo una curva muy cerrada. El coche reconoció de inmediato la carretera que tenía delante, y en el parabrisas aparecieron y se desvanecieron una serie de números transparentes. Con precisión asombrosa, el coche respondía y se sincronizaba a la perfección con el terreno circundante, hasta en el menor detalle.

—Y eso estoy haciendo —insistió Bruce, con inocencia—. Trato de llegar a tiempo.

Alfred negó con la cabeza histriónicamente mientras quitaba el polvo de un alféizar en la Wayne Manor y el sol le doraba la tez pálida.

—Voy a matar a Lucius por pensar que esto era buena idea.

Una sonrisa afectuosa afloró en el rostro de Bruce. A veces su protector se parecía extraordinariamente a un lobo, con su mirada atenta, hastiada, de azul invernal. En los últimos años algunas canas habían salpicado su cabello y las patas de gallo se habían acentuado. Bruce se preguntó si sería por su causa. Al pensarlo, frenó solo un poco.

Era esa hora de la tarde en que se atisba a los murciélagos que vuelan hacia la noche para cazar. Cuando Bruce se adentraba en la ciudad, vio una bandada de ellos recortarse contra el cielo crepuscular; salían de los rincones oscuros para unirse al resto de su colonia.

Bruce sintió la punzada, ya conocida, de la nostalgia. En el pasado, su padre había convertido las tierras que rodeaban Wayne Manor en uno de los mayores refugios de murciélagos de la ciudad. Bruce aún guardaba recuerdos de su niñez, cuando se acuclillaba sobrecoigido en el césped de delante de la mansión, sin acordarse de sus juguetes, mientras su padre señalaba a las criaturas que se dirigían a millares hacia el crepúsculo, recorriendo el cielo en una franja ondulante. Eran muchos, había asegurado su padre, y sin embargo de algún modo sabían moverse como si fuesen uno solo.

Al recordar, las manos de Bruce se aferraron con fuerza al volante. Su padre debería estar allí, sentado en el asiento del copiloto, contemplando a los murciélagos con él. Pero aquello era imposible, claro.

Las calles se volvieron cada vez más sucias a medida que Bruce se acercaba al centro, hasta que los rascacielos taparon el sol poniente y cubrieron de penumbra los callejones. Pasó como un rayo ante la Wayne Tower y el Seco Financial Building, junto al cual se alzaban algunas tiendas de campaña, en las callejas: qué contraste drástico, la pobreza junto a un ejemplar y próspero centro financiero. En las cercanías se hallaba el Gotham City Bridge, el puente a medio repintar. Unos cuantos hogares ruinosos y de pocos recursos se apiñaban debajo, sin orden ni concierto.

Bruce no recordaba que la ciudad tuviera ese aspecto cuando él era pequeño. Guardaba memoria de Gotham City como una impresionante selva de asfalto y acero, repleta de coches caros y porteros con abrigos negros; recordaba el olor a cuero nuevo, a colonia de hombre y perfume de mujer; las recepciones en los hoteles de postín, la cubierta de un barco frente a las luces de la ciudad, que iluminaban el puerto.

Junto a sus padres, no había visto más que lo bueno: ni los grafitis, ni la basura en las bocas de las alcantarillas, ni los carritos abandonados ni la gente que se juntaba en los rincones sombríos con vasos de papel en que tintineaban monedas. Como niño protegido, solo había visto lo que Gotham City enseña a uno cuando paga bien y nada de lo malo cuando paga mal.

Todo aquello había cambiado una fatídica noche.

Bruce ya sabía que ese día en que iba a concedérsele el acceso a su fondo fiduciario, se lo iba a pasar pensando en sus padres. Por mucho que se preparase, los recuerdos lo herían en lo más profundo de su ser.

Enfiló por la carretera en dirección a Bellingham Hall. Desde la acera, una alfombra roja ascendía por las escaleras. Una manada de *paparazzi* se había agrupado al otro lado de la calzada, los *flashes* de las cámaras destellaban sobre su coche.

—Señor Wayne.

Bruce se dio cuenta de que Alfred seguía hablándole de la seguridad.

—Te escucho, Alfred —dijo.

—Cuánto lo dudo. ¿Ha oído lo que le he dicho sobre concertar una cita con Lucius Fox para mañana? Va a pasarse el verano trabajando con él, así que al menos debería ir trazando un plan detallado.

—Sí, señor.

Alfred se quedó callado y lo miró con severidad.

—Y esta noche compórtese. ¿De acuerdo?

—Pienso quedarme quieto en un rincón sin decir ni mu.

—Qué gracioso, señor Wayne. Le tomo la palabra.

—¿No me felicitas por mi cumpleaños?

Al oírlo, una sonrisa apareció por fin en la cara de Alfred, relajando sus rígidos rasgos.

—Feliz decimoctavo cumpleaños, señor Wayne. —Asintió—. Es usted un hijo digno de su madre, Martha, por ser el anfitrión de este evento. Estaría orgullosa de usted.

Al oír mencionar a su madre, Bruce cerró los ojos un momento. En lugar de celebrar su cumpleaños, su madre cada año organizaba un evento benéfico, cuya recaudación se destinaba al City Legal Protection Fund de Gotham City, institución dedicada a la defensa de quienes no podían permitirse un abogado. Aquella noche, Bruce perpetuaría la tradición, puesto que cargaba con la responsabilidad de la fortuna familiar.

«Es usted un hijo digno de Martha». Bruce se encogió de hombros ante el cumplido; no estaba seguro de cómo tomárselo.

—Gracias, Alfred —contestó—. No me esperes despierto.

Colgaron.

Bruce se detuvo frente a la entrada y, por un instante, permaneció sentado controlando sus emociones mientras los fotógrafos le gritaban al otro lado de las ventanillas.

Desde pequeño había estado en el candelero y había soportado años de titulares sobre sí mismo y sus padres. BRUCE WAYNE, DE OCHO AÑOS, ÚNICO TESTIGO DEL ASESINATO DE SUS PADRES. BRUCE WAYNE HEREDA UNA FORTUNA. BRUCE WAYNE SE CONVIERTE, A LOS DIECIOCHO AÑOS, EN EL ADOLESCENTE MÁS RICO DEL MUNDO. Etcétera.

Alfred había interpuesto varias órdenes de alejamiento contra algunos fotógrafos por enfocar las ventanas de la Wayne Manor con sus grandes objetivos, y en una ocasión Bruce había llegado del colegio llorando, aterrado por los reporteros que casi los habían embestido con los coches. Se pasó los primeros años de su vida tratando de escapar de ellos, como si al esconderse en su cuarto la prensa sensacionalista no pudiera seguir inventando chismes.

Al final, o rehúyes la realidad, o te enfrentas a ella. Con el tiempo, Bruce se había forjado un escudo y negociado una tregua tácita con la prensa.

Se dejaría ver, haciendo gala de un comportamiento cuidadoso e impecable, y les permitiría que le sacaran todas las fotos que les apeteciera. A cambio, destacarían en las páginas de los periódicos lo que él quisiera. En este caso, la labor desempeñada por WayneTech para aumentar la seguridad en Gotham City: desde la tecnología nueva para las cuentas bancarias locales,

hasta los androides de asistencia del Departamento de Policía o las mejoras en seguridad que lanzarían gratuitamente para todos los fabricantes de coches, con licencias de código abierto.

A lo largo de los años, Bruce se había pasado incontables noches encorvado en el escritorio de su habitación, rastreando obsesivamente las frecuencias de radio de la policía e investigando por su cuenta los casos abiertos. Docenas de bombillas se habían fundido mientras él desentrañaba los prototipos de WayneTech bajo la lámpara, a oscuras, antes del amanecer; mientras sostenía brillantes microchips y articulaciones artificiales; mientras estudiaba a conciencia la tecnología creada por su empresa para que la ciudad fuese más segura.

Si para seguir adelante tenía que salir en las noticias, en fin, que así fuera.

Cuando un mozo se acercó a abrirle la puerta, Bruce disimuló su incomodidad, salió del coche con un rápido movimiento elegante y dirigió a los periodistas una sonrisa perfecta. Las cámaras incrementaron el ritmo de los *flashes*. Dos guardaespaldas trajeados de negro y con gafas de sol iban apartando a la multitud y abriéndole paso, pero los periodistas seguían agolpándose, acercándole los micrófonos y preguntándole a gritos:

—¿Le hace ilusión graduarse?

—¿Cómo lleva lo de su recién adquirida fortuna?

—¿Qué se siente al ser el millonario más joven del mundo?

—¿Con quién estás saliendo, Bruce?

—¡Eh, Bruce, mira hacia aquí! ¡Sonríe un poco!

Bruce los complació y les sonrió con naturalidad. Sabía que era fotogénico: alto y esbelto, los ojos azules oscuros como el zafiro que contrastaban con su tez blanca, el pelo negro impecablemente engominado hacia atrás, el traje hecho a medida y los zapatos de piel relucientes.

—Buenas noches —saludó deteniéndose un momento ante el coche.

—¡Bruce! —le gritó un fotógrafo—. ¿El coche es lo primero que te has comprado? —Le guiñó un ojo—. Ya le has sacado partido al fondo, ¿eh?

Bruce se limitó a mirarlo sin desviar la vista, negándose a morder el anzuelo.

—Este es el Aston Martin más moderno del mercado, equipado totalmente con tecnología de seguridad de WayneTech. Pueden examinar el interior esta noche, en exclusiva y por primera vez.

Señaló con la mano el vehículo mientras uno de los guardaespaldas abría la puerta para que los reporteros echasen un vistazo.

—Gracias por cubrir hoy la gala de mi madre. Significa mucho para mí.

Siguió hablando acerca de las obras de caridad que se llevarían a cabo con los beneficios que se obtuvieran aquella noche, pero todo el mundo comentaba cada vez más alto, y hacían caso omiso de sus palabras. Bruce los miró con hastío y, por un momento, se sintió solo y muy inferior en número. Desvió la vista de los fotógrafos de la prensa sensacionalista y buscó a los periodistas de la seria. Ya se imaginaba los titulares del día siguiente: Bruce Wayne se gasta un millón en un coche nuevo, ¡el pequeño Wayne no pierde un minuto! Esperaba que entre aquellos reporteros hubiera algunos profesionales de verdad, que explicarían los pormenores del trabajo de WayneTech. Aquello sí que importaba. Se quedó allí, soportando la sesión de fotos.

Tras los estallidos de los *flashes*, Bruce se encaminó hacia la entrada. En lo alto de la escalera se encontraban más invitados: miembros de la clase alta de Gotham City, el concejal de turno y grupitos de admiradores. Bruce se dio cuenta de que estaba metiendo a toda aquella gente en categorías. Era una estrategia defensiva aprendida tras la muerte de sus padres. Estaban los que lo invitarían a cenar para intentar sacarle algún cotilleo; los que traicionarían a sus propios amigos por ganarse su amistad; el típico compañero de clase acaudalado que difundiría rumores por pura envidia; los que harían cualquier cosa por conseguir una cita con él y a la mañana siguiente airearían los detalles entre todo el mundo.

Sin embargo, mantuvo el tipo y saludó a la gente con educación. Solo unos pasos más y llegaría a la entrada. Lo único que tenía que hacer era franquearla y por fin podría...

—¡Bruce!

Una voz conocida se impuso al barullo. Bruce levantó la vista hacia una chica que estaba de puntillas y le hacía señas con la mano desde los peldaños superiores. Tenía los hombros enmarcados por la cabellera negra; las luces del suelo iluminaban su piel morena y la curva perfilada de sus labios. La tela de su vestido estaba salpicada de purpurina y lanzaba reflejos de plata si se movía.

—¡Eh! —lo llamó—. ¡Aquí!

Aliviado, Bruce abandonó la actitud cautelosa. «Dianne García. Categoría: una chica sincera».

Cuando la alcanzó, ella dio la espalda a la multitud que se agolpaba tras el cordón de terciopelo, intentando interponerse entre él y las cámaras.

—¿Es tu cumpleaños y te haces de rogar? —le preguntó sonriendo.

Él le guiñó un ojo, agradecido, y se agachó para susurrarle:

—Siempre.

—Esta gala es una locura —prosiguió ella—. El dinero que sacarás de aquí será un nuevo récord.

—Menos mal. —Le pasó el brazo por el cuello—. Si no, habría estado soportando a todos esos fotógrafos en vano.

Dianne rio. Era la misma chica que le había roto un diente a un niño de un puñetazo por haberse metido con sus amigos, la que se había aprendido de memoria el primer capítulo de *Historia de dos ciudades* en el último año de instituto por una apuesta, la que podía pasarse una hora leyendo la carta para acabar pidiendo la hamburguesa de siempre. Dianne le dio un empujón cariñoso, de protesta; lo cogió del brazo y lo condujo a través de las puertas abiertas, dejando atrás a los *paparazzi*.

El interior se hallaba a media luz, todo de un tono azul; las lámparas de araña del techo despedían luminosos destellos blancos y plateados. Había mesas larguísimas llenas de esculturas de hielo y montones de comida; en otra mesa se alineaban los objetos de la subasta, que temblaban ligeramente con las vibraciones de la música.

—¿No tenías hoy una entrevista en la universidad? —preguntó Bruce alzando la voz por encima del bullicio. Dianne tomó un trozo de pastel de limón de una de las bandejas de postres—. No es que me queje de tu presencia, claro está.

—Ya la he tenido —contestó ella con la boca llena de crema—. Tenía que estar en casa temprano, mi abuela quería que recogiese a mi hermano. Además, ¿cómo iba a privarte de mi compañía justo hoy? —Se inclinó y su voz se convirtió en un susurro que no presagiaba nada bueno—: Es mi forma de decirte que no te he traído regalos.

—¿Nada de nada? —Bruce se llevó la mano al corazón, con sorna—. Vaya golpe.

—Si quieres, puedo prepararte un pastel.

—No, por favor.

La última vez que Dianne había intentado hacer galletas había prendido fuego a la cocina de Bruce, y se habían pasado una hora tratando de ocultar las cortinas quemadas para que Alfred no se enterase. Dianne le apretó el brazo.

—Pues hoy tendrás que conformarte con la cena y nada más.

Hacía tiempo, Bruce, Harvey y Dianne habían acordado no hacerse regalos de cumpleaños pero sí salir a cenar todos los años a su hamburguesería favorita. Esa noche se verían también allí en cuanto finalizase

la gala, y Bruce podría dejar de ser un multimillonario y convertirse en un muchacho que estaba a punto de terminar el instituto mientras sus amigos se metían con él por las hamburguesas y los batidos cargados de grasa que pedía. Al imaginárselo, sonrió.

—¿Y bien? ¿Qué tal la entrevista?

—El entrevistador no cayó fulminado ante mis respuestas, así que me la jugaré y diré que ha ido bien. —Se encogió de hombros.

«Así admite Dianne que ha bordado la entrevista, igual que todo lo que hace». Bruce reconocía ese gesto que su amiga hacía cada vez que trataba de minimizar sus propios logros: las matrículas en la selectividad, que la aceptaran en todas las universidades que quisiera y pronunciar el discurso en representación de los alumnos que se graduarían el mes siguiente.

—Felicidades. Aunque estoy seguro de que Harvey te ha dicho lo mismo. Dianne sonrió.

—Harvey se ha limitado a pedirme que no le dé plantón en el baile. Ya sabes que le encanta moverse como un patoso.

Bruce soltó una carcajada.

—No estará solo ahora mismo en la pista, ¿verdad?

Dianne le sonrió con malicia.

—Puede aguantarse dos minutos.

El volumen de la música subió gradualmente a medida que se acercaban a la pista de baile. Al final atravesaron una serie de puertas de hoja doble hasta llegar a una balaustrada que dominaba el abarrotado salón. La intensidad de la música hacía vibrar el suelo. Una capa de humo se extendía a la altura de los pies. En el piso inferior se alzaba un intrincado escenario, con un DJ que movía la cabeza al compás. A su espalda había una imponente pantalla que llegaba al techo y en la que se veía una serie de imágenes que se repetían con intermitencia.

Dianne hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Ha llegado!

Una ovación tan ensordecedora estalló en la pista que la música dejó de oírse. Bruce miró a la muchedumbre al tiempo que esta gritaba «¡Feliz cumpleaños!». Sonrió y saludó. A su vez, el DJ aceleró el ritmo: puso una base movida y los bailarines se convirtieron en un océano de miembros frenéticos.

Bruce se dejó llevar por la fuerza de la canción y la incomodidad que había sentido desapareció de un plumazo. Dianne y él bajaron la escalera y se mezclaron con la gente. Mientras iba saludando a los invitados, parándose de

vez en cuando para hacerse fotos con algunos, perdió a Dianne entre la jungla de cuerpos. No conseguía ver más que una mezcla difuminada de caras conocidas y desconocidas cuyos contornos resaltaban con las ráfagas de neón.

«Ahí está». Dianne había encontrado a Harvey Dent, pálido bajo las luces de la discoteca y que intentaba bailar siguiendo el ritmo. La imagen hizo sonreír a Bruce, que se encaminó hacia ellos. Le hicieron señas con los brazos.

—¡Bruce!

Al oír su nombre se volvió, pero antes de responder alguien le dio una fuerte palmada en el hombro. Logró enfocar una cara, que esgrimía una cruda sonrisa y cuyos dientes blancos resaltaban aún más en la palidez de su rostro.

—¡Hola! Feliz cumpleaños, tío.

Era Richard Price, el hijo del alcalde de Gotham City. Bruce parpadeó sorprendido. Hacía meses que no hablaban; Richard había crecido unos cuantos centímetros y Bruce tenía que alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Hola —contestó—. Creía que no vendrías.

—¿Y perderme la fiesta? Eso nunca —contestó Richard—. Ha venido mi padre, está en la sala de subastas. Jamás faltaba a las galas de tu madre y ahora sigue en sus trece.

Bruce asintió, receloso. Tiempo atrás habían sido amigos íntimos. Vivían uno enfrente del otro, habían ido juntos al instituto, a fiestas y al mismo gimnasio a practicar *kickboxing*. Habían jugado a la consola en el cine privado de Bruce y se habían desternillado de risa hasta que les dolía la barriga. Los recuerdos le provocaron un escalofrío.

Pero las cosas fueron cambiando a medida que crecían. Bruce había encasillado a Richard en una categoría concreta: el amigo que solo llama cuando necesita algo.

¿De que se trataría?

—Oye —le dijo Richard, desviando la mirada. Su mano seguía en el hombro de Bruce pero le señalaba la salida—. ¿Puedo hablar contigo un segundo?

—Claro.

En cuanto dejaron atrás el estruendo de la pista, empezaron a pitarle los oídos. Richard se volvió y lo miró con entusiasmo. Muy a su pesar, Bruce se alegró al reparar en aquella expresión; era la misma sonrisa que le dirigía de niños, cuando Richard tenía algo emocionante que compartir con él. Quizá solo hubiera acudido para celebrar el cumpleaños de Bruce.

Richard se le acercó y bajó el tono.

—Oye —le susurró—. Mi padre no me deja en paz: no para de preguntarme si este verano voy a entrar de becario en algún sitio. ¿Me echas una mano?

La esperanza de Bruce se desvaneció y dio paso a una profunda decepción. Richard necesitaba que le hiciera un favor, otra vez.

—Puedo hablarle de ti a Lucius Fox —dijo Bruce—. En WayneTech buscan becarios para...

Richard negó con la cabeza.

—No, no me he explicado. No quiero ser becario de verdad, solo... bueno, que le hables bien de mí a mi padre: que le digas que trabajaré para WayneTech en verano y que me dejes entrar en el edificio un par de veces.

Bruce frunció el ceño.

—O sea, que quieres que te ayude a fingir que eres becario para que tu padre deje de darte la tabarra.

Richard le propinó un codazo de complicidad, aunque sin mucha convicción.

—Es el último verano antes de la universidad, no quiero pasármelo trabajando. Me entiendes, ¿verdad, Wayne? Cuéntale a mi padre que trabajo con Lucius. Una mentirijilla.

—¿Y cómo conseguirás que se lo crea?

—Ya te lo he dicho: déjame entrar en WayneTech de vez en cuando. Sácame una foto en el vestíbulo, algo así. Mi padre no necesita más.

—No sé, Richard... Si Lucius se entera, se lo soltará todo a tu padre.

—Venga, Bruce, ¡vamos! Por los viejos tiempos.

No había dejado de sonreír ni un momento. Se acercó a Bruce y le puso una mano en el hombro.

—La empresa es tuya, ¿verdad? ¿Vas a permitir que el empollón ese te diga lo que tienes que hacer?

Bruce se cabreó. Cuando había conocido a Lucius, Richard se había deshecho en halagos.

—No voy a encubrirte —declaró—. Si quieres decirle a tu padre que te han contratado en WayneTech, tendrán que contratarte.

Richard soltó un gruñido.

—Pero ¿qué te cuesta?

—¿Por qué insistes?

—No tienes más que dejárselo caer a mi padre un par de veces. No te costará nada.

Bruce negó con la cabeza. Cuando eran pequeños, Richard se presentaba a menudo ante su puerta, sin avisar y hablando sin cesar al interfono, con el último juego o los últimos muñecos del mercado. En algún momento, sus encuentros pasaron a consistir en debates sobre sus películas favoritas, o en ruegos de Richard para que Bruce le dejara copiarse de sus deberes o terminara él solo los trabajos de grupo, o le recomendara para un trabajo.

¿Cuándo había cambiado? Bruce no lograba comprender en qué momento se había torcido todo, ni por qué.

—No puedo —zanjó Bruce, negando con la cabeza de nuevo—. Lo siento.

Al oírlo, la vista de Richard pareció nublarse. Buscó la mirada de Bruce, esperando hallar otra respuesta, pero al no encontrarla hizo una mueca y se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, da igual —murmuró, esquivando a Bruce y dirigiéndose de vuelta a la pista—. Está muy claro. Cumples dieciocho años, te haces con el mando de tu emporio y de repente eres demasiado bueno para echar una mano a tus amigos.

—Richard —lo llamó Bruce. El otro se detuvo y lo miró por encima del hombro. Bruce lo observó fijamente un instante—. ¿Habrías venido hoy a la fiesta si no necesitaras mi ayuda?

Se hizo un silencio y Bruce supo que la respuesta era «no». Richard se encogió de hombros, dio media vuelta y se alejó sin responderle.

Bruce se quedó allí plantado, completamente solo, oyendo la música frenética que procedía de la pista de baile. De repente se sintió totalmente fuera de lugar, como si aquella fiesta no fuera en su honor. Se imaginó a sus amigos y compañeros bailando y se preguntó si, aparte de Dianne y Harvey, habría venido alguien más si él no se apellidara Wayne. Los fotógrafos de la entrada no se habrían presentado, eso seguro.

Si solo fuera Bruce Wayne, un chico de barrio, ¿le importaría a alguien?

En vez de encaminarse a la pista, Bruce enfiló el pasillo y salió a la calle por una puerta secundaria. Rodeó el edificio hasta la entrada, donde las cámaras habían fotografiado hasta la saciedad el Aston Martin.

Ahora los reporteros estaban en el piso superior, aguardando la entrada o salida de los invitados famosos.

Sin que nadie lo viera, Bruce llegó hasta el coche y se subió. Uno de los guardaespaldas que vigilaban a los fotógrafos reparó en él, pero Bruce ya estaba cerrando la puerta y poniendo en marcha el motor.

—¡Señor Wayne! —le dijo.

Bruce respondió con un escueto gesto de la cabeza. Por la ventanilla, vio que algunos fotógrafos miraban en su dirección y se daban cuenta de que iba a marcharse. Sorprendidos, abrieron mucho los ojos y sus conversaciones se convirtieron en gritos.

Bruce pisó a fondo el acelerador antes de que llegasen al coche. El vestíbulo fue haciéndose cada vez más pequeño en el retrovisor, a medida que se alejaba. Quizá fuera una grosería marcharse antes de tiempo de su propia fiesta para estar solo, cuando todo el mundo quería acapararlo. Pero no aminoró ni miró atrás.

2

Las calles de la Gotham City vespertina estaban salpicadas de luces de neón. A esa hora circulaban pocos coches y Bruce no oía más que sonido del asfalto y el viento, el ruido que hacía su coche rodando a toda velocidad por la autopista. Por eso le gustaban las máquinas. Se guiaban por algoritmos, no por emociones; cuando Bruce pisaba el acelerador, el coche siempre respondía igual.

Tras de sí veía los faros de los *paparazzi*, que intentaban seguirle. Bruce sonrió complacido, con cinismo, e hizo que el cuentakilómetros subiera y subiera. Los contornos del mundo se volvieron borrosos.

Sonó un molesto pitido, seguido de una voz electrónica: «Velocidad no recomendada para este tramo», dijo al tiempo que, en una esquina del parabrisas, se iluminaba la velocidad recomendada y aparecía un indicador que le sugería aminorar la marcha.

—Ignorar —respondió Bruce. Las alertas se apagaron. Sintió que el coche se aferraba y afianzaba su posición en la carretera; si daba la sensación de que temblaba, el vehículo lo compensaba manteniéndose más firme.

«Por lo menos las mejoras de WayneTech funcionan bien», pensó con pesimismo. A Lucius le alegraría saberlo.

Sonó el teléfono, cuyos ecos reverberaron en los oídos de Bruce. Al mirar el identificador de la llamada, vio que era Dianne. Dejó que sonara varias veces antes de responder. La voz de ella se coló en el coche, y también el estrépito de la fiesta.

—¿Bruce? —gritó, con el barullo de fondo—. ¿Dónde te has metido? Te he visto salir con Richard y luego me he enterado de que te habías ido y...

—Es que me he ido —respondió él.

—¿Cómo? ¿Estás bien? —Era la voz de Harvey. Parecía preocupado.

—Estoy bien —los tranquilizó Bruce—. No os preocupéis. Necesitaba aire fresco para despejarme.

Al otro lado hubo un silencio.

—Haz lo que te haga falta —dijo luego Dianne.

—Si nos necesitas —añadió Harvey—, iremos a tu encuentro.

Al oírlos, Bruce se calmó un poco. Los tres habían llegado a un punto en que eran capaces de percibir el estado de ánimo de los otros dos, y ninguno tenía que dar explicaciones. Lo sabían, y punto.

—Gracias.

Colgó.

No tenía ni idea de adónde iba, pero al cabo de un rato se percató de que había tomado una ruta larga de vuelta a la mansión. Salió de la autopista y se metió por una calle conocida, pasó por delante de bloques de apartamentos medio en ruinas, con las paredes manchadas por décadas de porquería y humedad. Entre una ventana y otra colgaban al desgaire varias prendas de ropa. De los conductos de ventilación salía vapor. Esquivó los demás coches a volantazos, viró bruscamente en un cruce y se detuvo en un semáforo.

En la calle, un hombre estaba metiéndose a gatas en una tienda de campaña improvisada; al final de la manzana otro se llenaba los zapatos con papel de periódico. Dos niños jugaban en un callejón repleto de basura.

Bruce desvió la mirada. No debía estar allí. Y aun así, allí estaba, recorriendo los suburbios con un coche que seguramente costaba más de lo que un habitante de aquel barrio podría ganar en toda su vida. ¿De verdad podía entristecerse, con tanto como tenía?

Sus padres se habían pasado la vida luchando por las mejoras de aquellas calles, las mismas sobre las que habían derramado su propia sangre. Bruce respiró hondo cuando el semáforo cambió a verde y aceleró bruscamente. Gotham City estaba destrozada en muchos sentidos, pero no era un caso perdido. Encontraría la manera de mejorarla. Era la tarea que le había sido encomendada.

Las calles no tardaron en volver a llenarse de farolas que no estaban rotas y de ventanas sin tablones. Los fotógrafos iban ganándole terreno, lenta pero progresivamente; si no les daba esquinazo, acabarían aparcando ante las puertas de su mansión e inventarían titulares sensacionalistas para explicar por qué había escapado de su propia fiesta. Se le nubló la vista solo de pensarlo y aceleró hasta que volvió a saltar la alarma.

Cuando llegó a otra serie de semáforos, oyó las sirenas de la policía a lo lejos.

Por un instante se preguntó si vendrían a por él por haberse saltado el límite de velocidad. Luego se dio cuenta de que el sonido procedía de más

adelante y no solo de un vehículo, sino de lo que parecían varias decenas.

La curiosidad se impuso a su lúgubre ánimo. Frunció el ceño mientras escuchaba aquel ulular. Se había pasado tanto tiempo investigando delitos por su cuenta que el fragor de las sirenas siempre hacía que se pusiera rígido en el asiento. En una zona como aquella, un barrio comercial de clase alta, semejante intensidad parecía fuera de lugar. Bruce se desvió de la ruta que lo habría llevado hasta la Wayne Manor y siguió el sonido de los coches patrulla.

Al doblar otra esquina, el estruendo lo ensordeció; un mar de luces rojas y azules apareció de pronto recortado contra los edificios del final de la calle. El cruce estaba completamente bloqueado por barreras blancas y cordones policiales amarillos. Incluso a distancia, Bruce veía camiones de bomberos y furgones negros de los SWAT, el cuerpo de élite, unos junto a otros, y a policías correr de acá para allá ante los faros.

Dentro del coche, la voz electrónica volvió a hablar, seguida de un mapa semitransparente superpuesto en el parabrisas: «Gran actividad policial. Se recomienda tomar otra ruta».

Sintió una punzada de temor.

Quitó el mapa con un gesto rápido y frenó en seco ante la valla. En ese momento, el inconfundible estruendo de las armas de fuego se extendió por el aire nocturno.

Conocía demasiado bien aquel ruido. Al recordar la muerte de sus padres, sintió que se mareaba. «Otro atraco. Un asesinato. Esto es un asesinato».

Negó enérgicamente con la cabeza. «No, no puede ser». Había demasiados agentes como para tratarse de un atraco común.

—¡Salga del vehículo y levante las manos por encima de la cabeza! — gritó una agente por un megáfono, y el eco de su voz reverberó en la manzana. Bruce miró de golpe en su dirección. Por un momento pensó que la orden iba dirigida a él, pero vio que le daba la espalda, pendiente de la esquina con el cartel de BELLINGHAM INDUSTRIES & CO.

—¡Estás rodeado, Nightwalker! ¡No habrá más advertencias!

Un agente corrió hasta el coche de Bruce, haciendo aspavientos para que diese media vuelta.

—¡Váyase ahora mismo! ¡Es peligroso!

Antes de que Bruce pudiera responder, una cegadora bola de fuego surgió tras el agente. La calle tembló.

Aunque estaba dentro del coche, notó el calor de la explosión. Todas las ventanas del edificio estallaron a la vez, y un millón de esquirlas de cristal

llovieron sobre la acera. Los policías se encogieron al unísono, cubriéndose la cabeza con las manos. Contra el parabrisas de Bruce repicaron fragmentos de cristal, como granizo.

Al otro lado del cordón y las barreras, un coche blanco dobló la esquina a toda velocidad. Bruce adivinó al instante el objetivo de aquel vehículo: un hueco estrecho entre las barreras por el que acababa de pasar un camión de los SWAT.

El coche aceleró en dirección a la abertura.

—¡Le he dicho que se vaya! —le gritó el agente a Bruce. Un hilillo de sangre le recorría la cara—. ¡Es una orden!

Bruce oyó el chirrido de los neumáticos del fugitivo contra el asfalto. Había estado miles de veces en el taller de su padre, ayudándolo a reparar una cantidad infinita de motores de los mejores automóviles del mundo. En WayneTech había asistido fascinado a las pruebas de los motores personalizados, prototipos a reacción, tecnología silenciosa... vehículos nuevos, de toda clase.

Por eso estaba seguro: hubiera lo que hubiera bajo el capó de aquel coche, era más rápido que cualquier vehículo al que pudiera aspirar la policía de Gotham City.

«Nunca lo atraparán».

«Pero yo sí».

Seguramente su Aston Martin era el único coche que podía aventajar al del delincuente, el único lo bastante potente como para darle caza. Bruce trazó con la mirada el recorrido que haría su coche, hasta detenerse en una señal al final de la calle, que señalaba hacia la autopista.

«Puedo atraparlo».

El vehículo blanco aceleró hacia el hueco, llevándose por delante dos coches patrulla.

«No. Esta vez no». Pisó a fondo el acelerador.

El Aston Martin emitió un rugido ensordecedor y salió disparado. El agente que le había gritado retrocedió dando tumbos. Por el retrovisor, Bruce vio que se caía y hacía señas a los coches de los demás agentes, con ambos brazos en alto.

—¡No disparen! —le oyó gritar Bruce—. ¡Hay un civil! ¡¡No disparen!!

El fugitivo giró en el primer cruce y Bruce lo siguió a toda velocidad segundos más tarde. La calle seguía en zigzag y luego describía un amplio arco antes de meterse en la autopista. El Nightwalker se incorporó a ella,

dejando tras de sí una humareda y dos marcas de neumáticos sobre la carretera.

Bruce le pisaba los talones, cada vez más cerca. Su coche se adaptó al instante al terreno, tomando perfectamente la curva hacia la rampa de la autopista. Tocó dos veces el parabrisas, justo en el punto donde se veía el coche del Nightwalker.

—Síguelo —ordenó.

En teoría, esa mejora servía para que resultara más fácil seguir a otro coche durante trayectos largos. Un icono verde con forma de mira apareció sobre el coche blanco y el Aston Martin habló:

—«Vehículo identificado».

En un ángulo del parabrisas apareció un mapa en miniatura que mostraba la ubicación exacta del fugitivo con respecto a Bruce. Ya podía tratar de escapar; no conseguiría quitárselo de encima.

Bruce entornó los ojos y aceleró. Le temblaba todo el cuerpo por la descarga de adrenalina.

—Ignorar —dijo cuando el coche intentó que aminorase. Sorteó varios coches de carril en carril. El Aston Martin respondía con precisión milimétrica, siempre seguro de cuándo cabía en un hueco y de la velocidad que debía mantener.

Bruce estaba alcanzando al Nightwalker, y este lo sabía. Se puso a dar acelerones y frenazos. Los pocos vehículos que quedaban en la autopista les cedían el paso a medida que saltaban de carril en carril.

Un haz luminoso cayó sobre Bruce y la autopista que se extendía ante él. Alzó la vista y vio un helicóptero que volaba bajo, siguiendo la persecución en paralelo. Tras él, en la lejanía, se veían las luces parpadeantes de los coches patrulla de Gotham City, pero cada vez se alejaban más y empequeñecían a buen ritmo.

«Pero ¿qué narices estoy haciendo?», se preguntó Bruce, como aturdido por la fiebre. Pero no levantó el pie del acelerador. Tenía los ojos fijos en el coche que zigzagueaba delante de él.

«Un poco más». Estaba tan cerca que veía cómo el conductor volvía la cabeza para mirarlo. El coche blanco esquivó a un camión cargado de gigantescas tuberías, obligando al conductor a invadir el carril de Bruce. El Aston Martin emitió un pitido de advertencia y se apartó automáticamente a un lado. Bruce dio un volantazo tremendo. Por un momento se vio empotrado contra el lateral del camión, pero su coche llegó al otro carril por poquísimos milímetros; encajaba a la perfección en el hueco.

En ese momento, a pesar de todo, Bruce sintió que era invencible, que estaba en su elemento, concentrado solo en no perder de vista su objetivo y en los fuertes latidos de su corazón.

Oyó que desde el helicóptero lo interpelaban por el megáfono:

—¡Hágase a un lado! —le gritaban—. ¡Déjelo ya! ¡Acabará arrestado! ¡Detenga el vehículo!

Pero Bruce ya estaba alcanzando su objetivo. «Casi». Agarró el volante con fuerza, esperando que sus cálculos fueran correctos. Si conseguía rozarlo en el punto justo, la velocidad y la fricción lo lanzarían por los aires. «Todo acaba aquí».

«Alfred me matará».

Pegó una palmadita en el volante. El corazón le dio un brinco por lo que estaba a punto de hacer.

—Perdóname, querido —le susurró al Aston Martin.

Y aceleró. El coche trató de detenerse y Bruce sintió que el volante se resistía a moverse. «¡Alerta! ¡Colisión inminente!».

—¡Ignorar! —gritó Bruce, embistiendo de lleno contra la parte trasera del coche blanco.

Se oyó el estruendo de metal contra metal.

La fuerza del impacto le repercutió en todo el cuerpo y el cuello se le torció hacia un lado; su cuerpo describió un arco y el cinturón le hizo daño en el pecho por la intensidad del choque. Los neumáticos del otro coche chirriaron sobre el asfalto —o quizá fueron los suyos; no estaba seguro— y lo vio saltar por los aires y levitar por un segundo. El mundo se volvió borroso. Durante un instante, logró atisbar el rostro del conductor: un hombre de ojos enormes y con la cara pálida salpicada de sangre.

El coche blanco aterrizó bocabajo. Un estallido de cristales salió disparado en todas direcciones al aplastarse el chasis, que se convirtió en un amasijo retorcido. Aunque Bruce sabía, mientras sacudía la cabeza mareado, que todo habría sucedido en menos de un segundo, creyó ver el metal retorcerse punto por punto y los millones de esquirlas de las ventanillas que cortaban el aire.

Los agentes rodearon el coche blanco, apuntando directamente al conductor que lo ocupaba. Parecía apenas consciente y los brazos le colgaban por delante de la cabeza.

—¡No te muevas, Nightwalker! —gritó un policía—. ¡Quedas detenido!

Bruce sintió que se mareaba de nuevo. Mientras un policía se le acercaba chillando enfurecido, oyó que el coche hacía una llamada para alertar a Alfred

y que les enviaba las coordenadas tanto a este como a la comisaría.

El tutor de Bruce contestó al primer tono, agitado y con voz tensa:

—¡Señor Wayne! ¿Señor Wayne?

—Alfred —se oyó decir Bruce—. No me vendría mal que vinieras a recogerme.

No entendió lo que le contestó Alfred. Ni siquiera estaba seguro de oír sus palabras. Solo recordaría que se derrumbó en el asiento y el mundo se oscureció.

3

Entrometerse en la escena de un crimen. Desobedecer las órdenes de un agente. Obstaculizar la acción de la justicia.

Si lo que Bruce quería era evitar la atención de la prensa tras el frenesí de la fiesta de su decimotavo cumpleaños, estampar su coche nuevo contra el de un delincuente no había sido una buena idea. Sobre todo cuando faltaba tan poco para graduarse.

Por lo menos los periódicos habían dejado de lado a sus padres y su dinero, y se habían centrado en asuntos relativos a su bienestar y en reproducir en las portadas fotos de su coche destrozado. Una oleada de rumores sobre su muerte se había extendido por internet justo después del choque, junto con especulaciones sobre si conducía borracho o estaba huyendo de la policía.

—Una semana movidita, ¿eh? —le dijo Lucius desde el otro lado de la mesa.

Ambos estaban sentados en la sala de espera de los juzgados, viendo las noticias, que volvían a dar las imágenes de su Aston Martin estrellándose contra el fugitivo. Habían pasado dos semanas y a Bruce aún le dolía ligeramente la cabeza debido a la contusión. Por ello había estado una semana entera sin ir a clase y la siguiente aguantando las preguntas de sus compañeros y a las nubes de periodistas que se congregaban ante las puertas de la mansión. Y sin embargo, no podía dejar de sentir cierta satisfacción por la cobertura televisiva. Para todo el que lo viera —Lucius incluido— quedaba claro que, de no haber sido por él, el coche blanco habría dado esquinazo a la policía.

Al juez iba a darle igual, obviamente.

—Al menos el coche reaccionó como se esperaba, ¿eh? —se arriesgó a decir—. Menuda prueba para los sistemas de seguridad, ¿no?

Lucius lo miró enarcando una ceja, sin poder disimular una sonrisita ante el comentario; suspiró y negó con la cabeza. Por lo menos su cara no traslucía pánico, como cuando había ido a visitar a Bruce al hospital y lo había visto con un vial intravenoso.

—Es culpa mía —dijo—. No debí pedirte que llevaras el coche a la gala, para empezar.

—Estaba en el lugar más adecuado y en el momento más oportuno.

—Más bien al revés, Bruce. ¿Por qué lo hiciste? ¿Te entraron ganas de impartir justicia de repente?

Era la misma pregunta que le había formulado la policía, en un primer momento, pero Bruce aún no estaba seguro de la respuesta.

—Creo que... porque sabía que podía detenerlo. Y la policía no. ¿Qué iba a hacer, quedarme mirando sin mover un dedo?

—No eres agente de la justicia, Bruce —replicó Lucius, con un deje de compasión en la voz—. No puedes inmiscuirte de esa forma.

Bruce no dijo nada. De haber podido tomar cartas en el asunto años atrás, en el callejón, su vida seguramente habría sido muy distinta. Sin embargo, dijo:

—No volveré a hacerlo.

En la noticia se mostraba cómo los agentes ordenaban a gritos al conductor que saliera y el momento en que lo sacaban del vehículo destrozado.

«Se trata de un miembro de base de los Nightwalkers», informaba el periodista. «Se sabe poco del grupo, aunque las autoridades han dado a conocer su símbolo, que aparece en los lugares contra los que atacan».

«Los Nightwalkers». Bruce recordaba a la policía gritando esa palabra. Había oído mencionar el nombre con más frecuencia durante el último año, en las noticias; de hecho, el principal sospechoso del asesinato de aquel hombre de negocios, *sir* Grant, era, por lo visto, un Nightwalker. En la pantalla apareció la imagen de una moneda envuelta en llamas, y más fotografías del símbolo pintado en los laterales de varios edificios, en las escenas del crimen. Representaba una aciaga amenaza, y era personal: la riqueza que ardía, como harían la suya, y él mismo, si les daba la oportunidad.

—Bueno, Bruce —dijo Lucius cuando las imágenes comenzaban a repetirse. Se recostó en la silla y se pasó una mano por el pelo rizado oscuro casi rapado. Las luces de la sala le daban a su piel morena un resplandor pálido—. Me imagino que habrá que cambiar los planes para el verano.

Bruce se volvió y miró a su mentor. Para ser el nuevo jefe de investigación y desarrollo de WayneTech, Lucius Fox era increíblemente joven. Era de sonrisa fácil, ojos brillantes y alertas y paso enérgico; parecía siempre con muchas ganas de cambiar el mundo.

—Puedo aprovechar mis ratos libres y pasarme por el laboratorio —le propuso Bruce, dirigiéndole una mirada esperanzada—. Pero asegúrate de que no conduzca yo.

Lucius soltó una carcajada, relajado.

—Ya veremos qué hacemos con tu horario. —Señaló con la cabeza una tableta que había entre los dos, sobre la mesa—. El mundo es más peligroso de lo que crees, Bruce. Intentamos guardarte las espaldas, ¿de acuerdo?

Bruce miró la tableta con atención. Mostraba sus cuentas bancarias, a las que solo se podía acceder con su huella digital y un código, otra prueba de la tecnología que Lucius y WayneTech habían estado desarrollando. «Si se registra un acceso sospechoso a tus cuentas, por ejemplo con un código incorrecto», le había dicho Lucius, «saltará la alarma en nuestra red de seguridad y el ordenador responsable será desconectado en un segundo».

Bruce asintió.

—Gracias por esto —dijo—. Me muero de ganas de ver lo que ha estado haciendo tu equipo.

Los ojos castaños de Lucius se iluminaron.

—Los androides centinelas aún no están listos para patrullar por Gotham City, aunque ya hemos implantado el Armamento Defensivo Avanzado en Metropolis. Ganaremos una fortuna con las ventas.

«Armamento Defensivo Avanzado». Era una misión que los apasionaba a los dos, a Lucius y a él: tecnología de encriptación que asegurara los bancos de Gotham City, igual que aseguraba las cuentas de Bruce; robots que garantizaran la seguridad en las calles. Tecnología en todos los frentes, para mantenerlos a salvo.

—Eso es bueno. Esta ciudad necesita más seguridad —dijo en voz baja—. Si seguimos así, lo lograremos. No me cabe duda.

Con el rabillo del ojo, Bruce vio en las noticias la imagen del Nightwalker con las manos en alto. Se había suicidado en prisión, un día antes del interrogatorio, cortándose las venas con una cuchilla en la que nadie había reparado durante el registro. La policía no tenía ni idea de qué habían estado haciendo los Nightwalkers en aquel edificio, y ahora, con el único sospechoso muerto, habían perdido un rastro valiosísimo.

Bruce se fijó con detenimiento en la foto policial que aparecía en la pantalla, intentando aceptar que el hombre que había visto con vida hacía dos semanas estaba muerto. Solo de pensarlo se le revolvió el estómago. O era un esbirro sumamente leal a su jefe, fuera quien fuera, o le tenía un miedo atroz.

Lucius miró el televisor y asintió.

—Con los Nightwalkers rondando por la calle, mejor que sea pronto.

Se hizo un silencio y el recuerdo de sus padres se impuso en el ambiente, pesadamente, antes de que Lucius se levantara. Colocándose junto a Bruce, le puso una mano en el hombro.

—Valor, Bruce —lo animó Lucius, con dulzura.

Bruce le recordaba aquella misma expresión cuando visitaba WayneTech con su padre y escuchaba cómo Lucius —que por aquel entonces era un prometedor becario— le hablaba a su padre de una serie de proyectos nuevos en que estaba trabajando. Le devolvió la sonrisa a su mentor.

—Perdóname por estos problemas, Lucius.

Este volvió a darle una palmadita en el hombro.

—Ya te contaré algún día los líos en que me metía a tu edad.

Se despidió y salió de la sala.

El teléfono de Bruce sonó. Lo miró y vio varios mensajes de Harvey y Dianne.

Harvey: «Oye, ¿cuál es el veredicto oficial?».

Bruce: «¿Tú qué crees? Culpable».

Harvey: «Lo siento, tío. ¿Y la sentencia?».

Bruce: «Cinco semanas bajo vigilancia más servicios a la comunidad».

Harvey: «¡Nooo!».

Dianne: «¡Es casi medio verano! ¡Además, con la graduación y los exámenes tan cerca! ¿Te han dicho dónde los prestarás?».

Bruce: «Aún no».

Harvey no respondió, pero Dianne envió varios emoticonos de caras tristes.

«¿Y si nos vemos pronto?», preguntó. «Podemos celebrar que has sobrevivido y no te has desnucado. Aún tenemos pendiente la cena de tu cumpleaños». Pausa. «No va a pasarte nada, ¿de acuerdo?».

Bruce sonrió al leerlo. «Gracias», contestó.

Justo cuando empezaba a preguntarse cuánto tiempo más tendría que permanecer en la sala de espera, entraron dos policías. Con un gesto de la cabeza, uno le indicó que los siguiera.

—Puedes irte —le dijo—. Te llevaremos a casa. Tu tutor legal y la inspectora Draccon se reunirán allí contigo.

—¿La inspectora Draccon? —preguntó Bruce, sin detenerse.

—Está negociando tu sentencia con el señor Pennyworth.

No parecía que el agente tuviera interés en dar mayor información. Bruce se quedó elucubrando sobre la identidad de la inspectora.

Media hora después llegaban a la verja ornamentada y chapada en oro de la Wayne Manor. Vieron las cuatro columnas de la entrada principal y la escalinata de piedra que conducían a las enormes puertas dobles. En cada uno de los extremos del edificio se alzaban dos torres idénticas. Varias farolas, aún sin encender, porque era temprano, flanqueaban el sendero adoquinado que llevaba de la verja a la escalinata.

Bruce reparó en un coche azul aparcado junto a la verja, con el letrero JEFATURA DE POLICÍA DE GOTHAM CITY rotulado visiblemente en las portezuelas. Junto a la puerta del conductor estaba Alfred y a su lado había una mujer que llevaba una falda clara de seda, que contrastaba con su piel negra, y una gabardina de color canela delicadamente colocada sobre los hombros. Al acercarse el coche patrulla, se irguió. Alfred hizo señas al coche para que avanzara y la mujer clavó los ojos en Bruce.

—Me han hecho esperarles —le espetó al agente que conducía.

—Perdone, inspectora —se disculpó—. Había bastante tráfico de camino.

—Bruce —dijo Alfred agachándose para mirar el vehículo—, esta es la inspectora Draccon.

La inspectora le tendió una mano por la ventanilla. Bruce se fijó en los sobrios anillos de plata que lucía y en sus uñas pulcramente esmaltadas, de un tono marrón claro.

—Encantada, Bruce Wayne —lo saludó ella—. Me alegra constatar que no has conducido tú. —Se dio la vuelta.

Por las ventanas del vestíbulo, que estaban abiertas de par en par, entraban el sol y la brisa. Bruce franqueó la puerta principal y penetró en el vestíbulo de alto techo. Una escalera con barandilla de hierro forjado acababa, tras un giro, en una balaustrada que daba al comedor y el salón. En aquel momento, todo parecía sumido en el desorden: los muebles estaban cubiertos por telas blancas, protegidos mientras los operarios daban la última capa de pintura a las paredes, y un tramo de la escalera estaba bloqueado porque había que cambiar parte de la barandilla, que estaba floja. Alfred dirigía a dos empleados que llevaban provisiones a la cocina, para la semana.

Podría haber sido una tarde cualquiera, de no ser porque Bruce se vio sentado de repente frente a una inspectora adusta cuyos ojos lo observaban tras unas gafas de pasta roja. Era una mirada inquisitiva.

No había en ella nada fuera de lugar, ni siquiera una arruga en su atuendo. Su pelo negro, pulcramente trenzado hacia atrás, formaba un apretado moño. Ni un solo rizo se había soltado.

Bruce no sabía a ciencia cierta en qué categoría meterla. Había conocido a poca gente que no intentara ni hacerse la simpática para sacar algo a cambio, ni hacerle la vida imposible por envidia. Pero la inspectora no quería sacarle nada, no le envidiaba y desde luego no daba la sensación de tener intenciones ocultas. No trataba de disimular lo mucho que le desagradaba Bruce, el cual pensó en el trabajo de ella, en qué casos habría investigado a lo largo de los años.

Draccon frunció los labios al percatarse del interés con que la miraba Bruce.

—En comisaría, un agente me ha contado que aún se acuerda de cuando eras pequeño. Quién podía imaginarse la película que te has montado.

—No era una película —terció él—. Ya me prestan suficiente atención.

—Vaya —respondió ella tranquila, con frialdad—. Conque sí, ¿eh? Pues no se te da muy bien evitarla, me parece. Menuda suerte: tienes una jauría de abogados para irte de rositas.

—No me voy de rositas —se quejó él.

Alfred le lanzó una mirada de advertencia cuando colocó una tabla de quesos y una bandeja con el té sobre la mesita de centro que los separaba.

La inspectora se inclinó para coger su taza, cruzó las piernas y le hizo un gesto a Bruce.

—¿Alguna vez has hecho las tareas domésticas?

—Antes ayudaba a mi padre en el garaje, y a él y a mi madre con el jardín. Trabajé de voluntario sirviendo sopa, con ellos.

—En otras palabras: no.

Bruce abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. No. Era cierto. Alfred supervisaba a doce empleados que se encargaban de la mansión: a cambio de un buen sueldo, debían comportarse con profesionalidad y dejarse ver lo menos posible. En la cocina los platos sucios se esfumaban y en los baños aparecían toallas dobladas y listas para su uso. Bruce recordaba el ruido esporádico de un aspirador en el vestíbulo, de unas tijeras al podar los setos del jardín. Sin embargo, con una punzada de vergüenza, se dio cuenta de que no conocía ni a uno solo de los empleados de la Wayne Manor.

—Pues en breve tendrás que ponerte a ello —prosiguió la inspectora—. Voy a supervisar personalmente los servicios comunitarios que prestes, Bruce. ¿Sabes lo que implica eso?

Él la miró tratando de mostrarse sereno.

—¿Qué?

—Que me encargaré de que nunca más te entren ganas de infringir la ley.

—Sorbió el té con delicadeza.

—¿Y adónde va a mandarme?

Draccon dejó la taza en el plato.

—A Arkham Asylum.

4

—Arkham Asylum. —Harvey reflexionaba mientras él y Dianne pasaban una y otra vez ante la isla de la cocina de Bruce—. ¿No es donde encierran a los delincuentes que están chalados? No sabía que un sitio como ese estuviera entre las opciones del servicio comunitario.

Bruce apenas tocaba la comida. Había pedido hamburguesas y batidos, para no salir a cenar, pero ninguno parecía tener demasiado apetito.

—He oído que entrar en Arkham es como una pesadilla —añadió Dianne, frunciendo el ceño—. ¿En serio que a Draccon le parece bien mandarte allí? ¿Cómo vas a concentrarte? Es época de exámenes.

—Pero ¿tú estudias para los exámenes? —Bruce le sonrió burlón—. Eres la alumna más aplicada que conozco.

—¡Bruce, hablo en serio! ¡Arkham es peligroso! ¿O no? Mi madre me ha dicho que los que cumplen condena allí han cometido los crímenes más atroces en la historia de Gotham City. Siempre hay fugas y peleas...

Harvey refunfuñó. Se pasaba una moneda de veinticinco centavos entre los nudillos, con movimientos fluidos, como si fuera de agua. Con un rápido movimiento de la muñeca, hizo aterrizar sobre la encimera la moneda, que se puso a girar.

—Igual que en el resto del mundo —farfulló, derribando la moneda de un manotazo en cuanto perdió impulso. Salió cara.

Bruce intentó mirar a Harvey sin dejar traslucir su empatía. Se encontraba allí para apoyarlo, por descontado; pero se había refugiado en la mansión de Bruce para evitar a su padre, que había vuelto a llegar a casa muy borracho. Cuando Harvey le había recogido el abrigo, que había tirado al suelo, para colgarlo, su padre se había dado la vuelta y le había gritado: «¿Crees que no sé cuidarme solo?». Siempre había algo que lo sacaba de quicio. El cardenal en el mentón de Harvey ya se veía amoratado.

—Te quedas a dormir, ¿verdad? —preguntó Bruce, mientras Harvey volvía a pasarse la moneda entre los nudillos.

Se toqueteó el cabello rubio y no levantó la vista.

—Si a Alfred no le importa... —dijo—. Perdona que siempre...

—Deja de disculparte. Quédate todo el tiempo que quieras. —Bruce señaló con la barbilla la escalera del salón—. Ya tienes preparado el dormitorio de invitados del ala este. Ten cuidado con los pasamanos, están flojos. Y en el armario hay un montón de ropa limpia.

—La ropa me la pago yo —lo cortó Harvey remangándose la vieja sudadera.

Bruce carraspeó.

—Me refería a que no tendrías que pasar por tu casa para recoger nada. Aquí hay de todo. Si te hace falta algo, pídeselo a Alfred.

—Gracias. Me quedaré solo esta noche. Mi padre me esperará por la mañana. A esas horas ya estará sobrio.

Dianne intercambió una mirada con Bruce y alargó la mano para apretar el brazo de Harvey.

—No tienes por qué volver por la mañana; nada te obliga —le aseguró con dulzura.

—Es mi padre. Además, si no voy acabaré metiéndome en un lío mayor.

Bruce apretó el puño sobre la mesa. Ya había perdido la cuenta de las veces que había denunciado al padre de Harvey, pero siempre que llegaban los de servicios sociales, el señor Dent daba la impresión de ser un hombre tranquilo y sensato.

—Harvey —volvió a intentarlo Bruce—, si lo denuncias no tendrás que volver. Podrías...

—No voy a traicionarlo —lo interrumpió su amigo. Hizo girar la moneda con tanta fuerza que recorrió la encimera y cayó. Resonó contra el suelo de baldosas.

Bruce reprimió un suspiro.

—Bueno... pero puedes quedarte más, ¿de acuerdo? Si quieres...

—Me lo pensaré.

Sin embargo, Harvey había empezado a rehuir las preguntas, y Bruce sabía que insistir en el asunto sería ir demasiado lejos. Dianne lo miraba con fijeza, como queriendo decir «Déjalo estar». De pronto, el servicio comunitario en Arkham parecía trivial, una minucia, comparado con lo que Harvey debía vivir cada vez que entraba en casa.

Harvey se agachó, recogió la moneda y la hizo girar de nuevo.

—Oye, ¿la inspectora te dijo por qué te mandaba allí? —preguntó, cambiando de tema.

—No hizo falta —contestó Bruce—. Me parece que ha escogido un lugar donde yo pueda aprender una lección.

—¿Cuál?

—¿«Nunca ayudes a la policía»? —aventuró.

Harvey suspiró.

—Mejor dicho: «No te metas en el trabajo de la policía». Bruce, no te corresponde salvar al mundo.

—Ya. Ya lo sé. —Bruce hizo una mueca, recogió la moneda de Harvey y la observó con atención—. Me gusta ponerme las cosas difíciles. Me moría de ganas de aprovechar el último verano con vosotros.

Dianne le propinó un codazo amistoso.

—¿No ibas a trabajar en verano con Lucius, en los proyectos de seguridad de WayneTech? A lo mejor conocer Arkham por dentro te da algunas ideas.

«Algunas ideas». Por un instante, Bruce se recreó en aquellas palabras. No le faltaba razón. Llevaba obsesionado con resolver casos desde pequeño, pero leer novelas de misterio y escuchar la frecuencia de la policía en plena noche no era nada comparado con estar en el interior de una prisión. Quizá podía dedicar el tiempo que pasase allí a averiguar cómo funcionaba la justicia, a analizar de cerca el comportamiento de los reclusos y la seguridad. Por lo menos era una forma más positiva de pensar en su condena.

—Intentaré ganarme a Draccon. A lo mejor todo eso no está tan mal.

—Por lo menos podrás alardear de haber visto a los peores delincuentes de la ciudad —lo animó su amiga, hincándole el diente a su hamburguesa—. Piénsalo: ¿cuándo tendrás oportunidad de repetir una experiencia así?

Una vez, en el primer año de instituto, Bruce había visto un documental sobre el Elizabeth Arkham Asylum. Se trataba de una investigación que en una hora ponía al descubierto los entresijos del sistema penitenciario de todo el país. Arkham, a las afueras de Gotham City y supervisado por el gobierno municipal, había sido destacada por la controversia que provocaba. Si se trataba de una cárcel, las voces críticas exigían que se la llamase como tal; si era un hospital, debía convertirse en un centro de custodia, una institución mental o un centro de rehabilitación. Los manicomios eran reliquias de tiempos oscuros y debían permanecer en el pasado. Bruce sabía de varias

peticiones recientes para cambiar el nombre de Arkham y modernizar el edificio.

Sin embargo, mientras Alfred lo llevaba por la carretera desolada que salía de la ciudad y dejaban atrás un bosquecillo, una colina de hierba amarillenta y un tramo de rocas, Bruce no dejaba de considerar Arkham como un lugar que no podía cambiar. O que nunca había cambiado. La larga carretera que conducía a la puerta principal estaba flanqueada de árboles raquíticos, sin hojas, a pesar de que se había adelantado el verano. Algunas viejas señales desaconsejaban recoger a autostopistas. A lo lejos se divisaba una torre antigua, que formaba parte del centro y que en el pasado había alumbrado a los presos que habían tenido la suerte (o la desgracia) de cruzar los muros de la prisión.

«Vaya manera de pasar un sábado», pensó Bruce, taciturno. Se preguntó cómo sería aquello cuando acabaron de construirlo. No consiguió imaginar ni árboles floridos ni césped verde. Quizá aquel sitio siempre había estado medio muerto.

Arkham dominaba amenazadora la colina. Las verjas parecían salidas de un tiempo muy lejano, altas e imponentes, góticas, y con una placa de hierro donde se leía ARKHAM ASYLUM que destacaba sobre los barrotes rematados en punta. Flanqueaban la verja dos estatuas idénticas, que los miraban maliciosamente, con los cuerpos huesudos que sobresalían bajo los capotes tallados, el semblante serio y las mejillas hundidas. Una de ellas sostenía una balanza en su puño inmóvil. Bruce era incapaz de decir si representaban la justicia o la muerte. A lo mejor en aquel lugar no había diferencia entre una y otra.

Arkham Asylum tenía forma de U gigante, una aberración de roca y agujas, con plantas enteras desprovistas de ventanas. Cuatro torres de vigilancia custodiaban el recinto, así como un edificio principal que se alzaba en medio del terreno y cuyo tejado remataba en punta. Otras torres más bordeaban la verja y la puerta principal; incluso desde el coche, Bruce divisó a los guardias apostados en las atalayas, con los rifles en posición y los cañones destacados contra el cielo gris.

Mientras avanzaban por la explanada de cemento, Bruce vio a Draccon. Tan impecable como siempre, con las trenzas recogidas en su moño habitual, los esperaba ante la imponente entrada, acompañada por dos guardias y una mujer baja y robusta que llevaba una blusa negra y sobria.

Bruce respiró hondo. No tenía por qué estar tan nervioso, pero al mirarse las manos sobre el regazo, se dio cuenta de que le temblaban. Las juntó y

apretó. Atravesar la verja de Arkham le recordó lo inexpugnable que era el complejo. Fue presa de una desagradable sensación: ahora era un prisionero condenado a reclusión allí. No podía imaginarse cómo habían podido escapar los reclusos en el pasado.

«No será mucho tiempo, cinco semanas pasan volando», trató de convencerse.

—Buena suerte, señor Wayne —le dijo Alfred al parar ante la escalinata de la entrada.

Bruce apartó la vista de las ventanas y miró el retrovisor, donde vio reflejada la mirada conocida de Alfred. Suspiró, le hizo un gesto con la cabeza, abrió la puerta del coche y salió para presentarse a las personas que lo esperaban.

Mientras se aproximaba, la mujer de la blusa negra descruzó los brazos y le tendió una mano. Era más baja que Bruce, pero este hizo una mueca de dolor al notar la fuerza de su mano. Tenía la piel ligeramente morena y su mirada color avellana era dura como el vidrio. Bruce se fijó en que los guardias que la custodiaban llevaban chalecos antibalas con el rótulo SEGURIDAD.

—Llega pronto —rezongó la mujer. Miró por encima del hombro de Bruce, hacia el coche de Alfred, que estaba dando la vuelta para marcharse—. Por suerte escogió usted a un niño que sabe la hora que es.

—Alfred no es mi niño —repuso Bruce—; es mi tutor.

La mujer se limitó a sonreír.

—Claro. Supongo que no piensa en usted como un niño al que hay que cuidar.

—Bruce, te presento a la doctora Zoe James —intervino Draccon colocándose las gafas y soltando un suspiro—. Alcaldesa de Arkham. Tratarás en todo momento con ella.

—La inspectora cree que soy difícil de tratar. —James le guiñó un ojo—. Pero esta visita suya será divertida, ¿verdad que sí, Wayne?

—Es que es usted difícil de tratar —replicó Draccon, mirando al cielo con exasperación—. James, no me obligue a arrepentirme.

—Siempre he sido la persona más agradable del mundo.

Sin darle tiempo a responder, James se puso a silbar una cancioncilla y les hizo una seña para que la siguieran. Se volvió y miró a Bruce.

—Cada vez que venga deberá firmar en el registro de entrada, o no se le computarán las horas de servicio. Pórtese bien o le complicaremos mucho las cosas.

Se detuvieron ante la puerta principal. Bruce no había reparado en que las dos hojas eran robustas y metálicas, de diseño moderno que contrastaba con el estilo gótico general. James llevó una mano a un panel electrónico que había a un lado y tecleó con ímpetu un largo código. Se oyó un ruido metálico y las dos hojas se abrieron, dando paso a un vestíbulo alumbrado a media luz.

Bruce siguió a Draccon y a la doctora James hasta el mostrador, protegido por una gruesa mampara de vidrio. Las puertas se cerraron tras ellos con un chasquido, atrapándolos en el interior.

Un empleado con cara de pocos amigos los miró y siguió mascando chicle ruidosamente. Al ver a Bruce, dejó de rumiar por un momento. Esbozó una sonrisa torcida.

—El chico —dijo, entornando los ojos con suspicacia mientras le entregaba una ficha por la ventanilla que había en la base de la mampara. Saludó a James con una inclinación de la cabeza—. Pues en la tele parece más rico.

Bruce no levantó la vista, con la esperanza de que el hombre no reparase en que se había ruborizado un poco, relleno la ficha lo más rápido que pudo y se la devolvió al hombre. Draccon y James lo guiaron dentro del complejo, a través de un par de puertas deslizantes atrancadas, flanqueadas por guardias con armas de verdad.

Estaban en las entrañas de Arkham.

Lo primero que le llamó la atención a Bruce fue la escasa iluminación de los pasillos. Una luz fluorescente y gélida se proyectaba contra los suelos de baldosas y las paredes manchadas, tiñéndolo todo de verde pálido. Tenía la sensación de que los muros iban a acercarse cada vez más y aplastarlo como a una alimaña. Desde otro pasillo, le llegaron los ecos de unos gritos coléricos y de lo que podía ser tanto una carcajada como un sollozo.

—El lugar está supervisado por la administración del alcalde Price —explicó James a medida que avanzaban—. La estrecha vigilancia a la que someten cada aspecto de esta institución (los guardias, la tecnología, las instalaciones, los empleados) te permitirá hacerte una idea de lo peligrosos que son estos delincuentes para la ciudad.

Una pareja de guardias que avanzaba por el pasillo ni los miró mientras arrastraban a un reo con medio rostro surcado por una cicatriz. Al verlos pasar, el reo reaccionó.

—Vaya, vaya —dijo, estirando el cuello. Con el ceño fruncido, se dirigió a Bruce—: ¿Qué hace este delicado pedazo de carne en un sitio como este?

Y sin que a nadie le diera tiempo de detenerlo, se precipitó hacia Bruce.

Este adoptó instintivamente una posición de combate. Pero James fue más rápida: agarró al recluso por el brazo derecho, se lo retorció y lo acorraló contra la pared con tal fuerza que sus mejillas enrojecieron.

—Menudos reflejos —le comentó Draccon a Bruce, ligeramente impresionada.

A Bruce el corazón le latía con furia.

—Al menos el gimnasio sirve de algo —consiguió responder él.

—Otra tontería como esta —le advirtió James al recluso— y te aumentaré la sentencia unos cuantos años. Sé que te encanta pasar tiempo conmigo.

Le sonrió gélidamente y él soltó un gruñido. Volvió a mirar a Bruce y esbozó una sonrisa siniestra.

—Tienes la piel muy tersa y muy fina para estar aquí, guapo —le espetó—. Si te apetece unas cicatrices, ven a visitarme.

Bruce apartó la vista mientras el corazón le martilleaba el pecho. Los guardias se llevaron al reo a rastras por el pasillo. Bruce trató de imaginarse cómo sería el hombre a su edad, como él mismo: un chico sentado ante la puerta principal, en el césped, contemplando junto a su padre las bandadas de murciélagos que invadían la noche. Aunque quizá algunas personas nunca habían sido jóvenes.

James estaba a su lado, observándolo con los brazos cruzados.

—Wayne, ¿en qué piensa?

—Me pregunto en qué momento pasa alguien de ser un niño a convertirse en un asesino.

—Vaya. ¿Le interesa la psicología criminal? —inquirió James—. Pues está en el sitio adecuado. Nuestros reclusos lo harán temblar de pavor. Ese hombre que acaba de ver asesinó a cuatro personas en un café.

Bruce sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Parecía encantador —murmuró.

—La doctora James lleva diez años ejerciendo de alcaidesa —apuntó Draccon—. Como ve, hace falta un temple de acero para coordinar un centro como Arkham.

Dejaron atrás el pasillo, que de repente se abrió a un pabellón enorme, de techo abovedado y repleto de pisos y más pisos de celdas. Bruce se quedó de piedra al descubrir el verdadero tamaño de Arkham. Era la antesala del infierno.

—¿Qué pasa? —preguntó Draccon, secamente—. ¿Se arrepiente ahora del paseíto en coche?

—Estamos en el ala este, sección femenina —anunció James mientras giraban a la derecha—. Los hombres están en el ala oeste. La enfermería se encuentra en la zona central, entre ambas alas.

«Por eso tiene forma de U», pensó Bruce.

—Hay otro nivel bajo nuestros pies que alberga a los reclusos que reciben tratamiento intensivo. Barrerá y fregará el suelo del ala este, y también limpiará los retretes de los guardias. Mañana se ocupará del nivel inferior. Ajustaremos su horario a lo que le queda de curso escolar, pero en cuanto empiece el verano espero verle aquí todas las mañanas. A nuestros conserjes no les cuesta nada dejarlo todo limpio como una patena; imagino que un multimillonario no tendrá problemas en hacer lo mismo. Le aconsejo que aprenda rápido.

Bruce miró hacia el interior de una celda. Una reclusa de uniforme naranja, que estaba apoyada contra los barrotes, en cuanto lo vio empezó a hacer aspavientos.

—¡Chicas! —chilló al verlos pasar—. ¡Parece que nos han mejorado los guardias!

Las otras respondieron a gritos, con comentarios vulgares e insinuaciones. Bruce apretó los dientes y fijó la vista en la pared. Había visto a chicos piroppear a Dianne, incluso se había peleado con algunos por esa razón. Pero nunca lo había vivido en carne propia. «Bruce, ¿por qué no sonríes un poquito?». Se acordó de los *paparazzi* , rondándolo como moscas, acribillándolo a preguntas, castigándolo cuando no respondía lo que se esperaba de él. Echó un vistazo a Draccon; a pesar de que deseaba castigarlo, hasta ella parecía compadecerse un poco de él.

Por fin, y por fortuna, llegaron al final de la sección. James los guio por la enfermería. Se cruzaron con empleados que arreglaban las puertas en los pasillos verdes, teñidos de una luz fluorescente y fría.

Bajaron en un ascensor al sótano. Estaba oscuro, frío y húmedo. De todas partes emanaba una ranciedad permanente. Sobre la puerta colgaba un letrero: ARKHAM ASYLUM. TRATAMIENTO INTENSIVO.

—Aquí abajo tenemos a lo peor de lo peor —le dijo James, volviéndose—. Si fuera usted, me daría prisa en limpiar esta zona.

Dos hombres estaban reprogramando el panel de seguridad de la puerta. Bruce se fijó en las cámaras fijadas al techo a intervalos regulares. En aquella planta inferior, las puertas eran sólidas, de metal, versiones más pequeñas de las deslizantes de la entrada y notablemente más resistentes que las de los pasillos superiores. Tenían sendas ventanas con un cristal que seguramente

sería antibalas; por ellas, Bruce veía de vez en cuando a un prisionero sentado en una habitación desnuda. Los uniformes que llevaban no eran naranjas, como los de los demás internos, sino blancos, como si así se los agrupara en una variedad especialmente peligrosa.

—James, hay más internos que de costumbre —comentó Draccon.

—Y más delincuencia que de costumbre —repuso la alcaidesa encogiéndose de hombros—. Ayer mismo entraron tres Nightwalkers, los trasladaron desde la cárcel municipal.

Draccon hizo un gesto de frustración.

—Aún no saben qué se traían entre manos aquella noche, ¿verdad? —preguntó James.

—Me temo que no —contestó Draccon.

—¿Los Nightwalkers? —intervino Bruce, agradecido por pensar en algo que no fuera su condena—. ¿Cuántos hay en total?

—No se meta en esto, Wayne —lo cortó Draccon—. Dé las gracias de que no sea problema suyo.

De una de las celdas al final del pasillo llegaban voces. Cuando ya estaban casi ante ella, James la señaló con la cabeza.

—En esa está uno de esos a los que han trasladado. El Nightwalker más difícil con el que hemos tenido que tratar.

Por la ventana Bruce atisbó la escena que se desarrollaba dentro. Tres hombres, uno vestido de inspector y otros dos con uniforme policial, se apiñaban en torno a otra persona, a la que interrogaban. Las voces frustradas eran las de los policías.

—Te hace mucha gracia, ¿verdad? —se oyó gritar a uno de ellos—. Degüellas a un viejo y te quedas mirando cómo se desangra. ¿Cómo accedisteis a sus cuentas? ¿Qué va a hacer tu banda con esos millones? No contestas, ¿eh? Ahórrate la sonrisita.

—O te la quitaremos nosotros —añadió el otro.

—¿Con quién más estabas? —gruñó el primero. Por su tono, parecía que no era la primera vez que lo preguntaba.

Bruce intentó distinguir la cara del reo, pero pasaron de largo y no le dio tiempo. Los gritos fueron apagándose progresivamente. James esbozó un gesto de hastío.

—Esa aún no ha hablado.

—Yo misma dicté su orden de traslado —comentó Draccon, mirando a Bruce con frialdad—. No se preocupe. Siempre acaban confesando.

Al salir del pabellón aún se oían los ecos iracundos del interrogatorio. En la mente de Bruce empezó a formarse una pregunta: ¿qué intentaban sonsacarle los policías a la interna? Pronto bajaría a menudo allí; vería repetirse la escena una y otra vez. Quizá en la siguiente ocasión habrían conseguido que confesara.

Y quizá Bruce podría ver, fugazmente, de quién se trataba. Quién era.

5

—¿Qué pasa, guapo? ¿Nunca te habías ensuciado las manos?

Arkham, primer día. Mientras limpiaba los barrotes, los reclusos acribillaban a Bruce a miradas maliciosas. Sus sonrisas lo apuntaban directamente y el eco de sus bromas resonaba por los pasillos. Se oía el golpeteo de cepillos y botas contra las rejas.

Su aspecto contrastaba totalmente con el que lucía en la fiesta de su cumpleaños, con aquel traje hecho a medida y el Aston Martin personalizado. Vestía un mono azul y en las manos llevaba unos guantes amarillos, de limpieza.

«No les hagas ni caso. Concéntrate y ya está», se repetía Bruce a medida que avanzaba por el pasillo. Querían verle la cara, sacarlo de sus casillas.

—Chicas, un multimillonario está limpiándonos la mierda.

Más piropos e insinuaciones.

—¡Vaya! El dinero ya no vale tanto como antes, ¿eh?

—Pero qué mono es, ¿verdad?

—Me metería de cabeza en el trullo solo por darle un bocadito. Venga, Bruce Wayne, sonríte un poco.

—Oye, oye... Si te quitas la camiseta y limpias el suelo con ella te lo pondremos más fácil.

El pabellón se llenó de risas.

Continuaron así durante todo el día, pabellón tras pabellón, hasta que todas esas risas se convirtieron en un único sonido de fondo. Bruce agachaba la cabeza. James le pasó revista tres veces, y aunque en ningún momento le dirigió más que una mirada fugaz y un gesto con la nariz, él echaba de menos su presencia. En cuanto aparecía las reclusas se callaban y tras su marcha se pasaban unos minutos sin meterse con él, concediéndole un indulto momentáneo.

Al acabar la jornada, James se presentó ante él.

—Wayne, lárgate. —Le indicó que la siguiera por el pasillo—. Estás agotado, no haces más que esparcir la porquería por el suelo.

No era compasión, aunque Bruce decidió que se le parecía un poco. Casi no recordaba haber firmado para irse. No recordaba haber subido al coche de Alfred. Solo sabía que se había hundido en el cálido asiento de cuero y que había despertado en su cama a la mañana siguiente.

—¿Qué tal te fue? —le preguntó Dianne al día siguiente, cuando iban a clase de lengua.

Bruce intentaba no prestar atención a los cuchicheos y las miradas que le lanzaban sus compañeros por el pasillo. Oía que susurraban su nombre y propalaban los rumores sobre su accidente. «Borracho. Chalado. Problemas de autocontrol». La luz que se filtraba por las ventanas alargaba las sombras de todos, convirtiéndolas en tiras negras, y confería al instituto el aspecto de una cárcel. Bruce suspiró y se obligó a mirar al frente. El día anterior le parecía ahora eterno, y tendría que volver a la cárcel de verdad muchas más veces, durante semanas.

—Podía haber sido peor —contestó, y siguió explicando los pormenores mientras entraban en el aula y se sentaban.

Dianne le dirigió un gesto compasivo con la cabeza.

—Uf. Suena horrible. ¿Y te quedan cinco semanas más?

—No está tan mal. Muchos piropos y frases subidas de tono, solo eso. — Le envió un mensaje con los más memorables, para no decirlos en voz alta.

Dianne puso cara de asco.

—Vaya. Sé lo que se siente. Y no es nada agradable, Bruce.

—Lo siento, Di. No te preocupes, de verdad. Cuando menos lo espere, se habrá acabado.

Dianne le puso una mano en el brazo.

—Sobrevivirás. Dentro de unas semanas terminaremos el instituto, y... — Calló mientras sonaba el timbre. Y en voz más baja, añadió—: Y antes de que te des cuenta, todo habrá acabado.

Sus palabras lo reconfortaron un poco. Respiró hondo y trató de creérselas.

—Antes de que me dé cuenta —repitió Bruce.

Tras las burlas del día anterior, el sótano de Arkham le pareció tan silencioso cuando llegó, después de clase, que se le antojó siniestro.

Ante aquel silencio, se le erizó el vello de la nuca. Si no conociese la verdad, habría jurado que aquel pabellón lo habían sacado de una película de terror. La luz verdosa y pálida, las paredes desnudas, el eco apagado de sus botas... Si existían los fantasmas, seguro que vivían allí, lanzando susurros al aire.

Al enfilar el pasillo, aguzó el oído para escuchar las voces de los policías de la última celda. A lo mejor habían vuelto a interrogar a la reclusa.

Bruce había llegado a la altura de la primera celda, cuando se oyó un golpetazo tremendo procedente del interior. Al retroceder instintivamente, vio a un interno que lo miraba tras el cristal.

—Vaya, vaya, vaya. Pero si es el chico nuevo... Tienes bastante carne que trinchar —dijo casi escupiéndolo las palabras.

Entretanto, el resto del pasillo fue cobrando vida, hasta que se oyeron otros gritos. Bruce apartó la mirada, concentrándose en el tramo de suelo que tenía delante.

—¿Qué pasa, chaval? —preguntó el recluso—. ¿Cómo has acabado aquí, limpiándonos la...? ¡Oye! ¡Oye! ¿Adónde te crees que vas? —Golpeó el cristal con furia cuando Bruce se apartó—. ¿Sabes cómo me gané mi sitio en este lugar? Me gusta trinchar. Y lo hago de perlas. —Imitando a un carnicero, se pasó una mano por el cuello y por los brazos.

Bruce se alejó con rapidez, intentando olvidar la aterradora voz de aquel hombre.

En la siguiente celda no encontró nada mejor: estaba ocupada por un reo gigantesco que parecía más grande aún por el mono que llevaba. Cada centímetro de su piel aceitunada que quedaba al descubierto se hallaba cubierto de tatuajes, incluida la cara. Soltó una carcajada cuando Bruce pasó ante él, y no le quitó la vista de encima hasta que salió por completo de su campo visual. Golpeó la puerta con su hombro inmenso, que se estremeció entera en el marco.

El tercero al que vio era alto y demacrado hasta lo indecible, con los dedos largos y las uñas rotas, y cuyas venas azuladas contrastaban con la piel. Bruce lo reconoció de haberlo visto en las noticias: era un asesino en serie, condenado por al menos dos docenas de homicidios macabros y truculentos. El cuarto era calvo, de cuello ancho, con los ojos de un tono pálido, casi

transparentes, como el agua. Caminaba de un extremo a otro de la celda, hasta que los pies se topaban con las paredes.

Eran los asesinos que habían hecho temblar Gotham City mientras estaban en libertad, los que habían acaparado los telediaros. Lo único que los separaba de Bruce era una fina plancha de vidrio y metal.

Llegó por fin al extremo del pasillo. Con paso lento, se acercó a la última celda, donde los policías habían interrogado a la interna, a gritos y con voces frustradas. Seguía pensando en los prisioneros que acababa de ver, en sus sonrisas aviesas y en sus miradas, en sus crímenes horribles. Si estaban encerrados en aquel centro por ello, ¿qué había allí, que había acaparado toda la atención de la policía? ¿Quién ocupaba la última celda?

La ventana medía como medio cuerpo de Bruce, suficiente para abarcar con la vista casi toda la celda. Era austera, como las otras, vacía salvo por un camastro, un retrete y un lavabo, que estaban a un lado. Se fijó en la solitaria figura que había dentro, recostada en un rincón con las piernas estiradas y una camisa de largas mangas.

Era la mujer. No, la mujer no: la chica.

Parecía justo de la misma edad que él, ni un día más. Estaba sentada lánguidamente con la cabeza apoyada contra la pared, el rostro inexpresivo, como de muñeca; la mirada perdida, fija en ninguna parte. Los ojos eran oscuros, muy oscuros. Tenía el pelo largo y liso, tan negro que despedía destellos azulados, y la piel se veía tan pálida bajo la luz que parecía como cubierta de harina. La boca era pequeña y rosácea, la cara tenía forma de corazón y el cuello era largo y fino.

Parpadeó, asombrado. ¿La policía había estado interrogando a aquella interna? Bruce no sabía qué se esperaba, pero desde luego la chica no tenía nada que ver con cómo se la había imaginado él. Le pareció una compañera de su clase, demasiado joven para estar en un sitio como Arkham. A diferencia de los demás ocupantes del centro, era tranquila como la muerte y nada en ella dejaba traslucir un trasfondo criminal. En aquella fortaleza de violentos y deficientes, parecía por completo fuera de lugar.

Y a pesar de todo... algo en su mirada no cuadraba. Algo que lo estremeció.

Los ojillos de la chica se agitaron. Lo miró sin mover la cabeza.

Bruce se asustó y se apartó del cristal. «Los ojos». No es que parecieran oscuros; algo más anidaba en aquellas profundidades, algo que merodeaba y acechaba, que calculaba. Eran ventanas a una mente inteligente, que en ese momento estaban analizando a Bruce. Tenía la inquietante sensación de que

ella estaba reteniendo cuanto podía de él, de que era capaz de leerle los pensamientos.

Cuando Bruce le miró las manos, se dio cuenta de que la chica había doblado una servilleta en forma de una intrincada flor. En cuanto la accionaba, la flor se convertía en un escorpión. Una y otra vez. Quiso pensar que era imposible elaborar una figura tan compleja con una servilleta. Le recordó la manera como su madre doblaba las cartas, antes de mandarlas, repasando los pliegues con la uña para que los bordes quedaran perfectamente alineados.

Se miraron un rato más. Bruce salió de su campo visual y respiró hondo. La cabeza le daba vueltas.

Quizá el personal había trasladado al ocupante original y metido a la chica en aquella celda de modo provisional. Aquello tenía más sentido. Bruce frunció el ceño y retomó su tarea. ¿Qué habría hecho para acabar en la sección de tratamiento intensivo de la institución penitenciaria más famosa de Gotham City? Parecía tan... apacible. Tan atenta. Inocente, incluso.

Pensó en su propio esquema de categorías. ¿En cuál encajaba?

Cuando ya no pudo postergar más su vuelta, recogió sus cosas y se dispuso a encaminarse a la salida. Echó una última mirada a la celda. Esperaba encontrar a la muchacha con los ojos aún fijos en él, oscuros y vacíos, calándolo hasta la médula.

Pero de nuevo ella tenía la mirada perdida. No se movió. La figura de origami ahora había cobrado otra vez la forma de una flor. Bruce reflexionó por un segundo y negando con la cabeza franqueó la salida. Quizá ella no había ni reparado en él. Tal vez todo era producto de su imaginación.

6

Bruce seguía pensando en la chica al final de la tarde, cuando salió por las puertas de Arkham y se dirigió hacia el coche de Alfred.

—¿Qué tal hoy? —preguntó su tutor.

Bruce lo miró con dureza por el retrovisor.

—Una fiesta —contestó—. Voy a recomendárselo a todo el mundo.

Alfred frunció el ceño.

—¿De quién ha heredado ese sarcasmo, señor Wayne?

—No lo sé. —Bruce se inclinó hacia delante y apoyó un brazo en el asiento de Alfred—. Puede que de ti.

—¿De mí? ¿El sarcasmo? —Alfred arrugó la nariz y un amago de sonrisa afloró a su rostro—. Como si yo fuera británico...

A pesar de la larga jornada, ante aquella réplica Bruce no pudo por menos que sonreír. Contempló la fronda mortecina de los árboles, que se desdibujaba tras el cristal. La cara de la chica le volvió a la mente mucho rato, y dejando que sus ideas vagaran suficiente tiempo, acabó viendo sus ojos, negros como la noche, que lo observaban a intervalos regulares tras los troncos.

Minutos después el coche se detenía ante el gimnasio donde Bruce pasaba la mayoría de las tardes. Respiró hondo al bajar del coche, abrió la puerta del recinto y entró. Necesitaba una buena sesión de ejercicio para despejarse, para quitarse de la cabeza a la chica.

El gimnasio era un club exclusivo donde el entrenador, Edward Chang —medallista olímpico que había ganado el oro en boxeo y en lucha libre—, entrenaba a los alumnos según sus necesidades personales. Bruce echó una amplia ojeada el amplio espacio cerrado hasta el techo, que se elevaba hasta la altura de un segundo piso. En el suelo había esparcidas colchonetas azules, en varias formas, y un *ring* octogonal se alzaba en el centro, donde el entrenador y los jóvenes combatían. Había numerosas zonas con pesas y

sogas, sacos y guantes de boxeo, rocódromos. En un lateral incluso había una piscina de ocho calles.

Entró en el vestuario y se cambió con premura. Se envolvió las manos en sendas gasas blancas y las espolvoreó. Sacó de su taquilla unas gafas de aviador, que se caló.

Las instalaciones eran impresionantes, pero lo que encarecía tanto el precio de aquel gimnasio era la tecnología que subyacía tras aquellas gafas. Con ellas puestas, Bruce veía letreros —COLCHONETAS, *RING*, PISCINA— superpuestos en cada zona del recinto. Un panel central mostraba una serie giratoria de paisajes, que podía escoger para entrenar.

Los hizo avanzar hasta encontrar su preferido. Alargó el brazo, seleccionó la opción y el mundo quedó sumido en la oscuridad.

Con un fogonazo, cobró forma. Se vio de pie sobre una torre que atravesaba un lecho de nubes, contemplando un mar de rascacielos centelleantes conectados entre sí mediante cables, de manera que podía correr de uno a otro. En el exterior de cada uno, una escalera descendía en espiral. Sobre su cabeza se extendía un cielo nocturno y virtual. Al bajar la vista, la altura parecía tan real que sintió vértigo.

Los rascacielos y los obstáculos se correspondían por completo con los elementos del gimnasio —las colchonetas, el *ring* octogonal y lo demás—; las escaleras eran colchonetas dispuestas en círculos unas sobre otras. Podía seleccionar además un desafío concreto: si quería correr entre los rascacielos y subir y bajar los escalones, estos se iluminaban de un blanco brillante, para distinguirlos con mayor facilidad. Si quería escalar las fachadas de los edificios, lo que se iluminaba eran los lugares donde apuntalar los pies, que se ajustaban a las presas del rocódromo.

Bruce seleccionó la opción que destacaba el cableado y las escaleras, que se volvieron blancos, recortándose contra la puesta de sol. Hizo estiramientos con tranquilidad, preparándose para borrar de su mente los pasillos de Arkham. Se quedó mirando la fachada borrosa del rascacielos. Saltó.

Aterrizó en un cable que se extendía entre él y el edificio más cercano. Al instante, comenzó a recorrerlo, con firme equilibrio y pasos certeros, gracias a años de práctica. Al llegar al final, dio un salto y se agarró a la barandilla de las escaleras. En realidad, lo que estaba aferrando eran las barras suspendidas sobre un grupo de colchonetas. Sus manos envueltas en gasa desprendían una nubecilla de polvo blanco. Se impulsó de un golpe, tensando los músculos del brazo y la espalda, y rodó hasta las escaleras para seguir corriendo. Subía, saltaba, se aferraba a otro cable. Conforme pasaban los minutos, el

calentamiento logró relajarlo y pudo concentrarse y hacer caso omiso de todo lo que no fueran los latidos regulares de su corazón.

—¡Bruce!

Detuvo la simulación, se quitó las gafas y vio al entrenador Chang, que salía del despacho del fondo y lo saludaba. Sonrió.

—Hola, entrenador.

Ante el saludo, Chang asintió. Llevaba el pelo rapado a ambos lados del cráneo y el centro peinado hacia arriba en cresta. Cuando cruzó los brazos se le marcaron los músculos. Tenía cicatrices en las orejas que delataban su pasado como luchador.

—Muy bien esas carreras.

Cuando Bruce iba a responder, tras el entrenador apareció una segunda figura de camino al gimnasio. Era Richard, que le dirigió una sonrisa forzada.

—Hola, Bruce —saludó mientras flexionaba las muñecas.

—Richard me ha dicho que la noche que suele venir no estará en Gotham —explicó Chang—. Espero que no te importe que haya venido hoy. Podéis entrenar en pareja, como hacíais antes.

«Como hacíais antes». Hacía años que Richard y él habían luchado como amigos. «Adiós al entrenamiento tranquilo».

Richard asintió.

—Como en los viejos tiempos. —Bruce advirtió un leve deje de histrionismo, de sarcasmo, en Richard.

El entrenador parecía haber olvidado la tensión que existía entre ellos. Dejó en el suelo varios trebejos. Echó una mirada a su móvil.

—Calentad un poco, desentumeceos. Enseguida empezaremos con la rutina.

Se llevó el teléfono a la oreja y se alejó, dejándolos solos.

Se colocaron sobre una colchoneta de lucha y Richard comenzó a moverse en círculos en torno a Bruce.

—Oí que te fuiste de tu fiesta antes de tiempo —comentó Richard—. ¿Tanto te molesté?

—Quería despejarme.

Bruce buscó una salida sin apartar los ojos de Richard, que soltó una carcajada sin rastro de humor.

—Venga ya. ¿Te crees que no me doy cuenta de cuándo mientes?

Bruce abrió y cerró las manos, estirándose. Recordaba cómo rodeaba a Richard en aquel mismo lugar cuando eran niños, la forma en que reían y se desafiaban mutuamente. ¡Qué distinto parecía entonces!

—Si me lo hubieras dicho hace unos años, te habría creído —repuso.

—No fue culpa mía que dejáramos de vernos.

—Entonces, ¿por qué fue? —gruñó Bruce—. ¿Por algo que hice?

A Richard se le ensombreció el rostro.

—Creo que a alguien le creció demasiado la cabeza, pero el cerebro se le quedó pequeño.

Bruce sentía crecer la ira en su interior.

—¿Por? ¿Porque ya no te dejaba ganar siempre? ¿Porque ya no podías utilizarme?

—No te des tantos aires.

«O sea, que fue por eso», pensó Bruce con resignación. Richard quería pelea, se moría por luchar. Bruce entornó los ojos cuando Richard adoptó una postura defensiva. Se ajustó las gafas. Los dos conectaron el mismo canal y el *ring* se transformó en un helipuerto en lo alto de un rascacielos.

Richard avanzó para descargar un puñetazo sobre la cabeza de Bruce, que elevó los hombros instintivamente. Paró el golpe con el brazo derecho y al instante contraatacó. Comenzó a rodear al rival, sin lanzarse y esperando una nueva descarga. «Primero, defiéndete».

Otra embestida, otra serie de ataques. Bruce siempre había sido de pisadas más ligeras. Esquivó a Richard, pero se notaba que este había practicado. No era el único que había experimentado cambios, desde luego. Uno, dos golpes. Richard esquivó como pudo el segundo ataque de Bruce.

La cara de su contrincante traslucía sorpresa. Brincó hacia delante y empujó a Bruce con tanta fuerza que retrocedió, tambaleándose. «Una técnica ilegal». Antes de que Bruce recobrase el equilibrio, Richard le propinó una violenta patada en la rodilla. El dolor se apoderó de él. Apretó la mandíbula y trató de reprimir un grito, pero aun así la pierna cedió y casi acabó cayendo. Se sobrepuso en el último segundo, con un traspié.

Bruce entornó los ojos. El pelo moreno le caía sobre la frente. Richard no había aprendido aquel movimiento del entrenador.

Se sucedieron unos golpes más rápidos. Richard tenía ventaja sobre Bruce, por su peso y su estatura, pero también era más lento y sin duda estaba cansándose. Bruce le descargó dos golpes veloces y seguidos en un costado. El joven se retorció con un gruñido sordo.

Richard aprovechó que lo tenía cerca, le agarró la muñeca y le retorció el brazo, valiéndose de su peso para poner a Bruce contra las cuerdas. Lo hizo trastabillar, pero no lo pilló por sorpresa. Bruce aprovechó el impulso para esquivarlo y le descargó un certero puñetazo en el vientre.

Richard se dobló y levantó una mano: una señal silenciosa de que quería parar.

Bruce vaciló, respirando aceleradamente, mientras el dolor le recorría el cuerpo en oleadas. Bajó los puños.

En ese preciso instante, Richard atacó. Le hizo un gancho en la barbilla. A Bruce se le nubló la vista.

Lo siguiente que supo fue que estaba en el suelo del *ring*, sin gafas y contemplando el rostro preocupado del entrenador, que le ayudaba a levantarse. ¿Cuándo había salido del despacho?

Chang frunció el ceño y les indicó por señas que abandonaran el *ring*.

—¡Basta ya! Los dos. —Los fulminó con la mirada—. Antes peleabais con sensatez. Ahora no puedo dejaros ni dos minutos sin que intentéis mataros.

Bruce esbozó un gesto de dolor y se llevó la mano al mentón hinchado, mientras el entrenador iba a por una bolsa de hielo.

—Si no haces trampas ya no puedes ganar, ¿eh? —le dijo Bruce a Richard, mirándolo.

—Pobre Bruce Wayne. Nadie es justo contigo.

Richard le devolvió una mirada fría y dio media vuelta. En cierto modo, eso le dolió a Bruce más que los puñetazos.

—En el mundo real no hay trampas, ¿sabes? La vida es como es.

—Pero ¿qué le ha pasado? —le preguntó Draccon a Bruce cuando lo vio el fin de semana en el comedor de Arkham, mirando fijamente el moratón que teñía su mandíbula.

Él no contestó y se limitó a tomar asiento frente a ella y colocar su bandeja en la mesa. La semana se le había pasado confusa y felizmente, entre exámenes, los anuarios de fin de curso y los preparativos de la graduación. Bruce agradecía todas aquellas distracciones, muy bienvenidas tras el combate con Richard. Por fin lo aliviaba pasar un sábado en Arkham.

—Mientras se cura es cuando peor aspecto tiene —respondió al cabo—. Me recuperaré.

Draccon dio por finalizado su interrogatorio, para alivio de Bruce. En lugar de agobiarlo con preguntas, se frotó las sienes y se concentró en la comida.

—Espero que las horas que pasas aquí sigan resultándote deprimentes.

—Casi tanto como usted —contestó él.

—¿En serio? —La mujer soltó una risita—. Lo tienes crudo entonces.

Bruce la observó. Llevaba las uñas impolutas, esmaltadas con aquel marrón claro que armonizaba con el tono de piel de sus manos. Comía con atención, casi tanta como la que ponía en su apariencia: con la servilleta doblada en un cuadrado junto al plato, los bordes perfectamente paralelos a la mesa. No era de extrañar que se hubiera hecho inspectora, dada la atención que prestaba a los detalles. A su pesar, a Bruce le gustaba contar con su presencia. Al menos no estaba interesada en tonterías y tampoco tenía afán de provocarlo. De hecho, si Bruce no se hubiera acercado, ella seguramente lo habría evitado durante todo el verano, mientras prestase servicio en Arkham.

Bruce volvió a pensar en la chica del sótano. Había ido de nuevo varias veces por el pasillo desde que sus miradas se habían cruzado, aunque su celda estaba siempre ocupada por inspectores y policías, incluida Draccon, que se

pasaba las sesiones frustrada, pasándose las manos por el cuello durante los largos silencios de la joven.

Él no podía menos de maravillarse con la tozudez de la joven. Ni siquiera miraba a sus interrogadores; se limitaba a fijar la vista al frente, como si no fuera consciente de su presencia. Cada vez tenía una servilleta doblada en formas distintas: un cisne, un barco, una estrella. Él merodeaba por allí con frecuencia, esperando que con un movimiento de muñeca transformase el papel en algo distinto. Algo más peligroso.

Draccon lo sorprendió mientras él la observaba con atención.

—Wayne, ¿qué quieres? —le espetó—. Es como si tuvieras una pregunta en la punta de la lengua.

—La semana pasada la vi a usted y a su equipo en el sótano, dos veces —contestó—. ¿Qué pasa con la chica de la última celda?

Draccon arqueó una de sus cejas perfectas.

—¿Tan aburrido es este sitio que tienes que meterte donde no te llaman?

—Me lo preguntaba, nada más —añadió Bruce mientras removía el puré de patatas, para ablandarlo—. Es difícil pasar por alto el espectáculo.

Draccon dejó el tenedor y volvió a acariciarse la frente. Por el motivo que fuera, pensó Bruce, aquellas sesiones le amargaban la existencia.

—Esa chica... Está donde está por una razón, créeme, pero lo que hablemos con ella no es en absoluto de tu incumbencia.

Bruce bajó la vista a su comida y, escogiendo con cuidado las palabras, aventuró:

—No me pareció una conversación, inspectora.

—¿Cómo dices?

Bruce cortó un trozo de filete fingiendo indiferencia.

—Con el debido respeto, no he visto más que a usted y a otros agentes haciéndole preguntas. Ella ni siquiera parece responderles.

Por la expresión de Draccon, Bruce adivinó la respuesta: la chica jamás contestaba las preguntas de nadie. Probablemente se quedaba mirando al vacío durante los interrogatorios, como si estuviera sola en la celda, haciendo sus figuritas de origami. A Bruce le sorprendía que en un momento de frustración no arrojaran al suelo sus creaciones.

Draccon maldijo por lo bajo.

—Los Nightwalkers nos proporcionan un sinnúmero de casos de que ocuparnos.

Los Nightwalkers. Bruce se inclinó hacia ella.

—¿Qué pretenden?

La inspectora se encogió de hombros.

—Ya has visto su símbolo, ¿verdad? Una moneda envuelta en llamas, pintada por lo general en una pared. Forman una extensa red de ladrones y asesinos. Persiguen a los ricos; hablamos de cientos de millones de dólares. Y con ese dinero financian sus operaciones.

—¿Operaciones?

—Por ahora se han dedicado a asesinar, a bombardear fábricas. A sembrar el terror en la ciudad. Se ven a sí mismos como unos Robin Hood *sui generis*, y les gusta pensar en sus fechorías como si robaran a los ricos para dárselo a los pobres... aunque lo único que les han dado a los pobres es más peligro a la hora de vivir en Gotham.

—Robar a los ricos para dárselo a los pobres. —Bruce no pudo evitar reír ante la idea. Draccon lo miró.

—¿Qué pasa?

—Que... —Vaciló—. Bueno, la gente suele olvidarse de la segunda parte de la frase.

Draccon se bajó las gafas y lo miró por encima de la montura roja.

—Qué filosófico —comentó, casi divertida. Hizo un gesto de despedida con la mano—. Gracias por preguntar, Wayne —le dijo levantándose y recogiendo el abrigo del respaldo de la silla—. Pero aquí estás cumpliendo servicios comunitarios, no tareas de investigación. Esforcémonos para sacarte de esta telaraña, no para enredarte más en ella.

Cuando Bruce bajó al sótano después del almuerzo, una de las lámparas del pasillo parpadeaba trémula. Iluminaba las paredes con un resplandor tembloroso, transformando el corredor en algo irreal, que podía desaparecer si cerraba los ojos. Dos de las celdas estaban vacías; varios de los internos dormían la siesta. A algunos no los reconoció. No solían quedarse allí abajo mucho tiempo. Pensó que quizá a la chica ya la habían trasladado y esa idea extrañamente lo decepcionó.

Se acercó al final del pasillo, donde se hallaba su celda, salpicada por el titilante resplandor. Aminoró el paso. Allí seguía, y esta vez sola.

«Está donde está por una razón».

Pero era tan, tan joven... Décadas más joven que cualquiera de los demás presos. Bruce frunció el ceño observándola, ansioso de captar algo, lo que fuera, un berrinche, un insulto que le diese una pista de por qué a todos les resultaba tan amenazadora como para tenerla allí encerrada. Miró el origami

que estaba haciendo con la servilleta. Parecía un león sin acabar. Se preguntó en qué lo transformaría una vez terminado.

Estaba contemplándola cuando ella alzó la vista hacia la puerta. Hacia él.

Sus ojos volvieron a pillarlo por sorpresa, pero esta vez Bruce se obligó a aguantarle la mirada. Se acercó a la ventanilla y se quedó parado delante.

Ella lo observó largo rato. Era evidente que no iba a hablar, se dijo Bruce. Se había pasado allí semanas enteras, como mínimo, incluso meses, sin soltar una sola palabra. ¿Cuánto tiempo más podría empeñarse Draccon en querer sonsacarle algo? Y en definitiva, ¿qué quería que les dijera? Si tan solo...

—Eres Bruce Wayne.

Bruce se quedó petrificado.

¿Acababa de oírla hablar? ¿Hablar? No solo eso: lo había reconocido. El sonido de su voz le sorprendió tanto que, por un instante, fue incapaz de moverse. Su tono era suave y sus palabras eran cristalinas. Agradables. Incluso relajantes.

—Así es —contestó al final. ¿Podía oírle ella?

Se produjo otra pausa, pero la chica no apartó la mirada, sino que siguió observándolo con calma, en silencio, sin apenas pestañear, los ojos como pozos oscuros sobre mármol blanco. Finalmente, separó los labios, abriendo un espacio fino como un cabello.

—No eres como la gente normal.

«Que no deje de hablar».

—Podría decir lo mismo de ti —consiguió articular él.

Ella dejó a un lado la servilleta con forma de león.

—¿Quién tiene el valor de pegarle a un millonario?

Bruce parpadeó y se tocó instintivamente el moratón.

—No es nada —murmuró.

La chica apretó los labios.

—Mmm... Apuesto a que fue alguien cercano, alguien que te conoce bien. —Ladeó la cabeza y el pelo le cayó sobre los hombros como una cascada de oscuridad. Sus movimientos le recordaban a una bailarina, era toda gracia y delicadeza, como si fuera consciente de que él observaba cada uno de sus gestos—. Todo el mundo tiene enemigos; pero mira tus ojos: tan entrecerrados, tan frustrados... Quienquiera que te lo hiciera no se te va de la cabeza.

Bruce no dijo nada. La manera que tenía de estudiarlo lo ponía nervioso; desgranaba el acertijo que era él en piezas cada vez más pequeñas.

Con su silencio, hubo un destello en la mirada de la chica.

—Estás molesto, muy molesto. ¿Verdad? Te gusta comprender el porqué de las cosas, resolver los misterios y clasificarlos en cajones ordenados. Pero el que tienes delante se te escapa.

La cabeza le daba vueltas, intentaba meterla en una categoría.

La joven suspiró.

—Ya veo cuál es tu problema.

—¿Y bien? —preguntó Bruce, que había recobrado el habla.

—Te aferras a las cosas. Pobre corazón herido, siempre ansioso de conceder una segunda oportunidad. —Lo escrutaba de un modo que le llegaba a las entrañas—. No lo hagas.

—¿El qué?

—Reprimirte, claro.

Bruce frunció el entrecejo, hipnotizado por aquellas extrañas palabras. «No te reprimas». En apenas treinta segundos, aquella chica lo había calado completamente. ¿Cómo lo sabía? ¿Cómo es que hablaba de manera que parecía oír cada uno de los pensamientos de él?

—¿Quién eres? —preguntó Bruce.

—Soy Madeleine.

«Madeleine».

Tenía la certeza casi absoluta de que en el último minuto había oído más palabras suyas que nadie. Esperó, creyendo que querría añadir algo, pero ella se limitó a llevarse las manos a la nuca y arquear la espalda, estirándose lánguidamente hasta que dejó ver, bajo la ropa, el hueco entre las costillas y la tripa. Se puso recta y cruzó las piernas.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó él, con la esperanza de una respuesta. La razón que la había llevado a hablar, aun si había sido ínfima, había desaparecido; se había esfumado tan deprisa que Bruce se preguntó si no se lo habría imaginado todo.

Se inclinó un poco, por si acaso, pero cuando ella siguió en silencio, se dio la vuelta y la dejó en paz, mientras el espectro de sus palabras revoloteaba en su cabeza y le planteaba más preguntas que respuestas.

8

La graduación.

Los birretes volaban por el aire y los gritos de entusiasmo se alzaban entre la multitud de estudiantes sentados en el césped verde del instituto.

Bruce estaba de pie, junto a Alfred y Lucius, sonriendo mientras lo felicitaban, respondiendo con los gestos oportunos: apretones de manos, abrazos e intentonas por quitarse del cuello el montón de las guirnaldas y medallas que Alfred se empeñaba en ponerle. Llevaba mucho esperando terminar el instituto, contando los días junto a Dianne y Harvey.

Se suponía que aquel era el momento más importante de su vida.

Pero su mente erraba distraída a la vez que echaba una ojeada al patio. Las palabras de Madeleine seguían resonando en su cabeza.

«No eres como la gente normal».

Incluso entonces, al graduarse le parecía estar oyendo con claridad la voz de ella, como si la tuviera delante, encerrada tras el cristal. Sabía quién era, había estado observándolo desde que él empezó a fijarse en ella. ¿Por qué se había tomado la molestia?

—Bruce.

Se esforzó por prestar atención a Lucius, que estaba hablándole.

—Mejor planearlo con antelación, ¿de acuerdo? —Le dio una palmadita en el hombro—. Será una exhibición en toda regla de los androides con que estamos trabajando. La Wayne Foundation va a organizar una gala benéfica de proporciones astronómicas solo para que se los vea en acción. —Se tiró de las solapas de la chaqueta—. Hay gente importante entre los invitados: el gobierno municipal, los funcionarios de Metropolis, los Luthor... A todos les interesa lo que fabricamos, Bruce. —Lucius saludó a un hombre que estaba a distancia, rodeado por varios agentes de policía—. Y también al alcalde.

Bruce se puso tenso. Si el alcalde se presentaba, seguramente Richard también lo haría.

Dianne y Harvey se acercaron, ambos con sus collares y medallas al cuello. Dianne se percató de la mirada de Bruce, se quitó una de las medallas y se la colocó.

—Bruce, son para ponérselas —le dijo sonriendo—. ¿Ves? Toma ejemplo de Harvey.

—Hola, señor —saludó Harvey a Alfred con un formal apretón de manos que hizo tintinear las medallas que llevaba. Parecía incómodo entre todos aquellos familiares presentes, salvo su padre. Bruce se acercó, protector, a su amigo—. Tanto usted como Lucius estarán muy orgullosos de Bruce.

—Igual que de usted —sonrió Alfred, guiñándole un ojo—. Enhorabuena, señor Dent.

Dianne cogió a Harvey del brazo y trató de arrastrarlo. Tras ella, una multitud de familiares vitoreaba con entusiasmo. Le hicieron gestos.

—Harvey, Bruce, venga... Mi familia se muere por veros.

Harvey fue a protestar, pero su amiga seguía tirando de él. En cuanto se acercó, la familia de Dianne lo cubrió de elogios y lo aprisionó con abrazos de enhorabuena. Se ruborizó, pero a la vez se puso eufórico.

—Ve con ellos —dijo Lucius empujando a Bruce—. Yo me quedaré con Alfred.

Bruce le dio las gracias y se dirigió hacia donde estaban los demás. No había recorrido un gran trecho cuando el alcalde le salió al paso, seguido por Richard.

—¡Bruce Wayne! —exclamó, palmeándole el hombro y sonriéndole hasta que se le apretujaron las pecas en el pálido rostro—. Hace siglos que no te veo. Felicidades, hijo. Nadie tenía la menor duda de que saldrías airoso. ¿Verdad, Richard? —Miró de reajo y sin interés la medalla de su hijo. Richard estaba tieso como un palo.

Bruce asintió, formal. El alcalde siempre era amable con él.

—Gracias, señor —replicó, con un apretón de manos—. Felicidades a usted también y a Richard.

El alcalde ni se molestó en sonreír.

—Eres un buen muchacho, pero aceptaré que felicites a este cuando se lo merezca. —Su expresión reflejaba tal desdén, que Bruce no podía creer que su propio hijo fuera la causa. Richard permaneció callado, nervioso mientras su padre evitaba referirse a él—. Es una pena que no te veamos tan a menudo por casa, como antes.

—Últimamente he estado ocupado, con el trabajo y con... el tiempo que paso en Arkham...

—Ah, ya. —Movi6 una de las manos en el aire—. Demostraste iniciativa al detener a aquel Nightwalker. Tienes madera de l6der. A6un recuerdo cuando eras peque1o, el chiquillo m6s listo que he visto nunca. Y todav6a lo eres. — Le palme6 la espalda con fuerza—. Ya le podr6as ense1ar un par de cosas a este de aqu6.

Bruce volvi6 a fijarse en Richard, que se esforzaba mucho por no formar parte de la conversaci6n. Le vinieron a la mente recuerdos de cuando hac6a los deberes con 6l, en su casa. Bruce siempre se llevaba elogios, y siempre se los hac6an cuando Richard pod6a o6rlos. En aquella 6poca, y aun en ese momento, eso no parec6a motivo de gran preocupaci6n: Alfred tambi6n se pon6a firme a veces con Bruce, a menudo delante de sus amigos. Pero algo en las palabras del alcalde, las referidas a la actitud distante de Richard, hizo que se preocupara mucho por aquellos recuerdos. Quiz6a entre ellos hab6a una brecha mayor de lo que cre6a.

—Me han dicho que este verano trabajar6s con Lucius Fox.

—En efecto, se1or.

—¡Vaya, vaya! —Su sonrisa se ensanch6—. Era de esperar en un genio tecnol6gico como t6. P6sate cuando quieras por mi despacho y te mostrar6 la colaboraci6n entre tu fundaci6n y la ciudad. Har6s grandes cosas por Gotham City, hijo. Estoy seguro.

«Hijo». De pie junto al alcalde, Richard parec6a m6s abatido que nunca. A Bruce, inc6modo, se le hizo un nudo en el est6mago. Por primera vez, se pregunt6 si aquella indiferencia de que hac6a gala el alcalde para con Richard, mientras a 6l lo cubr6a de elogios, tendr6a algo que ver con su deteriorada amistad.

—Gracias, se1or —contest6, sin saber muy bien qu6 a1adir.

El alcalde le hizo un gesto con la cabeza y salud6 a alguien al otro lado del patio. Sin dirigirle a Richard una sola palabra, se apart6 de su lado y se alej6.

—Pap6a tiene contigo el list6n muy bajo, desde siempre —le dijo Richard meti6ndose las manos en los bolsillos—. Le podr6as robar la cartera y te felicitar6a.

Bruce pens6 en los desesperados intentos de Richard por salir siempre victorioso, en lo c6modo que se sent6a haciendo trampas.

—¿Por esto ya no nos vemos nunca? ¿Por culpa de tu padre?

Richard se encog6 de hombros, aunque su mirada delataba que aquello le hab6a dolido m6s de lo que quer6a aparentar.

—Anoche le enseñé mi foto en la orla, que está ordenada por méritos. ¿Y sabes lo que dijo, sin mirarla siquiera? Me preguntó dónde estaba la tuya.

Bruce se entristeció.

—Lo siento. No lo sabía.

—Ya. Claro que no. —Frunció aún más la frente—. Pero tú no te ves obligado a oír esas cosas día sí y día también, ¿a que no? Tienes a Alfred.

—Como si Alfred nunca me cantara las cuarenta.

—Es tu mayordomo, no tu...

Ante aquella frase, la compasión que sentía Bruce flaqueó.

—Alfred es mi tutor; ya lo sabes. Y si ibas a comentar algo sobre mis padres, ya puedes ahorrártelo.

El tono de advertencia solo pareció irritar aún más a Richard.

—¿Qué dices? Si no me callo es por culpa tuya.

Bruce negó con la cabeza.

—¿Qué te pasa en realidad?

Richard guardó silencio. Hundió de nuevo las manos en los bolsillos y miró hacia su padre, que estaba con otros adultos.

—Me he enterado de que mi padre me ha cortado el acceso a su fondo fiduciario —dijo.

De repente, Bruce lo tuvo claro. El suyo propio se le había abierto hacía poco. Sus padres le habían dado las llaves de su emporio sin pensarlo dos veces, aunque Bruce notaba más el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, que los beneficios que le reportaba. Si Richard, por su parte, se había enterado hacía poco de que su padre lo había excluido de su testamento, la suerte reciente de Bruce le sentaría como un insulto personal.

—Siento mucho lo de tu padre. Oye, no sé qué quieres que te diga.

El semblante de Richard se ensombreció de crueldad.

—No quiero tu compasión. Al menos tú no eres el hijo de repuesto. Tu padre ni siquiera sigue vivo para...

La ira recorrió a Bruce de arriba abajo.

—Cuidado con lo que dices.

—No es más que un comentario. Podrías hacer lo que te diera la gana y no perderías el apoyo de tus padres.

—¿Insinúas que lo tengo más fácil porque ellos ya no están? —Era presa de la furia, que le nublaba la vista—. ¿No te has parado a pensar que todos los días anhelo... que lo daría todo para que siguieran aquí?

—Déjate de melindres, Bruce. —El rostro de Richard traslucía desdén, su voz había adquirido un tono severo—. Te encanta no tener que trabajar para

ganarte la aprobación de tus padres. Todo el mundo adora al pobrecito Bruce Wayne, porque su papi y su mami están criando mal...

Después, Bruce no supo qué ocurrió. Un momento estaba delante de Richard, intentando razonar con quien fuera su amigo, y al siguiente, los dos estaban en el suelo, Bruce con la rodilla presionando contra el pecho de Richard. Empezó a sangrarle la nariz. Bruce debía de haberle pegado fuerte, porque al mirarse el puño se vio los nudillos salpicados de sangre. A lo lejos oyó unos gritos que los rodeaban, pero como apagados, como si estuvieran bajo el agua. El entorno y los curiosos se difuminaron. Por un instante, creyó ver a la chica de la celda, a Madeleine, que le devolvía una mirada de ojos oscuros.

«No te reprimas», le había dicho.

De pronto todo acabó, tan rápido como había empezado. Richard se había llevado la mano a la nariz; entre sus dedos brotaba la sangre. Varias manos levantaron a Bruce, alejándolo mientras él pateaba el suelo. Tardó otro segundo en darse cuenta de que quienes lo sujetaban eran Dianne y Harvey, cuyos rostros reflejaban asombro y cautela.

La mano de Harvey se aferraba con fuerza al brazo de Bruce. Su amigo apretaba la mandíbula. Con una punzada de culpabilidad, Bruce se pensó que a Harvey ese tipo de escenas debían resultarle familiares. Sin embargo, cuando lo miró, el joven se limitó a hacerle un gesto.

—Ya lo sé —se limitó a decir—. Respira hondo. Ya lo sé.

—No pasa nada —le murmuraba Dianne al oído, sujetándolo por el otro brazo.

Bruce cesó en su forcejeo y volvió a mirar a Richard, que seguía tapándose la nariz y fulminando a Bruce con una mirada de desprecio. El corazón le martilleaba el pecho; las últimas frases de Richard seguían resonando en su mente. El mundo le pareció un vacío sordo, como si lo contemplase desde el otro lado de un cristal, como si mirase una amistad que acababa de hacerse añicos.

Richard se puso en pie lentamente. Tenía una manga totalmente manchada de sangre, pero para sorpresa de Bruce, sus labios componían una sonrisa, una mueca de siniestro regocijo.

—Te arrepentirás de lo que has hecho —lo amenazó Richard. Y sin darle tiempo a responder, dio media vuelta y se alejó.

9

Al día siguiente, en Arkham, tanto Draccon como James repararon en el inusitado silencio de Bruce; vieron también las magulladuras, que ya estaban curándose, de sus nudillos. Para alivio de Bruce, no sacaron el tema.

La noticia de la pelea había corrido como la pólvora. No se disiparía, como habría pasado si se tratara de una persona normal. Bruce estaba seguro de que alguna publicación sensacionalista habría impreso una foto borrosa enviada por algún alumno que se encontrase cerca cuando tuvo lugar la pelea. La combinarían con un titular en que darían su interpretación de los hechos, fuera cual fuera. Aquel día, Bruce evitaría a toda costa fijarse en la prensa.

En el comedor, mientras se acercaba a la inspectora y la alcaidesa, captó un retazo de lo que Draccon le decía a James.

—Algo pasa con esa chica... Ni siquiera nos mira... Lo sabe, estoy segura, ya ha trabajado personalmente con el jefe de los Nightwalkers, puede que como una colaboradora muy estrecha... Tienen en el punto de mira los negocios de Bellingham Industries, los bancos, las fábricas... Pronto atacarán el resto... Se lo juro, he hecho cantar a muchos desde que entré aquí, pero ella...

«Están hablando de Madeleine». Quizá Draccon había estado con ella aquella mañana, para interrogarla. Por lo visto, no había tenido éxito.

Draccon lo miró mientras se acercaba a la mesa. James se dio la vuelta, sin levantarse, y le clavó sus ojos color avellana. La conversación se interrumpió.

—Inspectora —saludó Bruce, sentándose con ellas—. Doctora James.

—Buenas tardes, Bruce —respondió Draccon, y se concentró de nuevo en su café.

No se quitaba de la cabeza su encuentro con Madeleine. Sabía que era cuestión de tiempo que vieran las imágenes de las cámaras de seguridad y lo interrogaran. Carraspeó.

—No he... —comenzó, tratando de encontrar la mejor manera de contarles lo que había pasado—. No he podido evitar oír lo que decían, inspectora. Hablaban de la chica, ¿verdad?

Draccon hizo una mueca, como si Bruce estuviera acusándola de no hacer bien su trabajo. Suspiró y se llevó de nuevo el café a la boca.

—Sigue negándose a hablar —farfulló—. Hoy se cumplen exactamente cuatro meses desde su detención, y aún no ha dicho una palabra a nadie.

—Sí lo ha hecho —apuntó Bruce.

Draccon enarcó una ceja por encima de su taza y James se escarbaba los dientes al mismo tiempo.

—Será en tus sueños, ¿no? —se burló la alcaidesa—. Jovencito, creo que ella está fuera de tu alcance.

Bruce fulminó a James con la mirada, pero siguió hablando mientras Draccon sorbía su café:

—Sabía quién era yo. Me dijo que se llamaba Madeleine.

Draccon se atragantó. El líquido marrón salió disparado de la taza, que dejó sobre la mesa, tosiendo. Bruce esperó a que se repusiese. Entre jadeos y resuellos, se limpió la boca con la servilleta y le lanzó una mirada asesina.

—Has fisgado en los archivos —lo acusó, con voz ronca—. ¿Dónde has estado metiendo las narices?

—No he hecho nada.

—No me mientas.

—¿Cree que no se me ocurriría una mentira mejor? Podría haberle dado algo más interesante que un nombre.

—¿Cómo sabes que se llama Madeleine? ¿Te lo ha dicho algún interno? —Draccon se apoyó contra el respaldo de la silla y cruzó los brazos—. Yo desde luego no te lo he contado.

—Me lo ha contado ella. Me lo dijo la semana pasada, mientras limpiaba el sótano.

James lo miraba con suspicacia.

—No me lo creo —espetó.

—Pues compruebe las grabaciones de seguridad.

—¿Te pones gallito conmigo?

—Calmaos los dos —terció Draccon, alzando las manos hacia Bruce—. Háblame de la conversación, Bruce. No te diría su nombre porque sí.

—A veces los veo a usted y a otros agentes en su celda —explicó—, interrogándola. Pero la semana pasada estaba sola, y se dio cuenta de que yo la miraba. Me dijo: «Eres Bruce Wayne». —Se calló, seguro de que Draccon

lo interrumpiría, pero la inspectora guardó silencio y lo animó a seguir—. Y le dije que sí. Me aseguró que yo no era como lo que solía ver por aquí, y acabó diciéndome su nombre.

Los ojos de Draccon brillaban con una luz extraña, como si hubiera comprendido algo que Bruce no era capaz de entender bien. Lo que había dicho él le había hecho recordar.

—A lo mejor le has caído bien porque tienes su edad —se burló James.

—O porque sabe que eres multimillonario desde hace poco —añadió Draccon. Observó a Bruce un segundo y se levantó. Los planes que hubiera tenido parecían habersele olvidado, tan concentrada estaba en él—. Perfecto. ¿Quieres saber más cosas sobre ella?

—Todo lo que me esté permitido.

Draccon señaló a la puerta con un gesto de la cabeza.

—Acompáñame. Vamos a la comisaría.

Para cuando llegaron, una ligera llovizna lo teñía todo de un gris neblinoso. Más allá de las ventanas empañadas del despacho de Draccon, Bruce apenas podía distinguir la iluminación del teatro independiente de Gotham City, que brillaban entre el agua. Apartó la vista cuando Draccon volvió a entrar, con dos humeantes tazas de café y una carpeta de papel manila bajo el brazo.

Puso una de las tazas ante Bruce y dejó en la mesa la carpeta, de un golpe.

—Se llama Madeleine Wallace —dijo—. Tiene dieciocho años.

«Dieciocho años». Podría haber estado incluso en su graduación, con sus medallas y collares.

—¿Esto es...? —preguntó Bruce.

Draccon asintió, indicándole que echase un vistazo al contenido de la carpeta.

—Acabo de sacarla de los archivos. Contiene su historial completo. La interna más joven de toda la historia de Arkham, pero no por ello la menos peligrosa. La delincuencia le viene de familia; de su madre, en concreto. Sobre ella pesan tres acusaciones de asesinato, todos con el mismo *modus operandi*. Durante meses figuró en nuestras listas de busca y captura hasta que la detuvieron en febrero, en la mansión de los Grant. —Miró a Bruce fijamente—. Dentro hay fotos bastante impactantes. Si no vas a soportarlo, no las mires.

Bruce abrió la carpeta. La fotografía de la ficha policial de Madeleine le devolvió la mirada, seria y blanca como el alabastro. El pelo le caía, liso

como una cascada, a ambos lados de la cara. De no ser por el uniforme carcelario y por el cartel numerado que sostenía, habría parecido una alumna de instituto de lo más normal. Echó un vistazo al resto de la documentación, pero no había casi nada digno de interés, aparte del hecho de que era especialmente diestra para la tecnología. Solo de pensar que alguien así había cometido tres asesinatos lo bastante truculentos como para acabar en Arkham, Bruce se estremeció. Pasó la hoja.

Se sorprendió. Era una fotografía a toda página de una de las escenas de sus crímenes.

Draccon le dirigió un gesto siniestro.

—¿Aún te parece divertido interferir en los asuntos de la policía? Bienvenido a mi mundo.

Había páginas y más páginas con fotos. Bruce no podía retener más que algunos detalles: un anciano, un charco de sangre, la espantosa mirada de aquel rostro congelado, la última mueca de un hombre antes de morir. Se le revolvió el estómago a medida que pasaba las imágenes, incapaz de apartar de ellas la vista pero al mismo tiempo muerto de miedo por seguir viendo más. Se le nubló la vista. Le faltaba la respiración.

«El teatro. Sangre en la acera. Alguien gritaba, siempre gritaba».

—¿Bruce?

A través de la niebla, notó las manos de Draccon en los hombros, que lo zarandeaban sin miramientos. Alzó de pronto los ojos y vio a la inspectora, que lo observaba preocupada.

—¿Te encuentras bien? —Ella negó con la cabeza—. No tenía que haberte traído aquí. Podemos volvernos...

Bruce se zafó de las manos de la inspectora.

—Estoy bien.

Respiró hondo, forzándose a mirar de nuevo las pruebas fotográficas. «Concéntrate».

—A este hombre lo conozco —dijo.

Draccon se sentó y pasó el brazo tras el respaldo de su silla, sin quitarle los ojos de encima a Bruce.

—Quizá lo hayas visto en algún acto de la Wayne Foundation. Se trata de *sir* Robert Bartholomew Grant, responsable de un fondo de inversión, metido a concejal. Era conocido en los círculos de filántropos, porque no pasaba un mes sin que organizase un baile benéfico. —Frunció ligerísimamente los labios, como si pensar en un hombre tan acaudalado le dejara mal sabor de boca. Negó con la cabeza y su expresión se esfumó, dando paso a un rictus de

culpabilidad por hablar mal de un muerto—. Lo encontraron así, en su propia casa. Fue la última víctima de Madeleine. —Su voz se tiñó de duda mientras ambos contemplaban la foto—. Degollado y con múltiples heridas de arma blanca. Le dejaron las cuentas bancarias secas. Pocas semanas después de su muerte, los Nightwalkers atentaron contra un edificio que llevaba su nombre, en el campus de la Gotham City University, y también contra las organizaciones de beneficencia que había patrocinado.

Bruce asintió con lentitud. Hizo acopio de casi todas sus fuerzas para mantener a raya sus recuerdos. Aunque se acordaba vagamente de aquel hombre, estaba seguro de que sus padres debían haberlo conocido.

Pasó la página y ante él aparecieron las fotografías de la siguiente víctima.

—Annabelle White —continuó Draccon—. Expresidenta de Airo Technologies y filántropa de renombre, que no obstante evitaba aparecer en público por timidez. La encontraron en su casa, en un estado similar al de *sir* Grant. También le habían vaciado las cuentas. La sede de AiroTech Labs sufrió un atentado con explosivos poco después.

—He oído hablar de ese asesinato —murmuró Bruce, echando una rápida ojeada a las fotos, para no fijarse en ninguna en concreto—. No vivía lejos de casa. Recuerdo haber visto desde allí las luces parpadeantes de los coches de la policía en la colina donde vivía ella.

Había estado escuchando a los agentes, muertos de miedo, mediante su receptor; parte del caos lo había seguido en directo.

Draccon asintió. Cuando Bruce pasó la última página, la inspectora continuó:

—Edward Bellingham III, heredero de la fortuna petrolera de los Bellingham. Asesinado de igual modo, en su propio hogar. Este fue el que nos proporcionó la pista que conducía a Madeleine, aunque en cada ocasión hay más de un delincuente implicado. Dos marcas de neumáticos distintas, en la puerta principal y la trasera, y cerrojos forzados en distintos sitios dentro de cada vivienda.

BELLINGHAM. BELLINGHAM INDUSTRIES & CO. El nombre figuraba en un lateral del edificio hasta donde Bruce había perseguido al Nightwalker.

—Era dueño de la última propiedad que atacaron los Nightwalkers, ¿verdad?

Draccon asintió.

—Todo fue idéntico: su fortuna se esfumó sin dejar rastro. Los Nightwalkers están financiando una guerra contra los más ricos, Bruce.

Quiere castigar a la élite porque creen que esta ha corrompido el sistema. Lo hacen despojándoles de su dinero y financiando con él la destrucción de cuanto aprecian las víctimas.

Sus padres también podrían haber sido esas víctimas. ¿A quiénes dejaban desamparados? ¿Aquella gente tenía hijos, hijas, hermanos, personas que tenían que aprender a vivir sin un ser querido? Sintió un nudo en la garganta, acompañado de un acceso de ira. ¿Existía una razón para matar? ¿Madeleine dormía tranquila por las noches, con las manos manchadas de sangre?

«Sangre en la acera. Sangre en el suelo».

Cerró de un carpetazo el *dossier* y se sintió aliviado de inmediato. Observó a Draccon al otro lado de la mesa, que se calentaba las manos con la taza de café.

—Eran todos filántropos acaudalados —dijo.

—Y a todos los asesinaron en sus casas —apuntó la inspectora—. En todos los casos, no solo sabotearon los sistemas de seguridad, sino que los reprogramaron por completo para que se volvieran contra el propietario; en vez de protegerlo, lo atrapaban en su propio hogar. El sistema de *sir* Grant tenía que haber avisado a la policía, por ejemplo; en cambio, desbloqueó la puerta del garaje y franqueó el paso a sus atacantes. Las cámaras de seguridad fueron reprogramadas para que los asesinos supieran en todo momento dónde se encontraba su víctima. Etcétera.

Poner en su contra sus propias medidas de seguridad y su propio dinero. Bruce se estremeció al imaginarse atrapado por su propia mansión, igual que en una tumba.

—¿Madeleine tiene contactos con los Nightwalkers?

—Cuando se produjo su detención, se encontró una lata de pintura de color idéntico al que habían usado para dibujar el símbolo de la banda en la casa. Puede incluso que sea una Nightwalker de alto rango. Durante meses hemos intentado obtener información, primero con intentos de acuerdo y después por medio de amenazas... en vano, pues hasta el momento no ha pronunciado una sola palabra. Bueno, hasta que tú te acercaste a ella.

—No me acerqué.

Draccon enarcó una ceja ante la réplica y su cara se iluminó en una expresión divertida.

—Sin proponértelo —repuso secamente—. Tienes pinta de líder.

Bruce no lo mencionó (y agradeció que Draccon tampoco lo hiciera), pero no podía ser una mera coincidencia que él fuera también un rico heredero y que quisiera continuar con la labor filantrópica que habían hecho sus padres.

Era miembro de la élite de Gotham City. Una víctima perfecta para ella. Para ellos.

—Hemos sonsacado algo de información sobre Madeleine a otros Nightwalkers que están internos en Arkham —prosiguió Draccon—. No mucho, no lo suficiente, pero algo es algo. Es una manipuladora muy hábil. Parece que puede conocer a las personas mejor que ellas mismas, que es capaz de adivinar quién les importa y utilizar esas relaciones para introducirse en sus mentes.

Bruce recordó su mirada penetrante, su manera de adivinar que tenía problemas con Richard, la semilla que había plantado en su mente. «No te reprimas». Él ni siquiera había hecho alusión a aquellos problemas. Se estremeció de pies a cabeza.

—No puedo creerlo —acertó a decir, con un hilo de voz.

—Bruce —lo interpeló Draccon, mirándolo fijamente—. Lucius Fox, tu mentor... Hace poco nos pusimos en contacto con él, para que diseñara un sistema de seguridad más eficaz para tus nuevas cuentas corrientes. Este es el motivo.

Bruce parpadeó, incrédulo. «La seguridad que Lucius había implantado en sus cuentas».

—¿Fue a petición del departamento de policía?

Draccon volvió a asentir.

Por eso Lucius tenía tanto interés en desarrollar un sistema de seguridad específico para la fortuna de Bruce. Lo aprovecharían para mejorar la protección de las cuentas de los bancos de la ciudad, por supuesto; pero en primera instancia lo habían creado para proteger a Bruce de los Nightwalkers.

—Bueno. —Draccon estudiaba su reacción—. Ya formas parte del caso, te guste o no.

Bruce estaba de acuerdo. Ahora que conocía con más detalle la faceta asesina de Madeleine, la idea de volver a verla en Arkham le hizo sentir algo extraño en el pecho. El corazón se le congeló, se le petrificó. «Quizá fuera demasiado pequeño para salvar a mis padres, pero ahora puedo hacer justicia. Puedo evitar la muerte de los demás antes de que los Nightwalkers vuelvan a atacar. No permitiré que me tachen de su lista».

—Quiero ayudar —se ofreció—. Necesitan mi ayuda.

Draccon hizo una mueca.

—Si no tuvieras dieciocho años y no fueras legalmente un adulto, ni siquiera me lo plantearía. De hecho, ahora mismo estoy dudando, en vista de quien eres y de los objetivos de los Nightwalkers. Pero ella no ha cruzado ni

una sola palabra con nadie, salvo contigo. Así que a ver si conseguimos que hable.

Aquella noche, Bruce no paró de dar vueltas en la cama, acosado por las pesadillas. Se encontraba de nuevo en la calle, a medianoche, a la salida del teatro, con las manos metidas en los bolsillos, tiritando por el frío y la llovizna y con el brazo de su madre rodeándole los hombros. Intentó gritarle a su padre que se detuviera, que irían por otro camino, pero no parecía oírle. Siguieron alejándose de las farolas, hasta que se adentraron en la oscuridad de los callejones, borrosos de niebla y vapor. Apretaron el paso y acabaron echando a correr. A cada zancada, le parecía que avanzaba sobre un barrizal, pero se obligó a seguir.

De pronto los callejones se transformaron: ya no eran callejas, sino corredores, los pasillos familiares de la Wayne Manor, iluminados por la luna. Bruce llamó a Alfred, pero no se le veía por ninguna parte. No recordaba por qué corría; solo sabía que debía hacerlo, que lo amenazaba un terrible peligro. Cada vez que llegaba a la puerta de la calle, la abría y se encontraba de nuevo ante un pasillo que lo devolvía a la mansión. «¿Por qué no puedo salir?».

Tropezó con algo en el suelo y trastabilló, pero no cayó. Al bajar la vista, se dio cuenta de que había tropezado con el cadáver sangriento y mutilado de Richard. Recordaba vagamente haberle pegado y que ni siquiera había dejarlo de hacerlo cuando lo sujetaron un montón de manos.

—Hola, Bruce.

Se dio la vuelta. Aunque aquella voz solo la había oído una vez, la reconoció inmediatamente. Madeleine lo miraba por debajo de sus largas pestañas, con sus labios carnosos y aquel rostro arrebatador.

—Te sale con tanta facilidad... —le dijo sonriendo y mirando el cadáver de Richard.

Levantó el brazo y le clavó a Bruce una navaja en el vientre.

Bruce dio un salto en la cama y ahogó un grito. Fuera, el viento movía las ramas, que golpeaban contra sus ventanas. Se incorporó, temblando,

respirando hondo, hasta que su corazón se serenó. Tenía que poner en orden sus ideas. No podía permitirse ver a Madeleine si ella tenía el control incluso antes de comenzar el interrogatorio. Bruce intentó no pensar en las imágenes de los tres asesinatos que le había mostrado Draccon. Si en verdad quería ser útil para la investigación, si pretendía de veras aprender algo de la justicia, necesitaba ser capaz de mirar directamente a las tinieblas.

—Esto, dentro de la camisa; esto, en el bolsillo.

En el despacho de Draccon, Bruce se inclinó hacia delante en su silla. La inspectora sostenía una fina lámina cuadrada, que parecía de aluminio. Se la pasó a Bruce, que se la metió con cuidado en el bolsillo frontal del uniforme. Al hacer presión contra la tela, la lámina quedó pegada a ella.

Draccon le alargó una tarjeta rectangular, que Bruce se metió en el bolsillo de los pantalones.

—El dispositivo del pecho es un micrófono inalámbrico —explicó la inspectora—. Registrará tus conversaciones con total claridad. El otro grabará absolutamente todo.

Bruce asintió.

—¿Debo saber algo más acerca de Madeleine?

—Aunque no salga una palabra de su boca, conseguiré que dudes de ti mismo. Es imposible intimidarla y nunca la he visto perder el control. Cuidado con lo que le cuentas. Estaremos observándote en todo momento, claro, y no permitiremos que corras peligro. Aun así, mantén la guardia.

Era una advertencia un tanto extraña. Madeleine estaba atrapada tras una puerta de sólido acero. No contaba con ningún objeto que utilizar como un arma.

—De acuerdo —accedió Bruce.

Las palabras de Draccon lo obsesionaban, y se preguntaba cómo era posible que el departamento de policía al completo hubiera sido incapaz de hacer confesar a la chica.

—Y recuerda —le advirtió la inspectora cuando ambos se levantaban—: aparte de ti, de mí y de la doctora James, nadie más está al tanto de esto. Estás en tu derecho de informar o no a tu tutor, pero por lo que a nosotros respecta, esto sigue formando parte de tus servicios comunitarios.

—¿Qué es «esto»? —se burló Bruce.

En el rostro de Draccon afloró una sonrisa.

—Eres muy divertido, Wayne —le dijo.

La ventosa noche anterior había dado paso a una mañana oscura, de nubarrones bajos y negros. Cuando Bruce y Draccon llegaron a Arkham, ya caían los primeros goterones y un rumor lejano recorría sin interrupción el cielo.

La rutina matinal no varió en lo más mínimo. Bruce fichó, cogió sus pertrechos de limpieza y se encaminó al sótano, mientras Draccon iba en busca de James. En cuanto la perdió de vista, Bruce no dudó de que estaban instalando equipos nuevos en la oficina de la alcaidesa, aguzando el oído de cara a la conversación que esperaban escuchar más tarde.

El nivel de casos de tratamiento intensivo parecía más siniestro aquella mañana, y el aire tanto más agobiante daba la impresión de empujar a Bruce desde todos los frentes. Al acercarse a la celda de Madeleine, echó una ojeada dentro. Como había imaginado, volvía a estar sola, de pie en medio del cuarto y observando algo que se encontraba en el techo y que él no podía ver.

Fijó la mirada en ella un rato más, esperando que reparase en él. Como ni siquiera se movía, tiró la fregona al suelo, para hacer ruido, y la recogió. Se irguió para ver si ella le prestaba algo de atención.

Ni la más mínima.

Quizá aquella primera vez había sido la última. Ante esa idea, Bruce se sintió extrañamente decepcionado.

—Eres más torpe de lo que recordaba.

La voz lo sobresaltó, por repentina. Era un eco de sus pesadillas... Cuando Bruce se giró y miró por el cristal, el rostro de Madeleine seguía vuelto hacia el techo, como si no hubiera reparado en él. Sin embargo, continuó:

—Hoy no te toca limpiar este piso. ¿Qué haces aquí?

¿Controlaba sus turnos? Las ideas se agolpaban en su mente. Por supuesto, podía decir que la dirección le había cambiado el horario... pero sería totalmente transparente para ella, la pondría alerta y se daría cuenta de que estaba allí para interrogarla. Probó con una estrategia distinta.

—No tendría que estar aquí —explicó, sin subir la voz. Se acercó a la ventanilla—. Mi supervisora tiene el día libre.

Al oírlo, Madeleine arqueó el cuello y echó la cabeza atrás. Tenía los ojos cerrados, las rizadas pestañas le rozaban suavemente las mejillas. Se había recogido la larga cascada de pelo en una gruesa trenza de espiga, que brillaba y le caía sobre un hombro, abriéndose al final. Se dio la vuelta y lo miró.

—Menudo rebelde te has vuelto, ¿eh? ¿Has venido a darme las gracias por mis consejos?

¿Qué consejos? ¿Acaso lo había empujado ella a atacar a Richard? ¿Cómo sabía siquiera que había ocurrido algo? Cuando volvió a mirar por la ventanilla, se topó con sus ojos. Sintió un escalofrío, igual que la primera vez.

Cuando estaba ante ella, tenía que estar atento a sus propias expresiones. Madeleine veía en su mirada cosas que ningún otro habría visto.

Tras cerciorarse de que no había nadie mirándolos, Bruce se acercó un poco más a la celda.

—He venido porque la última vez hablaste conmigo —contestó—. Además, estás casi siempre rodeada de un montón de policías que tratan de que confieses.

La mirada de ella volvió a vagar por el techo.

—¿Y te ha entrado curiosidad?

—Sí.

Inclinó la cabeza lenta y metódicamente y el cabello de la nuca se elevó.

—¿Por qué tanta curiosidad?

¿Cómo era posible que alguien que había asesinado con semejante brutalidad actuase con tanta calma, con tanto dominio de sí misma? ¿Nunca había pensado en las muertes que cargaba en la conciencia? ¿Nunca se había agitado por las pesadillas?

—Me he enterado de los asesinatos que has cometido —le dijo él.

—¿De verdad? —Parpadeó—. ¿Y qué impresión tienes de mí, entonces?

—Todavía no estoy seguro. Nunca había hablado con una asesina.

—Claro, claro: los internos de Arkham somos los que damos miedo —murmuró Madeleine, distraída, volviendo a concentrarse en el techo—. ¿Cuántas vidas habéis destrozado vosotros, los millonarios?

Bruce sintió un arrebato de ira; aquellas palabras lo encendieron. «Es una falacia», pensó. Madeleine estaba jugando con su mente.

—¿Por qué los mataste?

Ella se encogió de hombros y guardó silencio. Su indiferencia lo ponía enfermo.

—¿Qué miras? —preguntó Bruce, señalando al techo con la cabeza.

Ella frunció los labios, reflexionando.

—Las cámaras que están ancladas ahí arriba —contestó en voz alta, como si quisiera que alguien la oyese.

—¿Y por qué las miras?

—Para romperlas, claro.

Cauteloso, Bruce la miró con fijeza. Madeleine estaba ejecutando un truco de magia, aunque él no le veía las manos.

—Quizá no sea buena idea decirlo en voz alta.

—Y ¿por qué no? No sería difícil. Es tecnología anticuada. ¿Ves? —preguntó, señalando los cables que recorrían el techo, protegidos con revestimiento metálico y que acababan en unas cámaras pequeñas y redondas, colocadas en el interior de cada celda.

—No hace falta más que un emisor que genere las interferencias adecuadas, a una determinada frecuencia. Cualquier aparato con el rango de señal adecuado las dejaría fuera de juego. —Se dio toquecitos en la sien con un dedo larguirucho—. Nunca te fíes de la tecnología. Cualquier cosa que te facilite la vida puede utilizarse contra ti.

Bruce la escuchaba confuso y fascinado. Las palabras de Madeleine iban dirigidas a quienquiera que estuviese al otro lado de aquella cámara, vigilándola. Era como si jugara con el operario en cuestión, igual que un gato con el ratón, forzándolo a ponerse a la defensiva, distrayéndolo incluso para que no adivinase sus verdaderas intenciones. Aunque tal vez solo estuviera divirtiéndose un rato. Bruce clavó la mirada en el camastro de la celda, el único mobiliario allí. Si saltaba encima desde el ángulo adecuado, seguro que podría alcanzar la cámara. Pero aún no lo había hecho.

—¿Qué quieres conseguir? ¿Que te quiten la cama? —preguntó, incrédulo.

Las expresiones de ella eran imposibles de dilucidar; cambiaban continuamente, como las nubes antes de una tormenta.

—¿De verdad has venido hoy aquí a preguntarme eso?

Bruce se fijó en sus dedos, finos y pálidos, mientras se arreglaban el extremo de la trenza.

—¿Por qué me hablas? Te has pasado meses sin dirigirle la palabra a nadie.

—Ah... —Madeleine esbozó una amplia sonrisa—. Eso está mejor.

Movió la cabeza y la trenza le cayó sobre el hombro, desatándose en una cascada oscura. Bostezó.

—Hoy te han dado un uniforme nuevo, ¿no? El primero te quedaba enorme y era de otro tono de azul. ¿Tus supervisores han cambiado de opinión? Han tardado semanas en proporcionarte uno de tu talla.

Bruce se miró la ropa. Ni siquiera había notado la diferencia. ¿Cuánto tiempo había estado observándolo?

—Buena observación —la felicitó, volviendo a mirarla.

Madeleine sonrió, evidentemente complacida.

—Ojalá los polis hayan oído eso por el micrófono que llevas encima. Tienen la manía de hablarme como si estuviera loca.

«Sabe que llevo un micro. Pero ¿cómo?».

Bruce reprimió una palabrota. Tenía que haber sido más listo. No él, sino Draccon. Mientras se esforzaba para parecer sereno, Madeleine no apartaba la vista de él, ansiosa por constatar su reacción. No tenía sentido negarlo. «Eres más torpe de lo que recordaba», le había dicho hacía un rato. Bruce había creído que se refería a cuando había tirado la fregona, pero quizá se refería al micrófono.

«Al menos ahora Draccon tiene pruebas de que ha hablado conmigo».

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó.

—Has elegido un mal día para venir. Me has hablado en un tono un poco más alto que la última vez, para asegurarte de que el micro captaba bien tu voz. No te mueves igual que antes: te inclinas un poco a la izquierda, con el cuello vuelto hacia el micrófono. Eres zurdo, ¿verdad? Y lo llevas en el bolsillo izquierdo de la camisa, ¿a que sí? Todo eso lo he sabido por cómo limpiabas.

Su voz. Su postura. La mano que dominaba. Bruce se quedó paralizado un momento, incapaz de hablar. Había acertado todo, por supuesto.

Madeleine frunció el ceño, decepcionada.

—Vaya... No estaba segura, pero ahora no me cabe duda. Tu cara dice a gritos que tengo razón. De verdad que eres como un libro abierto.

Bruce la miró de soslayo.

—Me parece que confías mucho en tus capacidades.

Ella se desperezó, con indolencia. Apartó la mirada y dio un paso hacia su cama.

—Me aburres —comentó con un suspiro.

«Protégete». Recordó la advertencia de Draccon, que ahora parecía más importante. Se preguntó qué pensaría mientras oía el interrogatorio. «Tengo que actuar, y rápido». Si no, perdería toda la confianza de Madeleine y la ronda de preguntas terminaría ahí.

De repente, Bruce metió la mano en el bolsillo y sacó el micrófono cuadrado. De haber estado conectado con Draccon, habría oído los gritos de la inspectora. Bruce colocó el dispositivo frente al cristal, para que Madeleine lo viera, y lo lanzó hasta el fondo del pasillo. Se hurgó en el pantalón, sacó la grabadora y la arrojó también a lo lejos.

—Bueno —anunció, levantando las manos—. Me has pillado.

Madeleine no mudó el rostro; al menos no mucho. Pero alzó lo suficiente una ceja como para que Bruce supiera que aquello no se lo esperaba: que se hubiera descubierto tan pronto. La había sorprendido. «De nada sirve lo que estoy haciendo si no me gano su confianza».

—Creo que por hoy ya basta —terció ella. Las comisuras de sus labios se arqueaban en una sonrisa. Se sentó en la cama y se tumbó de lado.

—Oye. —Bruce levantó la mano. La irritación le salía por la boca con sus palabras—. Espera. Tú me hablaste primero, mucho antes de que la policía se fijara en mí. Esto no lo empecé yo. Sabías que si hablabas conmigo, atraerías a los polis hacia mí, que me colocarían un micro y me mandarían de vuelta a ti. Y ahora resulta que, según tú, ya basta. ¿A qué viene todo esto?

—Quería ver si merecía la pena hablar contigo —reconoció Madeleine.

—¿Y bien?

No obtuvo respuesta.

Bruce dio un paso hacia la puerta; estaba a apenas treinta centímetros del cristal. Había resistido a una multitud de fotógrafos y cámaras. Había logrado convencer a Draccon para que lo dejase investigar un caso real. Sin embargo, en cierto modo, en aquel lugar, le costaba encontrar las palabras para dirigirse a aquella chica. Ya no estaba seguro de lo que sabía ella, ni de cómo lo sabía; de si estaba adivinando cosas sobre él, de si jugaba a algo. Ignoraba si estaría pensando en las maneras de matarlo, de no estar encerrada. Las imágenes de los tres asesinatos pasaron por su mente a toda velocidad.

¿En qué categoría la metía? No sabía ni por dónde empezar.

Quizá ya bastara. Si Madeleine se negaba a dirigirle la palabra, Draccon ya no lo consideraría útil. Bruce miró a la muchacha un rato, como si ella fuese a darse la vuelta... pero no lo hizo. Se quedó donde estaba, con los ojos cerrados, sumida en sus ensoñaciones. El pelo le caía por detrás, como un mar de negrura.

Justo cuando Bruce iba a irse, Madeleine se volvió y metió las manos debajo de la almohada.

—No eres como los demás.

Bruce se quedó paralizado. Se dio la vuelta.

—¿A qué te refieres?

—A que ellos me interrogan porque es su trabajo. ¿Tú por qué lo haces? No necesitas ganarte el sueldo, me parece.

Bruce pensó en las noches en vela que se había pasado oyendo las comunicaciones de la policía, obsesionado con los proyectos de seguridad de WayneTech.

—No me gusta quedarme al margen, de brazos cruzados —contestó—. Quiero averiguar el porqué de las cosas.

—Mmm... —Madeleine parecía cavilar. Se giró ligeramente para que él pudiera verle parte de la cara, con los ojos aún cerrados—. Para ser alguien que lo tiene todo, no te falta buen corazón.

Bruce no podía dejar de mirarla. ¿Cómo sabía aquello? ¿Lo había adivinado por sus palabras, por su voz?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, pero ella ya no le prestaba atención. Su pecho se movía acompasadamente, como si hubiera decidido dormirse.

Unos minutos después apartó la mirada de ella y caminó de vuelta por el pasillo. Seguía viendo su esbelta figura, acurrucada en la cama. Aquellas últimas palabras estaban privadas de sarcasmo y burla. Las había dicho en serio.

Eran las palabras de alguien que, en cierto modo, lo comprendía.

11

—Eres un insensato.

—Quería que se fiara de mí.

Desde el otro lado del escritorio Draccon lo atravesó con su gélida mirada. Tiró a la basura un bocadillo de aspecto horrible. Varios papeles amontonados en el borde de la mesa cayeron al suelo.

—¿Y echar abajo todo el plan? ¿No se te ocurrió mentir? Nada de lo que te dijo cuando te acercaste se ha grabado.

—Ella ya lo sabía —repuso Bruce—. Lo vi en sus ojos. Usted quería que me ganara su confianza, ¿o no?

—No des por sentado lo que yo quería —replicó la inspectora, cortante.

—Solo he dicho la verdad; no se enfade conmigo.

Draccon se llevó las manos a la cara y se la frotó.

—Esto me pasa por fiarme de un chaval para que averigüe algo.

Bruce se inclinó hacia delante y la miró fijamente.

—Deme otra oportunidad. Ella no habría dicho lo último que dijo si no le interesara volver a hablar conmigo. Tenía curiosidad. Se lo noté en la voz.

—No creas una palabra de lo que te diga.

—Usted y su equipo ni siquiera consiguieron que hablara.

—Desde que trabajo en Arkham, he hecho confesar a montones de internos —aseguró Draccon—. Madeleine no te da más que frases medidas; contesta con interrogantes a tus preguntas, intenta adivinar por qué te has interesado en ella. Te ha tendido el anzuelo; quizá quería que le hablaras de tus padres.

—Calle.

Draccon dudó un instante, consciente de que se había pasado de la raya, incluso tratándose de ella. Suspiró y en su rostro se reflejó una fugaz expresión de culpa.

—Bruce, perdona —se disculpó, bajando el tono—. Lo que quiero decirte es que no te tomes sus palabras al pie de la letra. Si le permites llevar la conversación donde le venga en gana, te convertirás en un juguete en sus manos, y no al contrario.

Bruce abrió la boca dispuesto a rebatir, pero se lo pensó mejor. Draccon estaba en lo cierto. Si no se andaba con cuidado, lo apartaría completamente del caso y le impediría volver al módulo de intensivos, lo cual significaría retomar las tareas normales de su condena, las jornadas de trabajo interminables. Pensó en las finas manos de Madeleine mientras se trenzaba el pelo, en cómo ladeaba la cabeza al darse la vuelta, en aquella inquietante sonrisa. Sus ojos eran un mar de misterio, había una rabia muda en aquellas palabras intimidatorias que le había dirigido al final. Necesitaba ahondar, oírla confesar aquellos secretos que se negaba a compartir con la policía.

—Iré con cuidado —decidió replicar—. Se lo prometo. Y dejaré que usted me indique lo que tengo que decirle.

El sótano de Arkham parecía más estrecho y asfixiante cada vez que Bruce bajaba de nuevo.

La siguiente vez que se encontró frente a la ventanilla, Madeleine estaba sentada, con la espalda recta y los brazos en torno a las rodillas encogidas, contemplando el vacío. Bruce dejó en un rincón los enseres de limpieza y con las manos en los bolsillos se acercó a la puerta de la celda. Cuando llegó ante el cristal, las sacó y se las enseñó.

—Creía que a lo mejor no volvían a enviarte —dijo Madeleine antes de que él pudiera hablar. Giró el cuello lentamente y le sostuvo la mirada. Allí estaban: aquellos ojos profundos y negros. La chica lo observó inquisitiva, como si le robara los pensamientos—. Hoy no llevas micro —sentenció.

—¿Cómo estás tan segura?

Se encogió de hombros.

—Hoy la inspectora ha estado más arisca conmigo que de costumbre. No parecería tan frustrada si pensara que tú podrías sonsacarme más información; es decir, que no ha tratado de llenarte de cables. —Apoyó el mentón en las rodillas, adoptando un aire de inocencia siniestra—. Quería relegarte del caso, ¿verdad?

Bruce se sorprendió. Parecía que Madeleine era capaz de adivinar cualquier idea que él tuviera en mente.

—Sí —admitió.

—¿Por qué has vuelto?

«No creas una palabra de lo que te diga», le había advertido Draccon repetidas veces. Pero las últimas palabras de la chica seguían resonando en su cabeza.

—He pensado en lo que me dijiste la última vez que hablamos —dijo Bruce—. En cómo lo dijiste.

Burlona, Madeleine puso cara de inocente.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que no me faltaba buen corazón. —Bajó el tono—. Percibí el cambio en tu voz, como si algo... como si te identificases conmigo de algún modo.

Madeleine apoyó la cabeza en una mano.

—No —declaró—. Solo sé lo que les ocurrió a tus padres. Es de dominio público, ¿no? A mi manera, era un pésame. ¿Cuenta como tal, dada mi forma de ser?

Le sonreía vagamente pero con convicción, como si hubiera encontrado algo interesante y quisiera aprovecharlo. Y sin embargo, estaba hablando de sus padres.

Draccon se lo había advertido: no debía dejarle llevar las riendas del diálogo. Como la inspectora había predicho, Madeleine se divertía jugando con los detalles del pasado de Bruce.

—No necesito tus condolencias —replicó Bruce—. Tan solo trato de entenderte.

—Qué amable por tu parte —murmuró ella, con los ojos a salvo tras las espesas pestañas—. La próxima vez trae flores. ¿No sabes nada de seducción?

—Estás tomándome el pelo.

Madeleine sonrió, dejando al descubierto una fila de dientes blancos.

—Ojalá.

Bruce notó, con enfado, que se sonrojaba. ¿Qué hacía intentando sonsacarle algo más? Madeleine Wallace era una interna de Arkham. No estaba en absoluto bien de la cabeza, y allí la tenía, flirteando juguetonamente con él. Había cometido tres asesinatos a sangre fría, degollado a sus víctimas con la precisión de un cirujano psicópata. Bruce se sintió estúpido por haberse acercado a ella con la esperanza de obtener respuestas lógicas. Nada de lo que había dicho, y nada de lo que le estaba diciendo, tenía valor alguno. Debía cambiar de táctica.

Bruce negó con la cabeza y dio media vuelta.

—¿Sabes qué? Olvídalo —le gritó por encima del hombro—. Está claro que esto no lleva a ninguna parte.

—Espera.

Se detuvo. Al mirarla de nuevo, vio que ahora ella lo miraba, que las piernas le colgaban de la cama y tenía los brazos apoyados contra el cabecero, sobre la cabeza. La larga melena le enmarcaba la cara, y sus ojos traslucían seriedad.

—Yo también perdí a mi madre.

En un gesto inconsciente, Bruce volvió sobre sus pasos.

—Estás mintiendo —dijo, para ponerla a la defensiva.

—También perdí a mi madre —repitió Madeleine—, así que sé lo que se siente cuando llevas un peso tan grande en el corazón. Por eso te dije aquello.

—¿Cómo ocurrió?

—Qué entrometido eres.

Bruce no se inmutó.

—Tú ya sabes lo que les pasó a mis padres.

—¿Y?

—Pues que me parece una pregunta pertinente. Según la policía, tu madre era una delincuente.

La alegría de los ojos de Madeleine se borró de un plumazo, dando paso a la ira.

—No sabes nada de mi madre —susurró—. Ni de mí. —Suspiró y apartó la mirada, sumiéndose en sus pensamientos—. Mi madre era catedrática de robótica en la Gotham City University. Era la mejor de su departamento y una de las más brillantes de su especialidad. Pasaba los fines de semana conmigo, enseñándome a desmontar relojes y a recomponerlos. Incluso cuando estaba hasta los topes de trabajo, se sentaba a mi lado por las noches y me enseñaba cómo funcionaba algún programa, cómo conseguía que un brazo robótico se moviera utilizando una línea de código. —Asintió mirando a Bruce—. De esas cosas sí entiendes, ¿verdad, Bruce Wayne? Ahora estás al mando de WayneTech, ¿no?

Bruce sintió un escalofrío de la cabeza a los pies, aunque el hecho de que Madeleine hubiera sacado el tema de la robótica lo había animado. ¿Acaso esa chica no era exactamente igual que él?

Madeleine percibió el cambio de actitud de Bruce.

—Eres un alma noble —murmuró, deslizándose hasta el borde de la cama—. ¿Qué cosas desmontabas tú de niño? ¿Relojes? ¿Robots?

—Teléfonos. —Los recuerdos lo invadían: él, sentado ante el escritorio, contemplando el montón de placas base y baterías que había sacado de varios dispositivos—. Y ordenadores.

—Igual que yo. Hasta construía los míos propios.

—¿Tus propios ordenadores?

—Claro. Para mí y para los demás.

Bruce le señaló las manos.

—¿Así te salieron los callos?

—Te has fijado. —Frunció los labios color grana—. Vaya, Bruce Wayne no es tan aburrido como parece.

Ahora le tocaba sonreír a él.

—No creerás que eres la única que se fija en todo.

Madeleine soltó una carcajada hermosa, cristalina.

—Mi trabajo consiste en saber lo que los demás no saben —respondió, guiñándole un ojo.

—Sherlock Holmes —señaló Bruce, descubriendo el origen de la cita y disfrutando de haberla sorprendido.

—Muy bien. —Juntó los dedos—. Sin embargo, los callos son por tocar el violín. Supongo que tengo más cosas en común con Holmes de las que creía.

El violín. ¿Habría algo que Madeleine no supiese hacer?

«Ve con cuidado, Bruce». Sintió la fuerza que lo atraía hacia ella, el ansia por continuar la conversación para averiguarlo todo.

Pero no hablaba con una persona cualquiera: se trataba de Madeleine, una asesina convicta, una homicida que lo había invitado a jugar a un juego que no mencionaba. Sus víctimas habían visto cómo sus edificios y laboratorios se venían abajo, destruidos por el grupo criminal del que ella formaba parte. Seguro que no dudaría en hacerle lo mismo a él y a WayneTech. Bruce se repitió varias veces la idea, hasta que se notó de nuevo con los pies en la tierra, firmemente anclados. «La delincuencia le viene de familia», le había contado Draccon.

«Se acabó la cháchara».

—¿Todo eso te lo enseñó tu madre? —preguntó, intentando llevar la conversación al pasado.

Madeleine torció el gesto. Bruce sintió una punzada de decepción, ahora que aquel momento de intimidad había terminado.

—¿Qué más te da? —replicó ella, doblando las piernas y apoyando la espalda en la pared—. Ahora está muerta. Murió en la cárcel.

«Murió en la cárcel».

—¿Cómo acabó allí?

La mirada de Madeleine quedó oculta tras las pestañas; parecía más oscura que de costumbre. Por algún motivo, no quería hablar de ello.

—Tu curiosidad nunca se sacia, ¿eh? —dijo—. Por eso has vuelto y estás aquí hablando conmigo, sin sacar más provecho que tu propia satisfacción. Por eso estrellaste el coche durante la persecución y has acabado aquí, en Arkham, fregando suelos. Crees que resolverás el misterio de los Nightwalkers, ¿verdad?

—¿Y tú qué? —replicó Bruce—. ¿Qué quieres? ¿A quién proteges? ¿Por qué no le cuentas a Draccon nada de los planes de los Nightwalkers, o del edificio de Bellingham Industries?

—Ah... eso. No te lo quitas de la cabeza, ¿verdad, Bruce?

—¿Quitármelo de...? Destrocé mi coche y el tipo al que di caza está muerto... Así que sí: me cuesta quitármelo de la cabeza. —Estaba disparando a ciegas, pero quería ver si daba en el blanco. Volvió a mirarla—. No soy como los Nightwalkers: no le doy carpetazo a nadie cuando ya no cumple su cometido. Quiero saber qué tenía de especial aquel edificio.

Ella lo observó un momento.

—Digamos, pues, Bruce Wayne, que vives en un mundo en que todo es blanco o negro. Sabes que en algún sitio ha de existir el color. Así que te lees todos los libros sobre el color que te caen en las manos. Investigas día y noche hasta aprenderte de memoria las longitudes de onda del azul, del rojo, del amarillo; hasta que sabes, por lógica, que una brizna de hierba ha de ser verde, y que el cielo, cuando lo miras, sin duda es azul. Puedes contarme con pelos y señales cuanto pueda saberse del color, aunque nunca lo hayas visto en realidad. —Se arrodilló—. Y un día de repente ves de verdad el color. ¿Lo reconocerás? ¿Puedes saber, comprender algo de cualquier cosa, o cualquier persona... si no lo vives en carne propia?

Bruce entornó los ojos. Por cómo hablaba, parecía que Madeleine fuera muy mayor.

—No estarás refiriéndote al experimento mental de Frank Jackson...

—¿Y además conoces el trabajo filosófico de Jackson? Vaya... Eres muy interesante, de verdad.

—¿Qué intentas decirme?

Madeleine se levantó y se le acercó. Su expresión se había vuelto serena, como un mar cuyos monstruos se ocultaban en las profundidades. Bruce retrocedió instintivamente en cuanto la tuvo a pocos pasos. Se detuvo frente al cristal que los separaba y se acercó hasta que sus rasgos se hicieron visibles

con detalle: un antojo diminuto, de nacimiento, en el largo cuello; las espesas pestañas y cada mechón de su pelo, la abultada forma de sus labios, curvados en una sonrisa. «Dios mío». Era tan hermosa que daba miedo.

—La primera norma cuando engañas a alguien —declaró— es mezclar pocas mentiras con muchas verdades. —Agachó la cabeza y lo miró a través del abanico de pestañas—. ¿A que cuesta creerse lo que digo?

Resultaba que Madeleine había estado todo el rato tomándole el pelo, incluso con sus palabras de dolor, con sus expresiones de rabia.

—Quizá esté perdiendo el tiempo —repuso Bruce.

—Deberías darme las gracias. Estoy enseñándote cosas. —Su enigmática sonrisa se ensanchó—. No te fíes de nada, sospecha de todo. Si quieres descubrir la verdad, no te limites a venir aquí e intentar que hable. Sal y mira tú mismo los colores.

La huida del Nightwalker en el cruce de Eastham con Wicker se le apareció claramente. ¿Qué había pasado tras la fachada de ladrillos del edificio Bellingham? No podía apartar la vista de los ojos de Madeleine. Un cosquilleo desagradable le recorrió la columna.

—Me tienes miedo —le dijo ella.

En lugar de encontrar una categoría para Madeleine, era ella quien lo estaba diseccionando, paso a paso.

—Estás encerrada en el sótano de Arkham —replicó él—. No te tengo miedo.

—Puede que temas que te guste. —Le sonrió con ternura.

—¿Por qué ibas a gustarme?

—Porque cuando bajas hablas por los codos.

—Podría decir lo mismo de ti.

Los ojos de Madeleine se encendieron, provocadores. Se colocó una trenza brillante sobre el hombro.

—A lo mejor es que me gusta tratar de leerte el pensamiento —aventuró ella.

Bruce apoyó un hombro contra el cristal que los separaba y suspiró.

—¿Sabes acaso por qué los tenían aquí encerrados?

Madeleine se llevó una mano a la cadera y se mordió el labio, escrutando a Bruce. Él se preguntó qué buscaba ella.

—Vuelve al edificio —dijo Madeleine al fin—. Si quieres encontrar algo, tendrás que entrar en él.

«Entrar».

—¿Lo dices por una corazonada o estás segura ya que has trabajado con ellos?

Madeleine se limitó a encogerse de hombros.

—A lo mejor sé ciertas cosas.

—¿Sabes quién es su jefe?

—Cuántas preguntas. No puedo darte todas las respuestas; sal y averigua algo por tu cuenta.

—¿Cómo sé que no mientes? Me has dicho que no me fíe de nadie.

Eso pareció complacerla.

—Claro que deberías sospechar de mí, más que de cualquiera. Pero por lo que estoy oyendo, creo que quieres meterte hasta el fondo en las filas de los Nightwalkers y que la policía quiere apartarte del caso. Puede que tenga la información precisa que necesitas, pero eres tú quien debe darle uso.

Por aquello había vuelto Bruce: por la información que Draccon se había pasado meses tratando de sonsacarle. «Mantén la cabeza fría. No la dejes entrar». Se preguntó si en realidad no querría que lo hiciera solo para ver hasta dónde podía llegar.

—Sabes que esta información la compartiré con la policía. ¿Por qué me lo has contado, cuando te has pasado meses sin decirles nada a ellos?

Los ojos de Madeleine se iluminaron con una chispa de placer juguetón.

—Porque puede, señor Wayne, que estén empezándome a gustar sus visitas —admitió.

Aunque todo su ser quería alejarse de ella, aunque la chica tenía las manos manchadas de sangre y aunque trabajara en una banda de asesinos, Bruce no deseaba marcharse, sino seguir hablando con ella. «Tengo que hacerlo», se dijo, para justificar esa sensación. «Tengo que averiguar más de lo que ha averiguado la policía. Soy su única esperanza».

—Y una vez dentro, ¿qué encontraré? —preguntó.

Madeleine se llevó un dedo a los labios con coquetería, se despidió con un gesto de la mano y volvió a la cama.

—Fíjate en los ladrillos de la pared que da al norte, los que están más abajo. Dejaré que decidas tú mismo si resulta ser una información útil o no.

Bruce dio media vuelta. Quizá todo hubieran sido mentiras, pero aun así el corazón se le había acelerado. «Información útil». Esas palabras se habían instalado en su mente y se sentía obligado a darles crédito.

12

—¡Odias a este grupo! —le gritó Dianne, pasándole un brazo por los hombros. Bruce tuvo que agacharse para poder oírla.

Se dirigían, junto con Harvey, a un concierto en el parque nuevo recién inaugurado en el centro de Gotham City. Aquella noche el aire era sorprendentemente helado, tras una semana de tormentas, y había unas cuantas nubes en el cielo teñidas de rosa y dorado por el sol poniente.

—No es que lo odie —mintió Bruce—, pero creo que los Midnight Poets están sobrevalorados.

Sin embargo, en realidad Bruce estaba pensando en el vecindario que los rodeaba. El parque se hallaba tan solo a unas manzanas del cruce de Eastham con Wicker, donde se erigía el edificio de Bellingham Industries & Co. que había sufrido el atentado. Si encontraba un momento para escabullirse entre la multitud, podría acercarse allí y quizá incluso entrar y seguir la pista de Madeleine.

Se ajustó la mochila a los hombros, agobiado por el peso de cuanto llevaba dentro y que tal vez pudiera necesitar. Una cizalla, para romper cualquier candado en las puertas con que se topara. Una navaja. Un pasamontañas. Guantes. Los enseres de un delincuente, pensaría alguien que se los encontrara. Su mente vagó de nuevo hasta Madeleine, hasta el recuerdo de su sonrisa leve y hermética. ¿Qué más sabía que se negaba a revelar a la policía?

—¿Bruce? —Dianne lo zarandó lo bastante fuerte como para devolverlo a la realidad—. Decía que por qué no te gustan. Los llaman el nuevo gran grupo indie.

—Claro, a alguien tendrán que gustarle —contestó Bruce, reponiéndose enseguida. Dirigió a Dianne una sonrisa irónica—. No seré yo quien os impida escuchar a un grupo malísimo.

Dianne lo fulminó con la mirada y alzó la vista al cielo exasperada. Él sabía que no la engañaba, que ella era consciente de que la mente de Bruce estaba en otro sitio.

—Si en el futuro los vemos tocar en el descanso de la Super Bowl, te lo restregaré por la cara eternamente.

—Bruce, estás muy raro desde la graduación —apostilló Harvey, comiéndose un churro y llenándolos de azúcar y migas—. Es difícil que algo te afecte tanto. ¿Qué pasa en Arkham? ¿Te están comiendo el coco?

Bruce vaciló. No les había contado nada, salvo que Draccon le había permitido... no entrar de lleno, pero sí conocer algunos aspectos de la labor detectivesca. Lo demás —la conversación con Madeleine acerca de los Nightwalkers— no se lo había mencionado a ninguno de los dos.

Así que se encogió de hombros.

—Puede que un poco. Ha habido mucho jaleo en Arkham; los reclusos no paran de acosarme.

—A lo mejor Draccon encuentra la forma de reducirte la condena —aventuró Harvey—, para que no tengas que aguantarlo a diario. No parece una experiencia muy positiva.

«No lo sabes tú bien».

—Se lo preguntaré —repuso Bruce.

Harvey parecía a punto de acribillarlo a preguntas, pero Dianne suspiró y aceleró el paso, obligándolos a seguirle el ritmo.

—¿Podemos dejar de lado el tema de Arkham, solo por hoy? —preguntó, ahorrándole la conversación a Bruce, que se sintió aliviado cuando vio que le guiñaba un ojo y señalaba al parque con la cabeza. El césped estaba lleno de gente con manteles de pícnic y sillas plegables. En los troncos se apoyaban varias personas, a la espera del momento de trepar y sentarse en las ramas—. ¿No os dais cuenta de que es una de las últimas veces que salimos los tres por Gotham City?

—Aún tenemos el verano entero —apuntó Harvey—. Hasta finales de agosto no te marchas, ¿no?

Dianne alzó todos los dedos.

—Diez semanas —dijo—. Mi abuela me lo ha recordado esta mañana. Casi se echa a llorar durante el desayuno, sobre los huevos con arroz.

Al reparar en la cifra, Bruce sintió una punzada de dolor por el poco tiempo que les quedaba para estar juntos.

Llegaron al césped y olvidaron el tema del futuro para buscar un sitio donde sentarse. Encontraron un hueco libre y se sentaron a esperar al grupo.

Mientras Dianne discutía con Harvey sobre cuál era su mejor canción y este intentaba que Dianne la cantase en alto, los pensamientos de Bruce volvieron a Madeleine.

La inspectora Draccon le había advertido que intentaría manipularlo. Y seguramente tenía razón. Pero había algo en su voz... «Para ser alguien que lo tiene todo, no te falta buen corazón». Madeleine lo había dejado caer con complicidad, como si una parte de su propio pasado concediera peso a esas palabras. ¿Qué había perdido? Draccon no le había revelado mucho del pasado de la chica ni sobre su familia. ¿Y si en sus palabras subyacía más de lo que Draccon sabía?

La multitud estalló en una ovación que lo distrajo. El grupo subió al escenario y los micrófonos chirriaron cuando el primer cantante se aclaró la garganta. Dianne hizo bocina con las manos y pidió a gritos una canción. Harvey, a su vez, la empujaba para hacerse oír. Cuando empezaron a tocar, el público cantó a coro el estribillo.

Bruce se limitaba a escuchar mientras todos seguían la canción y miraba a sus amigos. Con ellos resultaba tan natural la cercanía, derribar las barreras y limitarse a ser él mismo... De nuevo presa de una sensación de soledad, supo que nunca podría bajar la guardia igual que ellos. Allí estaba Harvey, tan pulcro, tan obediente, convencido de que tenía que comportarse de acuerdo al sistema para hacer todo el bien que pudiera. Y Dianne, criada en el seno de una familia afectuosa y enorme, con una fe absoluta en el sistema.

¿Y si en realidad el sistema solo necesitaba ayuda? En todas las novelas de misterio que había leído, la policía iba siempre un paso por detrás del protagonista. ¿Y si la única manera de arreglar las cosas era tomarse la justicia por su mano?

Al acabar la segunda canción aplaudió, tratando de no hacer muecas por lo mala que le había parecido, hasta que estuvo seguro de que Harvey y Dianne habían vuelto a centrarse en el concierto. Cuando todo el mundo se puso a saltar al son del siguiente tema, Bruce se levantó y comenzó a caminar entre la multitud. Dianne lo miró de reojo mientras se marchaba. «Voy al baño», le dijo por señas, y se alejó.

Fuera del parque, en la calle reinaba un silencio absoluto a la luz del crepúsculo. Parecía como si, en un kilómetro a la redonda, todo el mundo hubiera decidido ir al concierto o evitar por completo la zona, dejando desiertas las aceras. Sopló una brisa fresca, cargada del olor del mar y del hedor del alcantarillado.

Bruce se alisó la chaqueta y la sudadera que llevaba debajo, y se puso la capucha. Aquella noche los murciélagos de Gotham City habían salido con ganas; se paró a mirarlos y vio una bandada que se alejaba hacia el horizonte, lista para su caza vespertina. Apretó el paso mientras el cielo se oscurecía por completo, hasta que la calzada quedó iluminada solo por las farolas.

En la esquina entre las dos calles, bajo la señal en que se leía EASTHAM Y WICKER, se detuvo y observó los edificios.

Nada le llamó la atención, al menos a primera vista. El enjambre de coches patrulla y barreras policiales había desaparecido hacía tiempo, y habían limpiado las calles de cristales y casquillos. No parecía que en ese lugar hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Pero las marcas de derrape seguían en el asfalto, negras y agresivas, y el edificio Bellingham aún presentaba secuelas de la explosión y el incendio. Un andamiaje de madera cubría casi todos los elementos dañados, así como las ventanas y los ladrillos nuevos a medio colocar; una valla de alambre cubierta de lona negra delimitaba el terreno y ocultaba la base de las miradas.

Dobló la esquina lentamente reteniendo cada detalle y recordando todo lo que había sucedido allí: las barreras policiales, el coche del fugitivo, los tiros y la explosión que había destruido el inmueble.

«Los Nightwalkers destruyen el legado de sus víctimas».

Al llegar al cruce se detuvo y dio media vuelta. Por fin divisó el nombre que adornaba la fachada, en el segundo piso:

BELLINGHAM INDUSTRIES & CO.

Cruzó la calle hasta el edificio. Más allá de la valla vio las marcas del enladrillado gastado por los años, la historia impresa en aquellos muros. Caminó en silencio a lo largo del recinto, en busca de algo, de alguna cosa que pudiera resultarle útil. Los minutos iban pasando.

Hasta que oyó una voz a su espalda que lo sobresaltó.

—Bruce.

13

Bruce se volvió como un rayo y se encontró frente a frente con Dianne.

Dio un respingo y apoyó las manos en las rodillas.

—¿Por el amor de...! —exclamó—. ¿No podías haberme seguido con más disimulo?

—¿Te has asustado tú... de mí? —se sorprendió ella. Profirió una palabrota en tagalo que él no logró entender. «Qué enfadada está», pensó Bruce—. ¿Qué narices haces aquí?

Bruce suspiró y se mesó el pelo.

—¿Harvey también ha venido?

—Lo he dejado guardándonos el sitio. Y ahora dime qué pasa contigo. Atacas a Richard, te pones a vagar de noche en la escena del crimen donde te atraparon... ¡Venga ya, Bruce!

—No pasa nada. Estoy echando un vistazo, nada más.

La mirada gélida de Dianne se cruzó con la suya. Respiró hondo y empezó a contarle la historia de Madeleine. La primera conversación. Sus antiguos delitos. Su propia implicación en la investigación de Draccon. Hablaba deprisa y en susurros, como si alguien pudiera oírlo e informar a la inspectora.

Cuando terminó, la piel de Dianne había pasado de morena a grisácea.

—No me creo que te hayan arrastrado a semejante locura. Dime que estás de broma.

—Necesitaban mi ayuda.

Dianne lo miró fijamente.

—Oye, pongamos que esa chica (que, no lo olvidemos, es una asesina trastornada) estuviera contándote la verdad. ¿Cómo es que la policía aún no tiene el menor indicio? Han peinado esta esquina durante semanas sin encontrar ni una pista de qué se traían los Nightwalkers entre manos.

Bruce levantó un dedo.

—Si no hay nada que encontrar, no habré perdido más que una noche. Pero ¿y si me dio una pista verdadera? Me dijo que me fijara en la pared que da al norte. Quizá a la policía se le pasara algo por alto.

Dianne se inclinó hacia él, mirándolo de soslayo, con cautela.

—Ya lo pillo —declaró—. Ya entiendo.

—¿Qué entiendes?

—A ti. Lo que te pasa; lo he adivinado. —Cruzó los brazos y lo miró a los ojos—. Te gusta Madeleine. Estás totalmente colado por ella.

—¿Qué? —Bruce se echó hacia atrás—. ¿De todo lo que te he contado has deducido eso?

—Bruce, está claro. ¿Te acuerdas de Cindie Patel, de séptimo? Estabas coladito por ella. ¿No recuerdas cuando perdió la pulsera de su abuela, durante el almuerzo, y te pasaste cinco días sin comer, buscándola?

—Y al final la encontré.

Dianne dio dos palmadas.

—¡Céntrate! Siempre tienes que hacer de caballero andante, y ahora te has obsesionado por una pista sin fundamento que te ha dado esa chica, al punto de arriesgarte a una sanción mayor de la que ya tienes. Es exactamente lo mismo.

Bruce la miró, receloso.

—A diferencia de que a Cindie Patel la conocía porque se sentaba a mi lado en biología y a Madeleine la conozco porque está encarcelada acusada de tres asesinatos.

Dianne hizo un gesto de desdén.

—Minucias. Ya sabes a qué me refiero.

Madeleine volvió a cobrar forma en la mente de Bruce. «Quizá Dianne lleve razón». Pero aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Oye, he venido porque he querido —declaró con voz firme—. Y no hay más que hablar.

—Como quieras. Si Harvey supiera en qué andas metido ahora mismo, se enfadaría muchísimo contigo. Y con razón. A veces tienes que confiar en que la policía haga lo correcto. Si Draccon se entera de que te escabulles hasta aquí de esta manera, tal vez te aumenten la pena.

«Tu curiosidad nunca se sacia, ¿eh?». Bruce negó con la cabeza, intentando librarse de las palabras de Madeleine.

—Oye, piénsalo de este modo: si no encuentro nada...

—Si no encontramos nada —lo corrigió su amiga—. Ahora estoy metida en esto; no te dejaré aquí solo.

Bruce la fulminó con la mirada; Dianne se la sostuvo.

—Vale. Si no encontramos nada, te prometo que no volveré a hacer nada semejante. Jamás. Pero no podrás contárselo a nadie. Lo digo en serio.

Dianne frunció el ceño.

—Me debes una por asegurarme de que no te matarás.

Bruce le dirigió una sonrisa burlona.

—Está bien, está bien. Te debo una. Gracias por cuidar de mí. Oye, Lucius va a celebrar una gala impresionante dentro de dos semanas, para mostrar la tecnología de los androides de seguridad de WayneTech. ¿Quieres acompañarme, para asegurarte de que no me mato?

Dianne lo miró de reojo.

—¿Hablas en serio?

—Será muy elegante.

—¿Habrá buena comida?

—De la mejor —prometió Bruce.

Reflexionó un segundo, frunciendo los labios.

—De acuerdo —respondió—. Parece un buen plan.

Bruce señaló la esquina de la manzana.

—Quédate aquí, junto a esa puerta. Ahí. Así se te ve menos. Vigila que no venga nadie. Si dentro de media hora no he vuelto, llama a alguien.

—De acuerdo, pero a cambio de que hables conmigo por teléfono todo el rato. —Dianne sacó el móvil y tocó la pantalla dos veces—. Si al final tardas más de treinta minutos, mandaré en tu busca a toda la policía de la ciudad.

—Me parece justo.

Bruce se alejó de Dianne y volvió hasta la valla, que recorrió entera. Rodeaba por completo el edificio sin una sola fisura, así que acabó en el punto de partida. Después de otra vuelta, se detuvo, se frotó los ojos, que le dolían de tanto mirar la construcción.

¿Qué buscaba, al fin y al cabo?

Con el rabillo del ojo, vio algo que le llamó la atención. Miró la tela metálica y entornó la vista.

No había un solo intersticio en toda la valla... pero entre el alambre destacaban una serie de bultos, como si hubieran cerrado una sección que había sido abierta. Era un detalle nimio y tal vez antes lo había pasado por alto, pero era indudable que estaba allí. Habían sellado la valla, lo que significaba que alguien había cortado el alambre y borrado a continuación cualquier señal de su paso.

Obreros. Investigadores de la policía. Detectives privados. Bruce analizó las posibilidades que no tuvieran relación con algún delito. Quizá aquello no tuviera la más mínima importancia... pero se trataba de la escena de un crimen; además, de uno sin resolver. ¿Y si los Nightwalkers no se habían limitado a destruir el legado de Bellingham? Bruce alzó la vista hacia la fachada. Alguien había vuelto a por algo, sin que nadie se diera cuenta.

Cogió la mochila, abrió la cremallera y sacó el pasamontañas y los guantes. Se los puso con cuidado, para ocultar el rostro y las manos. Colocó las hojas de la cizalla entre los alambres de metal. Cline. Cline. Uno a uno, los pedazos cortados fueron cayendo sordamente en su mano. Los metió en la mochila y cerró la cremallera. En la abertura practicada podía colarse un cabello. Bruce tiró de ella hasta conseguir suficiente espacio para meterse. Se introdujo por el hueco y quedó oculto por la tela negra.

Al otro lado había tablones de madera fijados con clavos, pero también huecos suficientes para trepar por ellos. En el interior el ambiente era húmedo, claustrofóbico, todo olía a polvo y metal. Bruce aguardó hasta que los ojos se acostumbraron a la oscuridad. Estaba cómodo en ella. Justo después de morir sus padres, se había pasado muchas noches encerrado en su armario, tenebroso y oscuro, o en la bodega, o en el ático, donde soplaba una fría corriente. Muchos de sus compañeros de clase temían la oscuridad, como si pudiera hacerles daño. Pero Bruce sabía que las sombras lo ocultaban a él, igual que a cualquier otro, o a cualquier cosa. La noche era una ventaja.

Sus reflejos, adiestrados por las horas que había pasado en el gimnasio, lo mantenían alerta. Conforme todo iba cobrando forma a la suave luz de las farolas, comprobó que se hallaba en una habitación abierta. De las vigas colgaban bombillas, la mitad rotas, que habían dejado el suelo lleno de cristales. Todo estaba cubierto de sábanas: las mesas, las sillas, la maquinaria... El polvo del *parquet* estaba lleno de pisadas, quizá las de los agentes que habían estado allí. «O quizá de otra gente».

—Está todo hecho un asco —susurró Bruce al teléfono.

—¿Qué te dijo Madeleine? —repuso Dianne.

—La pared que da al norte —murmuró Bruce mientras se orientaba—. Los ladrillos. Me pidió que me fijara en ellos.

Se volvió para encarar la pared. Abarcaba la estancia en toda su longitud, y la parte inferior estaba hecha de ladrillos viejos y oscuros, que contrastaban con la pintura blanca de la parte superior. Bruce se dirigió al extremo más cercano, se acercó al muro y se agachó. Pasó una mano por los ladrillos; estaban cubiertos de una fina capa de polvo, como toda la estancia.

Así pues, Madeleine tenía razón: había ladrillos en la pared septentrional. Ella ya había estado allí.

—¿Hay algo? ¿Qué buscas exactamente? —oyó decir a Dianne.

—Algo fuera de lugar —contestó Bruce. De pronto, mientras recorría la habitación sin dejar de tocar los ladrillos, se sintió tonto. No tenía ni idea de qué podría estar fuera de lugar en un sitio como aquel... Solo una cosa era cierta: si lo encontraba, lo sabría.

Ya casi había llegado al final cuando se detuvo, con la mano sobre uno de los ladrillos. Había algo peculiar en la textura: era un poco más suave que el resto, como si lo hubieran tocado más veces. Bruce frunció el ceño y se agachó para mirarlo más de cerca.

—Espera —susurró—. Creo que he encontrado algo.

—¿Qué? —preguntó Dianne.

—Este ladrillo tiene una textura extraña. —Lo apretó suavemente—. No está fijo, como los otros. Los bordes no encajan con el resto.

Apretó con más fuerza. No notó que cediera, al principio. Pero sin previo aviso, el ladrillo se introdujo dos centímetros en el muro y la pared comenzó a temblar. Bruce retrocedió; casi se le cayó el teléfono. Cuando volvió a mirar, parte de la pared se había desplazado hacia un lado, dejando un hueco oscuro de unos quince centímetros de ancho.

Miró aturdido por un segundo. Entonces avanzó hacia el agujero buscando un asidero con el pie. «Escalones». Tras el muro había una escalera metálica que conducía, por un estrecho hueco, hasta más allá de donde alcanzaba la vista.

—Dianne —llamó, con los ojos muy abiertos—. Hay una escalera detrás del muro.

Su amiga susurró una palabrota.

«Madeleine decía la verdad, después de todo». Bruce se estremeció, preguntándose por qué lo ayudaría. A lo mejor estaba tendiéndole una trampa.

—No bajes —le advirtió Dianne, haciéndose eco de sus pensamientos. Bruce notaba el miedo en su voz—. Ahí abajo no encontrarás nada bueno.

Bruce negó con la cabeza.

—Voy a bajar. Quédate vigilando y, si ves algo sospechoso, avísame.

—Será mejor que seas tú quien encuentre algo sospechoso —replicó ella—. Me debes una, y bien grande... Tanto, que vas a pasarte años pagándomela.

Bruce dejó escapar una risita, se puso delante de la abertura y se metió por ella. Hacia las tinieblas. Avanzaba lentamente: los peldaños, estrechos y altos,

descendían en espiral. A cada paso, comprobaba que el escalón inferior soportaba su peso. Bajó en medio de la oscuridad, poco a poco, peldaño a peldaño, hasta que notó lo que le pareció un suelo de cemento. Se encontraba en un cuarto estrecho de aire enrarecido, lleno de polvo. Reprimió las ganas de toser.

—He llegado abajo del todo —susurró, afónico. Cerca se veía una barrera de obra.

—¿Dónde narices estás?

—No tengo ni idea —respondió. Se estiró y levantó el brazo cuanto pudo, tratando de no golpearse con nada. Tocó el techo, rugoso al tacto como si fuera de hormigón visto. Alzó el móvil y encendió la linterna.

La luz iluminó varios metros ante él. Estaba en un túnel que conducía a la oscuridad más absoluta. Le recordaba los estrechos pasadizos que había en la cueva cercana a su mansión, y a los murciélagos que salían de ella de vez en cuando. Casi esperaba que una bandada saliera volando en barrena hacia él.

«¿Por qué tanta curiosidad?». El recuerdo le puso la piel de gallina, pero apretó los dientes y siguió adelante, tratando de no hacer el menor ruido.

—Estoy entrando —susurró.

El túnel era más profundo de lo que había previsto y el techo, cada vez más bajo. ¿Por qué lo había mandado allí Madeleine? ¿Qué sabía acerca del lugar? ¿Y si el pasadizo se derrumbaba sobre él?

«¿Y si hay alguien más aquí abajo?». De pronto, Bruce se imaginó que un hombre armado lo esperaba al final del camino, apuntándolo.

No se detuvo.

Al final, llegó a un espacio más amplio. Cuando el suelo descendió un poco bajo sus pies, trastabilló.

Allí era distinto: un pavimento pulido y bien acabado. La linterna de su móvil proyectaba un haz luminoso en la pared. La recorrió hasta que vio un interruptor. Ahí estaba.

Lo accionó.

La luz fluorescente lo cegó, e instintivamente apretó los párpados y se protegió la cara. Cuando volvió a abrirlos, ahogó una exclamación.

—Mierda —susurró.

—¿Qué pasa? —dijo Dianne, con una voz tensa como la cuerda de un arco—. ¿Qué ves?

Estaba en una sala llena hasta la mitad de munición: pistolas, balas, cargadores. Debía haber al menos un centenar de armas de todas las formas y

tamaños, colocadas sobre mesas y colgadas de las paredes. Se quedó atónito. Parecía un arsenal militar.

—Bruce —lo llamó Dianne, con un murmullo. Aunque no veía lo mismo que él, percibía la tensión del silencio—. Sal de ahí. Voy a buscarte.

Un débil sonido llegó hasta Bruce. Se quedó paralizado. Procedía del otro extremo de la sala, de detrás de una puerta de salida. Era una voz masculina, profunda y amargada. Parecía hablar con alguien. Rápidamente, Bruce pulsó el interruptor y apagó el móvil, de modo que el lugar quedó de nuevo sumido en la oscuridad. Comenzó a retroceder.

Demasiado tarde.

La segunda puerta se abrió y Bruce vio la silueta de un hombre que entraba hablando y encendía la luz. Logró distinguir un rostro ajado y pálido, y con barba.

—Oye, no puedo seguir ocupándome de este almacén. Diles que traigan el camión mañana por la noche, para que traslademos el resto de...

Al ver a Bruce, se interrumpió. Se miraron un instante, asombrados y en silencio.

Cuando reparó en que Bruce llevaba el pasamontañas, el hombre torció el gesto.

—Eh... No eres el... ¿El jefe te ha...?

Bruce echó a correr. El hombre fue tras él. En cuanto llegó a la parte estrecha del túnel, notó que dos manos lo agarraban por los hombros. El instinto defensivo se activó de modo automático. Con un solo movimiento, Bruce se zafó de su captor y le propinó un puñetazo en la cara.

Su oponente paró el golpe, por los pelos, y atacó. Bruce lo esquivó. De una patada, alcanzó al hombre en la pantorrilla y lo derribó. Se dio la vuelta para reemprender la huida, pero los dedos del hombre se aferraron a la pernera de su pantalón, haciéndole caer. Dos manos agarraron el pasamontañas que ocultaba su rostro.

Su enemigo quedó indefenso por un segundo. Llevado por la desesperación, Bruce se levantó. Su puño golpeó la barbilla del hombre, en el punto justo. La cabeza salió casi despedida hacia atrás. Perdió el equilibrio, flaqueó y cayó cuan largo era.

Temblando de pies a cabeza, Bruce miró al hombre inconsciente que yacía a sus pies. Los músculos le quemaban. ¿Había otras personas con él? «Almacenan armamento». Madeleine lo había llevado derecho a donde quería. Lo había ayudado, aun cuando la policía, después de meses, no había logrado sonsacarle ni una sola palabra.

«Draccon me matará por esto».

Pero ¿para qué acumulaban aquel arsenal? Había tanta munición que parecía excesiva para cualquier cosa, a menos que fuera para un ataque a gran escala. ¿Y si tenían más guaridas? Lo asaltó un terrible presentimiento: ¿qué planeaban los Nightwalkers para necesitar tantas armas?

«Debería contarle a la policía que he estado aquí».

Pero a fin de cuentas, ¿qué les diría? ¿Que había ido por una corazonada a partir de las palabras de una asesina? ¿Que se había colado en el edificio? Tal vez le acarrearía incluso más problemas, y no tenía ganas. «Que la policía siga con el caso desde aquí. Hallarán la valla cortada y el hueco de la pared».

Con manos temblorosas, volvió a encender el teléfono. De inmediato le llegó una llamada de Dianne. Al responder oyó su voz, sus chillidos agudos que casi eran de pánico.

—¿Bruce? ¡Bruce! ¿Dónde narices estás? He llamado a la policía. ¡Sal inmediatamente!

—Estoy bien. Estoy volviendo —tranquilizó a su amiga mientras desandaba el camino, acosado aún por el misterio de aquella guarida.

Al día siguiente, Bruce estaba sentado en silencio en el despacho de Draccon, contemplando por la ventana las calles mojadas de Gotham City. La inspectora se hallaba frente a él, leyendo la portada de un periódico. La carpeta correspondiente a Madeleine estaba abierta sobre el escritorio y la documentación ordenadamente apilada. Por fin, Draccon dejó el diario y se acodó sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bruce.

Draccon le pasó el periódico para que leyera el titular:

DESCUBIERTA UNA GUARIDA DE LOS NIGHTWALKERS

—Había un pasadizo subterráneo sin terminar —murmuró Draccon.

—¿Como los que conectan los edificios del centro? —preguntó Bruce, midiendo cada palabra. Por lo que a los demás respectaba, él no tenía ni idea del incidente.

Draccon asintió.

—Conoces el túnel que hay bajo la Wayne Tower, ¿verdad?

—Sí —contestó Bruce. Bajo la Wayne Tower discurría uno de aquellos pasajes subterráneos, al igual que bajo la Seco Financial Tower y cualquier otro rascacielos. En los días tórridos de verano, cuando caminar por las calles era como hacerlo por un horno, o cuando se desataban tormentas de nieve, la gente podía tomar las rutas bajo tierra sin tener que poner un pie en la calle.

—Verás —continuó Draccon—, forma parte de una red subterránea que el ayuntamiento dejó de financiar. Por lo visto los Nightwalkers han aprovechado el tramo que hay debajo del edificio Bellingham para construir un polvorín.

En la mente de Bruce se repetían una y otra vez los sucesos de la noche anterior. Había vuelto al concierto con Dianne, ambos en silencio; había convencido a Harvey de que los había interrogado la policía. «Al final de la

calle pasaba algo», le había contado a su amigo, lo que Dianne había confirmado. «Hay polis interrogando a la gente por toda la manzana».

Pocos minutos después, se habían oído sirenas al doblar la esquina del Bellingham, lo que pareció corroborar su historia, y Harvey se lo creyó.

Dianne no había dicho una palabra sobre lo sucedido, y él tampoco. La posibilidad de que le aumentaran la condena y de implicar a Harvey los mantenía a ambos mudos. Aunque seguía esperando una llamada de la policía, o un interrogatorio por parte de Draccon, nadie parecía saber dónde habían estado.

—¿Cómo encontraron la guarida? —preguntó Bruce.

Cansada, Draccon se pasó la mano por el cuello.

—Recibimos una llamada anónima —dijo suspirando—. ¿Quién iba a saber que habían abierto ese túnel, que estaba sin terminar? En el búnker, encontramos a un hombre inconsciente. Por lo visto es un proveedor de los Nightwalkers. De bajo rango; le habían asignado la tarea de trasladar el arsenal a una nueva ubicación.

Bruce fingía curiosidad e ignorancia.

—¿Reveló por qué lo hacían?

—No creo que lo supiera, dado su puesto en el escalafón. Confesó adónde iba a trasladarlo, pero cuando los agentes fueron a investigar, ya no quedaba nada. Otro Nightwalker se lo había llevado todo y había dejado el lugar completamente vacío. No dijo nada más. De hecho, el pobre diablo estaba tan asustado ayer, que trató de ahorcarse con la camisa que llevaba. —Draccon vaciló—. No paraba de hablar de un ladrón enmascarado, de que alguien lo había atacado y de que debía de ser un agente encubierto. No dio más detalles. Quizá los Nightwalkers se han ganado algunos enemigos entre el hampa de Gotham, por apropiarse de su espacio.

—A lo mejor puedo sonsacarle información a Madeleine —aventuró Bruce.

Draccon entrelazó los dedos y lo miró con el ceño fruncido.

—No estoy segura, Bruce.

—Quizá sepa por qué acumulaban ese arsenal.

La inspectora volvió a suspirar y dio un sorbo a su café.

—No me gusta el cariz que está tomando todo esto. Se supone que no deberías estar tan implicado en la investigación, y el hecho de que Madeleine solo hable contigo me inquieta. Además, no quiero granjearme la enemistad de tu tutor.

Alfred. Bruce aún no le había contado nada, y tampoco le había explicado por qué sus pesadillas iban a peor, ni había mencionado las sombras, los pasillos tenebrosos ni a la chica del pelo largo.

—Y sin embargo aquí estoy, en su despacho —replicó él, apartando todo lo demás de su mente—. Usted sigue contándome lo que pasa con respecto a los Nightwalkers. ¿No es así? Es decir, que aún quiere que la ayude, como pueda... y que cree que todavía puedo averiguar más por medio de Madeleine.

Draccon lo miró con semblante serio.

—Acuérdate de sus víctimas pasadas: filántropos con inmensas fortunas. Se fijaba en ellos por el dinero, robaba ingentes cantidades y acababa asesinandolos en sus propias casas. Ya lo has visto. —Vaciló—. Ya sabes que encajas en el perfil de sus víctimas.

—No me pasará nada —afirmó Bruce—. Está encerrada en Arkham. Pero ahora nos llevamos bien. Podemos hallar el modo de desenmascarar a los Nightwalkers, incluso de encontrar al cabecilla.

Draccon miró largo rato su café.

—No me ponga otro micrófono —añadió Bruce—. Me lo contará. Déjeme seguir hablando con ella.

Draccon se apoyó en el respaldo de su silla.

—Una conversación más —concedió, levantando un dedo—. Una. Ya veremos adónde llegamos.

Una tormenta se abatió sobre Gotham City y, a la mañana siguiente, por las ventanas de Arkham el cielo seguía viéndose negro como la noche.

Cuando Bruce bajó para comenzar su turno y se detuvo ante la celda de Madeleine, no la encontró sentada en la cama. Por un instante, creyó que se la habrían llevado de allí; pero la vio, hecha un ovillo sobre el camastro. No veía más que el uniforme blanco de la cárcel y su melena negra, que se le desparramaba sobre el cuerpo.

—Tenías razón —dijo Bruce, tras un largo silencio.

La reclusa no se movió. Parecía estar mirando el vacío, concentrada en un punto del suelo. La bandeja de comida yacía al otro lado de la estancia, y la servilleta, que normalmente aparecía doblada en una compleja figura de origami, estaba tirada junto al borde de la cama. Bruce se sintió incómodo. «Algo va mal».

—¿Madeleine? —la llamó—. ¿Me oyes?

Otro silencio. Bruce pensó que los celadores habían insonorizado su celda, o que estaba perdida en sus pensamientos. O quizá no quería hacerle caso, como pasaba a veces. Se sentía un tonto allí plantado, y estaba a punto de dar media vuelta y alejarse cuando por fin oyó una respuesta.

—¿Qué quieres, Bruce Wayne? —le preguntó Madeleine. Hablaba en tono más bajo, menos bravucón y más irritado que de costumbre.

El desasosiego de Bruce crecía por momentos.

—No sé si habrás oído las noticias —dijo Bruce, aunque en parte estaba seguro de que sí; de alguna manera, se habría enterado; al fin y al cabo, parecía saberlo todo—, pero la policía ha descubierto un arsenal subterráneo de los Nightwalkers en el edificio Belling...

—Felicidades —lo cortó ella. Cambió ligeramente de postura, aflojando la tensión de su cuerpo y dejando el rostro más a la vista. Lo miró sin levantar la cabeza—. Parece que sabes seguir instrucciones.

Aquel día no estaba juguetona, no lucía la sonrisita de costumbre, que había dado paso a la frialdad. Confundido, Bruce parpadeó. No sabía por qué lo molestaba aquella actitud, aquel enfado.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué esperaste hasta que yo llegué para empezar a darle información a la policía? Ya conocías la existencia de la guarida, sabías lo de la pared de ladrillos. Has trabajado antes con los Nightwalkers. ¿Por qué ahora? ¿Qué sacas en limpio?

—Quizá haya decidido mover ficha —le espetó ella, en tono sarcástico.

El pabellón volvió a quedar en silencio. Bruce se fijó en los brazos de Madeleine y reparó en algo distinto: había un moratón azulado en la parte superior. Cuatro, para ser exactos, como la marca de una mano. Volvió a mirarle la cara y descubrió que, bajo la sombra que se proyectaba sobre un ojo, había otro cardenal.

Madeleine Wallace era una criminal, una famosa asesina convicta de tres homicidios brutales, pero en aquel momento a Bruce eso se le olvidó. Solo veía a una chica de su edad, protegiéndose hecha un ovillo, su habitual arrogancia convertida en vulnerabilidad.

Un trueno reverberó en el exterior. Madeleine soltó una palabrota.

—Detesto las tormentas. Si los rayos interfieren con el sistema eléctrico, las puertas se cerrarán atrapándonos como a ratas.

Bruce miró las puertas.

—No va a pasarte nada —le dijo. ¿En serio estaba tratando de consolarla? —. Y aunque ocurriera algo, seguro que os evacuarían a todos.

Madeleine no le hizo caso y siguió mirando al suelo.

—Somos ratas enjauladas —susurró, en voz más baja que antes. Con un estremecimiento, se encogió.

«Es claustrofóbica», pensó Bruce.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber él—. ¿Qué te ha pasado?

Madeleine tardó un buen rato en responder.

—Hoy me he negado a tomar la medicación —dijo al fin—. En la enfermería nos peleamos un poco.

Medicación. Draccon no había mencionado que Madeleine recibiera fármacos.

—¿Te han pegado?

—¿Tanto se nota? —Madeleine levantó la cabeza y lo miró burlona. Luego volvió a apoyarla en la cama y suspiró—. No le digas a Draccon que lo sabes. Quiero que siga considerándome un caso difícil.

—Lo siento —se compadeció Bruce. Para su sorpresa, sentía lástima de verdad. El moratón de debajo del ojo no tenía buen aspecto. Quien le hubiera dado el golpe lo había hecho con fuerza. La ira le oprimió el pecho solo de pensarlo. Se acordó de su primer día en Arkham, cuando James había empujado a un interno contra la pared. El hombre había atacado a Bruce, eso era cierto; pero a James no parecía costarle tratar mal a los reclusos. Bruce no había pensado que harían lo mismo con alguien tan joven como Madeleine. ¿Acaso Draccon no estaba al corriente de aquello?

—No es culpa tuya —murmuró Madeleine. Inclino el tronco hacia delante y dejó los pies colgando por el borde de la cama. Miró a Bruce—. Me has preguntado por qué te había contado lo del arsenal subterráneo.

Bruce asintió en silencio, aguardando a que continuara.

—Cuando murieron tus padres, ¿cómo te las arreglaste?

Lo abrumó un enorme peso. «Cuidado».

—¿Eso qué tiene que ver?

Madeleine encogió los hombros hasta casi parecer más pequeña.

—La gente espera que uno pase página rápidamente cuando sufre una pérdida, ¿verdad? —Apartó la mirada—. Los primeros meses te llenan de compasión. Luego, poco a poco, va disminuyendo, y un día te encuentras solo ante la tumba, preguntándote por qué todos han pasado a preocuparse por otras cosas mientras tú sigues ahí, soportando el mismo dolor en silencio. Las personas se aburren con las penas ajenas. Quieren otro tema del que hablar. Así que dejas de mencionarlo, porque no deseas ser cargante.

Bruce asintió de forma automática. Por fin le salieron las palabras. Se oyó a sí mismo relatando los días anteriores y posteriores a la velada en el teatro.

Cada palabra, cargada de ira, iba dirigida contra ella, contra cualquier criminal que matase a los inocentes y los demás tuvieran que recoger los pedazos.

Cuando terminó, casi esperaba que le sonriera, que lo provocara, que se regodeara al haber obtenido aquella información, de que él se la hubiera proporcionado. Sin embargo, había cambiado de postura y lo miraba de hito en hito, con ojos oscuros y serios.

¿Por qué se lo había contado? ¿Quería que se diera cuenta del dolor que ella había infligido a los demás? ¿O quería que le hablara de su propio dolor, para tratar de entenderla?

—A mi madre la encerraron acusada de asesinato —dijo Madeleine un rato después—. Lo hizo porque quería a mi hermano.

La revelación le sorprendió. Bruce no sabía por qué habían encarcelado a la madre de Madeleine y tampoco nada sobre su familia.

—¿Tu hermano?

Ella asintió.

—Tenía un hermano mayor. De pequeño, una bacteria poco común le infectó las articulaciones y quedó gravemente enfermo. Sufría terribles dolores mientras la infección iba consumiéndolo.

Hizo una pausa, frunciendo el ceño ante el recuerdo. Bruce nunca la había visto así, con el rostro ensombrecido, en una expresión que le recordaba a la suya propia, a los pocos meses de quedarse huérfano.

—Mi madre dedicó todas sus energías a intentar salvarlo, llevándolo de clínica en clínica y saliendo de todas con las manos vacías. Era catedrática, pero desde luego no era rica. Teníamos un seguro que daba risa. No cubría los gastos ni por asomo. Y ella hubo de hacer trabajos extras. —Se interrumpió. Bruce sintió una punzada de culpa al pensar en su fortuna, y que otros no tenían tanta suerte—. Al final, encontró a una doctora que aceptó tratar a mi hermano. Estábamos muy esperanzados.

A medida que le hablaba, Bruce veía pasar ante sí cada escena: una mujer, sentada junto al lecho de su hijo, con la cabeza entre las manos. Carreras y más carreras de hospital en hospital, cada vez con mayor desesperación.

—¿Qué sucedió?

—Mi hermano murió mientras lo supervisaba aquella médica, que dijo que no había podido hacer nada, que le había llegado la hora y que él había acabado por sucumbir ante la enfermedad. Pero mi madre no la creyó. Algo le olía mal. Una tarde, se coló en el despacho de la doctora, rebuscó entre los papeles y descubrió que no había cuidado en absoluto de mi hermano. Se

había limitado a quedarse con nuestro dinero y a administrarle placebos y almíbar. —Madeleine miró a Bruce—. Mi madre aún seguía allí cuando la doctora entró en el despacho. No le pegó muy fuerte... solo lo suficiente para matarla. Fue un accidente.

Madeleine calló, y el silencio se cernió sobre ellos, pesadamente.

—Lo siento mucho —acertó a decir Bruce.

¿Qué otra cosa podía decirle? ¿Qué palabras le habían dirigido a él cuando fallecieron sus padres?

—Murió en la cárcel. Nadie supo contarme qué le pasó exactamente, aunque ya sé cómo tratan a los reclusos.

Se encogió de hombros, como si estuviera muy acostumbrada a convivir con aquella información. Los ojos de Bruce se posaron de nuevo en los moratones.

—Durante el tiempo que estuvo aquí, vi cómo los ricachones salían de prisión a sus anchas. Me infiltré en el sistema informático de la cárcel y por lo visto siempre los condenaban a arresto domiciliario. Mientras tanto, mi madre se pudría aquí dentro. Estábamos sin blanca. Por aquel entonces, yo tenía diez años.

«Diez». Aquel número fue un duro golpe para Bruce, que se vio a sí mismo a los diez años, yendo solo a clase por primera vez, consciente de que todas las tardes sería Alfred quien lo recogería a la salida del colegio, y no su madre o su padre. ¿Qué aspecto habría tenido Madeleine? ¿Sería una cría bajita, delicada, con el pelo largo y mirada seria? ¿Adónde había ido, sin tutores ni dinero que la protegiesen? ¿Cómo había acabado allí, una asesina más, que había superado el delito de su madre?

¿Sabía Draccon todo aquello sobre ella? Bruce lo dudaba... Era severa, pero no cruel.

—Una vez me preguntaste por qué había cometido aquellos asesinatos —dijo para acabar Madeleine—. Dime, Bruce Wayne... ¿Me consideras igual que el asesino que mató a tus padres a sangre fría? ¿Crees que me merezco arder en el infierno, que me maten inyectándome veneno en el brazo? —Hizo una mueca—. Eres multimillonario. ¿Qué sabes realmente de mí? Una persona como tú, ¿es capaz de comprender la desesperación?

«No te fíes de nada, sospecha de todo». Estaba hecho un lío: la imagen de sus padres en el suelo contrastaba con otra de una niña solitaria, perdida lejos de su madre y su hermano. Negó con la cabeza e hizo una mueca.

—Si Draccon estuviera al tanto, no lo permitiría. No creo que ni siquiera lo aprobara la doctora James.

Madeleine emitió un sonido gutural, de asco. Se levantó de la cama y se acercó a la ventanilla, hasta que solo la separaron de Bruce unos cuantos centímetros y la barrera de cristal.

—Siempre tan confiado... A nadie le importa lo que me pase. No quieren más que la información que puedan sacarme. Seguramente no te dejarán bajar de nuevo. —Tras un momento de duda, continuó—: No quiero ver cómo arde Gotham City, pero prefiero morir antes de revelarles directamente lo que sé.

La mirada de Madeleine perdió la dureza y Bruce vio que sus ojos no eran negros del todo. Cuando la luz incidía en ellos desde cierto ángulo, emitían reflejos de tonos castaño y avellana. Si entre ambos no hubiera mediado el cristal, si ella no hubiera estado recluida en un centro como aquel, esa cercanía le habría resultado incómoda, o incluso íntima.

—¿Por eso decidiste hablar conmigo? —le preguntó—. ¿Porque crees que compartimos parte de nuestra historia?

Madeleine frunció el ceño y lo miró perpleja.

—Te cuento todo esto porque... es difícil entenderte. Tal vez esté diciéndote que vayas con cuidado.

Lo dijo con tal rotundidad que Bruce se estremeció en lo más hondo de su ser. «Es una advertencia». Madeleine volvió a mudar de expresión y bajó la mirada. Frunció el ceño, como si fuera la primera vez que no estaba segura de sí misma.

—O quizá, simplemente, me caigas bien —murmuró.

—No podré volver a hablar contigo —replicó Bruce, apoyando una mano en el cristal—. Draccon me ha dicho que esta sería la última vez.

Madeleine lo fulminó con la mirada, sin fiarse.

—Si no te ven, no podrán impedirte. —Hizo una pausa y miró las cámaras—. Si quieres volver, tendrás que utilizar un decodificador en la frecuencia adecuada.

«Intenta engatusarte», se dijo Bruce, dividido entre un marea de inquietud y un pozo de confusión.

—¿De verdad estás sugiriéndome que trasteo con el sistema de seguridad de Arkham? ¿Por qué iba a hacerlo?

—No te sugiero nada —respondió ella—. Solo te cuento qué necesitarías para volver a verme. Si quieres. —Vaciló—. Si te hace falta.

«Trucos. Ardidés. Mentiras». Sin embargo, había una súplica muda en su voz, en la entonación de aquella última frase. «Si te hace falta». Había un deje de advertencia en aquel tono. Algo apremiante. Debía haber muchas cosas que Madeleine no le contaba.

La muchacha movió la cabeza, como si hubiera cambiado de opinión.

—No me crees —declaró—. Pues no vuelvas. Repítele a Draccon lo que te he dicho, si te da la gana. Nada cambiará lo que me pase estando aquí abajo.

Bruce fue a responder, pero entonces un estruendo ensordecedor estremeció el pabellón. Las luces del pasillo se apagaron al unísono. Sus palabras se quedaron congeladas, sin salir.

En un primer momento, la oscuridad fue absoluta, y se sintió como si flotara a la deriva por el vacío. Oía los gritos de los demás internos; algunos daban hurras, otros llamaban a gritos a los guardias para que arreglasen las luces y unos golpeaban las ventanillas de cristal de las celdas o se lanzaban contra las puertas, como para ponerlas a prueba. Era incapaz de oír a Madeleine en medio de aquel barullo, y ni siquiera le veía la cara, que estaba justo delante de la suya. Pero fue otro sonido el que le puso la piel de gallina.

El chirrido de una puerta que se abría.

Se encendieron luces escarlata que bañaron el pasillo en sangre. Bruce divisó a dos internos que salían de sus celdas, mientras una voz sobresaltada sonaba por los altavoces. Empezó a oírse una alarma.

«Una fuga».

Los reos que acababan de salir de sus celdas parpadearon varias veces ante la luz de un rojo sangre. Uno de ellos miró confuso a la cámara que tenía más cerca. Otro observó a Bruce con incredulidad, como si no terminara de creerse que hubiera escapado de su encierro. De los pisos superiores llegaba el eco de las alarmas y un temblor de pasos apresurados.

—¡Protocolo de emergencia! —gritó una voz por megafonía—. ¡Protocolo de emergencia!

Bruce echó una rápida ojeada a la puerta de salida y un timbrazo resonó en todo el pabellón. Las luces de encima de la salida se iluminaron de verde, indicando que quedaba abierta. «Corre», se dijo. «Huye». Clavó la mirada en la celda de Madeleine. Aún no había abierto la puerta, pero no se la veía; había salido del campo visual de la ventana.

El primer interno se dirigió a la carrera hacia la salida. Sin ser consciente de lo que hacía, Bruce salió disparado hacia la puerta, para bloquearla.

El recluso le enseñó los dientes y se abalanzó sobre él, intentando morderle. Bruce retrocedió, cubriéndose el cuello. Descargó un puñetazo en la mandíbula del hombre, un derechazo limpio. El preso se tambaleó y soltó una palabrota. Volvió a lanzarse contra Bruce. En sus ojos había fiereza, una desesperación ciega. Al oír su voz, a Bruce se le puso la piel de gallina.

—¡Déjame salir! —bufó—. ¡Quítate de en medio...!

Bruce se retorció de dolor cuando el hombre le clavo las uñas en el hombro. Retrocedió y se lanzó con todo su peso contra él, empujándolo. El recluso perdió el equilibrio. De un placaje, Bruce lo derribó y consiguió agarrar el palo de una fregona, justo cuando el otro volvía a ponerse en pie. Le descargó un golpe en las espinillas que lo hizo gritar. Bruce se agachó y repitió el movimiento, descargándole otro golpe en el vientre. El preso se dobló por la mitad, con ojos desorbitados, y se desplomó hacia un lado. La alarma seguía sonando. Todo era difuso y estaba teñido de escarlata.

Bruce levantó la cabeza y vio a otro presidiario: al tipo que había amenazado con trincharlo. No miraba hacia la salida, sino que se había acercado a la celda de Madeleine y tenía una mano puesta en la puerta. Bruce se estremeció de miedo.

Justo cuando estaba abriéndola, Bruce lo apartó de una embestida. Pero el recluso le sacaba treinta centímetros. Le dirigió una siniestra sonrisa. «Voy a morir aquí», pensó Bruce, y la sola idea provocó una descarga de adrenalina que corrió por sus venas. El hombre se acercó a él. Bruce se agachó, evitando por poco el puñetazo, y bloqueó con su cuerpo la puerta.

El preso se preparó para golpear de nuevo.

Por la puerta del pasillo entró un grupo de guardias con cascos, con los escudos en alto y las armas desenfundadas... Eran como borrones negros que gritaban a los internos que se tiraran al suelo. El mastodonte que Bruce tenía delante miró hacia ambos lados cuando lo rodearon. Abrió la boca en un gruñido y se retorció de dolor cuando un vigilante descargó su táser sobre él y lo derribó. Bruce miró cómo lo arrastraban hasta su celda, mientras él gritaba y se resistía. La alarma dejó de sonar por fin. Las puertas de las celdas volvieron a quedar selladas.

Apareció James. Clavó los ojos en Bruce y, por primera vez desde que la conocía, vio en ella una expresión de asombro. Tal vez incluso de culpa.

—¿Estás bien? —preguntó, ayudándole a levantarse. Se le habían soltado algunos mechones del moño y estaba jadeante—. Dichosa tormenta. No debiste quedarte aquí abajo. Lo... —Suspiró, negando con la cabeza y poniéndole una mano sobre el hombro—. Lo siento. Vámonos de aquí.

De camino hacia la salida, Bruce se volvió a mirar la celda de Madeleine. Estaba de nuevo sentada en la cama, abrazada a las rodillas, y el pelo le caía en cascada sobre el hombro derecho. Parecía temblar un poco. Levantó la cabeza y lo miró. Una fugaz sonrisa se dibujó en sus labios, irregular como la llama de una vela, tan leve que seguramente nadie más la vio.

Bruce se sorprendió pensando en las palabras de Madeleine. «Somos ratas enjauladas», había dicho. Y él había corrido a protegerla.

Las manos aún le temblaban cuando siguió a James por la salida del pabellón, mientras los gritos reverberaban a su espalda.

Bruce no regresó a Arkham hasta una semana después; tras la fuga, necesitaba pasar un tiempo lejos de allí. El incidente había salido en las noticias y el lugar se había llenado de periodistas.

Cuando volvió a ver a James, la notó apagada; su habitual sarcasmo había dado paso a la preocupación. Incluso le informó de que tras los sucesos había hablado con Draccon y con el tribunal para que le redujeran la condena que le quedaba. De hecho, ya había cumplido las horas de limpieza del pabellón de tratamiento intensivo.

Pero Bruce no quería que le redujeran el tiempo que tenía que pasar en Arkham y tampoco acabar con las visitas al sótano. Aún le quedaban muchas preguntas, demasiadas cosas que averiguar acerca de Madeleine. Se reunió con Draccon en la comisaría, para ver qué podía decirle.

—Me alegro de que salieras ileso —le aseguró ella mientras examinaba carpetas llenas de documentos judiciales. Bruce la observaba sentado al otro lado del escritorio—. Hablaré con los del juzgado. Nunca he oído que se produjera un fallo en Arkham Asylum, pero la tormenta provocó una serie de fallos en el sistema de seguridad. No volverá a ocurrir.

—Madeleine ni siquiera trató de huir —replicó Bruce, frunciendo el ceño—. ¿Por qué se quedó allí plantada, si tenía una oportunidad de escapar?

—No tengo ni idea. ¿Te contó algo sobre nuestro hallazgo subterráneo?

«Tal vez esté diciéndote que vayas con cuidado. O quizá, simplemente, me caigas bien».

Bruce se esforzó por pasar por alto aquello.

—No añadió nada, pero tampoco parecía sorprendida cuando se lo conté. El resto de la información útil ya se la he contado.

Bruce observó a la inspectora. Aunque Madeleine le había pedido que no le mencionase lo de los moratones, ¿debía sacarlos a colación, y también lo de la medicación? Sin embargo, si Draccon tenía la sensación de que él criticaba el trabajo de la policía, también era posible que pareciese que empezaba a sentir pena, incluso afecto, por la chica.

Ante la idea de no volver a hablar con Madeleine, una sensación extraña y desagradable le oprimió el pecho. ¿Por qué la protegía?

«No le digas a Draccon que lo sabes», le había pedido, entre susurros.

Tal vez fuera mejor ir por su cuenta. Tenía que existir información sobre la madre de Madeleine, sobre su estancia entre rejas. Lo averiguaría solo. Miró el montón ordenado de carpetas que había al borde del escritorio, toda la documentación sobre Madeleine reunida hasta la fecha.

—¿Y el resto de la conversación? —preguntó Draccon girando la cabeza y mirándolo mientras cogía una carpeta negra y gruesa del estante superior y sacaba un formulario.

Bruce abrió la boca, torturado por contarle o no a Draccon el relato que le había hecho Madeleine del arresto de su madre... pero en cambio lo que salió de ella fue:

—Me preguntó por mis padres, así que le hablé de ellos.

—Pues me alegro de no mandarte más allá —admitió Draccon—. No merece la pena que corras peligro para lograr una posible confesión. —Suspiró y se arrodilló para sacar un cajón de carpetas del estante inferior—. Ah, aquí están los papeles de tu caso.

Por un instante, desapareció de su vista.

Bruce le agradecía su preocupación, pero el eco de una duda seguía resonando en su cabeza.

¿Y si Madeleine confiaba de verdad en él?

Bruce aprovechó que Draccon estaba concentrada en sus papeles para sacar de su carpeta el documento con el perfil de Madeleine. Lo enrolló con cuidado y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Necesitaba desentrañar el misterio que rodeaba a la muchacha, obtener la máxima información posible. Y debía hacerlo sin tener a la policía pendiente de él.

16

Al día siguiente, cuando Alfred dejó a Bruce en la entrada de los nuevos laboratorios de WayneTech, el muchacho estaba agotado. No había parado de soñar: pasillos teñidos de una luz sanguinolenta, escaleras que bajaban a la oscuridad absoluta, una chica hecha un ovillo y enfundada en su uniforme de presa, una sombra que se abalanzaba sobre él. Había soñado con su propia mano pegada al cristal y la de Madeleine al otro lado, mientras ella le pedía que fuera con cuidado.

—Pareces cansado —le comentó Lucius cuando lo vio. Vestía completamente de blanco, color que contrastaba llamativamente con su piel negra.

Bruce se acercó a él sonriendo.

—Gracias. Tú también tienes buen aspecto —repuso.

Lucius soltó una risita.

—Me alegro de que te quede poco en Arkham.

¿Tanto tiempo llevaba allí? Los cubos de agua sucia y las labores de limpieza pronto quedarían atrás, pero también aquella chica extraña, hermética y brillante, confinada en el sótano, que parecía atesorar tanta información sobre los Nightwalkers.

—Hemos trabajado mucho en el perfeccionamiento de cada detalle, Bruce —le contaba Lucius mientras atravesaban el vestíbulo.

Al oírlo pronunciar su nombre, Bruce salió de su ensimismamiento. Miró cómo Lucius colocaba la mano sobre un monitor situado ante una serie de puertas correderas de cristal. Esperó a que Bruce hiciera lo mismo. Dos investigadores les tendieron sendas batas blancas y un par de gafas de seguridad.

—Si Gotham City va a emplear tecnología nuestra en sus sistemas de seguridad y justicia, tenemos que asegurarnos de que todo parezca infalible.

La ciudadanía debe confiar plenamente en nosotros, igual que el ayuntamiento. —Miró a Bruce—. Igual que tú.

Al avanzar por uno de los pasillos, Bruce experimentó un *déjà vu*. Ya los había recorrido con su padre en la época en que Lucius aún era becario; ahora parecía extrañamente normal que Lucius lo guiara a él, para mostrarle los entresijos del trabajo en WayneTech. El sello de Thomas Wayne era evidente en cualquier edificio de las Wayne Industries; sobre todo allí, en los laboratorios de investigación, Bruce veía que la elegante disposición de los pasillos y de la arquitectura en general reflejaba directamente la influencia paterna.

Por fin se detuvieron ante una serie de puertas dobles de metal que se elevaban hasta el techo. Bruce alargó el cuello, expectante. Había estado en otras zonas del edificio docenas de veces, pero aquellas puertas daban a la fábrica de los prototipos. La última vez que la había visitado todavía era un niño y su padre vivía.

Lucius volvió la cabeza y le sonrió, mientras un investigador tecleaba un código en un panel adyacente a la puerta. La pantalla emitió un pitido, se puso verde y los tres entraron.

Era más grande de lo que Bruce recordaba. Un entramado de vigas metálicas atravesaba el techo, y todo estaba iluminado por cientos, o miles, de luces. Se hallaban rodeados de objetos de todas las formas y tamaños: vehículos militares Humvee, revestidos de placas y con neumáticos a prueba de balas; mallas metálicas finas como cuchillas, dispuestas en hilera; una fila de estanterías de metal con lo que parecían cañones propios de la ciencia ficción colocados encima. Mientras un investigador le hacía unas preguntas a Lucius, Bruce se acercó a los soportes y examinó algunos de los objetos.

Se detuvo ante un dispositivo cuadrado, cuya cara superior era una pantalla. Cuando le dio la vuelta, vio una serie de frecuencias impresa sobre el plástico.

—Vaya —dijo Lucius desde un extremo de la estantería, encogiéndose de hombros al ver a Bruce examinando el artilugio—. Es un dispositivo de reparación. Quizá te interese para tu casa. Emite unas frecuencias que harían funcionar con normalidad cualquier dispositivo estropeado.

Bruce asintió con poco interés, y como Lucius siguió conversando con los investigadores, aprovechó para quitar la tapa trasera. Recordó las palabras de Madeleine y también cómo miraba al techo. Si era capaz de modificar los parámetros de aquel instrumento, tal vez desactivara temporalmente las cámaras de Arkham, y así volvería a hablar con Madeleine, en caso de

emergencia o si los Nightwalkers daban un nuevo golpe y necesitaba sonsacarle más información.

Desactivó la alarma para llevárselo de aquella sala. Se lo metió en el bolsillo y volvió junto a Lucius, que estaba de pie frente a una vitrina.

—¿Y esto? —le preguntó.

Lucius sonrió.

—Es algo que creo que te impresionará.

Dentro del expositor había un casco negro opaco y un traje blindado de cuerpo entero, cuyo tejido formaba una malla. Brillaba como si fuera de metal, pero por su aspecto estaba claro que era maleable y flexible como la seda; una armadura que daba la impresión de ajustarse a cualquier cuerpo. Bruce se inclinó para observarla mejor y admiró sus destellos bajo la luz.

—Estamos trabajando también con mecanismos de protección —le explicó Lucius—. Este de aquí es nuestro último experimento en lo que se refiere a tejidos a prueba de balas, con trabazón reforzada: es como una malla microscópica, resistente como el acero y lo bastante cómoda como para permitir saltos y giros completos. Aún está en fase de validación, claro, no puede estrenarse. Pero puede duplicar la resistencia de un ser humano. Nos lo encargó la marina, hace dos años, y ha resultado un contrato bastante lucrativo.

Bruce asintió. Aquel traje le habría venido de maravilla en el túnel del edificio Bellingham.

Pasaron ante varias estanterías más hasta que Lucius se detuvo. Un espacio libre dividía en dos el laboratorio; al otro lado distinguió una serie de máquinas con apariencia de cíborgs, cuyos brazos y piernas metálicos eran tan anchos como la cintura de Bruce. Unos rotores dobles instalados a la espalda parecían permitirles volar y en la cabeza dos líneas de luz azul grisácea hacían pensar en unos ojos achinados.

Lucius se detuvo junto a una de las máquinas y la señaló.

—¡Ah, esto! Esto es lo que te morías por ver.

Bruce observó aquellas luces con aspecto de ojos. «Son los andróides». Daba la impresión que aquel le devolvía la mirada, como si fuera realmente consciente de que lo tenía delante. Si Lucius pretendía impresionarlo, desde luego lo había conseguido.

—¿Cómo funcionan? —preguntó Bruce, tratando de apartar la vista de aquellos ojos escrutadores.

—Pues... —respondió Lucius—. Es mejor sacar uno y demostrártelo.

El robot más cercano cobró vida con una sacudida y un tono azul brilló en lo que eran sus ojos. De inmediato, pareció detectar que tenía a gente delante.

—Ada —dijo Lucius dirigiéndose al robot. Al pronunciar el nombre, el androide giró la cabeza hacia él.

—Señor Fox —replicó.

—Mira —indicó Lucius a Bruce—: Ada, que es nuestro Armamento Defensivo Avanzado, ya ha decidido, a partir de nuestro ritmo cardíaco, las señales eléctricas de nuestros cuerpos y nuestro lenguaje corporal, que somos amigos. También ha hecho un barrido en internet para obtener información sobre nosotros. Déjame el teléfono.

Bruce obedeció. Lucius lo cogió, lo sostuvo junto al suyo, de manera que ambos estuvieran en contacto, e instaló algo en el de Bruce, que observaba con atención. Un instante después, se lo devolvió. En la pantalla, Bruce vio un indicador con dos siluetas blancas y azules. Eran las de ambos, y tenían marcada una categoría: amistad.

—Si hubiera detectado a un enemigo, habría reaccionado adecuadamente de inmediato.

—¿Y cómo distingue si alguien es su enemigo? —quiso saber Bruce.

—Por el lenguaje corporal, por una postura agresiva. También entiende las palabras de los humanos, entre las cuales algunas activarán su detector de hostilidad. —Lucius hizo amago de abalanzarse sobre el cibernético: alzó los hombros y los puños y entornó los ojos con expresión amenazante. Sin desviar la mirada, le dijo a Bruce—: Te lo demostraré.

El androide se puso rígido y sus brazos y piernas se abrieron, revelando un arsenal interno a cada lado. Se irguió, mucho más alto que Lucius.

—Deponga su actitud o será detenido —dijo el robot, al tiempo que un escudo metálico salía de uno de los brazos y se desplegaba ante Bruce y los demás con tanta rapidez que casi ni lo vieron.

Bruce retrocedió instintivamente levantando las manos en actitud defensiva. Cuando Lucius alzó los brazos, como si se rindiera, el robot detectó el movimiento y dijo:

—Gracias por su cooperación, señor Fox.

Pese a la emoción que sentía, Bruce experimentó un escalofrío.

—Y si no cooperas, ¿qué hace? —preguntó.

Lucius pulsó de nuevo la tecla de su teléfono y el cibernético volvió a su posición pasiva.

—Su objetivo principal es proteger a los agentes a su cargo. Estará por defecto en modo defensivo y reaccionará de manera ofensiva como último

recurso, al detectar que un individuo peligroso está a punto de atacar.

Mientras Lucius le explicaba los pormenores del funcionamiento de los Ada, Bruce se acercó al androide para examinar las articulaciones. Lucius desplegó un panel a un costado del robot y le mostró una serie de circuitos.

—Si, por ejemplo, me hubiera dado por correr o resistirme, Ada me habría alcanzado y retenido tranquilamente. Además, está programado para no atacar a otros androides. Nunca abren fuego unos contra otros.

—Impresionante —reconoció Bruce, sin apartar los ojos del robot, mientras Lucius le enseñaba orgulloso los circuitos de un segundo panel.

—Hemos propuesto que uno de ellos acompañe a cada patrulla de policías y que trabajen varios juntos con los SWAT. Proyectarán una imagen de seguridad, harán que aumente la autoestima y la confianza de sus compañeros humanos y servirán de defensa ultrarrápida para proteger las vidas de los agentes hasta en las calles más peligrosas.

Bruce no apartaba la vista del cíborg. Nunca había visto una muestra tan receptiva de inteligencia artificial. Se devanó los sesos tratando de averiguar el modo como Lucius lo había logrado. Recordaba un modelo antiguo, volador, que Lucius había diseñado y fabricado hacía años. Pensó en el código y el *hardware* que había visto en aquel caso. ¿Había trabajado Lucius en aquel prototipo?

«A Madeleine le gustaría».

La idea le pasó por la mente como un relámpago, apenas un instante. Parpadeó varias veces, avergonzado. Era una delincuente, justo un tipo de persona a la que aquel cíborg arrestaría en primer lugar. ¿Qué más le daba a él que Madeleine comprendiera aquella tecnología, que le interesara?

—Ada puede adoptar varios tamaños —prosiguió Lucius, pulsando más teclas de su móvil. Ante sus ojos, las piernas del cíborg se alargaron hasta casi duplicar su altura, para luego replegarse varias veces, hasta que su cabeza quedó al nivel de la de Bruce—. Esto le permite una movilidad impresionante durante sus tareas de protección.

—¿Cuándo lanzaréis la versión beta? —preguntó Bruce.

—En la gala —contestó Lucius, cruzándose las manos a la espalda—. Pondremos unos cuantos en ella, en lugar de contar con un cuerpo de seguridad humano. Para impresionar a los asistentes.

—Genial —contestó Bruce, cuya mente volvía a los Nightwalkers. Ignoraba todavía por qué acumulaban tantas armas y también dónde sería su próximo golpe. Apretó el dispositivo de frecuencias que se había escondido en el bolsillo: lo necesitaría si tenía que hablar de nuevo con Madeleine. Y si

volvía a verse envuelto en una situación como la de Bellingham, le vendría muy bien la protección que le ofrecía la tecnología de aquella sala.

—¿Puedes registrarme en el sistema, para que pueda regresar por mi cuenta? —preguntó a Lucius, volviéndose—. Durante los próximos meses no nos veremos mucho. —Carraspeó y lo miró con toda la franqueza de que pudo hacer acopio—. Me gustaría estudiar los androides en profundidad.

—Por supuesto —concedió Lucius, inclinando la cabeza respetuosamente, un gesto que antaño empleaba con el padre de Bruce—. Al fin y al cabo, la empresa es tuya.

Aquella noche, Bruce tuvo otra pesadilla. De nuevo, recorría los pasillos de su casa. La mansión parecía alargarse hasta el infinito en todas direcciones; los corredores se convertían en estudios, que se transformaban en balaustradas erigidas sobre la oscuridad. Alfred no aparecía por ninguna parte. Bruce se detuvo al llegar al comedor. Sobre el sofá había algo.

La tormenta arreciaba. En el sueño, una de las ventanas de la sala se cerró de golpe, llenándolo todo de cristales. Una ráfaga de viento helado apagó de un soplo el fuego y provocó una columna de humo. Bruce se retorció y levantó un brazo instintivamente, para cubrirse la cara. Sin embargo, cuando volvió a mirar, la misteriosa silueta ya no estaba. Una punzada de miedo le atravesó la piel y sintió la imperiosa necesidad de echar a correr.

Una mano le tocó el brazo. De inmediato, se volvió.

Era Madeleine.

Estaba mortalmente pálida en la oscuridad; era una aparición hermosísima. El pelo negro y brillante le caía sobre los hombros, lanzando destellos azules en la luz plateada que incidía sobre el suelo y las paredes. Le sonrió, como si hubiera estado esperándolo, y Bruce le devolvió la sonrisa, aunque tenía la piel de gallina donde ella lo había tocado. Se suponía que no debía estar allí, ¿no? ¿Acaso él había olvidado algo? Era una delincuente, se hallaba encerrada tras una gruesa barrera de cristal, en Arkham Asylum. ¿Qué hacía allí? No le resultaba fácil comprender nada cuando estaba cerca de ella, como si toda la lógica que reinaba un instante antes hubiera quedado patas arriba.

—¿No te acuerdas? —murmuró ella, acercándose—. Me liberaste y me trajiste aquí.

Hablaba en voz muy baja, en un tono desgarrado por el dolor. Al oírla, a Bruce le dio un vuelco el corazón. Las manos de ella eran pequeñas, y las sentía frías contra el pecho.

Se acercó a Madeleine hasta que ambos quedaron pegados a la pared. Tardó un momento en darse cuenta de que ella tenía las manos ensangrentadas y le había dejado marcas oscuras en la piel.

—¿Crees que mi hermano merecía sufrir como lo hizo?

«No. Claro que no». Bruce se estremeció, porque las palabras de ella le recordaron la sensación que le provocaba la ausencia de sus padres. Al apartar la mirada de la suya, Madeleine le echó los brazos al cuello. Con la mano en la barbilla, ella le giró la cara de nuevo hacia la suya.

—Dime la verdad —susurró. Tenía los ojos tan negros que no se distinguía la pupila del iris—. No puedes dejar de pensar en mí.

«No, no puedo».

Ella sonrió.

—¿Y exactamente en qué piensas, Bruce?

«En tus labios. En tus ojos. En la curva de tu sonrisa. En la sangre de tus manos. Te deseo. Te temo».

Bruce negó con la cabeza y se apartó. Cada fibra de su ser sabía que ella no debía estar allí, que él mismo corría un grave peligro... pero Madeleine lo atrajo de nuevo hacia sí, acercándose hasta que sus labios quedaron a pocos milímetros. Y entonces la besó, y sintió el cuerpo suave contra el suyo, y aquello, justo aquello, era cuanto deseaba. ¿Por qué quería irse? Ella le devolvió el beso, apasionadamente. Él se mareó; cada músculo de su cuerpo se había tensado, de deseo y terror. Nunca había estado con nadie como ella, nunca en los brazos de una chica que le daba miedo de verdad. Tenía la sensación de que aquello estaba mal, de que era detestable... y aun así, era la sensación más intensa del mundo. No podía apartarse. Solo era capaz de besarla más, en los labios, en el mentón, en el cuello. Quería oírla respirar intensamente, susurrar su nombre una y otra vez. Y ella quería estar allí, en sus brazos.

«Bruce, corre. Ha venido a matarte».

A su espalda se oyó el inconfundible percutor de una pistola. Bruce se apartó de Madeleine y se volvió. Tenía ante sí una pared, oscura y vacía. Se giró de nuevo, pero Madeleine ya no estaba. Los pasillos parecían replegarse hacia él, comprimiéndose y expandiéndose. Sacudió la cabeza, mareado aún por el calor de aquellos labios sobre los suyos. Un miedo repentino, visceral, le atravesó las entrañas. No estaban solos.

«Los Nightwalkers. Van a encerrarme». Tenía que salir de la mansión.

Se dio la vuelta y echó a correr. Parecía que se movía por el aire. Llegó a la puerta principal y la abrió de par en par, pero en lugar de salir acabó en el

mismo salón del que acababa de huir. «No es posible». La ventana rota estaba intacta. La poca luz que se filtraba por las ventanas se apagó y lo sumió todo en tinieblas. En la oscuridad, percibió una silueta que corría. Más pasos. Susurros. Un objeto afilado contra una superficie de metal.

—Madeleine —la llamó.

—Estoy aquí —respondió ella, a su espalda.

Bruce se despertó ahogándose, respirando entrecortadamente. Fuera tronaba. Las ramas de los árboles golpeaban el ventanal acristalado. Se sentó en la cama, jadeante, y con los ojos como platos echó una ojeada a la habitación.

¿De verdad había sido un sueño? ¿Estaban los Nightwalkers en su hogar, atrapándolo como a las antiguas víctimas de Madeleine, acechándolo? Aún sentía en la boca los labios ardientes de ella y la calidez de sus brazos en torno al cuello. Su pecho estaba perlado de un sudor frío. Se quedó quieto hasta que pudo respirar con normalidad y el recuerdo del sueño comenzó a borrarse, llevándose el terror. La tormenta arreciaba implacable contra la casa.

Bruce miró la hora en el móvil. Acababa de amanecer, pero parecía noche cerrada por los nubarrones del cielo. Echó la cabeza atrás y cerró los ojos por un instante. Luego balanceó las piernas en un lateral de la cama y se levantó. Una luz débil le iluminaba el pecho desnudo y los pantalones que llevaba por debajo de las caderas. Salió descalzo de la habitación y miró hacia el pasillo fijamente, hacia los rincones sumidos en la penumbra, imaginando que Madeleine se materializaba allí, una figura fantasmagórica en medio de la oscuridad. Solo lo recibieron el silencio y la tormenta. Ni siquiera Alfred se había levantado. Débiles manchas de luz salpicaban el suelo. Tras un buen rato, se adentró en el pasillo, sin hacer ningún ruido mientras se encaminaba a su estudio.

Allí la atmósfera estaba enrarecida, y la lluvia que azotaba los cristales distorsionaba el mundo exterior, convirtiéndolo en borrones. Tenía las manos agarrotadas, pero no se había molestado en desentumecerlas. Agotado, se pasó una por el pelo y se dirigió al escritorio. Se sentó y encendió el ordenador.

La máquina, apenas un delgado panel de cristal tan largo como la mesa — un artefacto que había fabricado él mismo—, cobró vida y lo iluminó con luz fría y artificial. Se quedó mirando los iconos que iban apareciendo y parecían flotar en el aire. Luego se inclinó hacia delante y escribió:

MADRE MADELEINE WALLACE

Aparecieron varios enlaces ya conocidos, resultados de anteriores pesquisas sobre Madeleine: su detención y los detalles acerca de los homicidios que habían sido revelados públicamente. Recorrió dos páginas de resultados. Al final, en la parte superior de la tercera, encontró un breve artículo sobre Madeleine donde se mencionaba a su madre.

Era una columna de opinión que exponía pormenores turbios sobre la juventud de Madeleine. Había una foto de familia, borrosa. «Madeleine Wallace. Cameron Wallace. Eliza Eto». Aunque su hermano era mayor que ella, era más escuálido, más frágil, con los ojos hundidos, los hombros caídos y el pelo cortado a maquinilla. La atención de Bruce se centró en Eliza Eto. No cabía duda de que Madeleine había heredado la belleza de su madre; ambas tenían el cabello negro azulado, largo y liso, la tez pálida y los labios carnosos. Bruce releyó el artículo en voz alta.

—«La consecuencia de aquella mala praxis resultó trágica. Una semana después de la muerte de su hijo, la señorita Eliza Eto asaltó el despacho de la doctora Kincaid, espero a que esta entrara y le asestó más de doce puñaladas con un cuchillo de cocina».

Bruce tragó saliva. La historia se parecía a la versión de Madeleine, pero no era exactamente igual. Según ella, su madre le había pegado a la médica una sola vez, por accidente y con demasiada fuerza. Y en el relato que ahora leía, Eliza había apuñalado una docena de veces a su víctima con un cuchillo, había asesinado con morbosidad y premeditación a su víctima, a raíz de lo cual había sido condenada a muerte. Había fallecido en prisión, antes de que se hiciera efectiva la sentencia.

Bruce se recostó contra el respaldo de la silla y suspiró frustrado. Todas las cosas que decía Madeleine resultaban ser verdades a medias. ¿Y lo demás que le había contado?

En un ángulo de la pantalla se abrió una ventana de un chat. Era Dianne.

«¿Ya estás despierto?», le preguntaba.

«Por la tormenta. No he dormido mucho», respondió Bruce.

«Yo tampoco».

«¿Te encuentras bien? ¿Cómo estás?».

«Bien, Bruce. Lo importante es: ¿tú estás bien?».

Bruce suspiró.

«En realidad no», contestó.

Aunque le daba rabia admitir que Dianne estaba implicada en el caso hasta cierto punto, lo aliviaba hablar con alguien del tema, aparte de con

Draccon y James. Borró la barra de búsqueda y probó ahora con «Cameron Wallace».

«Resulta que Madeleine me contó cosas de su pasado. Por lo menos, Draccon estaba en lo cierto en lo que respecta a la familia criminal, aunque no sé cuánto de lo que me contó Madeleine era verdad».

«Bruce...». Casi oyó el suspiro de su amiga. «¿Aún sigues con esto? ¿Un caso por el que casi acabas muerto?».

«Escúchame, Di, por favor».

«Vale... vale. ¿Qué más hay?».

«A su madre casi la ejecutan por asesinato».

Pausa.

«Ostras».

«Me da pena. Madeleine tenía diez años, y fue a causa de su hermano».

Bruce contempló los resultados de la pantalla. El de arriba era una esquila de Cameron Wallace, de doce años. Automáticamente, se abrió una foto del mismo chico, débil y sonriente.

«Su hermano murió por una infección bacteriana».

Envió un enlace a Dianne.

«¿Y qué la empujó hasta las filas de los Nightwalkers?».

La venganza. Bruce lo sabía de manera instintiva, sin ninguna duda; lo había percibido al oír a Madeleine hablar de la muerte de su madre, de cómo la había maltratado el sistema judicial... al oírla hablar de su hermano. Quizá Bruce hubiera actuado igual, si le hubiera tocado a él. Se imaginó a la doctora asesinada y a los tres filántropos matados a sangre fría.

«No importa el motivo, sino que no lo hizo ella sola», contestó Bruce.

Una niña de diez años no se volvía una asesina ocho años después sin que alguien la incitase a ello.

Bruce frunció el ceño y se inclinó hacia delante, hacia la carpeta con el *dossier* sobre Madeleine que había cogido en el despacho de Draccon. «La devolveré a su sitio cuando vaya por allí», se prometió. Recorrió la ficha con el dedo y también su historial delictivo. Se detuvo casi en la parte de debajo de la página, donde había un enlace de internet, un nombre de usuario y una contraseña. Con él se accedía al video de su interrogatorio.

Por un instante, dudó. Copió a mano el enlace en la barra de navegación. De inmediato, la página le solicitó un nombre y una contraseña, y Bruce se los dio.

PolGC-Invitado
RayoVerde

Un parpadeo y la página se actualizó. Había accedido al archivo fílmico de la policía de Gotham City.

Aparecieron los informes ya conocidos de cada delito de Madeleine, seguidos de una serie de videos e interrogatorios. Bruce se fijó en uno en que se veía a Draccon y varios agentes en torno a Madeleine, en su celda.

Estaba en la cama, con la cabeza vuelta desganadamente, mientras le formulaban una retahíla de preguntas, que quedaron sin respuesta. Bruce sonrió con cinismo al recordar cómo se había sentido cuando Madeleine tampoco le había hecho el menor caso.

—No se le da muy bien mentir, señorita Wallace —la azuzaba Draccon, con el mismo tono incisivo que había empleado cuando Bruce la conoció—. Sabemos que en casa de *sir* Grant no estuvo sola. De hecho, pensamos que contó con tres, si no cuatro, cómplices que la ayudaron a cometer el asesinato. ¿Quiénes eran?

Como era de esperar, Madeleine no habló; su mirada era tan tranquila y distante que daba la impresión de que creyese estar sola en la celda. Lo único que percibió Bruce fue un ligero movimiento de las manos, y al fijarse se dio cuenta de que estaba doblando y desdoblado una de sus creaciones de origami, sobre el regazo, repitiendo tres o cuatro gestos una y otra vez.

Draccon se adelantó y negó con la cabeza.

—Los atraparemos, nos lo diga o no —sentenció—. Pero una confesión marcaría la diferencia entre la cadena perpetua y la pena de muerte. Usted elige.

Madeleine no se dignó responder.

Bruce siguió viendo la infructuosa entrevista, similar a todas las demás que le habían hecho a la chica antes de que él llegase. «Su banda». Sentado en la silenciosa habitación, siguió escuchando la tormenta que azotaba las ventanas y el rumor apagado del interrogatorio, mientras pensaba en la gente que trabajaba con Madeleine. Ella había pirateado el sistema informático de la prisión con apenas diez años... Era lista, sin duda, pero seguramente la habían ayudado. Luego pensó en los asesinatos mismos, en la naturaleza macabra de cada uno... en las gargantas degolladas, la sangre por doquier, las señales de lucha encarnizada en cada casa que atacaban.

«Una niña de diez años no se convierte en una experta homicida ocho años después; no, sin ayuda». E incluso contando con cuatro cómplices...

El video terminó. Bruce volvió a ponerlo, iniciando el ciclo de nuevo.

¿Y si Madeleine había estado allí, pero no era la asesina? «¿Quién estaba con ella?».

Llegó de nuevo al punto en que doblaba la servilleta sobre el regazo. Bruce entornó los ojos... Algo, hubo algo en sus movimientos que lo obligó a pausar el video. Volvió a poner el fragmento. No cabía duda, repetía las mismas dobleces una y otra vez, tres o cuatro, deshaciendo y rehaciendo la figura antes de continuar.

Ya la había visto hacerlo, por supuesto, pero nunca al otro lado de las cámaras. Al verlo desde aquel ángulo, una idea afloró en su mente.

Los agentes y él mismo habían creído siempre que el origami era la ociosa costumbre de una mente inteligente y aburrida. ¿Y si era cualquier cosa menos algo trivial? ¿Y si era su modo de comunicarse con el mundo exterior? ¿Y si enviaba señales a quienquiera que se encontrase al otro lado del circuito?

Se recostó en la silla, sintiendo náuseas. Madeleine no tenía problemas para enterarse de las cosas, pero a veces daba la sensación de que sabía más de lo normal sobre lo que sucedía fuera de su celda. Había alguien en el exterior que había trabajado con ella... y con quien quizá siguiera colaborando.

«Eh... eh...». Era Dianne, acosándolo con zumbidos desde el chat. «Eh, eh, eh, Bruce Wayne, ¿sigues despierto? ¿¿Hola?? ¿Qué narices pasa en la calle?».

Con la nueva teoría rodándole aún por la cabeza, tardó un rato en darse cuenta de a qué se refería su amiga. Amortiguado por el repiqueteo de la lluvia y la tormenta, le llegó el ulular de varias sirenas. Muchas sirenas.

«¿Te refieres a las sirenas?», tecleó.

Dianne le envió un video que había grabado con el móvil. Por su calle se oían las sirenas y se veían sus luces centelleantes, tan cerca de su casa que resultaban ensordecedoras.

«Vaya. Parece un desfile de Año Nuevo».

Bruce se levantó y se acercó a la ventana, tratando de atisbar algo fuera. En la curva que describía la calle, en la falda de la colina, se veía el resplandor de muchos coches patrulla.

Algo grave había pasado.

Corrió al escritorio, cogió el mando de la tele y la encendió. Zapeó por varios canales hasta dar con las noticias matutinas, que dejó puestas. Encima de un reportero, que hablaba frenéticamente sobre la última víctima de los Nightwalkers, había un rótulo inmenso:

REINA EL TERROR

Hallan muerto en su casa al alcalde Price

Petrificado, Bruce permaneció sentado ante la pantalla, pasando la mano inquieta y temblorosa por encima de los titulares, como si así pudiera borrarlos...

Justo debajo del texto se veían fotos del alcalde, sonriente, en un acto público al que había acudido recientemente; su mujer y sus hijos estaban de pie, tras él. La pequeña, una niña, le abrazaba una pierna. A Bruce se le encogió el corazón. La última vez que había visto a Katy era apenas un bebé que se reía encantada cuando él la lanzaba al aire una y otra vez.

Sus ojos se posaron en Richard, cuyo cuerpo estaba vuelto hacia su padre. Bruce recordaba bien cómo habían quedado las cosas entre ellos, por su culpa, y la mirada que le había dirigido él mientras se limpiaba la sangre de la nariz.

Se lo imaginó de pie en el vestíbulo de su casa, con la policía en torno suyo, ya sin esbozar ninguna mueca de desdén y con las manos colgando lánguidas a ambos lados del cuerpo. ¿Estaría sentado en la parte de atrás de la ambulancia, arrebujado en una manta y mirando al vacío? ¿Habría presenciado el asesinato? ¿Estaría consolando a su madre y su hermana?

Trató de llamar a Richard, pero saltó directamente el buzón de voz. Volvió a intentarlo, con el mismo resultado. Lógico: lo último que quería su antiguo amigo sería hablar con él por teléfono.

El informativo iba actualizándose cada pocos minutos con novedades. La última informaba de que en esta ocasión los Nightwalkers habían dejado una nota.

Gotham City:

Culpa al virus, no a la fiebre. No te atacan los Nightwalkers.

Te atacan tus propios ricos y su sistema corrupto y su dinero

sangriento. Ahora los bañaremos en sangre. No trates de detenernos. Abajo la tiranía.

El símbolo de los Nightwalkers aparecía impreso bajo el texto, la moneda envuelta en llamas que confirmaba su implicación.

Con el corazón desbocado, Bruce se vistió a toda prisa y corrió escaleras abajo. En el bolsillo llevaba el dispositivo de frecuencia que había sacado de WayneTech, que se balanceaba a cada paso. Comprobó que tenía la tarjeta de acceso a Arkham. Desde la fuga, James había dejado de machacarlo. Seguro que estaba de acuerdo con que hoy llegase antes y ajustase su horario.

Sin mirar atrás, abrió la puerta y se internó en la oscuridad.

La lluvia repiqueteaba contra el parabrisas mientras conducía el coche de Alfred hacia Arkham. En aquella negrura, el paisaje parecía más cargado de presagios, como una criatura que hubiese revivido en las tinieblas, toda ella miembros retorcidos y siluetas afiladas, un espejismo que acechaba en cada esquina.

La última vez que había investigado con la ayuda de Madeleine, había logrado descubrir un escondrijo subterráneo de los Nightwalkers, lo cual los había obligado a buscar otra base de operaciones. Si conseguía hablar con ella y sonsacarle algún dato clave, si descubría con quién se comunicaba en teoría, quizá pudiera seguir la pista de aquellos crímenes. Tal vez lo condujesen hasta el jefe de la banda.

La pregunta, por supuesto y una vez más, era hasta qué punto podía confiar en Madeleine. Sin embargo, era su única guía y los Nightwalkers acababan de ejecutar un movimiento arriesgado.

Tenía que ayudar a la policía a llegar al fondo del asunto antes de que el destino llamase a su propia puerta.

«¿Y si ella también es inocente?». La habían detenido en la escena del último crimen, con las manos manchadas de sangre de la víctima... pero ¿y si había otros detalles en su historia, algo que nadie sabía?

Para cuando llegó a la verja de Arkham, la lluvia había remitido un poco, por lo que logró ver el contorno del centro recortado claramente tras la ventanilla del coche. Por las ventanas salía una luz amarillenta. Atravesó el cercado doble y subió la escalinata sacudido por las ráfagas de viento. Colocó rápidamente su identificación ante el escáner de la entrada y entró a la carrera en cuanto las puertas se abrieron.

—Ha madrugado, ¿eh, Wayne? —lo saludó el guarda mientras Bruce fichaba y firmaba. Lo había visto tantas veces que no movió ni un pelo.

—Sí —contestó él—. Tengo que hablar con la doctora James.

—¿Tan urgente es como para conducir con esta tormenta? —El hombre mordió otro enorme pedazo de rosquilla y siguió mirando el tiempo en las noticias—. Vaya, vaya. Seguramente estará en el comedor.

No hizo falta repetirlo, pues Bruce se precipitó hacia el ascensor que conducía al sótano.

Se suponía que ya no tenía que trabajar allí, pero James tardaría horas en darse cuenta. Tal vez Draccon ni siquiera apareciera, no con el asesinato del alcalde saliendo en todos los telediarios... Tal vez se encontraba en casa de los Price; no se acordaría de Bruce. Metió la mano en el bolsillo y apretó el dispositivo de frecuencia.

Los dos internos que se habían fugado durante los disturbios ya no estaban en sus celdas; los habían trasladado. En su lugar había otros, iguales a ellos, de mirada atormentada y semblante amenazador. Bruce se detuvo al final del pasillo, justo delante de la primera cámara del techo, y encendió el aparato.

No hizo ningún ruido, o al menos ninguno que él pudiera oír. Recorrió todas las frecuencias que pudo. Los segundos se le hicieron eternos.

Y entonces se activó: se oyó un ligerísimo clic en una de las cámaras. Las otras hicieron lo propio, en un dominó de sonidos; la luz roja que brillaba siempre en cada una se había apagado. Bruce esperó. Cuando se iluminaron de azul, lo que indicaba que se habían reiniciado, volvió a presionar el dispositivo y las sintonizó en una frecuencia errónea, para que no grabase nada de lo que ocurría allí abajo.

Se encaminó a la celda de Madeleine.

Estaba despierta y alerta. Miraba hacia el techo, como si estudiara las cámaras. Bruce se preguntó si ya estaría al tanto de lo que había hecho. No solo podrían hablar sin que quedara un registro, sino que, si resultaba que ella usaba las cámaras para comunicarse de forma rudimentaria con el mundo exterior, la había dejado temporalmente aislada.

Madeleine se dio la vuelta y lo miró acercarse a la ventana.

—Creía que ya no te permitían bajar.

—Los Nightwalkers han atacado hace solo unas horas. —Bruce apoyó el puño contra el cristal—. Han matado al alcalde. A lo mejor ya lo sabías, ¿no? —Señaló las cámaras desactivadas con la cabeza—. ¿Utilizas algún sistema para comunicarte?

De no haber estado tan habituado a su expresión serena y enigmática, no habría dado mucha importancia al leve parpadeo de Madeleine, un gesto sutilísimo con el que mostró su sorpresa.

—Qué temprano has venido, Bruce, y qué alterado estás. Has estado pensando en mí.

Las palabras se parecían tanto a las del sueño que Bruce se apartó de la ventanilla, como para protegerse poniendo distancia entre los dos. Esperaba que no lo hubiera visto ruborizarse y adivinase al momento qué había soñado. No pudo evitar mirarle los labios. Había parecido tan real...

—Madeleine, venga —le dijo, bajando la voz. No podía permitirse enemistarse ahora con ella: necesitaba que lo viera vulnerable—. ¿No hemos hablado ya largo y tendido para ahorrarnos los juegucitos? Mira... El alcalde era el padre de un amigo mío. —Desvió la mirada y volvió a acercarse y a poner la mano sobre el cristal—. Ya me ayudaste una vez, me diste una pista que me sirvió para descubrir uno de los escondrijos de los Nightwalkers. Si sabes algo, cualquier cosa... dímelo, por favor.

Ella suspiró. Por una fracción de segundo, pareció furiosa, como si las noticias que Bruce le daba no fueran lo que se esperaba. Se levantó y se acercó al panel que los separaba. Su proximidad le recordó a Bruce el sueño: sus brazos en torno al cuello, que lo atraían hacia ella; sus labios que se movían con los suyos. Tragó saliva y trató de desterrar el recuerdo.

—No creo que cometieses aquellos asesinatos —prosiguió—. Creo que estás implicada, que sabes quién fue, pero que no lo cuentas por alguna extraña razón. Eres el chivo expiatorio. Y creo que puedes ayudarme a evitar el asesinato de más inocentes, si te confías conmigo.

Dio la impresión de que Madeleine se sorprendía de nuevo. Lo miró a la cara, con detenimiento, y por un instante, el destello de sus ojos pareció el propio de una adolescente.

—Bruce Wayne —dijo en tono suave. Tenía una mirada peculiarmente cálida, en la que brillaba intensamente el color avellana—. De las tragedias salen dos tipos de personas, ¿lo sabías? Y tú eres de las que resplandecen con más fuerza.

—¿Y tú?

No respondió y clavó los ojos en él, que se estremeció. ¿Estaba comportándose como un tonto redomado?

Madeleine se acercó todo lo que pudo al cristal, tanto que el vaho de su aliento quedó impreso en él.

—Escucha con atención —le advirtió, en voz tan baja que apenas la oía. Bruce se inclinó hacia la ventanilla—. Según el plan original de los Nightwalkers, debían haber accedido hace semanas a las cuentas bancarias del alcalde. Les dieron el soplo... alguien de dentro.

—¿De dentro? ¿Quién? —preguntó Bruce, susurrando apremiante.

Madeleine negó con la cabeza y prosiguió:

—No importa. Si ya han atacado, significa que han acelerado su programa, lo que implica que van más rápidos a por el resto de la lista.

«¿La lista?». Bruce contuvo el aliento; todo aquel tiempo, Madeleine había estado al corriente de la siguiente actuación, pero se había reservado la información sin revelarla a nadie.

—¿Has ocultado este ataque a la policía deliberadamente? De haberlo sabido, habríamos podido salvarlo.

—Se suponía que la vida del alcalde nunca estaría en juego.

—¿Eres miembro de los Nightwalkers?

—Sé lo bastante como para advertirte.

A Bruce se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti mismo. Ándate con ojo. Estás en la lista.

—¿Qué lista? —susurró él, temeroso de la respuesta.

—La de los objetivos de los Nightwalkers. Cada una de las víctimas había sobornado al alcalde para que hiciera la vista gorda mientras se llenaba los bolsillos con dinero público. Y sabes qué implica eso, ¿verdad? Millones y millones que debían haberse destinado a ayudar a los pobres, a curar a los enfermos, a educar a los jóvenes, a proteger las calles... desaparecidos de un plumazo gracias al alcalde. Se le había acabado el tiempo, es tan simple como eso.

Funcionarios corruptos. Filántropos con negocios turbios entre manos. El propio alcalde aceptando sobornos e implicándose en fraudes.

—¿Y yo? —le espetó Bruce—. ¿Por qué estoy yo en la lista? No he hecho ninguna de esas cosas. Mis padres eran buena gente, usaban su fortuna para promover cambios de verdad. Me he limitado a recoger su legado.

—WayneTech sacará millones con ese contrato para aumentar la seguridad de la policía de Gotham, ¿o no? —Madeleine lo miraba ahora con semblante grave—. Los Nightwalkers luchan contra la riqueza obscena que controla al gobierno, contra los grilletes que oprimen a quienes son demasiado débiles para defenderse. Creen que nadie debe tener derecho a tanto poder y dinero. Abajo la tiranía.

Lo dijo como un eslogan. Bruce sintió un escalofrío al reconocer las palabras: las de la nota que los Nightwalkers habían dejado cuando habían asesinado al alcalde.

—Combaten contra los que son como tú, sin importar que te hayas juntado con los malos sin pretenderlo. No se habían fijado en ti antes porque aún no habías cumplido los dieciocho y no eras dueño de tu fortuna. Pero ahora estás en el punto de mira. Tienes el dinero que quieren. —Hizo una pausa—. Eres el siguiente, Bruce.

Más que a advertencia, sonaba a amenaza.

—¿Y qué me propones que haga?

—Márchate de Gotham City —respondió al punto Madeleine—. Vete de viaje, vuela hasta Tahití y quédate allí el resto del verano. De todos modos, dentro de poco acabará tu condena en Arkham, ¿no? Y nuestras conversaciones terminarán. No te interpongas en el camino de los Nightwalkers.

Confuso, Bruce negó con la cabeza.

—¿Por qué haces esto? Parece que quieras detenerlos, que intentes protegerme. Pero ahora no deseas que te mezclen con ellos. ¿Los apoyas o no? ¿Qué te traes entre manos, Madeleine? ¿A quién proteges?

Ella lo miró como diciendo «Ojalá hubiera otra manera». Una fuerza invisible lo hizo acercarse a ella, que se inclinó hacia él. De repente, Madeleine se apartó.

—Lo siento —dijo, volviendo la cabeza.

Y eso fue todo.

—Espera —la llamó. Madeleine no se volvió. ¿Corría peligro? ¿Estaba en la lista de objetivos?—. Cuéntame más. Sabes lo que intentan...

—¡Bruce!

Él se volvió al instante y vio a Draccon, que se acercaba corriendo desde el extremo del pasillo; su gabardina abierta revoloteaba y la doctora James corría junto a ella.

—¿Qué diantres haces aquí abajo? —estalló James. Miró en las cámaras de seguridad, cuyas luces rojas parpadeaban de nuevo.

—Quedas relevado del caso —añadió Draccon—. Se acabó.

Bruce miró hacia la celda. Aunque Madeleine estaba de espaldas, la rigidez de su cuerpo daba a entender que seguía atenta a lo que ocurría. En cuanto la inspectora y la alcaidesa lo alcanzaron, Madeleine volvió la cabeza lo suficiente para que le viera el perfil. Esbozaba una sonrisita.

—¡No lo entienden! —les dijo Bruce a las dos mujeres mientras señalaba a la prisionera—. ¡Tiene más información sobre el asesinato del alcalde! ¡Ha dicho que yo tam...!

—Tú te vienes conmigo —lo cortó Draccon, agarrándolo del brazo—. Si te pillo mirando siquiera en su dirección, me ocuparé personalmente de llevarte otra vez ante el juez.

19

La lluvia salpicaba el parabrisas del coche de Draccon mientras alejaba a Bruce del complejo de Arkham. Cuando avanzaron por el sendero zigzagueante flanqueado de árboles desnudos, los ojos negros de Draccon brillaban furiosos a la media luz que llegaba del exterior.

—¿Y mi coche? —Bruce miró hacia el centro.

—La policía te lo llevará a casa dentro de un par de horas —declaró Draccon, ofreciéndole un papel doblado—. Tras la muerte del alcalde y lo que has hecho esta mañana, no ha sido difícil obtener una orden de registro de tu vehículo. Además, quiero verte entrar en tu casa con mis propios ojos. Si no, a saber en qué lío acabarías metido.

—¿Sospecha de mí?

—¿Te parecería descabellado, dado tu comportamiento de hoy? —Lo fulminó con la mirada—. Te advertí expresamente que no volvieras abajo. ¿Por qué lo hiciste?

—Tenía que hacerle una última pregunta a Madeleine —insistió Bruce—. Inspectora, ella puede ponernos sobre la pista del asesino del alcalde. Sabe quién fue. Creo que los Nightwalkers se traen algo muy gordo entre manos, y...

—¿Sabes qué creo yo? Creo que te da pena no volver a verla. Dime, Bruce, ¿fue una casualidad que las cámaras se apagaran justo cuando decidiste interrogarla sin mi consentimiento?

—No sé de qué me habla.

—Déjate de cuentos conmigo. ¿Crees que nunca he visto a un muchacho enamorado? —Respiró hondo y giró de un volantazo, que hizo que el bolso y los papeles se deslizaran por el asiento trasero—. Me he enamorado y desengañado más veces de las que puedo contar, y te diré una cosa: le has hecho un hueco a esa chica en tu corazón. Detesto ser tan brusca, pero no creo que vaya a funcionar.

Bruce intentó imaginar a una Draccon enamorada, sin la armadura de autoridad con que se revestía.

—Qué ridiculez.

—¿Ridiculez? Entonces, ¿por qué sigues hablando con ella?

Draccon había examinado con lupa las grabaciones de seguridad. Bruce la miró y se dio cuenta de que había adoptado una expresión inquisitiva, que quería averiguar más. Suspiró.

—No creo que Madeleine matara a aquellas tres personas.

Draccon lo miró con dureza.

—¿Y por qué no?

—He estado analizando los detalles de su historial, y en el de su madre. Me parece que está protegiendo a alguien de fuera, alguien que aún anda suelto. ¿Se acuerda de las servilletas que tiene siempre en las manos? Creo que no lo hace por divertirse, sino que se sirve de ellas para enviar mensajes por las cámaras. Y esta mañana, precisamente, asesinan al alcalde. Hay alguien perpetrando los crímenes de los que creíamos responsable a Madeleine. Algo no encaja.

Draccon se inclinó sobre el volante.

—Vaya... Estás más afectado de lo que pensaba.

—Estoy hablando de manera objetiva. No estoy chalado.

—No; solo eres un ingenuo. —Draccon aferró con fuerza el volante—. La detuvimos en el lugar del último asesinato. Yo misma estaba entre los agentes que la apresaron, iluminándola con mi linterna. Se hallaba toda ensangrentada, tenía cortes en los guantes y unos cuchillos atados a las piernas. La casa estaba llena de sus huellas dactilares. Durante el interrogatorio posterior, cuando le preguntamos si era la autora, asintió en tres ocasiones, una por cada asesinato.

—Es demasiado lista como para dejar sus huellas por toda la casa —replicó Bruce—. Usted no ha hablado con ella directamente; no la ha oído directamente. Si no, entendería a qué me refiero.

—Apenas hablé con Madeleine porque es ella quien ha decidido hablar contigo. ¿Por qué crees que lo hace? Pones en entredicho mi trabajo, Bruce, y el de todo el cuerpo de policía. Mató a aquellas personas. Y ahora nos proporciona... te proporciona... información que nos resulta útil, porque se ha dado cuenta de que puede aprovecharse y eludir la pena de muerte. No sacará provecho si se calla lo que sabe.

—¿Y qué han hecho ustedes para sonsacarle esa información?

—¿A qué te refieres?

—¿James y usted autorizan al personal de Arkham a molerla a palos?

—¿De qué demonios hablas? —La irritación de Draccon se transformó en desconcierto.

—De los moratones. Seguro que los ha visto. Hace un tiempo, cuando hablaba con ella, vi que tenía un moratón en el ojo y otro en el brazo.

Draccon guardó silencio.

—Qué absurdo —dijo al fin—. Nadie le ha puesto nunca la mano encima.

—Fue el mismo día que le habían administrado la medicación por vía intravenosa. ¿Se los hicieron mientras estaba en la enfermería?

—Bruce, no se le administra medicación por vía intravenosa; no la necesita. Y de necesitarla, se la darían en la misma celda. No puede salir del confinamiento.

Al oír aquello, Bruce dudó. Se volvió para mirar a Draccon.

—Me contó que se había peleado con un enfermero cuando trataba de ponerle las inyecciones —dijo, pero las palabras le salieron sin fuerza.

Draccon negó con la cabeza.

—Te mintió.

—Pero... —Bruce frunció el ceño, tratando de comprender. ¿Se había hecho ella misma los moratones? ¿Era una estratagema?—. Deberían revisar las grabaciones de seguridad. O mandar a alguien para que le echara un ojo. Si de verdad tiene moratones, tendrán que asegurarse de que ningún empleado le ha hecho daño. Aún sigue siendo valiosa para ustedes, ¿no?

Draccon vaciló y carraspeó, enfadada.

—Avisaré a la alcaidesa —contestó. Clavó la mirada en Bruce—. Te lo advertí en su momento: ve con cuidado con esa chica. No es normal. No es alguien con quien puedas sincerarte y esperar que te corresponda. No puedes hablar con ella y pensar que la entiendes mejor que antes. —Lo miró de reojo—. ¿Qué más te ha contado que hayas decidido no decirme?

Bruce vaciló. «Márchate de Gotham». Quizá también había mentido al decírselo.

Draccon redujo la velocidad y frenó ante un semáforo. Se volvió hacia Bruce.

—Chico, escucha con atención: si te ha dicho algo que yo deba saber, dímelo ya. ¿Entiendes?

«Tiene que saberlo». Bruce la miró a su vez.

—Me dijo que estaba entre sus objetivos. Que me marchara de Gotham, por mi propia seguridad.

Al oírlo, la inspectora se giró hacia él.

—¿Entre sus objetivos?

—Me advirtió que no volviese a casa.

Draccon lo observó con atención. Soltó una palabrota y cogió el móvil.

—Mandad un equipo de seguridad a la Wayne Manor.

Cuando llegaron a las verjas de la mansión, ya no llovía.

El sendero que conducía a la entrada seguía vacío; el contingente de seguridad aún no había aparecido. Bruce notó al momento que algo no iba bien. «Algo no encaja».

Draccon paró el coche junto al interfono exterior. Estaba a punto de hablar cuando Bruce la detuvo con la mano.

—Espere. —Fijó los ojos en el enrejado.

—¿Soléis dejar la verja abierta? —preguntó Draccon al reparar en lo que había atraído la atención de Bruce.

—No —contestó él. Nunca, de hecho: Alfred no solía hacerlo, aunque supiera que Bruce había salido. Sin embargo, estaban claramente abiertas, pero la abertura era tan estrecha que a primera vista parecían cerradas. Quedaba el espacio justo para que se colara una persona.

Lo invadió el desasosiego. Se suponía que, si las puertas quedaban abiertas, saltaba una alarma. Pero ahí estaban, en silencio: la alarma había sido inutilizada.

—Quédate aquí —le ordenó Draccon, con la mano en la empuñadura de su arma.

—Pero...

—Bruce, no salgas del coche. Es una orden.

Draccon bajó del vehículo, sacó el arma y se alejó con la gabardina sobre los hombros. Se deslizó por la apertura. Madeleine le había advertido hacía tan solo una hora. ¿Acaso alguien...? Bruce centró su atención en la mansión. No había ninguna luz encendida; todas las ventanas estaban a oscuras.

El terror le golpeó el pecho y le provocó náuseas. «Alfred».

Draccon había llegado a la escalinata ante la puerta principal y subía los peldaños lentamente, con la espalda de lado y la pistola apuntando al suelo. Murmuraba cosas al transmisor que llevaba en el cuello de la blusa. Bruce miró por la ventanilla trasera: aún no había señales del contingente de seguridad. Miró de nuevo hacia la casa y vio a Draccon, que pedía a gritos que le abrieran. Un mal presentimiento invadió a Bruce cuando ella repitió la

petición sin que Alfred saliera. Al instante, oyó que la puerta chirriaba cuando la inspectora la abrió. El cerrojo no estaba echado.

Repasó mentalmente los detalles de los asesinatos. «Atrapados en sus propias casas». Los Nightwalkers estaban en la de él, y querían que entrara.

La gabardina de Draccon desapareció tras las columnas de la entrada; la inspectora ya había cruzado el dintel.

Bruce buscó en el coche algo que pudiera usar como arma, pero no encontró nada. Si Madeleine estaba en lo cierto, si estaban allí y lo esperaban, no faltaba mucho para que salieran a buscarlo.

Entornó los ojos. «Pues que vengan». Los distraería para que no le hicieran daño a Alfred, si es que no se lo habían hecho ya. Abrió la portezuela, bajó del coche y la cerró sin hacer ruido. Se coló por el hueco de la verja.

La casa seguía envuelta en un inquietante silencio a medida que él se acercaba. Avanzó medio agachado, imitando a la inspectora, con la espalda pegada a las columnas y mirando sin cesar en todas direcciones. Cruzó el umbral y se adentró dos centímetros en el vestíbulo. Se hallaba sumido en la penumbra. Cuando cerró la puerta, oyó un leve clic. Se detuvo, con la mano en el pomo, y tiró de él una vez. Otra, más fuerte. La hoja no se movió.

Estaba atrapado con los asesinos.

Le retumbaban los latidos en los oídos. A Draccon no se la veía.

Unas manchas oscuras sobre la pared lo dejaron petrificado en el sitio. «¿Sangre? ¿Pintura?». Se acercó a examinarlas, sin acertar a comprender qué eran. Cuando se dio cuenta, se apartó de golpe. Alguien había trazado un símbolo con espray: el dibujo de una moneda envuelta en llamas.

Los Nightwalkers estaban allí, esperándolo.

Revivió las pesadillas que había tenido, como si fuesen reales: los pasillos a media luz, Madeleine, la persecución.

«No». Se obligó a cerrar los ojos y a serenarse. Jugaba con ventaja: era su casa, y se la conocía como la palma de su mano. Si hubiera querido, la habría recorrido con los ojos vendados.

La oscuridad era su aliada, no su enemiga.

Avanzó con pasos cautelosos hacia la cocina. Necesitaba un arma.

Desde algún rincón de la casa le llegó rumor de pisadas. No se parecían a los pasos conocidos de Alfred. Se le erizó el vello de la nuca. Siguió hacia delante. Las sábanas blancas que cubrían los muebles del comedor y el salón parecían fantasmas en la penumbra; la puerta del estudio estaba abierta de par

en par. Como era su costumbre, miró el reloj de pared y, en ese instante, vio el reflejo de una silueta.

Su corazón dejó de latir.

Si se quedaba quieto, estaba muerto. Cruzó corriendo el recibidor y entró en la cocina, iluminada débilmente por la luz que se filtraba por la ventana sobre el fregadero. Junto a ella había varios cuchillos sobre una gran tabla de madera, fijados con imanes a una barra metálica.

«Pasos en el salón». Si Draccon estaba allí y él no se andaba con cuidado, era muy fácil que le disparara por error. Tenía que esconderse. Aferró uno de los cuchillos con fuerza y se acercó a tientas a un armario enorme y vacío que antaño había alojado una nevera para el vino.

De pronto, oyó un disparo en el garaje.

—¡Alto!

Era Draccon.

—¡Policía! ¡Manos arriba o abro fuego!

Sintió una descarga de adrenalina recorriéndole las venas, y el mundo pareció cobrar forma a su alrededor. Se acordó de cuando era niño y se había quedado atrapado en la cueva de debajo la mansión, y del agua, la oscuridad y las criaturas que parecían cercarlo por doquier. Cerró los ojos.

«El miedo aclara la mente; el pánico la nubla».

Los abrió, esforzándose por concentrarse.

Una puerta se cerró y sonó una alarma. Las ideas se agolpaban en su cabeza mientras se hacía un plano mental de la mansión. Alguien había bloqueado la puerta del garaje gracias al sistema de seguridad automático. No podía haber sido Draccon. «Los Nightwalkers la han encerrado, la han aislado en el garaje».

No podía quedarse escondido allí por mucho tiempo si Draccon estaba atrapada y Alfred estaba herido. Era a él a quien buscaban y se quedarían hasta que lo encontraran.

«La balaustrada del salón. La barandilla floja». Se volvió hacia la escalera que conducía al piso de arriba, esperando que no hubiera moros en la costa.

Tomó aliento, salió a la carrera de la cocina y subió la escalera con sigilo, para que no crujiera.

La voz profunda de un extraño, entre divertida y burlona, lo llamó desde abajo:

—¡Bruce!

Al oírlo, se le erizó por completo el vello de la nuca. Su frente se perló de sudor frío. «Mantén la calma», se dijo con dureza. «Piensa». Se ocultó entre

las sombras que proyectaban unos bustos de mármol, y esperó.

Estaba seguro: en la escalera se oían pisadas de alguien que lo seguía. Los pasos eran pesados, propios de un desconocido, y se oía la respiración queda de un extraño que iba avanzando.

Tensó el cuerpo y empuñó tan fuerte el mango del cuchillo que empezó a dolerle la mano. Tenía los nudillos blancos. Podía salir de su escondrijo, sorprender a quien fuera, pero la idea de apuñalar a alguien, aunque hubiera entrado en su casa a la fuerza, le oprimía el pecho. En la penumbra se adivinaba parte de una silueta, grande y encorvada, y se oían sus pasos sincopados que hacían deducir una leve cojera. No tenía muy buen equilibrio.

Pasó junto a la balastrada escrutando la oscuridad, buscando. «¡Ya!». Bruce salió de entre las sombras. El hombre se volvió a mirarlo. Por un segundo, Bruce entrevió su rostro: lleno de arrugas, amenazante, sorprendido.

Bruce se abalanzó sobre él. Por un segundo, pareció no tener fuerza suficiente, pero el intruso retrocedió y se agarró a la barandilla. Esta vibró y acabó cediendo con un crujido, como si el hombre hubiera caído por su propio peso. Él trató de evitar la caída, pero fue demasiado tarde, y se precipitó gritando desde el segundo piso. Se golpeó la cabeza contra un lateral de un sillón.

El hombre empezó a retorcerse en el suelo, gimiendo.

«Muévete», se dijo Bruce. Había delatado su ubicación al atacar, y si había más gente en la casa, ya sabrían dónde estaba. El cuchillo se le había caído en el pasillo, pero no tenía tiempo de buscarlo. Desde la cocina le llegó un ruido de pisadas y de algo arrastrando por el suelo. Una voz apagada. Se agazapó en las sombras del comedor. Junto a él, ondularon las cortinas blancas. Las miró y colocó una por encima de una silla.

—Bruce Wayne, sabemos que estás aquí. —Era una voz distinta, mucho más cercana—. El coche patrulla que hay en la entrada está horriblemente vacío.

«¿Cuántos Nightwalkers han invadido la mansión?».

En la cocina se recortaban varias siluetas. Dos hombres, más un tercero al que arrastraban. Se fijó en este último, que tenía un trapo blanco en la boca. «Alfred».

Parecía consciente, pero una herida sangrante le cruzaba la frente y daba la impresión de que la mayor parte de su peso lo soportaban aquellos dos hombres, ambos con la cara tapada.

De la rabia, todos los músculos del cuerpo se tensaron. Alfred, su tutor, que jamás había dado muestras de debilidad, estaba a merced de aquellos

monstruos.

—¿Y si ya se ha escapado? —murmuró uno de los hombres. Cada vez estaban más cerca.

—No —contestó el otro—. La casa está diseñada para que suene la alarma: si escapa, lo sabremos.

—¿Seguro?

—Mads nos ha pasado los detalles de todo el sistema de seguridad. No tengo dudas.

«¿Mads? Madeleine...».

Al asimilar el nombre, el corazón le dio un vuelco. Qué raro era oír su apodo... Quizá le quedaba mejor que su propio nombre; revelaba su auténtica naturaleza, su locura. Parecía de verdad que él le había caído en gracia... Madeleine hasta le había advertido que se marchara de Gotham City... Pero ¿acaso había sido él un objetivo de ella todo aquel tiempo?

Draccon tenía razón en todo.

La ira lo consumía y le daba fuerzas. Las otras tres víctimas habían acabado muertas por intentar escapar de sus casas. Ese había sido su principal error: comportarse como presas antes de que les dieran caza. Pero aquel era su propio hogar, el hogar de sus padres. Estaban en su terreno.

Y en su terreno, el cazador era él.

Salió a hurtadillas de su escondite y se acercó en silencio hasta la encimera de la cocina. Sobre la isla, y en su lado, había un interruptor que activaba el triturador de basura del fregadero. Se acercó lentamente. Al otro lado de la isla, los hombres miraban el suelo concentrados en arrastrar a Alfred.

Llegó hasta el interruptor, contuvo el aliento y lo accionó.

El aparato se activó; en aquel silencio, resultaba ensordecedor. Ambos hombres blasfemaron y dieron un brinco. Bruce distinguió las armas que llevaban cuando se giraron hacia el fregadero. Solo Alfred miró hacia el otro lado, por encima de la isla, donde Bruce estaba agazapado.

Antes de que a los hombres les diera tiempo a volverse, Bruce les había arrebatado a Alfred. Uno de ellos se giró y Bruce lo fulminó: un derechazo en la mandíbula, otro en el estómago. El hombre se tambaleó, emitiendo un grito ahogado. Alfred se zafó de su agarre y arremetió contra el segundo, que perdió el equilibrio. Bruce no tardó un segundo y de un placaje arrojó al matón al suelo.

—¡Al suelo! —gritó, y Alfred obedeció.

—¡Hijo de...! —gruñó el segundo hombre alargando el brazo, y su pistola refulgió en la oscuridad.

Bruce miró hacia el comedor.

—¡Inspectora! —gritó.

El hombre miró instintivamente hacia atrás, y confundió la cortina que Bruce había pasado sobre el respaldo de la silla con la gabardina de Draccon. Alarmado, apuntó el arma contra lo que creía que era la inspectora.

Bruce no necesitaba más distracciones. Le propinó un puñetazo directo al cuello. Todas las lecciones de lucha que le había impartido su entrenador desfilaron por su mente.

No le dio tiempo a golpear de nuevo porque una mano tiró de su hombro. El primer Nightwalker se había puesto en pie, y le hizo perder el equilibrio. Bruce trastabilló y el otro le pasó un brazo por el cuello. El puñetazo lo había dejado suficientemente aturdido como para tambalearse, pero era pesado, mucho más que Bruce. Este se retorció en vano, tratando de alcanzar a su agresor, pero no tenía un buen ángulo y el hombre lo agarraba cada vez con más fuerza. Estaba estrangulándolo. El aire no le pasaba por la garganta. Bruce perdió el equilibrio.

—Cómo se alegrará el jefe de verte, ricachón —dijo el segundo matón.

De repente, alguien se abalanzó contra el hombre que lo tenía agarrado. Era Alfred. Le dio una patada en el costado, directamente a la altura del hígado, y el hombre cayó de rodillas gimiendo de dolor. Bruce respiró profundamente, le descargó un puñetazo de lleno en la barbilla y lo vio caer cuan largo era.

—Bruce Wayne.

Se dio la vuelta al instante. Una silueta alta se recortaba contra la entrada de la cocina. Sus gafas protectoras despedían reflejos plateados. Los brazos y las piernas tenían un brillo metálico, como de armadura, y ocultaba la cara con una máscara que solo le dejaba la boca a la vista. Rio y Bruce sintió escalofríos.

Era el jefe de los Nightwalkers.

—Vaya, vaya —dijo—. Qué mayor, y además con una fortuna tan reciente.

Lo apuntó con una pistola.

Las palabras resonaron en la mente de Bruce. Algo en aquel hombre le resultaba familiar, como si lo hubiera conocido en otra vida. Pero no había tiempo para pensar en eso.

El Nightwalker fijó el cañón en Bruce, que se echó cuerpo a tierra. La bala rompió en mil pedazos la ventana de detrás. Saltó una alarma.

Bruce se levantó, agarró uno de los cuchillos de la barra metálica y lo lanzó derecho hacia el sujeto.

El cabecilla había subestimado al muchacho. Emitió un leve grito de sorpresa y se apartó a un lado cubriéndose la cara con la mano. «Ya eres mío», pensó Bruce. Cogió a Alfred del brazo para sacarlo de allí, lejos de las balas.

De fuera les llegó el sonido de las sirenas. Todos se quedaron quietos. Por algunas ventanas se vieron luces blancas y azules. Por fin llegaba el equipo de seguridad de Draccon.

El jefe le dirigió una última mirada. Al punto, tomó una decisión: gritó una orden a los dos Nightwalkers y arrojó un objeto al suelo, que explotó. La mansión tembló y un denso humo negro lo cubrió todo, sumiéndolos en una oscuridad total. Bruce empezó a toser y se inclinó hacia delante.

—Nos vemos pronto —le dijo el jefe a Bruce, a modo de despedida.

Desde el garaje, donde Draccon estaba atrapada, llegó el estruendo de una colisión. Bruce intentó atrapar a los otros dos, pero ya se habían escapado entre la humareda. Mientras la inspectora y sus agentes se precipitaban dentro la casa, los Nightwalkers se esfumaron tan rápido como habían llegado.

Las horas siguientes pasaron como en un sueño. Bruce las recordaba igual que una sucesión interminable de tiempo dentro de una ambulancia, en el hospital, en la sala de espera... Médicos, enfermeros y agentes de policía, todos tan entremezclados que no acertaba a saber cuándo habían salido unos y entrado los otros. Tenía la mano derecha vendada y los nudillos ensangrentados debido a la pelea; se había hecho un corte en la mano, pero no se había dado cuenta. Por lo demás, había salido sorprendentemente indemne. Al menos físicamente. Todavía le temblaban las manos, y aunque se hallaba en lo que parecía un lugar seguro, seguía temiendo que tras cada esquina acechara un Nightwalker.

Lo importante era que Alfred estaba vivo. Tenía una contusión en la cabeza por el golpe, pero se pondría bien.

—¡Bruce!

Separó las manos de la cabeza y vio a Dianne y Harvey, que corrían hacia él por la sala de espera. Cuando llegaron, Dianne se le echó al cuello y lo abrazó con fuerza; Harvey le puso una mano en el hombro. Tenía la mirada sombría, de preocupación.

—Hemos venido en cuanto nos hemos enterado —le dijo—. Dios mío, Bruce. —Dio un respingo—. ¿Cómo estás?

Bruce se encogió de hombros y sus amigos se sentaron a ambos lados de él.

—No tan mal —contestó, mirando hacia la habitación de Alfred.

—¿Y Alfred? —preguntó Dianne, que había seguido la mirada de Bruce.

—Sigue descansando —explicó, tragándose la culpa que seguía creciendo en su interior—. Estoy esperando a que me dejen pasar a verlo.

Harvey se inclinó en la silla y bajó la voz:

—Lo siento —susurró, dándole otra palmadita en el hombro—. Los atraparán, estoy seguro. No se saldrán con la suya. Escucha: esta misma

noche, el jefe aparecerá en las noticias, entre rejas.

Dianne negó con la cabeza.

—¿Es cierto que impediste que tres Nightwalkers te atraparan, y que además evitaste que le hicieran daño a Alfred?

—Fue todo muy rápido —contestó Bruce. Aunque fuera cierto, no se sentía demasiado heroico—. Por lo visto los Nightwalkers tienen una lista negra, y figuro en ella.

—¡¿Qué?! —exclamaron Dianne y Harvey al unísono.

—Bruce.

La conversación quedó interrumpida cuando al alzar la vista vieron que Lucius se precipitaba hacia ellos. Saludó a Bruce con un fuerte apretón de manos y lo levantó para abrazarlo.

—Estás a salvo, gracias a Dios. ¿Y Alfred?

—Se pondrá bien —respondió Bruce.

Lucius asintió con la cabeza, aliviado.

—Me han contado que te defendiste como una fiera de los Nightwalkers, pero me gustaría que, en un futuro próximo, esquivaras las situaciones peligrosas. No tienes por qué asistir a la gala de esta noche... No hagas nada. Quédate descansando. A nadie le extrañará que decidas mantenerte al margen, créeme. Es más seguro. Te has jugado la...

—No pasa nada, Lucius. Gracias. —Bruce asintió con firmeza—. Estaré igual de seguro en la gala que en cualquier otro sitio, y me servirá de distracción. Los androides estarán también, ¿no?

Lucius se esforzó por sonreír.

—Así es: allí estarán.

Una médica se acercó a ellos, poniendo fin a la conversación.

—El señor Pennyworth se ha despertado —los informó—. Sus constantes vitales son estables y hoy mismo podrá volver a casa.

Todo pensamiento que no fuera Alfred abandonó la mente de Bruce. Se levantó de un brinco.

—¿Puedo verlo?

La doctora asintió.

—Solo un rato, señor Wayne. No lo alargue demasiado. Necesita descansar un poco más.

Bruce se disculpó y siguió a la mujer por el pasillo. Ella le sostuvo la puerta y él entró en la habitación. Alfred estaba sentado en la cama. Siempre lo había tenido por una persona fuerte e inquebrantable, justa y amable. Sin

embargo, en aquel momento, por primera vez, lo vio mayor; las canas eran más evidentes que nunca. Era un ser mortal. A Bruce esa idea lo contrarió.

—Señor Wayne —lo saludó Alfred, con la voz, que por lo general era imponente y profunda, algo ronca. Alrededor de la cabeza, como un turbante, llevaba una venda enorme.

Bruce se acercó a él, le cogió la mano y se la apretó.

—¿Cómo te encuentras? Me han dicho que te han puesto puntos en la herida.

Alfred movió la mano para quitarle importancia.

—Bueno, ya me pondré mejor —contestó—. Esto es un rasguño comparado con lo que viví en el ejército. Los Nightwalkers tendrán que emplearse más a fondo... aunque no podrán si la policía los atrapa antes.

Ante aquel optimismo, Bruce sintió desvanecerse el peso que le oprimía el pecho. Relajó los hombros y se dejó caer en la silla que había junto a la cama, llevándose las manos a la cabeza.

—Alfred, perdóname —dijo—. Lo siento muchísimo. Creí que te había perdido.

Todas las veces que Alfred se había preocupado por él —porque conducía demasiado rápido, por perseguir a un delincuente siguiendo un impulso, por arriesgar su vida una y otra vez— no podían compararse con lo que sintió Bruce al darse cuenta de que Alfred podría haber muerto. ¿Cuántas veces lo habría hecho sufrir a él del mismo modo?

Alfred suavizó la mirada al ver la postura que había adoptado Bruce.

—La cabeza alta, señor Wayne —lo conminó—. Estoy aquí, y aparte de tener un chichón en la cabeza me encuentro bastante bien. Es usted un hombre; uno joven, que se las ingenia para meterse en líos... pero nunca dejará de ser mi protegido y siempre cuidaré de usted. Al igual que usted hará por mí.

Bruce lo miró a los ojos. Recordaba aquella mirada, y aunque habían pasado diez años desde la noche en el callejón, Alfred todavía tenía el poder de tranquilizarlo en las horas más negras. Asintió, tratando de no pensar en cómo sería la vida sin él.

Alfred le sonrió.

—Formamos un buen equipo, señor Wayne —comentó—. Sobre todo con esos rechazos que pega usted.

El humor de Alfred hizo que a Bruce se le aflojara el nudo del estómago. Se inclinó y le dio una palmada en el hombro a su tutor.

—Tú tampoco estás tan oxidado.

Alfred le guiñó el ojo. De repente, se puso serio.

—Los Nightwalkers lo han puesto en su lista negra. Es usted igual a los otros objetivos de Madeleine, ¿no?

—¿Cómo lo has sabido?

—No creerá que no he estado averiguando cosas sobre esa muchacha a la que usted no para de mencionar, ¿no? —Se inclinó hacia él, haciendo una mueca—. Es peligrosa.

Bruce asintió y frunció el ceño.

—Ya lo sé. Y no logro entender nada. —Bajó el tono—. Alfred... ella me lo advirtió. En la última conversación que mantuve con Madeleine... me insistió encarecidamente en que me marchara de Gotham City, que yo podía ser el próximo de la lista. Sabía a ciencia cierta que iba a pasar esto y quería que yo estuviera al corriente.

Alfred entornó los ojos con suspicacia.

—Quizá le tendió una trampa.

La puerta se abrió y entró Draccon, con un ojo amoratado y un brazo en cabestrillo. Bruce sintió un gran alivio al verla, e hizo amago de levantarse a saludarla.

—Inspectora... Está...

Draccon le sonrió con cautela, y no se apartó de la puerta. Bruce no acabó la frase.

—¿Inspectora? —repitió Bruce, esta vez vacilante.

—¿Qué ocurre? —intervino Alfred.

La inspectora soltó un profundo suspiro y movió la cabeza hacia Bruce.

—Madeleine.

La alegría por la recuperación de Alfred y por saber que Draccon estaba bien dio paso a un frío presentimiento.

—¿Qué pasa? —dijo Bruce mirando a la inspectora.

—Se ha fugado.

«Se ha fugado».

Bruce se quedó quieto, sin asimilar las palabras. Fugada. «¡No!». ¿Cómo? No había aprovechado el motín... ¿Por qué esperar hasta ese momento?

—Es imposible... No puede... —acertó a decir.

Draccon señaló el televisor de la habitación; estaban emitiendo las noticias.

—Compruébalo.

Bruce miró a los reporteros de la pantalla, que informaban desde la celda de Madeleine.

Sintió náuseas. Recordó a Madeleine mirando las cámaras, mencionando como de pasada que podían modificarse, haciéndose la indefensa en la celda y asegurándole que podía hablar con ella sin que nadie se enterara. No sabía cómo lo había hecho, pero seguro que había aprovechado que Bruce hubiera reiniciado las cámaras.

«Pues claro». Todo cobraba sentido: su reticencia a escapar durante el motín, cuando Arkham estaba en alerta máxima y todos los guardias buscaban a los internos. El lugar se había llenado de centinelas. En vez de aprovechar la ocasión y huir, había planeado su fuga. Había sido parte de su engaño.

Y ahora andaba suelta, por la ciudad, fuera de Arkham Asylum. Quizá había escapado mientras Bruce estaba en su mansión. Se quedó atontado.

—¿Dónde?... ¿Cómo? —logró preguntar, con voz entrecortada—. ¿Tienen alguna pista?

—Sí: una. —Draccon abrió del todo la puerta y Bruce vio que la acompañaban varios agentes. Uno sujetaba unas esposas. Tras ellos estaban Harvey, Dianne y Lucius, que lo miraban confundidos—. Tú.

Se le nubló la vista.

—¿Yo?

—Tenemos imágenes donde se ve que fuiste la última persona que entró en el pabellón de tratamiento intensivo, justo antes de que se reiniciaran las cámaras. Madeleine dejó una nota para ti en su celda, dándote las gracias por tu ayuda.

—¡¿Cómo?! —exclamó Bruce—. No creerá que yo... Sobre todo después de lo de esta mañana...

—No me queda más opción que considerarte sospechoso. Lo siento.

La inspectora suspiró e hizo señas a un agente para que entrara. Este levantó las esposas.

—Bruce Wayne, quedas detenido.

La sala de interrogatorios de la comisaría era un lugar frío y austero, equipado únicamente con varias sillas y una mesa que separaba a Bruce, que estaba a un lado, de la inspectora Draccon y un agente, que estaban al otro. Draccon le alargó un papel y se apoyó en el respaldo de su silla. Cruzó los brazos y escrutó el rostro de Bruce.

—Dejó esto para ti —le dijo—. Los guardias nos han contado que, debido a un error en el circuito, las pantallas no mostraban las imágenes correctas, así que Madeleine pudo atacar a dos trabajadores que bajaron a verla. Los dejó sin sentido a ambos y se llevó el documento de identidad de uno antes de que saltara alarma alguna, porque ninguna cámara grabó lo que hacía.

Bruce miraba hacia abajo, a la nota con la caligrafía de Madeleine doblada cuidadosamente en forma de flor. Se mareó solo con verla.

Nunca había visto su letra, claro, pero le iba como un guante: extendida, minimalista y elegante, con alguna que otra floritura inesperada. Pensó en las grabaciones de seguridad que había visto, en la manera como parecía hacer señales a las cámaras con la papiroflexia. ¿Acaso había hablado con algún trabajador de Arkham, para después meter a Bruce en el embrollo? ¿Y si algún empleado le había dado vía libre para escapar? Releyó la nota una y otra vez, sin apenas creer lo que decía.

Querido Bruce:

No hacemos muy buena pareja, ¿verdad que no? No se me ocurre ningún cuento en que el millonario y la asesina acaben comiendo perdices. Así pues, dejémoslo en tablas: gracias por ayudarme a salir de aquí y de nada por los meses de entretenimiento que te he dado. Espero que te acuerdes de mí.

Besos,

- - - -

Escribía como hablaba. No obstante, Bruce no lograba comprender por qué había actuado así; si pretendía escapar, ¿por qué le dejaba una nota? ¿Por qué, después de haberlo ayudado a combatir a los Nightwalkers? Releyó el texto mientras recordaba las conversaciones mantenidas con ella. Dobló la hoja en el sentido de los renglones: al igual que todas las figuras de Madeleine, aquella flor podía transformarse y tomar otra forma; en este caso, la de un diamante tridimensional. Bruce miró la pequeña escultura de papel, con sus dos caras. Todas aquellas charlas aparentemente serias, la compasión que sentía por la muerte de sus padres, que fingiera ayudarlo a atrapar a los Nightwalkers, las advertencias para que se fuera de Gotham City... Su supuesta paciencia y su disculpa final. Antes de volverse le había dicho «Lo siento».

Madeleine encajaba claramente en una categoría.

—No es más que una mentirosa —dijo Bruce, tajante, haciendo una bola con la nota. La flor quedó arrugada—. Forma parte de su plan. Le resulta demasiado fácil todo esto. ¿No creerá usted que quise ayudarla a sabiendas? —Miró con incredulidad a Draccon y al otro agente.

—¿Qué hay del *dossier* que robaste de mi despacho? —inquirió Draccon con tono cortante y frío—. ¿Es otra de sus mentiras?

Bruce vaciló. No podía permitirse ocultarle cosas a la policía, no en aquel momento.

—Sí, lo cogí —admitió—. Solo porque trataba de comprenderla mejor.

—El departamento de seguridad informática nos ha avisado de que alguien externo al cuerpo accedió a nuestro directorio privado con un usuario invitado. Rastreamos la dirección IP hasta tu casa.

Bruce guardó silencio.

—Después desconectas las cámaras —prosiguió Draccon—. Aunque te tendiera una trampa para que lo hicieras, has acabado convertido de buena gana en su cómplice.

«No hace falta más que un emisor que genere las interferencias adecuadas, a una determinada frecuencia». Eso le había dicho. «No hace falta más, Bruce».

Le había mostrado exactamente el anzuelo, y aun así él había picado.

Draccon negó con la cabeza al ver que Bruce no respondía.

—No te lo pongas más difícil. Ya sé que ha sido complicado para ti, y que fui yo quien la puso en tu camino. —Dio un golpecito con el bolígrafo sobre

la mesa—. Pero comprenderás mi escepticismo. ¿Por qué te dio las gracias por escapar, si es algo tan impropio de ella? Si no tienes nada que ver, ¿por qué no se limitó a fugarse y punto?

Bruce sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, pero debe creerme. Madeleine sabía que, si dejaba esta nota, yo acabaría en la sala de interrogatorios. Piénselo. ¿Para qué?

—Los asesinos no siempre tienen motivos —replicó Draccon—. A veces solo quieren pasárselo bien.

—No tiene ningún sentido —protestó Bruce, insistente—. Inspector, por favor... Hemos averiguado lo bastante sobre ella para saber que nunca actúa sin una razón. Lo que...

Al darse cuenta de cómo sonaban sus palabras, se interrumpió. Draccon alzó una ceja. Por cómo hablaba de ella, parecía que la conociera bien, demasiado bien; que se había interesado por Madeleine más que por simple curiosidad. En realidad, así era, ¿no?

Para su sorpresa, Draccon parecía, más que enfadada, cansada, y lo escuchaba con expresión de agotamiento.

—Ha sido culpa mía —dijo suspirando—. Nunca debí implicarte en el caso. Debí dejar que cumplieras la condena y ya está. Cuando imaginé que podíamos confiar en ti para obtener información de ella, no pensé que acabarías proporcionándole la libertad.

Bruce dio un puñetazo en la mesa.

—¡No la he ayudado!

—¿Qué vamos a pensar, Bruce? —La inspectora apoyó las manos en la mesa y cruzó los brazos—. He visto las grabaciones. He comprobado cómo cambiaba tu lenguaje corporal a medida que pasabas tiempo con ella. Bruce... Madeleine se ha fugado. En este momento anda suelta. Seguramente haya encontrado el modo de reunirse con los Nightwalkers. Tenemos agentes en las calles buscándola, pero ha borrado muy bien cualquier rastro.

Bruce apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cabeza. ¿Cómo podía solucionar aquello?

—¿Cuánto tendré que quedarme aquí? —murmuró—. ¿Hay fianza?

Draccon negó con la cabeza.

—Lo siento, Bruce. Tendrás que pasar aquí la noche. Necesitamos tanta información como podamos obtener, y no queremos que andes suelto por la ciudad. Tanto por tu seguridad como en beneficio nuestro.

—O sea que no se fían de mí. ¿Creen que hay riesgo de fuga?

Draccon ni se inmutó.

—No estás en disposición de argumentar, dadas las circunstancias.

Bruce cerró los ojos y suspiró profundamente.

—Vale. Déjeme hacer una llamada, por favor.

Poco después, estaba en una cabina de cristal, intentando comprender cómo se usaba el teléfono de disco. «En cuanto salga, haré una donación de teléfonos modernos», pensó con pesimismo. Al otro lado de la mampara se veían hileras de cubículos; al fondo había varios televisores de pantalla plana, anclados a la pared. En las noticias, se veía a un periodista en la calle, ante una alfombra negra. Cuando consiguió marcar completo el número de Alfred, Bruce apartó la mirada. «Gracias a Dios», pensó al oír la señal.

Alfred descolgó al primer timbrado.

—Soy Alfred Pennyworth, ¿dígame?

—¡Alfred! ¿Sigues ingresado?

—¿Señor Wayne? Ya pensaba que ni siquiera le permitirían llamar. Estoy bien, hoy me mandarán a casa. ¿Qué tal usted?

—He tenido días mejores.

—Su amiga Dianne no ha parado de telefonar preguntando por usted. Creía que iba a salir bajo fianza y ya está en la gala. Muchos de los asistentes han acudido para mostrarle su apoyo, y en honor al alcalde.

Dianne. La gala. «La alfombra negra». De repente Bruce se acordó y miró los monitores. Allí estaban los androides Ada de WayneTech, custodiando la entrada al Gotham City Concert Hall. Tras el asesinato del alcalde, el acto había tomado un cariz luctuoso, y las paredes aparecían cubiertas de estandartes negros, con el logo original de la gala, en forma de diamante, bordado en plata. Los asistentes vestían de luto, lo que convertía el evento, más que en una celebración, en un acto en memoria del alcalde.

Bruce se fijó de nuevo en el logo: era casi idéntico a la forma de diamante de la nota de Madeleine. Se quedó petrificado. Un frío mortal le atenazó el corazón.

En la gala estaría la flor y nata de Gotham City. «Los Nightwalkers atacarán, van a dar el golpe de gracia». Habían estado acumulando un arsenal precisamente a fin de prepararse para la gala, para su golpe maestro. Y Madeleine le había dado una señal gracias a la forma de su nota.

—Alfred. —Bruce estaba desesperado—. Llama a Dianne. Dile que coja un taxi y se vuelva inmediatamente a casa. Ahora mismo. Que no se quede esta noche. ¡Sácala, díselo, dile que...!

—Cálmese, señor. —Se hizo un silencio—. La llamaré de inmediato —dijo Alfred al cabo—. ¿Qué sucede?

Bruce abrió la boca para hablar pero en ese momento vio que los presentes, fuera de la cabina, estaban también pendientes de las pantallas. «¡No!». El reportero se dio la vuelta de súbito: del edificio llegaban gritos. Ante la entrada aparecieron varios coches patrulla. Entre ellos, varias unidades de Ada y un par de furgonetas de los SWAT. Horrorizado, Bruce observó cómo comenzaban a salir agentes por las puertas traseras, armados con rifles y chalecos antibalas. «Demasiado tarde».

Los Nightwalkers habían movido ficha.

Logró captar las palabras del reportero, que hablaba con un hilo de voz:

—«... han confirmado que hasta cien invitados, entre ellos el fiscal del distrito y el director de WayneTech, Lucius Fox, han sido tomados como rehenes por los Nightwalkers. Es posible que en breve pidan un rescate, aunque por el momento se desconocen sus exigencias».

Lucius estaba secuestrado, y Dianne también, más otras cien personas. Todos podían morir esa misma noche. Aún tenía el auricular en la mano y oía a Alfred, que lo llamaba desde el otro extremo de la línea. Pero se sentía como en un lugar muy lejano y con la mente aturrida. Dianne había asistido a la gala para apoyarle, había estado siempre a su lado durante aquella experiencia y, de nuevo, su vida corría peligro por culpa suya.

«He de sacarlos de ahí, tengo que acabar con esto».

Los androides de la entrada cambiaron de postura y apuntaron hacia el interior. Qué raro...

Mientras la policía se acercaba, todos los robots adoptaron la posición de ataque. Bruce no daba crédito. «¿Qué...?». Los SWAT se pusieron en cuclillas y apuntaron a los androides, que avanzaron y bloquearon la entrada.

El periodista se volvió, con el ceño fruncido.

—«Acaban de informarnos de que, por lo visto, se ha producido un fallo que ha afectado a los androides Ada de WayneTech, estos que están viendo en las pantallas, ante el Gotham City Concert Hall. Al parecer se están mostrando agresivos con las fuerzas policiales».

«Madeleine». Bruce lo supo al instante. Se las había ingeniado para sabotear los androides y de fuerzas de seguridad los había transformado en un ejército para los Nightwalkers. Sintió un escalofrío al acordarse de sus palabras. «Nunca te fíes de la tecnología». Por lo visto, tenía razón, sobre todo si se refería a la que manipulaba ella.

Bruce entornó los ojos pensativo. La sola idea de Lucius con las manos atadas, de Dianne a merced del arma de un Nightwalker, lo estremecía. «Estoy harto de ser vuestra presa», pensó, con la vista fija en la pantalla. «Voy por vosotros».

—¡Señor Wayne! —Alfred seguía llamándolo—. ¡Señor Wayne! ¿Qué ocurre?

—Formamos un buen equipo, ¿no es así? —dijo Bruce en voz baja—. Tienes que ayudarme, Alfred. He de llegar a la gala cuanto antes.

A pesar de que Bruce estaba retenido sin fianza en una celda, no parecía que hubieran quedado muchos agentes para custodiarlo. La comisaría se hallaba sumida en el caos: todos los policías disponibles se habían desplazado al Gotham City Concert Hall, y los que se habían quedado corrían de aquí para allá, respondían a la avalancha de llamadas o se quedaban mirando horrorizados las imágenes de los informativos.

Desde su celda, Bruce oía el barullo; por mucho que se esforzara, solo conseguía atisbar de refilón una de las teles. Ya era tarde, casi medianoche, y la gala habría debido encontrarse en pleno apogeo. En cambio, lo que iba a ser una noche de homenajes y celebración se había convertido en la toma de rehenes más importante de la historia de Gotham City.

Bruce recorría la celda de arriba abajo. No había tenido mucho tiempo para hablar por teléfono con Alfred: habría sido demasiado arriesgado decir cosas de más, con los agentes apostados junto a la cabina. Pero a su tutor, como de costumbre, le había bastado con una explicación somera.

Bruce no tenía ni idea de qué haría si se veía frente a frente con Madeleine. Si todo aquello era responsabilidad de ella, una conversación no la detendría. No podía dejar de pensar en cómo lo había mirado, en su expresión cuando había dicho: «De las tragedias salen dos tipos de personas... Y tú eres de los que resplandecen con más fuerza». Tras el confuso laberinto de sus gestos y sus actos, ¿había una parte de Madeleine, aunque fuera insignificante, que de verdad sintiera lo que decía?

Bruce entornó los ojos y reflexionó con suspicacia. Necesitaba saber por qué le había hecho aquello. Tenía que sentarla en el banquillo, ante la justicia. Y lo más importante: debía detenerla antes de que los Nightwalkers hicieran daño a más gente. Aquella certeza le quemaba por dentro, como una llama oscura.

—¡Otro coche, mandad otro coche patrulla! —se oyó gritar a alguien a pesar del ruido de pisadas que resonaba en los pasillos.

—¡No hay tiempo! ¡Los androides han abierto fuego...!

«Los androides han abierto fuego». Le dio un vuelco el corazón. Los Nightwalkers habían saboteado todas las unidades de Ada de la gala, transformándolas en máquinas de matar. Si conseguían —si Madeleine conseguía— reprogramar los que había en WayneTech, o tomar el control de las demás armas, la policía de Gotham City no podría con todo.

—¡Alfred, vamos! —murmuró Bruce.

La inspectora Dracon pasó corriendo ante la celda. Al verla, Bruce se puso a gritar:

—¡Inspectora! ¡Inspectora Dracon!

Ella volvió sobre sus pasos y lo miró, con ojos destellantes.

—¡Déjeme salir! —chilló Bruce—. ¡La ayudaré a llegar al Gotham City Concert Hall! ¡Puedo...!

—¡Quieto, Bruce! —le gritó ella—. Aquí estás a salvo.

Bruce la vio correr pasillo adelante, tras los agentes y seguida por su propio equipo.

A medida que se sucedían las imágenes del caos en las pantallas, la comisaría fue quedándose en silencio. La mitad de las lámparas se habían apagado, y solo quedaban los agentes que no estaban de guardia, concentrados en las pantallas y los teléfonos. Bruce se aferró con fuerza a los barrotes, cerró los ojos, bajó la cabeza y se dejó caer lentamente hasta quedarse en cuclillas junto a la puerta del calabozo. ¿Cómo podían haberse torcido tanto las cosas?

—Gracias —oyó decir a Harvey Dent—. Vengo a ver a mi padre.

Se quedó anonadado cuando Harvey entró en la zona de las celdas, seguido de un agente que se apresuraba tras él. Harvey no miró directamente a Bruce, pero cuando el policía le señaló una celda al fondo del pasillo, esbozó una amplia sonrisa.

—Perfecto, desde aquí puedo ir solo. Gracias, señor.

—De nada, chaval. Tienes diez minutos.

El agente se alejó, distraído por el caos que reinaba en la oficina.

—¿Harvey? —murmuró Bruce en cuanto su amigo posó la vista en él.

—Bruce —susurró, y se acercó a la reja—. Conque estás aquí.

—¿Qué haces en este lugar? —preguntó Bruce. Su amigo se acercó a los barrotes y se aferró a ellos—. ¿Has venido a ver a tu...?

Harvey esbozó una leve sonrisa.

—Por fin lo he denunciado —explicó—. Lo han detenido.

Bruce se quedó atónito y no pudo evitar sonreír brevemente. Después de tanto tiempo, su amigo le había plantado cara a su padre.

—¿Has denunciado... a tu padre? ¿Lo tienen aquí encerrado?

Harvey asintió.

—Ajá. Pero no he venido a verle a él. Era la excusa perfecta para que me dejaran pasar.

Le mostró una llave diminuta. Bruce la miró y su sonrisa se convirtió en una mueca de estupefacción.

Era la llave de su celda.

—Resulta —susurró Harvey— que tengo los dedos muy largos, y que Alfred es un orador muy convincente.

«Alfred». Bruce lo miró de hito en hito.

—¿Ha sido él quien te ha metido en esto? ¿Estás ayudándome a fugarme?

—Oye, siéntete halagado: incumplo la ley por ti y por Dianne. —Metió la llave en la cerradura—. Aquí tiene que estar mi padre, no tú. Vámonos.

Cualquier otra noche, habría sido casi imposible fugarse de los calabozos de la policía de Gotham City. La inspectora Draccon habría vuelto a someterlo a un interrogatorio antes del amanecer; se habrían hecho dos cambios de turno, no uno, y nadie habría estado tan concentrado en las pantallas de la pared, desde las que iban relatándose los detalles de la pesadilla que se desarrollaba en el centro de la población.

Pero aquella noche, mientras los Nightwalkers tenían a la misma ciudad de rehén, Bruce pudo escabullirse por uno de los pasillos de la comisaría a toda prisa, con la cabeza gacha y los hombros en tensión, sin dejar de mirar a Harvey, que avanzaba delante de él. Se dirigían hacia la única puerta trasera del edificio, que conducía al aparcamiento que había detrás y que aún estaba mojado por la lluvia.

De pronto, Harvey se hizo a un lado y enfiló hacia un recoveco que resultó ser la entrada a los baños. Bruce lo siguió. Un minuto después, una agente joven pasó corriendo ante ellos, con la mano sobre la pistola que llevaba en la cadera. Contuvieron el aliento hasta que se alejó. La oyeron gritar:

—¿Queda alguien aquí?! ¡Hemos pedido refuerzos!

—¡Está de camino la Guardia Nacional! —contestó una voz desde el extremo del pasillo.

Bruce oyó unos pasos que se alejaban y que terminaron extinguiéndose. Respiró hondo.

—¡Venga! —lo azuzó Harvey.

Volvieron al pasillo como dos flechas. Mientras lo recorrían, Bruce oyó otro grito procedente de los calabozos:

—¡Creía que Draccon había encerrado aquí a Wayne!

—Y aquí lo ha...

—¿Cómo narices ha conseguido la llave?

—Que alguien la llame. Nos falta un preso...

Bruce apretó los dientes y él y Harvey echaron a correr. «Supongo que ahora soy oficialmente un fugitivo». Salieron en estampida por la puerta, hacia la noche, dejando atrás el calabozo.

No habían dado ni tres zancadas cuando un coche negro les cortó el paso con un chirrido. No era el vehículo majestuoso al que Alfred lo tenía acostumbrado cuando lo llevaba. Bruce reconoció que era de WayneTech, estilizado, bajo y negro, cuya superficie se fundía con la misma noche.

—¿Os llevo? —preguntó Alfred.

Bruce no pudo por menos que sonreír. Se subió en el coche a toda prisa, igual que Harvey. Apenas había cerrado la puerta del copiloto cuando Alfred pisó a fondo el acelerador y se alejaron a toda velocidad del aparcamiento. Por el retrovisor, vieron a la agente joven del pasillo, que salió de la comisaría justo a tiempo para verlos desaparecer.

—Toma las curvas más despacio, Alfred —acertó a decir Bruce cuando doblaron una esquina, con los neumáticos chirriando contra el asfalto, y enfilaron por el túnel de la autopista.

Alfred soltó una risita. Aún llevaba la cabeza vendada y una pulsera médica en la muñeca.

—Los coches de WayneTech no han sido pensados para tomar las curvas con calma, señor Wayne.

—Y luego te preguntas por qué soy como soy...

Bruce sentía el estómago pegado a la espalda. Ni siquiera en su Aston Martin había conducido nunca como lo hacía Alfred ahora.

—Fui miembro de la Royal Air Force, señor Wayne —replicó secamente su tutor—. Al menos tengo excusa. Que uno pueda hacer algo no significa que deba hacerlo. Espero que no lo saque a relucir la próxima vez que salga a correr por ahí.

—Trataré de no hacerlo —contestó Bruce, agarrado a los bordes del asiento. Sentado detrás, Harvey tenía la cara verde—. ¿Por qué has accedido a

rescatarme, Alfred? Daba por sentado que te negarías en redondo. Por el peligro y todo eso.

—Pobre de usted, hacerse amigo de esa Madeleine —dijo Alfred mientras tomaba otra curva.

—Y que lo digas —masculló Bruce.

—Lo de pobre es literal: me ha llegado un aviso del banco hace media hora. Ha habido movimientos sospechosos en sus cuentas.

—¿Sospechosos? —Las palabras se le congelaron en la boca cuando Alfred le pasó un teléfono con un resumen de su situación financiera.

—Por lo visto, la organización a la que pertenece cierta persona precisaba una inyección de fondos —comentó su tutor.

Bruce contempló tres de sus antiguas cuentas, las que tenía antes de cumplir los dieciocho, que arrojaban un balance de cero. Las tres estaban completamente vacías. Se le secó la garganta. «Madeleine».

—¡Mierda! —murmuró Harvey, mirando desde el asiento trasero.

Más mentiras, más engaños. «Nada de lo que Madeleine me dijo en Arkham era cierto». Había estado todo el tiempo detrás de sus activos. Y cuando Bruce había decidido ablandarse y abrirse a ella, lo había mandado de una patada al calabozo y le había robado su dinero. Igual que los Nightwalkers. Igual que habían hecho con cada una de sus víctimas, antes de matarlas... lo cual significaba que ahora irían a por todo lo que representaba Wayne Industries, si es que aún seguían el patrón empleado con los anteriores. Irían a por las nuevas cuentas a las que acababa de acceder Bruce, donde estaba el grueso de su fortuna familiar.

—Señor Wayne, con el debido respeto —intervino cortésmente Alfred—, que me aspen si permito que el legado de sus padres acabe en manos de un puñetero genio criminal.

Bruce tragó saliva e intentó canalizar su rabia en actuar. «Céntrate. Piensa». Le vino a la mente Lucius, que se encontraba entre los rehenes, en la gala. «¿No había desarrollado Lucius un nuevo sistema de seguridad para mis cuentas nuevas?», pensó. Se irguió en el asiento.

El sistema de seguridad de las nuevas cuentas. Por eso Madeleine aún no les había puesto las manos encima; quizá lo estuviera pasando mal tratando de romper todas las barreras que Lucius había levantado. Quizá...

Una nueva idea afloró en la mente de Bruce.

—Alfred, tengo que pedirte que me ayudes un poco más —dijo—. Y también tú, Harvey.

Casi esperaba que su amigo vacilase, pero este ni pestañeó.

—Dime qué necesitas. ¿Tienes un plan?

Bruce asintió con aire grave.

—O al menos el comienzo de uno. Harvey... quiero que avises a la policía. Diles que no abran fuego contra los androides. Que no se acerquen. No sé qué les harán Madeleine y los Nightwalkers a los rehenes si la policía trata de avanzar. Que se queden en su sitio, ¿de acuerdo?

—Si hace falta, los retendré personalmente —prometió Harvey, inclinándose y aferrándose al reposacabezas de Bruce—. Saca a Dianne... y sal tú mismo, también. ¿De acuerdo?

—Tú igual.

Se sonrieron. Alfred se desvió hacia la acera y Harvey bajó del coche y echó a correr en dirección a las luces parpadeantes, sin mirar atrás.

Bruce lo miró alejarse, y luego se volvió hacia Alfred.

—Hay que parar en boxes.

—¿Dónde?

—En WayneTech.

Alfred le lanzó una mirada recelosa.

—Lucius diría que ninguno de los prototipos está listo para usarse.

—Y me lo dices tú, que vas al volante de este coche. Lucius está retenido a punta de pistola en el auditorio —replicó Bruce—. Creo que nos perdonará.

—No podrá si no sale usted vivo de esta.

—Alfred, venga. —Esbozó una fugaz sonrisa—. ¿De qué vale ser multimillonario si no me lo paso bien de vez en cuando? —Al ver la expresión de su tutor, añadió—: Debo hacerlo. Y lo haré con tu ayuda o sin ella; pero, si me ayudas, tendré más posibilidades.

Alfred negó con la cabeza.

—Supe que me daría usted quebraderos de cabeza cuando prendió fuego por accidente al cobertizo del jardín con un soplete. ¿Lo recuerda? Tenía usted trece años. Han pasado cinco y aquí estamos, yo como cómplice de un fugitivo y prestándole ayuda. —Bajó la voz—. Mi trabajo consiste en protegerlo, señor Bruce. Y si eso implica asegurarme de que no hace nada descabellado a mis espaldas, que así sea.

Cuando llegaron a la puerta trasera de WayneTech, nadie salió a recibir a Bruce. Solo la luz de dos farolas les dio la bienvenida.

Bruce bajó el primero del coche, de un brinco. Mientras Alfred hacía lo propio, el joven llegó a la puerta y colocó la mano sobre la pantalla de

seguridad. «Que se abra, por favor», rogó en silencio. Sonó un pitido, se encendió una luz verde y la puerta automática se abrió. Bruce suspiró aliviado. Dentro, la luna iluminaba el suelo en tiras plateadas; la sala, cubierta por un techo en forma de cúpula, estaba bañada en una oscuridad azul.

Llegaron al final del pasillo, donde los aguardaba otra puerta automática. Bruce volvió a poner la mano sobre el lector, pero este se iluminó de rojo. Las puertas no se abrieron.

—¡No funciona! —masculló.

—Permítame —intervino Alfred poniéndose al lado de su protegido. Colocó la palma de la mano sobre el artefacto y presionó—. Lucius no le habrá dado aún acceso a esta sala.

El panel se puso verde y la puerta se abrió, franqueándoles el paso. Bruce recorrió a toda prisa los pasillos, escrutando cada uno de ellos, hasta detenerse ante una vitrina de cristal que protegía el traje de seda metálica. «Trabazón reforzada: es como una malla microscópica», había dicho Lucius, y también: «Aún está en fase de validación». Sin embargo, le sería útil y mejor que nada. Echó una mirada a Alfred, que asintió.

—Lucius, perdóname —murmuró Bruce, y de un codazo, rompió la vitrina. Una lluvia de cristales cayó sobre ellos. Con cuidado, Bruce descolgó el traje de su percha y siguió recorriendo los pasillos.

—¿Este es su plan? —preguntó Alfred, incrédulo, justo cuando Bruce se paraba ante otra hilera de estanterías con dardos guiados por láser—. ¿Armarse con un arsenal de artefactos experimentales y secretos, de su propia empresa, y dirigirse al auditorio? ¿Usted solo?

—Exactamente —admitió Bruce. Sacó de sus fundas unos cuantos dardos metálicos y los metió con cuidado en la mochila—. Si se te ocurre una idea mejor estaré encantado de escucharla.

Alfred suspiró y Bruce prosiguió. Se hizo con un gancho extensible en miniatura y una esfera pequeña, que metió también en la mochila.

—Señor Wayne —lo interpeló Alfred mientras pasaban ante las estanterías—, no sé si ha pensado en cómo eludir a los androides pirateados que rodean el auditorio. He visto las imágenes. Lucius ha dejado allí a un número suficiente de ellos como para mantener a raya prácticamente a todo el cuerpo de policía de Gotham City. Una cota de malla experimental y algunas bombas de humo no le bastarán para acercarse.

Bruce asintió.

—Ya lo sé: he estado pensando en ello. Pero mira.

Llegaron al final de las estanterías. El resto de las unidades Ada estaban allí en fila, en letargo y esperando órdenes.

—Lucius me dijo que los androides están diseñados para no atacarse unos a otros. —Se acercó a los robots—. Puedo usar a uno y colarme entre sus filas. Estos no están contagiados por lo que sea que los Nightwalkers les han hecho a los otros.

Alfred no parecía entusiasmado ante la idea, pero tampoco discutió. En cambio, se acercó a uno y lo examinó.

—¿Cómo se activan?

Bruce sacó su móvil, lo desbloqueó y encendió la aplicación que había descargado Lucius.

—Alfred, déjame tu teléfono.

Cuando se lo dio, instaló en él la aplicación y pulsó una tecla. Los ojos del Ada más cercano se encendieron al instante, azules y brillantes; apuntaron en dirección a los dos y se quedaron fijos en Bruce.

—«Hola, Bruce Wayne» —saludó. Se quedó quieto, esperando órdenes.

—Tengo que hallar la manera de entrar en el Gotham City Concert Hall —murmuró Bruce.

Alfred frunció el ceño.

—Señor Wayne...

—He llegado hasta aquí gracias a ti, Alfred.

Este negó con la cabeza, pero luego dijo:

—El Seco Financial Building está cerca del auditorio. Wayne Industries financia la construcción de los sótanos, que se hallan conectados con los pasadizos subterráneos que recorren la ciudad. No está acabado aún, pero probablemente sea practicable.

Bruce dio su aprobación.

—Perfecto: servirá.

—¿Y luego qué, señor? —preguntó Alfred mientras observaban cómo el androide movía la cabeza siguiendo sus más leves movimientos—. ¿Está usted seguro de todo esto?

—No estoy seguro de nada —admitió Bruce. Se colocó la mochila a la espalda—. Pero no dejaré que Madeleine se salga con la suya. Y solo puedo evitarlo si me presento allí en persona.

La noche en que sus padres murieron tiroteados en el callejón, Bruce se había sentado en la acera, junto a un agente, y había visto pasar ocho coches patrulla y dos ambulancias por la escena del crimen. Ahora, mientras conducían tan pegados como podían al perímetro de seguridad que rodeaba el auditorio, contó más de dos docenas de luces parpadeantes, un enjambre visible a una distancia de cuatro manzanas. Una multitud se había congregado ante el cordón policial; más allá, las calles estaban vacías. Era inquietante: todos se habían refugiado en sus casas.

—Han mandado una nota exigiendo un rescate —dijo Alfred, señalando la pantalla del coche, que retransmitía las noticias—. Mire.

Bruce leyó el rótulo superior: LOS NIGHTWALKERS EXIGEN UN RESCATE DE 500 MILLONES DE DÓLARES, LA DIMISIÓN DE FUNCIONARIOS PÚBLICOS Y LA LIBERACIÓN DE TODOS LOS RECLUSOS DE LA PENITENCIARÍA DE GOTHAM CITY Y DE ARKHAM ASYLUM.

—Qué absurdo. —Bruce apartó la vista, sintiendo náuseas. «Seguro que son conscientes». Era una declaración política: intentaban imponer su justicia retorcida. «Sabrán que la ciudad no puede liberar a todos los reclusos, y lo usarán como excusa para matar a todos los rehenes del auditorio». El corazón se le encogió. «Dianne estará entre las víctimas».

Alfred dobló una esquina, se metió por un callejón y miró a Bruce.

—¿Está usted bien?

Bruce miró su móvil. El Ada los había seguido por una ruta distinta y se hallaba a una manzana de distancia. Bruce vio que recopilaba datos sobre lo que ocurría a pocos metros, y que tenía los escudos colocados en modo defensivo, a la espera de posibles atacantes. Con cada movimiento, Bruce sentía la fría suavidad de la malla protectora que le cubría el cuerpo, el traje ajustado que lo protegía de la cabeza a los pies. Cogió el casco negro y opaco

que iba con la armadura. En él se reflejó su rostro, pálido e inseguro, que le devolvía la mirada. Respiró hondo y se lo encasquetó.

Asombrosamente, los sonidos exteriores quedaron de inmediato amplificados dentro del casco. A través del visor el mundo aparecía más nítido, los colores más vivos e intensos. Sería más fácil distinguir a la gente en la oscuridad.

—Iré a pie desde aquí. —Su voz sonó apagada y un poco distinta—. Alfred, vigila a nuestro androide. Asegúrate de que me cubre las espaldas. Si le ocurriese algo, apágalo enseguida. —Le enseñó un diminuto localizador que llevaba pegado a la muñeca—. Sabrás en todo momento en qué parte del auditorio me encuentro.

Alfred parecía dispuesto a discutir una última vez con él, a decirle lo ridículo que le parecía el plan. De hecho, en rigor no se trataba de un plan. «Robar unos cuantos artefactos y entrar por la fuerza». ¿Qué haría, si conseguía entrar de verdad? ¿Qué pasaría entonces? ¿Cómo iba a acercarse lo suficiente para encontrar y rescatar a Dianne, o a Lucius, o a cualquiera de los demás?

Bruce vaciló mientras el corazón le martilleaba el pecho. Una parte de él quiso que Alfred le aconsejara que no fuera. Cuando cruzó la mirada con su tutor, se dio cuenta de que el brillo de sus ojos no era de desagrado, incredulidad ni escepticismo. Era de miedo. Miedo de perder a su protegido.

—Estaré pendiente de usted —dijo Alfred—. Saque a Dianne y a Lucius sanos y salvos... y salga usted igual. ¿Me ha entendido, señor Wayne?

Bruce tragó saliva.

—Sí. Te lo prometo. —Se quedó quieto un instante, preguntándose si saldría de aquella situación con vida y si no sería aquella la última vez que hablaban.

Alfred asintió una vez, pausadamente.

—Lo conseguirá.

Bruce asintió también, en un gesto maquinal, tratando de creer en aquellas palabras. De nuevo, se sentía diminuto. Se acordó de la noche en que Alfred llevaba un paraguas y lo acompañó de vuelta a la mansión: lejos del callejón, de sus padres, de la lluvia y el agua.

Iba a responder, pero el nudo que se le había formado en la garganta le apretaba demasiado. Si se demoraba más, no estaba seguro de hacer acopio de valentía.

Desvió la mirada, salió del coche y, sin echar la vista atrás, se dirigió hacia las luces que parpadeaban.

La intensidad de los murmullos y las pisadas de la multitud de curiosos crecía a medida que Bruce se acercaba a la manzana donde estaban colocadas las barreras policiales. Los agentes trataban en vano de despejar la zona, pero el gentío se dispersaba y luego volvía. Un agente gritaba infructuosamente a la gente que volviera a casa.

Por uno de los altavoces del auditorio se oía la voz grave de un hombre con nuevas exigencias dirigidas a la policía. Resonaba en la noche:

—Queremos que el contenido de las arcas municipales se transfiera a nuestras cuentas antes de una hora —reclamó—. Una vez hecho esto, liberaremos a una parte de los rehenes. Si no obedecéis, comenzarán a salir cadáveres. Está en vuestras manos, Gotham City.

«No, si puedo evitarlo», pensó Bruce. Se metió por una bocacalle, fuera de la vista de la gente. Echó una ojeada de comprobación al cruce y entró por una puerta lateral en el vestíbulo vacío de un rascacielos. Sus pasos resonaron mientras se dirigía a un ascensor. Apretó el botón de la planta baja.

El Seco Financial Building contaba con un nivel subterráneo que apenas se utilizaba y conectaba directamente con la red de túneles que existía por debajo de la ciudad, incluido uno que pasaba bajo el quiosco que había frente al auditorio. Por él podría atravesar el cordón policial. Llegó hasta el nivel subterráneo y recorrió un pasillo vacío, sin hacer caso de las tiendas cerradas a cal y canto que lo flanqueaban.

Cuando llegó al final, se topó con otro ascensor que lo devolvería a la superficie. Respiró hondo y se subió en él. Le envió un mensaje a Alfred. Si tenía suerte, el androide se habría acercado más a su posición.

—Vamos allá —susurró.

Al llegar al nivel de la calle, el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Lo asaltó un estruendo. El retumbar de los helicópteros sobre su cabeza. El fragor de los disparos de los SWAT, que trataban de atravesar el cordón formado por los androides. La voz ensordecedora de un agente que hablaba por un megáfono y exigía la rendición de los Nightwalkers. Bruce observaba horrorizado desde el quiosco mientras los robots obligaban a los agentes armados hasta los dientes a retroceder cada vez más. En la otra acera, un grupo de androides custodiaba una de las puertas de acceso al auditorio. A su espalda, a una manzana de distancia, se encontraba el cordón de coches patrulla que trataba de proteger a la gente de los disturbios.

Bruce echó un vistazo al teléfono. Las manos le temblaban. Su Ada había alcanzado la parte exterior del cordón: en cualquier momento, la policía lo

vería. En cuanto echara a correr, no podría permitirse quedarse quieto.

Era su última oportunidad para no verse involucrado en la contienda.

Se le tensaron los músculos. «Alfred, ahora», dijo sin palabras.

Desde la barrera policial le llegó un estruendo, un coro de gritos. Bruce observó cómo un Ada saltaba la barrera, indemne a pesar de los disparos de la policía, y se dirigía hacia él. Otros dos androides giraron la cabeza, alertas, pero cuando el Ada de Bruce se acercó a ellos, se relajaron al reconocer a otro de los suyos.

Bruce no vaciló. Echó a correr como un rayo hacia el auditorio. A su espalda, oyó a la policía que daba la voz de alarma.

—¡Alto el fuego! ¡¡Alto el fuego!! ¡Hay un civil!

En cuestión de segundos, Bruce dejó atrás la barrera formada por los robots y se dirigió a una de las entradas laterales del auditorio. El traje metálico y elástico parecía dotar de fuerza cada uno de sus movimientos y aumentar su agilidad; cada zancada le parecía un saltito. Tenía la sensación de estar en una simulación de gimnasio, recorriendo un circuito con la facilidad que le aportaban los años de práctica. Su respiración era acompasada. Tras él, vio que dos androides con actitud hostil se separaban del pelotón. Desde dentro del edificio, alguien estaba manipulando los controles que impedían que se atacaran entre sí. Había contado con más tiempo, pero mientras estaba mirando, uno de los androides hostiles se activó, apuntó con el brazo al androide de Bruce y disparó.

El segundo androide reparó en que Bruce se dirigía a la entrada. Estiró el cuello y comenzó a avanzar en dirección a él. Los ojos se le iluminaron de escarlata —una evidente advertencia— y lo señaló.

—«Deténgase, ciudadano» —ordenó—. «Se encuentra en una zona no autorizada».

¿Estaría Madeleine tras los ojos de aquella unidad, observándolo? ¿Lo reconocería, con aquel traje? Si de verdad sabía que se trataba de él, ¿lo atacaría de todos modos? Bruce se agachó, con los músculos tensos, esperando que se alejase. Se quedó en el sitio. El robot avanzó.

—«Queda detenido por no acatar una orden policial» —dijo el Ada—. «Arriba las manos».

Bruce achinó los ojos.

—Hazlo —repuso, como si hablara directamente con ella.

El androide dudó por un segundo —quizá fuera Madeleine misma la que dudaba—. Levantó el brazo, cuyo extremo empezó a iluminarse con un brillo azul. «Va a atacar».

El brazo se disparó hacia él. Bruce se echó hacia un lado apenas un instante antes de que lo alcanzara; el brazo se estampó contra la puerta, destruyéndola en una explosión de cristales. Bruce se protegió la cara y el cuello con los brazos. Cuando el androide volvió a apuntarlo y retrocedió dispuesto a un nuevo disparo, se levantó de un salto y se metió por el hueco dejado por la puerta. El androide lo siguió.

Entró en un pasillo estrecho. Dos guardias de los Nightwalkers vestidos completamente de negro lo apuntaron con sendos rifles, pero se quedaron estupefactos cuando vieron aparecer al Ada. Bruce reaccionó por instinto: se echó a rodar ante ellos y descargó una patada sobre el primero, al que derribó. Cuando cayó, el robot se adelantó y lo agarró apretando el puño sobre el pecho del hombre y levantándolo. El hombre gritó, apuntó al Ada con su arma y disparó. Bruce se cubrió. Las balas alcanzaron al segundo guardia en las piernas, que se desplomó gritando.

Bruce agarró al herido por el brazo y dobló la esquina del pasillo, para ponerlo a salvo mientras el androide a sus espaldas reconocía que había atacado a un Nightwalker. Sufrió un cortocircuito que precisaría arreglos.

El herido miró perplejo a Bruce, pero él no tenía tiempo de explicar que no estaba allí para hacer daño a nadie. Dejó al hombre y echó a correr.

Como había estado en el auditorio dos veces en su vida, supo que se encontraba en el pasillo que desembocaba en el vestíbulo pequeño de los dos con que contaba el edificio. ¿Dónde estaban los rehenes? A su espalda, oía los disparos del primer guarda, al que el Ada había soltado.

—¡Ha entrado uno! —gritaba—. No... no sé, será un poli... Lleva un casco negro...

Bruce tocó uno de los paneles laterales del casco y, de pronto, las paredes se volvieron transparentes y adquirieron apariencia de cuadrícula, a la vez que surgían los contornos térmicos de seis Nightwalkers, todos mirando y corriendo en dirección a él. Levantó la vista hacia el techo. También era transparente, y tres pisos más arriba se veía un montón de señales térmicas, confinadas en lo que debía ser el entresuelo superior de la sala de conciertos. «Los rehenes».

El pasillo acababa abruptamente en un vestíbulo donde las colgaduras de seda y los estandartes contrastaban de manera estridente con la situación: parecían fuera de lugar. Bruce giró bruscamente para evitar el centro de la sala mientras varias señales térmicas se acercaban desde el recibidor adyacente. Antes de que entraran, corrió hacia un pasillo vacío. Oyó gritos a su espalda. Sus perseguidores habían aminorado el ritmo, confusos, tratando

de adivinar por dónde había huido. Bruce buscó la escalera más cercana. A través de las puertas tras las cuales estaban pudo ver claramente más señales térmicas, pero solo tres. Si jugaba bien sus cartas, podría dejarlas atrás. Llegó hasta las puertas y se lanzó con todo su peso hacia ellas. Una sirena de emergencia se disparó.

Bruce miró hacia arriba. No habría necesitado el visor térmico para ver a dos Nightwalkers que bajaban corriendo hacia él; sus botas resonaban en los escalones metálicos. Sacó de la mochila la pequeña bomba redonda y corrió a su encuentro subiendo los peldaños de dos en dos. Cuando llegó al final del primer tramo, tiró la bomba contra la pared con todas sus fuerzas.

Un ruido atronador resonó en la escalera. En un abrir y cerrar de ojos, una humareda lo sumió todo en una oscuridad casi total. De repente, revivió la sensación inquietante de cuando estaba en su mansión y el jefe de los Nightwalkers se había esfumado entre una nube de humo. En los tramos superiores, los Nightwalkers gritaban desconcertados. El visor le permitía ver aún el contorno delineado de las escaleras y las huellas térmicas de sus atacantes. Uno de ellos abrió fuego; cada disparo producía un fulgor entre rojizo y dorado. Bruce atravesó la humareda como un fantasma.

A mitad del segundo tramo, se encontró cara a cara con el primer Nightwalker.

El hombre gritó y levantó el arma. Pero era demasiado tarde. Bruce lo golpeó con violencia en la mandíbula. Fue un golpe certero: las piernas del hombre flaquearon instantáneamente. Bruce lo agarró antes de que tocara el suelo y apoyó su cuerpo, inerte y pesado, contra la barandilla. Siguió subiendo.

Aparecieron otros dos Nightwalkers. Bruce se echó cuerpo a tierra cuando el primero disparó una ráfaga de balas que pasaron silbando por encima de sus hombros. «No pienses, actúa». Agarró al primero por las piernas y lo derribó hacia atrás. El segundo intentó darle un codazo en el cuello, pero Bruce lo esquivó mientras otra ráfaga de balas impactaba contra la pared. Se metió en la humareda antes de que pudieran volver a atacarle.

De pronto, se oyó una voz por la megafonía del vestíbulo. Bruce la reconoció y, por un segundo, se quedó quieto en los peldaños.

—Detente. —Era Madeleine. «Así pues, estaba aquí»—. Retrocede ahora mismo o pondrás en riesgo las vidas de los rehenes.

Al oírla, Bruce sintió cómo la rabia se adueñaba de él. Quizá hubiera sido todo aquel tiempo la jefa de los Nightwalkers. «Si atacas a mis amigos», pensó, «no pretendas que me quede al margen de la lucha». Por un segundo,

vaciló: ¿y si comenzaban a matar rehenes? «Tengo poco tiempo». Adoptando una actitud resuelta siguió corriendo escaleras arriba.

Otra Nightwalker le salió al paso, pero Bruce ya la había visto desde lejos y estaba preparado. La atacó sin darle oportunidad de disparar. Le propinó un rodillazo en las costillas y cayó al suelo ahogando un grito. Las botas de Bruce resonaban en los escalones.

Llegó por fin al final de las escaleras. Abrió la puerta de una patada y salió al curvado vestíbulo superior del auditorio, que se encontraba al nivel de los palcos. Sus botas golpearon la moqueta. Gracias al visor, podía ver las paredes de la propia sala de conciertos, en un extremo de la sala. Allí estaban los rehenes. Echó a correr de nuevo y se tocó la oreja.

Oyó la voz de Alfred.

—La policía ha entrado —le dijo— por la misma puerta que usted.

Bruce abrió la boca para responder, pero no pudo hacerlo: justo en ese momento, la puerta que daba a la sala de conciertos se abrió de par en par. Él se detuvo en seco.

Madeleine.

Sujetaba un arma. Le resultaba extraño verla sin un cristal de por medio; parecía haber salido de una realidad alternativa. Tenía un aspecto completamente distinto al que recordaba de Arkham. Ya no llevaba el mono blanco del centro, sino que ahora vestía completamente de azul oscuro: un uniforme militar, botas con puntera de acero, un cinturón ancho con fundas de pistola y una camisa de manga larga bajo un chaleco antibalas. Tenía las manos enfundadas en guantes de cuero negro, y el pelo largo y oscuro recogido en un moño alto.

¿Cuántas versiones distintas de ella tendría que conocer? En sus ojos ya no había ni rastro de la chispa de familiaridad misteriosa y juguetona. Nada en ella indicaba que estuviera divirtiéndose. No era la chica que se desperezaba con la languidez de una bailarina, que se llevaba un dedo a los labios para provocarlo, que se hacía un ovillo en la cama o se rodeaba las rodillas con los brazos. Aquella era la verdadera Madeleine, fría, impasible y con temple de acero. Alguien capaz de perpetrar tres homicidios.

—¿Quién eres? —preguntó, apuntándolo directamente con el arma.

¿Cómo podía haber sentido algo por ella? La veía como una completa desconocida. Quizá siempre lo había sido, y él nunca había llegado a saber nada sobre Madeleine. ¿Iba a morir a manos de ella aquella noche? ¿Dormiría ella tranquila tras haberlo matado?

Nada importaba ya. Tenía retenidos a Dianne y a Lucius, y Bruce no saldría de allí sin ellos. Dio un paso adelante.

Madeleine alzó las comisuras de los labios y se irguió, moviendo la cabeza con sorna, como solía hacer.

—Ah —dijo—. Tú.

Lo había reconocido por su forma de andar. Tan perspicaz como siempre. Apartó el arma de él y apuntó a la puerta de la sala de conciertos, que en aquel instante se abrió; un Nightwalker apareció por ella, arrastrando consigo a otra persona que se resistía. El corazón de Bruce dejó de latir.

Era Dianne. Su cara era un lívido retrato de terror y rabia. Intentaba zafarse del brazo que le aprisionaba el cuello, pero ese brazo que la aferraba fuertemente pertenecía a un Nightwalker.

Aquel Nightwalker era Richard Price.

Tal fue la sorpresa de Bruce al ver a su antiguo amigo que le faltó poco para gritarle, pero recordó a tiempo que se suponía que nadie sabía que estaba allí. «¿Richard?». ¿Era miembro de los Nightwalkers?

Tras el rostro amenazante de Richard, sin embargo, Bruce percibió un miedo cerval. En el preciso momento en que se encontraron sus miradas, Bruce supo que a Richard le daba tanto pavor estar allí como a Dianne. Como al propio Bruce.

Madeleine apuntó a la cabeza de Dianne.

—No te acerques un centímetro más —le ordenó a Bruce.

Se quedó clavado en el sitio, mirando a Richard.

—Suéltala —le espetó, con voz distorsionada.

Richard hizo amago de moverse, casi como si quisiera obedecer a Bruce, pero Madeleine le hizo un gesto con el arma y el chico siguió obedeciéndola. Tenía rojas las comisuras de los ojos, como si hubiera estado llorando.

Madeleine señaló con la cabeza la mochila de Bruce.

—Tira los juguetes. ¡Ya!

La mirada de Bruce se encontró con la de Dianne, oscura y aterrorizada. No pareció reconocerlo, pero intentó mover la cabeza para darle a entender que no lo hiciera. Bruce se quitó las correas y le lanzó la mochila a Madeleine, que la atrapó sin dificultad y se la puso al hombro.

—Gracias —le dijo. De golpe, sus ojos se centraron en algo que había detrás de Bruce, y asintió casi imperceptiblemente.

Bruce comenzó a darse la vuelta, pero de inmediato algo pesado lo golpeó en el cuello. Se le nubló la vista y se desplomó hacia delante. El mundo se

hundió a su alrededor, negro y asfixiante. Cuando dio contra el suelo, solo oyó el grito de Dianne.

Lo primero que oyó Bruce cuando volvió en sí fue la voz suave y conocida de Madeleine. Sus palabras levitaban en algún punto sobre su cabeza. Trató de moverse hacia la voz, pero un dolor lacerante le atenazó la cabeza, como si un millar de navajas le atravesaran el cráneo. Emitió un amargo gruñido y se quedó quieto.

—Deberías quitarle el casco —dijo un desconocido.

—De este me ocupo yo, no tú —replicó Madeleine.

—Pero el jefe quiere sacarle información, y si...

—Si quieres hablarlo con él, adelante. Pero no me hagas perder el tiempo.

El otro guardó silencio, reacio.

—Por supuesto.

Bruce trató de concentrarse y sobreponerse al dolor que lo traspasaba. Madeleine no era la jefa, pero sin duda disfrutaba de cierto rango en el organigrama de los Nightwalkers. ¿Qué había hecho con Dianne? ¿Dónde la había llevado? ¿Por qué no lo había matado todavía? ¿Qué información quería? Se quedó quieto mientras iba cobrando conciencia de lo que le rodeaba, con los ojos cerrados y respirando con regularidad, para convencer a cualquiera de que no estaba escuchando.

—¿Qué diablos ha pasado con el androide rebelde? —preguntó otra voz—. No aparecía en nuestra base de datos: no tengo archivado el número de serie.

—Habrà venido de otro sitio, dondequiera que WayneTech los almacene.

—Lucius Fox está aquí, en primera fila. Ve y pregúntale en persona.

Al oír el nombre de Lucius, Bruce se quedó un segundo sin respiración. ¿Se encontraban en la sala de conciertos? Sus voces carecían del eco que cabría esperar si estuvieran en la zona de palcos, sobre el escenario, y reinaba el silencio. Los rehenes no arrastraban los pies, no se oían gemidos ocasionales ni murmullos asustados. Tras concentrarse un momento, Bruce

logró distinguir el leve ronroneo de un aparato de aire acondicionado. ¿Sería un despacho? ¿Un cuarto de almacén?

—Ya vuelve en sí —informó Madeleine; su voz sonaba más cerca.

Bruce abrió los ojos. Dos filas de bombillas enmarcaban los laterales de dos espejos enormes colgados en la pared; su brillo cálido e intenso lo obligó a entornar los ojos. Bajo las luces había dos tocadores, atestados no de cremas, maquillajes o cepillos, sino de armas de fuego y ordenadores portátiles. «Los camerinos, entre bastidores», pensó Bruce, aturdido.

Giró la cabeza y vio a Madeleine a su lado, sentada en una silla, con el pelo suelto, los codos sobre las rodillas y los dedos entrelazados. Observaba el casco, pero no lo tocaba. Tras ella había tres Nightwalkers, dos hombres y una mujer, todos con la mirada sombría fija en Bruce y con las armas desenfundadas.

Bruce pensó que era muy curioso que hubieran cambiado las tornas: él, prisionero suyo; ella, su captora.

—No será un poli... ¿Sobrevivirá? —preguntó el tercer Nightwalker, el más joven de los tres.

Bruce veía lo bastante bien para darse cuenta de que quien hablaba era Richard. Estaba completamente demacrado, y aferraba sin convicción el arma que llevaba al cinturón, como si nunca antes la hubiera usado.

—No... —añadió Richard tras tragar saliva ruidosamente—. No quiero quedarme aquí.

—No pareció que te costara mucho darnos acceso a la cuenta de tu padre —replicó Madeleine sin volverse.

Richard se puso pálido. Su gesto se contrajo en una mueca de culpa y angustia.

—¡Creía que lo único que queríais era su dinero! Creía que... Y ahora...

—Ellison, Watts, llevaos al nuevo —lo interrumpió Madeleine, señalando la puerta con un gesto de la cabeza—. Es como un puñetero disco rayado. Vamos.

No hizo falta que lo repitiera. Al punto, los Nightwalkers se irguieron y salieron de allí sin decir palabra, dejándolos solos a él y a Madeleine.

La mente de Bruce no paraba un instante. ¿Habían retenido a Richard contra su voluntad? Había tenido sus diferencias con su padre, pero nada daba a entender que supiera que se meterían en su casa y atacarían contra el alcalde. Quizá también lo habían extorsionado para hacer otras cosas.

Cuando la puerta se cerró con un chasquido, Madeleine suspiró y lo miró con decepción.

—Bruce, quítate el casco —ordenó.

Bruce se levantó y, lentamente, se lo quitó. El aire frío le golpeó la cara.

—¿Y Dianne? —quiso saber—. Si le habéis tocado un pelo...

Madeleine sonrió, aunque con expresión agrídulce.

—Sabía que eras tú —le dijo—. Tranquilo. Tu amiga sigue ilesa, aunque está un poco molesta.

—Soltadla. —Echó una ojeada a la puerta—. Y a Richard Price también.

Madeleine puso los ojos en blanco, exasperada.

—Yo no le he obligado a venir, imbécil. Se unió a nuestras filas por voluntad propia. Richard creyó que obtendría su venganza, que le iba a costar un dinerillo a su padre. Iluso.

«¿Cómo?». De golpe, Bruce recordó la expresión asqueada de Richard en la graduación, cuando su padre le dijo que no le permitiría acceder al fondo. Se acordó también de las sirenas de policía ante la casa de los Price. Del asesinato del alcalde. ¿Era Richard quien había dado acceso a los Nightwalkers a la casa de Bruce? ¿Había vendido realmente a su padre para vengarse?

«Te arrepentirás de lo que has hecho». Aquellas habían sido las últimas palabras que Richard le había dirigido, hasta esa misma noche. El recuerdo le provocó un escalofrío que le llegó a la médula. Apretó el puño. «¿Había vendido a Bruce a los Nightwalkers?».

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para vosotros?

—Un par de meses.

«Un par de meses». En la fiesta de cumpleaños de Bruce, Richard le había pedido que lo dejara acceder a WayneTech... ¿a fin de robar un arsenal para los Nightwalkers? ¿Por eso se le daba mejor pelear de lo que Bruce recordaba? ¿Porque le habían enseñado más llaves que el entrenador?

—¿Y cómo lo sabes? —la presionó Bruce—. Te has pasado todo el tiempo en Arkham.

—No fuiste el único que me ayudó a escapar de allí.

Bruce empezó a atar cabos y el corazón se le desbocó. El gobierno municipal —y el alcalde— tenían acceso total a Arkham y poder sobre la institución. Y Richard tenía acceso al alcalde. Se acordó de las figuras de papiroflexia de Madeleine, de la teoría que él tenía sobre sus mensajes secretos. Ya había mencionado en una ocasión que contaban con la ayuda de un topo. ¿Acaso había sido Richard quien la ayudara con sus señales a través de las cámaras? ¿Se había asegurado de enviar a su celda a determinados celadores, para facilitarle la huida?

Richard no era solo un amigo ansioso por sacar partido de aquella relación, sino un hijo desesperado, sediento de aprobación, furioso cuando se le denegaba, y tan empeñado en vengarse de su padre que se había implicado demasiado con los Nightwalkers.

Bruce temblaba de rabia contra su antiguo amigo, o por la pena que le daba, no estaba seguro. «Te metiste tú solo en su trampa, Richard», pensó con amargura. Pero Madeleine lo había engatusado también a él, ¿o no?

—¿Qué le prometiste a cambio de todo eso? —preguntó Bruce, con los dientes apretados.

—No se trata de lo que le prometí que haríamos, sino de lo que no haríamos —contestó ella encogiéndose de hombros.

«El resto de la familia. Su madre, su hermana». ¿También los habían amenazado?

—¡Sois un atajo de bestias! —rugió Bruce.

—Te advertí que te marcharas de Gotham City.

—Enviaste a unos matones para que acabaran conmigo y con Alfred, en mi propia casa. —Sus palabras estaban cargadas de rabia, que no hizo ningún esfuerzo por contener—. ¡Qué generoso por tu parte!

Madeleine gruñó, enojada.

—¿De verdad crees que tomé la decisión estando en Arkham? No seas estúpido. Además, no fueron a matarte. Te necesitábamos para algo más.

—Admite que estabas en el ajo desde el principio. No me mientas, que ya lo has hecho bastante.

—No eran mentiras —replicó ella, encogiéndose de hombros—. Solo te dije lo que sabía en su momento. No tenía por qué ayudarte... Parece que no te enteras.

—¿Y entonces qué pretendías? ¿Acceder a mis cuentas? ¿Querías que os pagase esta campaña de terror, igual que vuestras otras víctimas?

—Ya lo has hecho. —Asintió con sorna—. Gracias por tu generosidad.

—Ya me he dado cuenta —le espetó Bruce—. ¿Cómo lograste tener acceso a ellas?

—Con el mismo truco que utilicé para meterme en tus androides. —Guiñó un ojo—. Tenéis una tecnología muy avanzada, pero no necesité más que algunos intentos.

—¿Por eso sigo con vida? —Bruce intentaba zafarse de sus ataduras, pero solo parecía apretarlas más—. ¿Me necesitas para acceder a todas mis posesiones?

La irritación cruzó por la cara de Madeleine. A Bruce no le hizo falta más para comprender que había intentado, sin éxito, intervenir sus cuentas nuevas, las que disponían de mayores medidas de seguridad. Necesitaba que él le diera acceso personalmente.

Ella señaló la puerta que tenía a su espalda.

—No quiero que mueras por una serie de razones. El jefe cree que podré acceder a todas tus cuentas. Pero me parece que las que aún te quedan están protegidas por unos cerrojos que solo tú puedes abrir. Ahora que estás aquí, te pedirán que las abras, y no con tan buenas formas como yo.

El jefe. Bruce se acordó del hombre que había visto en su casa, que se había enfrentado a él momentos antes de que la policía irrumpiera en la mansión. ¿Era suya la voz de los altavoces, la que exigía un rescate? Miró a Madeleine a la cara y reflexionó.

—¡Me tendiste una trampa! —le gritó—. Dejaste una nota que me hizo ir de cabeza a un interrogatorio policial... Acabé entre rejas. ¡Qué bonito! ¿Por qué voy a creer una sola de tus palabras?

Madeleine pareció herida. Bruce siguió forcejeando contra sus ataduras.

—No me ofendas. Y pensar que llegué a creer que podrías ser algo más que una asesina a sangre fría... Supongo que me equivoqué. ¿Qué más ignoro sobre ti, Madeleine? ¿Es tu verdadero nombre? ¿Mientes por diversión? ¿Te divierte jugar con mi mente? ¿Disfrutas con esas historias sobre tus padres muertos, para burlarte de los míos?

Madeleine hizo una mueca, y la ira de Bruce se desvaneció por un segundo.

—Crees que me entiendes, ¿no? —preguntó la chica.

—No tendría que esforzarme si fueras una persona honrada.

Se miraron fijamente, en silencio. El vínculo que Bruce había sentido a lo largo de sus encuentros en Arkham se hizo patente con toda su fuerza, impregnando el ambiente cargado.

—¿Quién eres? —dijo Bruce al final, negando con la cabeza.

Madeleine clavó la vista en él y lo observó largo rato. Frunció los labios, como si buscara las palabras adecuadas, y por primera vez Bruce creyó que estaba a punto de decirle la verdad, una verdad cualquiera. Ella miró los espejos iluminados y su reflejo le devolvió la mirada.

—De verdad me llamo Madeleine Wallace. Y soy una de las cabecillas de los Nightwalkers.

Aquellas palabras parecían ciertas, sólidas. Igual que las del pasado, claro... pero Bruce guardó silencio, invitándola a seguir.

—Todo lo que te conté sobre mi madre es cierto —prosiguió—. Era una profesora excelente. Nos enseñó a mi hermano y a mí cuanto sabía. Los dos empezamos a codificar muy jóvenes, pero su niña prodigio era yo, la que continuaba cuando mi hermano ya estaba más que hartado. —Volvió a mirar a Bruce—. Perdió su empleo por tratar de cuidarlo. Eso ya lo sabes. Hizo lo que tenía que hacer.

—Por eso mató a la doctora.

—¿Acaso tú no lo habrías hecho? —le preguntó Madeleine fríamente—. Dime, noble Bruce, ¿qué habrías hecho si a tus padres no los hubiera matado un vulgar ratero, sino un médico de renombre? ¿Si te hubieras quedado huérfano en un gueto, en vez de en tu mansión enrejada? Dime: ¿serías la misma persona que ahora? ¿O verías la justicia de otro modo? ¿Crees que todos disfrutamos de los mismos privilegios que tú?

El recuerdo que Bruce guardaba de la muerte de sus padres cambió por un momento: se imaginó a los dos envenenados por alguien con bata médica, se imaginó que el asesino salía libre en lugar de acabar entre rejas. «¿Crees que todos disfrutamos de los mismos privilegios que tú?».

—¿Y las demás cosas que me dijiste? —preguntó, para librarse de las otras cuestiones—. ¿Por qué dejaste aquella nota en tu celda? ¿Por qué me guiaste hasta el arsenal secreto de los Nightwalkers, saboteando a tu propio bando?

—Sabía que el arsenal estaba casi vacío. Tenía que darte algo para ganarme tu confianza. Esa es la razón de todas las conversaciones que mantuvimos, Bruce: eras parte de mi billete de salida. Eres un encanto, y muy servicial.

Mentirosa, aprovechada. Quiso abalanzarse sobre ella, hacerle daño por todas sus falsedades.

—En cuanto a la nota, te la dejé para que la policía te detuviera, claro. —Exasperada, puso los ojos en blanco. Bruce la observó con cautela; algo en aquel aspaviento indicaba que ocultaba sus sentimientos—. Si te metían entre rejas, nadie podría llegar hasta ti.

«Nadie podría llegar hasta ti».

—¿Intentabas... intentabas protegerme? —preguntó, sin poder dar crédito.

Madeleine suspiró. Otra grieta en la muralla, otra emoción oculta bajo el cascarón.

—¿Tú qué crees? —murmuró—. Ya estabas en la lista negra mucho antes de que te conociera. Te dije que escaparás inmediatamente de la ciudad. Y en

cambio, volviste a casa y te metiste de lleno en una trampa evidente.

—Volví para salvar a Alfred —replicó él—. No iba a abandonarlo.

Madeleine se encogió de hombros.

—Aun poniéndote en peligro.

Bruce se inclinó hacia delante. No podía moverse más, y aquel mínimo gesto hizo que se mareara de dolor.

—No comprendo por qué querías salvarme —dijo.

Madeleine sonrió con tristeza. Se le acercó más, hasta quedar a pocos centímetros de su cara. Notó su aliento contra la piel y el roce de su pelo negro contra el brazo.

—No siempre te he dicho la verdad, Bruce Wayne —murmuró—. Pero en la carta lo hice.

Sin dar tiempo a que Bruce pudiera añadir nada, Madeleine acortó aún más la distancia que había entre ellos y posó sus labios en los de él.

Fue como si una cuerda que los hubiera acercado cada vez más se soltara de pronto, haciéndole perder el equilibrio. «No». Pero le devolvió el beso y sintió que ella se acercaba más. ¿Qué pretendía? ¿Qué significaba aquello? La cabeza le daba vueltas; se puso alerta y tensó los músculos... pero cerró los ojos y la besó más intensamente, incapaz de romper aquel vínculo, y sin ganas de romperlo. Ella emitió un sonido suave y anhelante. Tal vez Bruce estuviera soñando de nuevo, y pronto despertaría empapado en sudor frío... sin embargo, los labios de ella eran suaves y cálidos, y sus pestañas, al rozarlo, parecían plumas contra sus mejillas. Lo invadió el calor. Los latidos del corazón le martilleaban en las sienes. «No lo hagas». Pero no podía evitarlo. Quería más de todo. Más de ella.

Al fin, fue ella quien rompió el vínculo. Respiraban suavemente. Madeleine lo miró, parpadeando, con una expresión momentáneamente vulnerable.

—No lo entiendo —se oyó decir Bruce. Se inclinó por instinto, con ganas de besarla de nuevo—. ¿Qué haces?

Por una vez, ella parecía tan alterada como él. Se alejó, frunció el ceño y trató de serenarse. La armadura de tranquilidad que solía llevar se resquebrajaba.

—Yo elegí entrar en Arkham —contestó por fin—. Pero no esperaba conocerte a ti allí.

—¿Por qué ibas a elegir algo así?

El semblante de Madeleine se endureció de nuevo. El calor que había entre ellos se enfrió un poco.

—Ni tú ni ningún Nightwalker me detendrá. Hay muchas cosas todavía que me importan más que tú.

—¿Y los homicidios qué? —insistió Bruce. Se le acercó más. Ella se negaba a mirarlo—. ¿Fuiste tú?

Por primera vez Madeleine pareció vacilar.

—Protegías a alguien, ¿verdad? —insistió Bruce—. Asumiste una culpa ajena, admitiste la autoría... Fuiste a Arkham en lugar de otra persona. Por eso dices que lo elegiste.

—¿Qué te hace pensar eso? —La voz de Madeleine era apenas audible, lo cual aumentó las sospechas de Bruce.

—Que eres demasiado lista como para que la policía te atrape ensangrentada.

El sonido de unos pasos que se acercaban lo hizo callar. Madeleine se irguió; un brillo de advertencia apareció en sus ojos, y se alejó rápidamente de Bruce, en el momento en que se abría la puerta. Eran los otros tres Nightwalkers, acompañados de otra persona.

Bruce se fijó de inmediato en el recién llegado. Lo reconoció: era la misma figura alta y amenazadora que había visto en su casa apuntándole; el mismo hombre que llevaba una máscara y gafas protectoras, cuyo traje brillaba extrañamente en la penumbra. Reconoció su forma de andar, elástica y amenazante, como la de un tigre. Pero en aquel momento, el hombre no llevaba máscara, tenía la cara descubierta.

Bruce se quedó sin respiración. El parecido era inquietante. Los mismos ojos almendrados y negros, la misma tez pálida, el mismo pelo negro, aunque lo llevaba corto y alborotado, y por el que se pasó la mano. A diferencia de la expresión calculadora y reservada de Madeleine, del rostro de aquel hombre emanaba fuego. Bruce supo que no tenía un ápice de paciencia. Pero lo que de verdad le llamó la atención fue el destello metálico de su piel: bandas de lo que parecía acero le cubrían los antebrazos hasta los codos. La articulación era totalmente metálica. El paso de depredador se debía, quizá, a las dos prótesis de las rodillas, que le permitían un control mayor que el de un humano normal.

Madeleine lo miró con ironía, pero Bruce advirtió un afecto que solo podía significar una cosa.

—Hoy te has tomado tu tiempo, jefe —dijo, pronunciando con retintín la última palabra.

Aquel hombre, el famoso jefe de los Nightwalkers, era Cameron Wallace. Su hermano.

Bruce se fijó en que Cameron dirigía a su hermana una sonrisita carente de humor.

—Hay mucho que hacer ahí fuera —explicó él, señalando con la cabeza la puerta y los palcos que había tras ella. Con otro movimiento, apuntó a los dos guardias que ahora estaban arrodillados frente a ellos en el suelo, con las cabezas bajas—: Y aquí también.

—¿Qué ocurre? —preguntó Madeleine.

—Nos han informado, y no han sido estos dos, de que algunos polis han atravesado el perímetro de seguridad por un túnel subterráneo. Tienen unos cuantos androides. —Cameron golpeó a uno de los Nightwalkers en un costado y lo hizo tambalearse—. Si hubiera querido que la pasma se nos colara aquí, os habría ordenado que les dierais paso. Lo que habéis hecho es complicarme la vida.

—Cam, no lo hagas —rogó Madeleine, con la voz tensa como un alambre—. Ya hemos hecho suficiente.

Entretanto, Cameron había desenfundado una pistola que llevaba en el cinturón y apuntado al primer guardia, que comenzó a temblar de angustia.

—Lo hice yo —dijo Bruce, y todos se volvieron hacia él—. Yo les indiqué que siguieran los túneles subterráneos que vosotros no pudisteis ver. Yo he mandado a los androides. Al fin y al cabo, son míos, no vuestros.

—¿Es cierto? —preguntó el jefe, mirándolo a él y a Madeleine—. Eso significa que eres Bruce Wayne. Qué gran honor. ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en tu casa.

—Cam —lo llamó Madeleine, con un tono de advertencia mayor que antes.

—Has hecho muy bien trayéndolo, hermanita —replicó él. Y centrándose en el guardia que gemía, apretó el gatillo.

Bruce se impresionó, pero no desvió la mirada cuando los oídos le zumbaron. El hombre se desplomó gritando cuando la bala le atravesó el costado. La pared quedó salpicada de sangre. Rápidamente, Cameron descerrajó dos tiros más contra los otros guardias: a uno, en el brazo; al otro, en la mano.

—¡Maldita sea, Cam! —Madeleine se puso de pie de un salto y le dio un empujón a su hermano, que perdió el equilibrio—. ¡No hay tiempo para esto, y estás disparando contra gente capaz! Contra tu propia gente. ¿Tengo que recordarte que ya no contamos con ventaja?

—Alégrate, hermana. Si no les atravieso la cabeza de un balazo, es por ti. —Frunció el ceño y se puso la pistola contra el hombro—. No son «gente

capaz» si no consiguen detener una emboscada policial. Ahora tenemos a varios en el recinto. —A un gesto suyo, otros Nightwalkers se llevaron a los heridos, que no paraban de sollozar—. Una bala por cada error —les explicó—. Así que cuidado con meter la pata.

—Ahora lo que tienes es a tres guardias heridos —le espetó Madeleine—. Y si nos vemos obligados a salir huyendo, ¿qué? ¿Los dejamos aquí, para que los pille la poli y los interroguen? ¿Nos los llevamos a rastras? No haces más que retrasarnos, imbécil.

—No he dicho que no sea capaz de pegarles un tiro en la cabeza —contestó Cameron—. Así que menos humos.

Bruce miraba aturdido la alfombra. Dos rastros de sangre llegaban a la puerta y al otro lado seguían oyéndose los quejidos de los Nightwalkers heridos. Le martilleaban la cabeza. Así era el líder: un hombre al que todos habían dado por muerto, desde niño. De pronto, la manera de hablar de Madeleine, tan enigmática, cobró sentido.

Ella estaba cada vez más furiosa; Cameron le dedicó una leve sonrisa y le dio un empujoncito.

—¿Qué tal te iba en esta cita que te has montado? —Se volvió hacia Bruce y lo examinó de la cabeza a los pies—. Tienes unos reflejos admirables, Wayne. Qué pena que no seas uno de los nuestros. Has cautivado, y bien, a mi hermanita.

Madeleine lo fulminó con la mirada. Bruce se fijó en él y luego en ella.

—Me dijiste que había muerto —le espetó a Madeleine—. Leí su esquila en internet.

—No es complicado falsificar una muerte, Bruce —contestó ella—. Cuando Cameron estuvo a punto de dejarnos, mamá lo sacó del país y consiguió que un médico extranjero probara con él un método experimental que le salvó la vida. De ahí las articulaciones metálicas. Desde aquel momento ha sido... distinto.

Volvió a mirar a su hermano y miró hacia arriba con amargura. Bruce nos les quitaba la vista de encima. ¿Y si aquel experimento no solo lo había hecho más fuerte? ¿Y si lo había trastornado?

—Desaparecer del mapa es muy útil en muchos sentidos, ¿verdad, Cameron? No sueles ser el principal sospechoso cuando matas a alguien —dijo ella con tono irritado.

—Fuiste tú quien los mató —le dijo Bruce a Cameron—. Tú los degollaste, tú hiciste que Madeleine cargara con la culpa.

—No la obligué a nada —replicó Cameron.

—Yo elegí asumirla —explicó Madeleine—. Me encargaba de sabotear el sistema de seguridad doméstico de cada víctima. Era mi cometido. Cameron era el brazo ejecutor.

Ahí estaba otra vez aquel peculiar sarcasmo. Bruce comprendió por fin qué significaba: Madeleine nunca había aprobado ni planeado el *modus operandi* de los asesinatos de Cameron.

—Ya vi lo que tuvo que vivir mi madre en la cárcel. No iba a permitir que otro miembro de mi familia pasara por lo mismo, sobre todo Cameron, por cuya vida nuestra madre dio la suya.

Cameron sonrió a Madeleine.

—Me alegro de que hayas vuelto —le dijo—. Por fin podemos seguir adelante.

—¿Seguir adelante? —repitió Bruce.

—¿Sabes por qué maté a aquellos peces gordos, Wayne? —preguntó Cameron, con un brillo desquiciado en los ojos—. Porque eran unos corruptos, hasta la médula. —Madeleine puso cara de tristeza, pero su hermano la pasó por alto—. Si no fueras Bruce Wayne, te habría caído una pena mucho mayor por inmiscuirte en una operación policial. Me apuesto la vida. Podrás entenderme si te digo lo que disfruto despojándolos de sus millones, rebanándoles la garganta y utilizando ese dinero para acabar con la corrupción que simbolizan... —Se encogió de hombros y le guiñó un ojo—. Lo deja a uno pletórico, ¿no estás de acuerdo?

—Se suponía que no debían morir —lo interrumpió Madeleine, mirando a su hermano con el ceño fruncido—. Siempre te digo que sacarías mucho más de cada golpe si dejaras a las víctimas con vida. Que perder su fortuna sea su mayor dolor.

—¿Y que escapen a la justicia que les corresponde? —se burló Cameron. Miró a Bruce—. Todos esos filántropos de boquilla se hicieron de oro a costa de las prisiones privadas de Gotham City. Dime tú si merecían morir o no.

—No como murieron —le espetó Bruce, furioso—. Nadie se merece eso. Quizá ni siquiera tú.

—Yo ya estoy muerto. Tengo un certificado que lo prueba —repuso Cameron.

—¿Y yo era el siguiente? —preguntó Bruce en un tono iracundo.

—Ese era mi plan, sí. Aunque por lo visto alguien te avisó. —Y miró a Madeleine con ferocidad. Bruce también la miró. Tal vez sí que lo había protegido, al fin y al cabo.

Bruce se encaró con ella.

—¿De verdad crees que merece la pena esta escalada de robos, asesinatos y destrucción?

Madeleine levantó la cabeza.

—Creo que se trata de una llamada a Gotham City para que despierte, sí. No tengo paciencia con una clase dominante que protege a los avariciosos.

—¿Y yo qué? —preguntó Bruce, quedamente—. ¿Crees que merezco acabar igual que los otros cuyas muertes consentiste?

—Se supone que no deberías estar aquí —repuso Madeleine, con voz tensa.

Cameron miró a su hermana y suspiró.

—Sí que te ha entrado por los ojos, ¿eh? —Ante el silencio de ella, negó con la cabeza y se dirigió a la puerta—. Ya da igual. Wayne, es hora de que te demos carpetazo. Dale acceso a Madeleine al resto de tus cuentas y la transacción será rápida y discreta.

«Bien. Que no paren de hablar».

—¿Y por qué? —masculló—. ¿Me pondrás una navaja en el cuello si no lo hago? ¿Igual que a los otros?

Cameron alzó una ceja sorprendido, como si estuviera hablando con un niño.

—Porque si no, Bruce Wayne, los rehenes del palco acabarán pagando por tu tozudez.

Bruce echó un vistazo a Madeleine, que le devolvió una mirada severa.

—No me obligues a hacerlo —susurró la chica, moviendo ligeramente la cabeza.

Cameron, que no la había oído, se limitó a abrir la puerta y salió.

—¡No te demores mucho, hermanita! —le gritó volviendo la cabeza. Salió y los dejó a solas.

—Madeleine —la llamó Bruce, rompiendo el silencio—. Esta no eres tú de verdad. Lo veo en tu cara.

Ella no le respondió; se quedó mirando concentrada hacia la puerta, pero inclinó el cuerpo hacia él. Bruce notó su calor.

—Da igual —dijo, en voz baja, con un deje de inseguridad—. Nuestros objetivos no han cambiado.

—¿Y qué me pasará cuando tu hermano haya terminado conmigo? —susurró él—. ¿Crees que me dejará salir con vida? ¿Que me entregará sin más a la policía? —Miró hacia la puerta—. ¿Que liberará a los rehenes?

Madeleine no contestó al momento, y en aquel intervalo de duda, Bruce vio la verdad.

—Te importan —susurró. Se acercó a ella, ansioso por encontrar algo real en aquel vínculo, o lo que fuera que tuviesen.

—Nunca quise que estuvieras aquí, Bruce —murmuró Madeleine, con semblante serio.

—¿Por qué?

Madeleine miró con el rabillo del ojo y pareció a punto de decir algo... pero se lo pensó mejor.

—Madeleine, ¿por qué? —repitió Bruce en voz baja—. Te diré la verdad: creí en serio que me gustabas. Y a pesar de todo, sigo sintiendo algo por ti. No continúes por ese camino.

Madeleine lo miró desoladamente.

—Este cuento no puede acabar bien —dijo al fin, obligándose a apartar la vista de él. Se levantó—. Terminemos de una vez.

Lo sacó del camerino y lo condujo hacia la platea. Bruce observó lo que lo rodeaba. Al menos una docena de Nightwalkers ocupaban los palcos, todos vestidos con uniforme militar y dando la espalda al patio de butacas.

¿Cuántos de ellos habían tomado el auditorio? ¿Cómo les iría a los agentes que trataban de entrar? Echó una ojeada, buscando una vía de escape. Se fijó en la puerta que daba a las escaleras. No las había recorrido en su totalidad; en caso contrario, habría acabado en la azotea.

Apartó la vista y siguió andando, pero siguió pensando en aquello, al tiempo que se le agolpaban las ideas.

Madeleine lo llevó hasta una escalinata curvada que daba a uno de los palcos. La luz era mucho más tenue allí, un resplandor cálido que Bruce asociaba con la orquesta en el momento de afinar. Una multitud abarrotaba las butacas, con las cabezas vueltas para mirarlos, como si se hallaran en un espectáculo. La única diferencia era que estaban tensos, mudos, y de vez en cuando se giraban para mirar a los Nightwalkers que custodiaban cada sección.

Bruce buscó entre los rehenes a Dianne y Lucius. Algunos lloraban. Otros estaban mortalmente pálidos, a punto de desmayarse. Varios tenían las manos atadas, quizá porque habían tratado de resistirse. Reconoció al teniente de alcalde y a algunos concejales que habían asistido a su última gala benéfica.

Y a Richard: custodiaba una de las filas. Qué irreal debía resultarle, pensó Bruce, estar allí viendo las colgaduras negras por el luto en honor a su padre, sabiéndose responsable de lo ocurrido. A cada movimiento que se producía cerca de él, saltaba como una liebre asustada.

Madeleine iba con el cuello muy tieso para no mirar a los rehenes, como si evitándolos le fuera más fácil seguir. Bruce seguía buscando entre los rostros, con un nudo en la garganta.

Allí estaba. Lucius se encontraba en primera fila, inexpresivo y contemplando el ala del palco que miraba al escenario.

Y Dianne.

Estaba en el extremo de la última fila, al lado de un Nightwalker. Bruce hizo acopio de toda su voluntad para no echar a correr hacia ella. Su amiga estaba junto al pasillo que daba a la salida. Parecía asustada pero alerta. Y lo más importante: ilesa. Si hacía falta moverse con rapidez, supo que sería capaz.

Volvió a fijarse en Madeleine. Parecía más alterada que de costumbre, perdida en sus elucubraciones.

Llegaron por fin hasta un lugar donde habían colocado una serie de portátiles, casi al fondo del pasillo enmoquetado. Lo obligó a sentarse ante ellos y ella también se sentó. Los Nightwalkers que los habían custodiado se adelantaron para montar guardia delante de ellos.

En las pantallas había largas cadenas de letras y números, destacados contra un fondo negro. Bruce logró atisbar un par de líneas, que mencionaban a los Ada: era el centro de mando que había dispuesto Madeleine para controlarlos. Miró los demás ordenadores. En la pantalla del que estaba más lejos, una ventana mostraba una de sus cuentas bancarias. La segunda, otra más. Las dos cuentas eran recientes y contaban con las mejoras de seguridad de Lucius.

«Ahora o nunca».

—Hagámoslo rápido —dijo Madeleine sin inmutarse y empezando a teclear—. Dame la clave para acceder a tus otras cuentas y habremos terminado.

—¿Y luego qué? ¿Me disparará tu hermano un tiro en la cabeza, para que sirva de ejemplo?

Madeleine guardó silencio; su expresión era una mezcla de dolor y decisión.

—Hazlo, Bruce —le susurró.

«Si se registra un acceso sospechoso a tus cuentas, por ejemplo con un código incorrecto», le había dicho Lucius, «saltará la alarma en nuestra red de seguridad y el ordenador responsable será desconectado en un segundo».

Los portátiles eran los que servían a Madeleine para controlar a los Ada y, según lo que había dicho Cameron, eran la única herramienta con que los Nightwalkers seguían manejando las riendas de la situación. Si conseguía desactivarlos, dejaría a Madeleine sin poder sobre los androides.

—Liberad a los rehenes —le dijo, sosteniéndole la mirada—. No son todos funcionarios corruptos: son gente honrada. Algunos son amigos míos. Si los dejáis marchar, os daré acceso a mis cuentas.

Madeleine no apartó los ojos. Acabó por asentir.

—Te lo prometo. Danos el control y liberaré a algunos de ellos.

Era mejor que nada, pero Bruce tenía que idear otro modo de liberar al resto. Para ganar tiempo, dijo:

—Que entre los primeros estén Lucius Fox y Dianne García. Asegúrate. —Vaciló—. Y también Richard Price, el hijo del alcalde.

—Trato hecho.

Bruce suspiró hondo, se enderezó y volvió a centrarse en las pantallas en las que aparecían sus cuentas. Era el dinero que le habían dejado sus padres, por el que tanto habían trabajado y que habían ido apartando, previsores, para su hijo.

Los Nightwalkers iban a lamentar haberlo atacado.

Se inclinó y tecleó el código de acceso en cada uno de los portátiles.

El sistema pareció permitirle el acceso.

Madeleine no daba la impresión de estar ni contenta ni satisfecha; de hecho, parecía decepcionada.

—Lo siento —susurró.

—Yo también.

Se miraron, pero Bruce sabía que el protocolo de seguridad se había puesto en marcha y que enseguida los androides intervenidos se reprogramarían para volver a su configuración original. Quedaba poco tiempo para sacar de allí a los rehenes.

—Ahora cumple tu parte del trato —le exigió secamente a Madeleine.

Ella apartó la vista y se levantó. Llamó a su hermano:

—Cameron, vamos a liberar a algunos de los rehenes.

Este la miró incrédulo.

—¿Por qué narices íbamos a hacerlo?

—Porque lo digo yo. He llegado a un acuerdo con Bruce Wayne: nos ha dado acceso a sus otras cuentas. Estamos dentro. —Echó un vistazo a los ordenadores—. Liberaremos a algunos. Así, cuando la poli vea salir a civiles, retrocederá.

Cameron miró con desprecio a Bruce. Por un momento, este creyó que no cedería a la exigencia de su hermana, pero acabó por suspirar resignado e hizo una señal con la pistola a varios Nightwalkers, entre ellos a Richard. Madeleine llamó a Dianne, a Lucius y a otras doce personas. Lucius obedeció

compungido y Dianne se acercó cautelosa, con la mirada fija en Bruce. Dos guardias los empujaron, haciéndolos tropezar, y los sacaron por las puertas que daban al vestíbulo. Richard trató de imitar a los demás Nightwalkers, pero no logró disimular la indecisión y la vulnerabilidad de su expresión.

Bruce los miró alejarse. «Rápido», pensó, y volvió a centrarse en las pantallas de Madeleine.

Cameron se acercó. Aún llevaba el arma colgada al hombro. Se detuvo y miró a Bruce de pies a cabeza. A un gesto de Madeleine, Bruce se levantó.

—Por lo visto ahora es él quien toma las decisiones —se burló Cameron.

—Ya hemos terminado con él —zanjó Madeleine, agitando las manos y estirando la espalda.

—Me imagino —replicó su hermano, sin apartar los ojos de Bruce, que se quedó quieto, mirándolo, aunque con los músculos en tensión. Un sexto sentido lo alertó.

De pronto, Madeleine también se puso rígida. Miró a su hermano con los ojos muy abiertos. Cameron cogió la pistola y apuntó a Bruce.

—Se acabó —sentenció.

Bruce se echó cuerpo a tierra al tiempo que Madeleine le pegó un puñetazo a su hermano que hizo salir volando la pistola en el momento en que disparaba. Bruce notó el calor de la bala cuando pasó a pocos centímetros de su cabeza. Impactó contra la pared de detrás.

—¡Cam, qué haces! —gritó Madeleine. Volvió a golpearlo, esta vez en el mentón. Cameron retrocedió, aturdido.

Bruce agarró el casco, que Madeleine había llevado hasta allí. Se lo encasquetó, se levantó de un salto y echó a correr. Los rehenes gritaron cuando le hizo un placaje al Nightwalker más cercano. Sin dar tiempo a los demás para reaccionar, lo golpeó en la cabeza y lo dejó inconsciente; se propulsó contra su cuerpo para descargar una patada sobre el cuello del Nightwalker más próximo. Tomó las armas de los dos caídos, vació los cargadores y luego las arrojó por el palco. Solo quedaban en pie tres guardias más, cuyas armas apuntaban hacia Bruce.

—¡Matad a algún rehén! —les gritó Cameron.

—¡Quietos! —chilló a la vez Madeleine.

Confusos, los Nightwalkers vacilaron, lo que dio a Bruce el tiempo suficiente para desarmar a un guardia y lanzarlo contra otro. Ambos perdieron el equilibrio y cayeron. Sonó otro disparo y una bala atravesó una de las butacas. Bruce vio que era Cameron quien le disparaba. Apretó los dientes y corrió junto a las butacas.

Madeleine le lanzó una tremenda patada a su hermano a la cabeza, pero lo alcanzó en el cuello. Mientras él se tambaleaba, lo desarmó de un golpe y mandó la pistola al otro lado de la moqueta.

Cameron le enseñó los dientes, pero un estruendo proveniente del piso inferior hizo que todos se quedaran inmóviles. Parecía el sonido de un millar de botas; el aire se llenó de gritos.

—¡Policía! ¡Policía! ¡Al suelo todo el mundo! ¡Ya! ¡Las manos a la espalda!

La policía. Habían traspasado la barrera de los Ada y entrado. Bruce miró a Cameron y a Madeleine, que no daban crédito. De pronto, ella dirigió la vista a los ordenadores. «Lo sabe». Los androides se habían desactivado, desarmados por el virus de seguridad de Lucius.

Cameron dio la orden de retirada al resto de sus hombres. Los tres que quedaban perdieron el control. Uno agarró al civil más cercano y los otros dos salieron a la carrera, a buscar refugio dando gritos. Bruce esquivó una bala perdida que impactó en la barandilla del palco. Echó a correr tras ellos. Atravesaron las puertas hasta acabar en el vestíbulo; varios agentes habían llegado ya al final de la escalera. Cameron recorrió el recinto con la mirada. Desde ambos extremos, todo iba llenándose de agentes, que cortaban cualquier vía de escape. Madeleine observó a Bruce; parecía pasmada y se notaba que se sentía traicionada.

—Has liberado a los androides.

—Estamos en paz.

Para sorpresa de Bruce, una leve sonrisa afloró a sus labios.

Echó a correr junto a Cameron hacia la escalera. Bruce salió tras ellos, pero de repente se quedó quieto. Richard estaba cerca de la puerta, paralizado por el pánico ante el caos que lo rodeaba. Levantó la pistola; le temblaban los brazos. Miró el casco de Bruce con los ojos casi fuera de las órbitas y se encogió, preparándose para un golpe.

Bruce lo vio temblar.

—Sal de aquí —le ordenó en un murmullo.

No hizo falta repetirlo. En medio del pandemónium de la sala, tiró el arma al suelo y siguió a los rehenes en su huida.

Bruce no se quedó a mirarlo, sino que salió disparado hacia la escalera antes de que los agentes acabaran de entrar. En medio del tramo superior vio a Cameron, que se movía con una agilidad y una rapidez superiores a las de cualquiera. Apenas había puesto Bruce un pie en el primer escalón y el cabecilla le llevaba ya dos tramos de ventaja. Bruce aceleró. Toda su

concentración, toda la habilidad adquirida tras practicar horas y horas en el gimnasio y en las simulaciones se esfumaron ante la posibilidad de que Cameron pudiera escapar cuando todo hubiera terminado. «No». Lo siguió escaleras arriba, casi volando.

Cameron se detuvo y a Bruce le dio el tiempo justo para esquivar con una finta otro disparo. Ganaron otro trecho. Sobre su cabeza, Cameron tropezó y concedió a Bruce un par de valiosos segundos. Madeleine retrocedió a ayudar. Aprovechando ese intervalo, Bruce saltó sobre el pasamanos metálico y se impulsó para alcanzar el tramo superior. Se apoyó sobre la barandilla y se abalanzó de un salto sobre los dos hermanos.

Cameron se echó a rodar, pero Bruce se anticipó a su reacción: se impulsó hacia delante y lo agarró del brazo, notando el frío metal de las articulaciones. Atrapó la mano del arma contra la pared. La pistola cayó y Bruce la alejó de una patada. Varias plantas más abajo se oyó a varios agentes que se acercaban. «No llegarán a tiempo», pensó Bruce. Cameron sacó una de las bombas de humo de WayneTech.

Bruce no pudo hacer más que gritar para advertir a los policías:

—¡Cuidado!

La bomba cayó por el hueco de la escalera y envolvió a los agentes en una explosión humeante.

Cameron volvió a la carga y Bruce no consiguió esquivarlo. El golpe fue tan fuerte que lo derribó hacia un lado y se golpeó la espalda contra el pasamanos. El jefe trató de echarle las manos al cuello. Bruce se inclinó hacia atrás cuanto pudo sin llegar a caerse. Contraatacó con varios puñetazos certeros, acabó derribándolo de un placaje contra la pared.

De pronto sintió el frío de un cañón contra la sien y oyó un clic.

—Suéltalo —ordenó Madeleine.

«No va a dispararme», pensó Bruce. Pero aquello era tan inesperado que se quedó quieto en el sitio. Cameron no necesitó más: se desembarazó de Bruce, ganó el último tramo de escaleras y salió por la puerta de la azotea.

Madeleine miró a Bruce un segundo. El humo de la bomba había llegado a su altura y los había sumido en la oscuridad.

—Tenía que haberme dado cuenta —dijo ella, refiriéndose al código que había desactivado a los androides.

—Entrégate —replicó Bruce. Su voz sonaba más grave debido al casco—. Por favor.

Ella permaneció inmóvil un segundo, luego se volvió y salió huyendo.

—¡Primero tendrán que atraparme! —le gritó.

Él intentó cogerla del tobillo, pero era demasiado rápida y se desvaneció entre el humo. Bruce soltó un taco y corrió tras ella.

Al salir al tejado, el frío aire nocturno le golpeó de lleno. A su espalda, continuaba saliendo humo. Por un instante, el lugar pareció vacío; casi desolado, de no ser por las luces de la calle y los gritos de los policías. A lo lejos se oía un helicóptero que se acercaba. Bruce giró sobre sí mismo. ¿Dónde estaban?

—Estás muerto.

Era la voz de Cameron, a su espalda. De inmediato, sintió un brazo que apretaba con fuerza su garganta. Emitió un grito ahogado, tratando de respirar. Intentó derribar a Cameron dándole un codazo en la cara, pero este lo aprisionó aún más fuerte y todavía le costó más inhalar el aire.

Oyó un clic. Entre la humareda, Bruce vio una pistola que le apuntaba directamente. La sujetaba Madeleine, con expresión decidida y una mueca sombría.

—¿A qué esperas?! —gruñó Cameron detrás de Bruce—. ¡Dispara! No podemos quedarnos aquí.

Madeleine movió el arma... y apuntó a Cameron.

—No es nuestro enemigo, Cam —dijo con tranquilidad. El estruendo del helicóptero iba en aumento—. Suéltalo.

—¿¡Qué!?! —Cameron no daba crédito—. ¡Se ha cargado toda nuestra operación! ¡Ha...!

—Se ha cargado tu operación —lo interrumpió su hermana—. Mi misión era buscar justicia, y Bruce Wayne no es un corrupto. No mató a nuestra madre, no te administró un tratamiento fraudulento cuando estabas a punto de morir. Si lo matas, no harás justicia. Suéltalo.

—Traidora —le dijo con desprecio Cameron. Bruce notó que aflojaba la mano en su cuello—. ¿Qué te ha pasado?

A Madeleine se le encendieron los ojos de ira.

—No tenemos tiempo —dijo.

Como para darle énfasis a sus palabras, la luz de un helicóptero surgió de entre los edificios que rodeaban el auditorio, avanzando hacia ellos.

Cameron soltó a Bruce y lo empujó contra Madeleine, que perdió el equilibrio. Ciego de ira, el jefe se abalanzó contra ella y le arrebató la pistola. Apuntó a Bruce y apretó el gatillo.

Falló.

Bruce sintió que Madeleine se estremecía violentamente contra su cuerpo. «Le ha dado».

Gritó, desesperado. El mundo se tiñó de rojo y cada gramo de furia y adrenalina acumuladas tomó posesión de sus miembros. Se precipitó hacia Cameron.

Este lo golpeó con fuerza en un costado y lo hizo caer sobre una rodilla, con un gemido. Un segundo después, le propinó otro puñetazo. A pesar de la protección del casco, el golpe metálico fue tan intenso que la cabeza se le fue hacia atrás. Todo se volvió borroso. Unas manos lo agarraron sin contemplaciones por el cuello del traje y lo levantaron en volandas mientras él daba patadas. Su instinto lo alertó: «Va a lanzarme por la azotea».

Con un solo movimiento, Bruce aprisionó las muñecas de su captor. Giró sobre sí mismo y tiró tan fuerte como pudo de Cameron, que se tambaleó y perdió el equilibrio. A espaldas de ambos quedaba la pared de cemento donde se hallaba la puerta que daba a la escalera. «Ahora. Con todas tus fuerzas». Bruce soltó un grito desgarrador y apuntó a la cabeza de Cameron.

Fue un golpe certero. Cameron se dio de lleno contra la pared. Le temblaron las piernas y se desplomó. Bruce se quedó de pie, resollando, mientras la luz de un helicóptero lo iluminaba y proyectaba su sombra. «La policía. Tengo que salir de aquí».

Se volvió y vio a Madeleine, que avanzaba tambaleándose hacia su hermano. Se sujetaba el vientre y estaba pálida como la nieve debido al dolor. Por primera vez, Bruce advirtió un miedo auténtico en su mirada. «No». Corrió hacia ella.

A su espalda, alguien vociferó por un megáfono desde el helicóptero:
—¡Manos arriba o abriremos fuego! Repito: ¡abriremos fuego!

Bruce entornó los ojos y vio el brillo metálico de un fusil por una de las puertas abiertas del helicóptero. El ruido de las aspas era ensordecedor. El francotirador apuntó. Bruce abrió los ojos con asombro.

Hubo varias chispas en el suelo, cerca de ellos. Bruce agarró a Madeleine de la mano para correr hacia la pared, en busca de refugio. Ella se resistió un instante; sus botas aún apuntaban en dirección a su hermano y estaba dispuesta a defenderlo, pero sus movimientos eran débiles y vacilantes. Bruce estaba a punto de gritarle cuando vio que abría los párpados, conmocionada.

Cameron levantó las manos como si se rindiera... pero señalaba con un dedo a Madeleine.

Indicaba a los agentes que fueran primero a por ella. A por su propia hermana... para salvarse él.

Madeleine no pudo menos que mirar el helicóptero. El francotirador la apuntó.

«No. Ella no».

Todo sucedió como en una serie lenta de instantáneas. Bruce emitió un grito bronco y la agarró del brazo. Se parapetaron tras la pared.

—¡Tirad las armas! —gritaban varias voces desde el helicóptero. Hubo varios disparos.

Bruce se agachó y empujó con cuidado a Madeleine contra el suelo. La sangre le empapaba la camisa y se esforzaba por respirar. «No». Se quitó el casco para mirarla sin la barrera de cristal que los separaba siempre.

—Te llevarán al hospital, ¿me oyes, Madeleine? Te pondrás bien.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Temblaba descontroladamente, pero sus ojos —negros, profundos e infinitos— seguían fijos en Bruce.

—Siempre tan noble... —logró decir, con un amago de sonrisa aflorándole a los labios, que estaban manchados de rojo.

Bruce la estrechó con fuerza.

—No malgastes energías —le dijo. Madeleine temblaba y Bruce se dio cuenta de que veía peor porque los ojos estaban llenándose de lágrimas—; pero no dejes de respirar. ¿Me has oído? Sigue respirando.

—Es... una pena... —dijo ella en voz tan baja que Bruce tuvo que acercarse más para oírla— que nos hayamos conocido en estas circunstancias.

Estaba despidiéndose. Bruce iba a contestar, pero ella negó con la cabeza.

—Luchas en el bando equivocado.

Bruce se inclinó sobre Madeleine, deseando ser capaz de convencerla, deseando que hubiera una palabra mágica que le hiciera ver el mundo de otra manera, que le hiciera darse cuenta de que quizá lo que le habían enseñado siempre no era lo correcto, que existía una justicia de verdad. Quiso que existiera una palabra mágica que la mantuviera con vida. Pero solo la miró a los ojos, cuya luz iba extinguiéndose poco a poco.

—Lo siento muchísimo —le dijo al fin.

Madeleine intentó mirarlo.

—Yo también.

Le puso una mano en la mejilla, suavemente, y se agachó para unir sus labios a los de ella. Por un momento pensó que quizá ella le devolvería el beso; que aquel gesto daría a Madeleine las fuerzas suficientes para salvarse. Pero cuando se separó de ella y la miró de nuevo a la cara, tenía los ojos cerrados.

Los helicópteros seguían rugiendo sobre sus cabezas y el foco continuaba fijo en ellos. Bruce oyó a la policía abrir la puerta de la escalera, a punto de invadir la azotea.

Mantuvo la cabeza agachada y pegó su cara a la de Madeleine por un último segundo. Se obligó a apartarse de su cuerpo. Volvió a ponerse el casco y, oculto por la sombra que proyectaba la pared, corrió hacia el borde de la azotea. Aferró un gancho a la cornisa, se colgó del cable y desapareció antes de que la luz le diera de lleno. La delgada línea se hizo borrosa en sus manos. Cuando tocó tierra, oyó a los agentes derribar finalmente la puerta. Se los imaginó concentrados en los dos cuerpos que yacían en la azotea. Oyó que gritaban el nombre de Madeleine. Se obligó a desenganchar el cable y a introducirse en la oscuridad.

No tenía ninguna razón para llorar, pensó mientras corría. Madeleine había sido una delincuente, una ladrona, una fugitiva y una mentirosa. Se repitió aquellas palabras una y otra vez.

Y sin embargo, lloró.

Ráfagas de luz. Un equipo de noticias y gente uniformada que corría. El estruendo del helicóptero que seguía sobrevolando el auditorio. Bruce registraba todo lo que sucedía alrededor, pero no tenía tiempo para pensar de verdad en ello. Escondió el traje negro y se puso su propia ropa. Atravesó los túneles y se encontró con varios agentes, que lo llevaron hasta los coches patrulla que rodeaban el lugar. Alfred y Harvey lo esperaban.

Alfred se había inventado una historia: los Nightwalkers habían raptado a Bruce para hacerse con las claves de acceso a sus cuentas. Bruce relató cómo había desactivado a los androides por control remoto. Harvey lo confirmó todo.

Si alguien sospechaba que Bruce fuera la persona que vestía de negro de la azotea, nadie lo dijo.

Dianne estaba sentada, erguida y envuelta en una manta, en una camilla junto a una ambulancia. Cuando Bruce y Harvey llegaron hasta ella, los abrazó con los brazos temblorosos y los estrechó contra sí. Bruce cerró los ojos y se fundió en el abrazo. Al menos estaban todos allí. Sus amigos estaban vivos. Era lo único que importaba.

Cuando abrió los ojos, pensó por un momento que había visto a una chica de ojos negros pasar corriendo entre la gente. Creyó oír su voz. Quizá si cerraba y abría los ojos de nuevo se encontraría otra vez en Arkham, observando a través de un cristal a una joven que inclinaba hacia él la cabeza y se hacía una trenza oscura y brillante.

Miró de nuevo y la chica había desaparecido; en su lugar apareció una turbamulta de agentes y periodistas, como si ella nunca hubiera estado allí.

A la mañana siguiente, Bruce despertó en su mansión. Salió al patio cojeando. Le dolía el cuerpo, por los golpes, en un centenar de sitios, pero por primera

vez en mucho tiempo había dormido de un tirón. Sin pesadillas. Sin pasillos oscuros. Era una sensación irreal, la de ver a través de las ventanas de su casa cómo el sol proyectaba dibujos en el suelo. Igual que si la noche anterior no hubiese tenido lugar.

Alfred había sacado al patio exterior una bandeja con café, huevos y tostadas. Bruce se sentó con cuidado en una silla y contempló el follaje tranquilizador que lo rodeaba. Era una mañana extrañamente apacible. ¿De verdad la toma de rehenes había sucedido la noche anterior, en el auditorio, con aquel estruendo del helicóptero y los disparos resonándole en los oídos?

—Buenos días, señor Wayne.

Bruce giró el tronco y vio que su tutor salía de la casa con un montón de sobres.

—Me alegro de poder contarlo, Alfred.

Alfred tomó asiento junto a él.

—Ha venido Lucius. Quería darle las gracias. Si la policía se pasa por WayneTech a husmear, le cubrirá las espaldas.

—¿Acaso alguien sospecha...?

Alfred negó.

—Hay una orden de arresto contra un «individuo no identificado, vestido de negro». No le encontrarán, si Lucius lo protege.

Bruce trató de sonreír.

—¿Le has pedido perdón por colarnos en el laboratorio?

—Se ha tomado bastante bien su intrusión, las cosas como son —replicó Alfred, con una risita—, y estará encantado de reunirse hoy con usted para darle las gracias en persona, si quiere usted. Me ha dicho que los empleados de WayneTech estarán ocupados trabajando en la brecha de seguridad que aprovechó Madeleine. Una brecha importante, diría yo. —Cogió los sobres que llevaba bajo el brazo y los puso sobre la mesa—. Le han dejado correo en la puerta principal.

Bruce pasó una mano por los sobres y reconoció los nombres y unas cuantas direcciones. Eran de varios compañeros y amigos, profesores y empleados de WayneTech. Se detuvo sobre uno de ellos. Era de Richard. Miró a Alfred, que se limitó a asentir, y lo abrió con cuidado. Al sacar el contenido, leyó un mensaje breve escrito a mano: «Gracias».

A pesar del tiempo transcurrido, reconoció la letra de Richard. Lo releyó. Era imposible que Richard supiera que la figura enmascarada era él. «¿No?». ¿Lo habría reconocido por sus técnicas de combate, por su voz? Bruce negó.

con la cabeza, sin darle mucha importancia, y por un momento se imaginó a Richard custodiado por la policía. ¿Acaso lo delataría?

Desde luego, sería propio de la categoría en que encajaba su antiguo amigo. Vengativo, amargado, burlón, ansioso de ver cómo castigaban a Bruce por segunda vez. Sin embargo, volvió a leer el mensaje: «Gracias».

El caos de la noche anterior regresó a su mente.

—Tengo la impresión de no estar aquí de verdad, Alfred —admitió.

—Ya lo sé —replicó Alfred, con dulzura—. Dese un tiempo para sobreponerse a lo ocurrido. —Suspiró y observó a Bruce—. Me parece que no he conseguido mantenerlo protegido por completo, señor Wayne; aunque haya demostrado con creces que es muy capaz de afrontar los problemas.

Bruce recordó la sensación de tener a Madeleine en brazos, su peso muerto. La cabeza le daba vueltas y no pudo preguntarle a Alfred qué pretendía hacer la policía con su cuerpo, dónde la enterrarían.

—Creo que no he demostrado demasiado —dijo Bruce.

Alfred lo miró de hito en hito.

—Limítese a no provocarme demasiados infartos. Ya no soy tan joven.

A lo lejos, sonó el timbre. Alfred observó un instante más a Bruce y luego se levantó para ir a abrir la puerta. Bruce volvió a centrar su atención en el patio hasta que dos voces conocidas llegaron a sus oídos. Miró atrás.

Eran Dianne y Harvey, ambos cargados con regalos. Harvey llevaba dos mochilas sobre su chaqueta negra; iba peinado hacia atrás y una sonrisilla asomaba a su cara. El aspecto de Dianne era más discreto, y parecía sana y salva, relativamente; se podría haber dicho que estaba hasta relajada, con su amplia sudadera blanca y sus leotardos a rayas. En sus ojos castaños había un destello meditabundo y casi obnubilado, pero al reparar en Bruce se le iluminó la cara y se enderezó.

Al verlos, Bruce hizo a un lado su malhumor.

—¡No me creo que ya puedas andar! —exclamó Harvey, estrechando la mano que le ofrecía Bruce y atrayéndolo hacia sí con un abrazo. Le dio una palmada demasiado fuerte que hizo esbozar a Bruce una mueca de dolor y le provocó risa—. Me he enterado de que los SWAT acabaron luchando cuerpo a cuerpo con los Wallace en la azotea, y de que tú tuviste algo que ver cuando la policía encontró un acceso. Menudo lío; nadie sabe qué ha ocurrido de verdad. Pero vaya... Me pasaré lo que queda de mes en la cama, viendo pelis y zampando *pizzas*.

Bruce se separó de él y se volvió para abrazar a Dianne.

—Teniendo en cuenta que sobreviviste a la toma de rehenes —le dijo a su amiga—, no tengo excusa.

Dianne le echó los brazos al cuello y lo estrechó con fuerza.

—Gracias, Bruce. No sé si estaría aquí si tú no hubieras ayudado a la policía.

Bruce cerró los ojos y le devolvió el abrazo. No parecía estar al corriente de que era él quien se ocultaba tras el casco negro, de que había estado con ella en el auditorio, de que había visto el terror en su rostro. Todo parecía tan irreal...

—Gracias a ti por venir —replicó.

—La poli no tiene muy claro qué van a hacer contigo —comentó Dianne mientras ella y Harvey se sentaban junto a Bruce. Alfred les llevó más huevos y pan tostado, y otras dos tazas de café—. Hoy han dicho en las noticias que los Nightwalkers te sacaron del calabozo para obligarte a que les dieras acceso a tus cuentas.

Bruce y Harvey se miraron aliviados. Harvey no parecía sentirse cómodo habiendo transgredido la ley, aunque Bruce no creía que fuese a echar a correr a la comisaría para entregarse.

—Tu estratagema acabó salvando la situación —continuó Dianne—. Pero aún queda lo del asunto de... bueno... —vaciló—, de la carta de Madeleine. La policía aún no sabe si te llevará o no a los tribunales.

—Bien tontos serán si te acusan, Bruce —le aseguró Harvey—. Y te lo digo yo, así que ya sabes a qué me refiero.

En cierto modo, nada —ni la indecisión del cuerpo policial ni la posibilidad de un juicio— parecía importante.

Como de costumbre, Dianne percibió un cambio en el humor de Bruce. Señaló con la cabeza la tostada y los huevos, que seguían intactos en su plato, y se puso seria.

—¿Seguro que estarás bien? Oye... Sé que será difícil, después de lo que ocurrió ayer. —Le tendió una mano y Bruce vio que le temblaba sin que ella pudiera controlarla—. Espero que se nos pase pronto... algún día.

—Algún día —repitió Bruce asintiendo. Volvía a pensar en Madeleine. Aún veía su cuerpo iluminado por los focos, aún la sentía temblar contra su cuerpo mientras la estrechaba entre sus brazos. La escena se repetía una y otra vez. Negó con la cabeza. No era el único al que la noche anterior había traumatizado. Mucha gente estaba recomponiéndose aquella misma mañana.

Harvey se repantigó en la silla y suspiró.

—Tendrás que hacerte a la idea de que siempre vas a salir en las portadas de la prensa de Gotham —bromeó, aunque en sus palabras había un matiz triste—. No quieren más que la próxima primicia de tu historia. Están tratando de entrevistar a cualquiera que te conozca mínimamente. Los periódicos sensacionalistas ya están inventándose cuentos sobre lo que sucedió de verdad.

—Sinvergüenzas. —Dianne negó con la cabeza en señal de desaprobación—. Vas a tener que ponerte una máscara o algo, para escapar del circo que se ha formado en torno a ti.

Bruce se preguntó qué diría su amiga si supiera de la existencia del traje. Su atención volvió a Harvey y con la cabeza le señaló la mochila.

—Oye —dijo—, ¿y eso?

Harvey lo miró y respiró hondo.

—Pues... —vaciló—, ¿recuerdas que delaté a mi padre?

Dianne sonrió porque estaba al tanto de lo que Harvey iba a decir, pero Bruce guardó silencio y recordó las palabras de su amigo al ayudarlo a escapar de la comisaría. Asintió, a la espera de que continuara.

—Por lo visto pasará una temporada a la sombra. Así que... me preguntaba... pues... —La voz le falló por un instante, mientras trataba de que le salieran las palabras—. Me preguntaba si no te importaría... que me quedara en tu casa. Solo durante un tiempo, unas semanas, hasta que comience la universidad en otoño. Me he traído casi todas mis cosas —confesó, apuntando a la pequeña mochila gastada—. Claro que si va a ser mucha molestia...

Bruce abrió los ojos como platos. Por fin... Por fin Harvey dejaba atrás a su padre. De una vez para siempre.

Parecía que su amigo estaba a punto de tartamudear una disculpa, pero Bruce se acercó a él y lo hizo callar con una mirada firme.

—Quédate —le dijo—. Todo el tiempo que quieras.

Harvey dudó aún un momento más.

—Creo que yo también tenía que ser valiente.

Bruce le puso una mano en el hombro.

—Eres más valiente de lo que yo nunca he sido.

Dianne atrajo a Harvey hacia sí y lo abrazó; Bruce también, disfrutando de su compañía. Aquello era todo. No tenían por qué haberse presentado en su casa, pensó; ambos habían sufrido la noche pasada, cada uno a su manera, y seguramente estaban tan agotados como él. Pero allí estaban, a su lado,

tratando de animarlo. Bruce sintió una profunda gratitud hacia los dos amigos con quienes, simplemente, podía ser él mismo.

En el mundo habría siempre mentirosos, traidores y ladrones, pero también gente de buen corazón.

Se quedaron con él hasta que Alfred volvió a salir para informar a Bruce de que había llegado otra visita. Bruce se disculpó con sus amigos, se levantó y los dejó hablando de los conciertos a los que podrían ir antes de que empezara la universidad. Entró de nuevo en la mansión. En el centro del recibidor lo esperaba una figura alta.

Era la inspectora Draccon, acompañada por un desconocido a quien Bruce nunca había visto. En cuanto lo oyó acercarse, ella se volvió y le estrechó la mano; con la otra mano, sujetaba torpemente un ramo de flores y una tarjeta.

—Hola, Bruce —saludó. Señalando con la cabeza a su acompañante, dijo —: Este es el inspector James Gordon.

El inspector le dirigió una mirada afable mientras se daban la mano. Era joven, pero algo en él —las cejas espesas, los ojos hundidos en la piel pálida y ya envejecida— le hacía parecer más sabio de lo que correspondía a su edad.

—Es un honor, señor Wayne.

—El honor es mío, señor —contestó Bruce.

—Gordon ha venido desde Chicago —explicó la inspectora—. Ocuparé mi puesto en el cuerpo de policía.

Bruce la miró de hito en hito.

—¿Su puesto?

—Me han ofrecido un ascenso con traslado a Metropolis y me marcharé de Gotham City a finales de mes, para unirme a las fuerzas de seguridad de allí.

Bruce no pudo evitar sonreír levemente.

—Enhorabuena —la felicitó.

—De hecho, ha sido gracias a ti. —Incómoda, Draccon agitó las flores hasta que Alfred alivió su sufrimiento cogiéndolas y yendo a por un jarrón—. Los compañeros de Gotham City querían que te las trajera —le explicó poniéndose las gafas—. En cuanto estés mejor, nos gustaría que aceptaras una condecoración por tu conducta.

Bruce observó la tarjeta. En la cara interior había un montón de firmas apiñadas.

—¿Después de todo lo que les he hecho sufrir? —preguntó, sonriendo burlescamente—. Se han pasado...

Draccon se llevó una mano a la cintura, aunque no disimuló su sonrisa.

—Wayne, acepta las flores antes de que cambie de idea.

—¿Y la condecoración a qué se debe?

—En reconocimiento a tu actuación decisiva y a que le salvaste la vida tanto a agentes como a civiles —contestó Gordon—. Para eso hacen falta agallas, señor Wayne: para desactivar a todos los androides.

Draccon se encogió de hombros, como si no estuviera segura de cómo explicarlo.

—Por tu heroísmo —dijo al fin—. Sin tu ayuda, esto no habría salido bien.

—Buen trabajo —lo felicitó Gordon.

Bruce vaciló.

—¿Y qué hay de Richard Price? —se atrevió a preguntar—. ¿Qué le pasará?

—Se presentarán cargos contra él —contestó la inspectora—; pero se ha mostrado muy colaborador para ayudarnos a encontrar a los Nightwalkers que lograron escapar anoche. Nos aseguraremos de que la sentencia que se le imponga sea acorde con sus circunstancias. Ya sé que es amigo tuyo, y además está bastante arrepentido.

Bruce se imaginó cómo sería a partir de ahora la vida de Richard sin un padre, sintiendo una culpa permanente sobre sus hombros por haber sido víctima de una organización que le había cambiado la existencia. Quizá cuando cumpliera la condena, Richard acabaría encontrando paz y tranquilidad con la familia que le quedaba.

—Gracias, inspectora.

Draccon le sonrió afable.

—Escucha, Bruce: sé que al principio fui un poco dura contigo. Cuando aterrizaste en el programa de servicios comunitarios, me sentí en la obligación de hacerte ver lo afortunado que eras, de recordarte que no podías ir por el mundo haciendo lo que te viniera en gana. —Hizo una pausa—. Pero tienes tus propias razones para buscar justicia. He disfrutado trabajando contigo durante los dos últimos meses, con sus altibajos. Eres un buen chico y con buen corazón. Y con todo lo que has visto y sufrido, no es poca cosa.

—Gracias, inspectora.

¿De verdad era bueno? Había hecho daño a quienes lo querían, había desobedecido órdenes más de un centenar de veces. Quizá a pesar de todo encontraría algo que tuviera sentido, a medida que se implicara en el legado de sus padres.

Sonrió de medio lado.

—Entonces... ¿tendré que volver a realizar servicios comunitarios? No es que me disgusten del todo...

Los dos inspectores rieron y, durante un momento, la voz de Draccon sonó como de costumbre.

—No; esta vez no —le aseguró—. En vista de la situación en que te has visto involucrado, y de tu ayuda, se te ha concedido la amnistía total y ningún aspecto de este caso figurará en tu historial. —Lo miró con fijeza, frunciendo el ceño—. Pero no abuses de tu suerte. Que sea la última vez que te pones en el punto de mira de la policía de Gotham.

—La última vez —repitió Bruce, con firmeza—. No creo que vuelva a vivir nada tan intenso en toda mi vida.

Draccon hizo una mueca.

—Ya me lo imagino.

Bruce percibió en la expresión de Draccon cierta incomodidad, como si aún tuviera algo rondándole por la cabeza.

Gordon dio un paso adelante.

—Hemos encontrado pruebas que relacionan a Cameron Wallace con los tres homicidios por los que inicialmente se culpó a Madeleine. Ignorábamos que Cameron seguía con vida, así que las pruebas contra ella basadas en el ADN no resultan ya tan fehacientes. Madeleine estuvo presente, pero es probable que no cometiese los asesinatos.

Bruce asintió aturdido, tratando de no pensar en el rígido cadáver de Madeleine. Miró a Draccon y advirtió que su expresión se había ensombrecido de nuevo. Su mente curiosa se vio espoleada.

—¿Qué me está ocultando, inspectora?

Detrás de Bruce se oyó la voz de Alfred, que volvía de la cocina.

—Dígaselo, inspectora —la conminó—. Acabará descubriéndolo por su cuenta, de un modo u otro.

Draccon se frotó una sien y se alisó la chaqueta.

—Es Madeleine... Su cuerpo desapareció del hospital una hora después de que lo depositáramos allí.

Bruce se quedó de piedra.

—¿Cómo?

—Le seguimos la pista hasta el aeropuerto y averiguamos que se las había arreglado para escapar del país en avión.

Madeleine no estaba muerta. Estaba muy viva.

Vivita y coleando.

Había engañado a los médicos para que la llevaran al hospital y aprovechado el caos para escabullirse. Bruce se acordó de su rostro pálido, sus lágrimas, su despedida. Otro engaño más; el último.

No pudo evitar agachar la cabeza y soltar una risotada. «Por supuesto que ha encontrado la manera de ser libre».

—Bueno —dijo, tras un largo silencio—. Habrá encontrado la manera de quedarse con todo el dinero, dondequiera que esté.

Gordon carraspeó. Bruce lo miró.

—¿Cómo dices?

—Madeleine no se ha quedado con el dinero de ninguna de las cuentas de los Nightwalkers —repuso.

Bruce se quedó callado.

—¿No lo ha hecho?

—No —contestó Gordon—. Lo ha donado todo a la beneficencia. El Fondo de Gotham City Legal Protection Fund acaba de recibir una donación de varios millones a su nombre.

Bruce miró a los dos inspectores. El Gotham City Legal Protection Fund, la organización con la que su madre siempre había contribuido, el organismo que defendía a los que no podían permitirse un abogado. Madeleine había donado todo el dinero de los Nightwalkers a la institución. Draccon y Gordon empezaron a hablar del tema y Bruce miró por la ventana y se preguntó qué se le habría pasado a Madeleine por la cabeza, qué le habría hecho decidirse.

Quizá no creyera ya que luchaban en bandos opuestos. Quizá Bruce le había hecho cambiar, igual que ella le había hecho cambiar a él. Tal vez era un último gesto de buena voluntad, sin importar si habían sido amigos, enemigos o algo más.

O quizá, después de todas las mentiras que los separaban, era la manera que ella tenía de demostrarle, sinceramente, quién era.

Un mes después

27

Aquella noche la luna llena iluminaba las calles de Gotham City, bañando las esquinas de blanco, negro y plata.

Bruce iba por la autopista en un coche nuevo, absorto en sus pensamientos. Aquel mismo día había ido con Harvey al aeropuerto a despedir a Dianne, que había partido rumbo a Inglaterra; antes de que acabara la semana, haría lo mismo con Harvey, cuando este se marchara a la universidad. Pronto, Bruce entraría de lleno en la vida universitaria, sin salir de Gotham City, y seguiría los pasos de sus padres guiado por Lucius y Alfred, que le enseñarían los entresijos de Wayne Industries.

Parecía que la vida había vuelto a su cauce, que las piezas de su futuro se habían colocado en el orden correcto y que sabía exactamente lo que tenía que hacer. Todo había vuelto a la normalidad.

Sin embargo, mientras conducía, sentía que no tenía muy claro en qué dirección iba. El GPS no paraba de pitar, recordándole que debía girar si quería tomar el camino de vuelta a su casa. Siguió en línea recta, pasando un cruce tras otro. Continuaba dándole vueltas a los huecos de su vida que, después de todo, seguían vacíos. A la espera.

Media hora después, se percató de que había acabado justo delante del Gotham City Concert Hall.

Aparcó en una plaza vacía, se puso el abrigo y se dirigió al edificio. Las calles que habían estado atestadas de policías y sirenas se hallaban vacías, y el auditorio estaba envuelto en sombras en lugar de en luces. Soplaban una brisa fría, y se subió el cuello del abrigo negro dejando expuesta solo la mitad de la cara. Ningún acontecimiento tendría lugar aquella noche en el auditorio, pero la puerta principal estaba abierta, así que entró y subió hasta la azotea.

Una vez arriba se dirigió a la cornisa, desde donde se veían las luces resplandecientes de toda la ciudad.

Qué raro se le hacía haber pisado, tan solo pocos meses atrás, el interior de Arkham, y haber conocido a una chica que parecía existir en un mundo donde todo era blanco y negro, que se asemejaba a una fuerza maligna, benigna y todo lo que había entremedias. Aún recordaba su primer encuentro: ella sentada apoyada contra la pared, mirando fugazmente en dirección a él, con una expresión inescrutable y la mente oculta tras el bastión oscuro de su mirada. ¿Qué habría pensado en aquel momento? ¿Qué había visto en él? ¿A otro millonario más, su billete para salir de Arkham? ¿O a alguien con quien merecía la pena hablar?

Bruce se metió la mano en el bolsillo y sacó la carta que le había dejado Madeleine antes de fugarse del centro. La había doblado y desdoblado —una flor primero; después un diamante y luego vuelta a empezar— tantas veces, siguiendo los pliegues trazados por ella, que las dobleces empezaban a agrietarse y a dejar finos surcos en el papel. La releyó:

Querido Bruce:

No hacemos muy buena pareja, ¿verdad que no? No se me ocurre ningún cuento en que el millonario y la asesina acaben comiendo perdices. Así pues, dejémoslo en tablas: gracias por ayudarme a salir de aquí, y de nada por los meses de entretenimiento que te he dado. Espero que te acuerdes de mí.

Besos.

MW

Estudió la misiva por un momento. Al leerla por primera vez, la nota le había parecido una burla, una mofa por ser tan ingenuo como para facilitarle la huida; ahora veía en ella algo melancólico, nostálgico incluso: una carta que anhelaba lo que nunca podría ser. Una última nota para él, por si sus caminos jamás volvían a cruzarse. Quizá lo había hecho a propósito. No era fácil saberlo, tratándose de ella.

Muy a su pesar, notó que una sonrisa le afloraba a los labios al recordar sus conversaciones, al saber que seguía libre, en alguna parte, abriéndose un nuevo camino.

Quizá no hicieran muy buena pareja, pero aun así el destino los había unido. Algún día, en el futuro, tal vez volvieran a encontrarse. Se preguntó

qué le diría si volvía a verla. Que ojalá la hubiera conocido en un mundo distinto, sin una barrera de cristal que los separara.

Acabó doblando la nota y la metió cuidadosamente en el bolsillo. Cerró los ojos, respiró y escuchó la tarde declinar. En algún lugar en las entrañas de la ciudad, oyó unas sirenas: los defensores de la justicia empezaban otra noche de trabajo. El viento arreció, revolviéndole el pelo y levantándole los bajos del abrigo, que parecía casi una capa.

Desde lejos, casi seguro que resultaba invisible, una silueta diminuta perdida entre las sombras del auditorio, con la ciudad a su espalda. No había ninguna luz para él en el cielo, nadie miraba en su dirección, nadie lo llamaba. Tal vez nadie supiera que estaba allí, un centinela silencioso que custodiaba su ciudad.

Miró a lo lejos y no vio más que un mar de luces, el corazón palpitante de Gotham City, que se abría ante él. No sabía lo que le deparaba el futuro, todavía no, pero sí que, fuera lo que fuese, se quedaría allí.

Parecía un lugar digno de protección.

Era su hogar.

Agradecimientos

Aún no comprendo cómo tuve la suerte de escribir una historia sobre Batman, pero recuerdo la rapidez con la que dije «¡Sí!» al proyecto. El recuerdo más temprano que tengo del Caballero Oscuro es de *Batman: la serie animada*; la veía con la barbilla apoyada en las manos, imaginando cómo sería planear sobre la ciudad luchando contra malhechores. Batman fue el primer personaje con matices que conocí; era la primera vez que me daba cuenta de que, sin importar el poco aprecio que recibas o lo mucho que te tiente el lado oscuro, tienes que sobreponerte y luchar con todas tus fuerzas. Para mí, estas palabras son ahora más verdaderas que nunca.

Batman tiene su Liga de la Justicia, y cuando escribí esta historia yo también tuve la mía:

Gracias a Kristin Nelson, mi maravillosa agente y amiga, que piensa en todo y en lo de más allá. A mi magnífica editora Chelsea Eberly: gracias por acompañarme en la trinchera mientras dábamos forma definitiva a la historia de Bruce Wayne, contra viento (tecnológico) y marea. ¡Lo hemos logrado!

Muchísimas gracias al equipo de Random House por acogerme con los brazos abiertos y tanto entusiasmo: a Michelle Nagler, Jenna Lettice, Alison Impey, Dominique Cimina, Aisha Cloud, Kerri Benvenuto, John Adamo, Adrienne Waintraub, Lauren Adams, Kate Keating, Hanna Lee, Regina Flath y Jocelyn Lange. Gracias, gracias, gracias a todos por vuestra amabilidad, vuestra inestimable ayuda editorial, vuestra pericia con el diseño, la mercadotecnia y la publicidad, y por ser tan, tan alucinantes. Gracias al formidable equipo de Warner Brothers: a Ben Harper, Melanie Swartz y Thomas Zellers; y a todos los de DC, por haberme confiado la historia del joven Bruce Wayne y haberme dado la oportunidad de decir «Soy Batman». Será siempre un hito en mi vida.

A mi genial y fiera amiga amazona, la inimitable Leigh Bardugo (o Wondugo): esta escritora pirada no lo habría logrado sin ti. Gracias por todo.

Querida Dianne: este libro era para ti desde un principio, mujer inteligente, pero ya lo sabías. Gracias por permitirme preguntarte sobre Batman y por haber tratado a fondo a Bruce Wayne con una buena taza de té, como debe ser. Tu cabeza rebosa de maravillas.

Gracias a la fabulosa Dhonielle Clayton, por su perspicacia, su sensatez y su amistad. A mis estimados Amie Kaufman, JJ y Sabaa Tahir: gracias por animarme cuando más lo necesitaba. Aspiro a convertirme en todos vosotros.

A Primo, mi marido superhéroe: gracias por tantas noches de charlas sobre Batman, por haber visto conmigo todas las series y películas y por ser tú mismo: genial, divertido y atento. Es como si estuviéramos enamorados o algo así.

Por último, a los lectores y defensores de la justicia en cualquier parte: gracias por ser los verdaderos Caballeros Oscuros de nuestro mundo. Los superhéroes nos inspiran porque representan lo mejor de la humanidad. Nos recuerdan que también nosotros podemos propiciar el cambio y hacer el bien. No hacen falta un millón de dólares y una Batcueva para ser como Batman. Solo hay que tener un corazón valiente y radical. Seguid luchando.